



KHING-CHU-FU

Y OTROS CUENTOS

ED. "SATURNINO CALLEJA"

BIBLIOTECA PERLA

Primera Serie

XVII

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT 1925 BY
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A.



Imprenta MARTOSA. Leganitos, 54, Madrid

742.96
CALLEJA

KIANG-CHU-FU Y OTROS CUENTOS

ILUSTRACIONES
DE PENAGOS



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.

Casa fundada en 1876

M A D R I D

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS





K H I N G - C H U - F U

ESTÁBASE peinando Khing-Chu-Fu, Emperatriz de la China, cuando sus doncellas, que de rodillas presenciaban la delicada operación de combinar artísticamente el imperial cabello de Su Majestad, prorrumpieron en gritos de asombro mal contenidos por la etiqueta de palacio.

—¿Qué ocurre?—se dignó preguntar Khing-Chu-Fu, volviendo la cabeza.

—¡Ah, señora!—exclamaron a coro las doncellas—Brahma se ha dignado señalaros con una muestra de su protección.

—¿Y cuál es?—interrogó la Emperatriz.

—Un hilo de plata que aparece entre vuestros hermosos cabellos.

—Es decir, que tengo una cana.

—Así se llaman entre los simples mortales; pero en la Hija del Sol son hebras de plata, a las cuales cantarán trovas espontáneas los poetas, so pena de ser descuartizados como perros.

—Que vengan ahora mismo los augures y astrólogos para que me digan lo que esto vaticina.

Cinco minutos después el regio tocador estaba lleno de hombres bigotudos y con gafas que, arrodillados, aguardaban la consulta.

—Hoy me ha salido una cana—exclamó la Emperatriz.

Cuentos de Calleja

Los augures se tiraron de los bigotes con desesperación, dejando lleno de pelos el pavimento.

—Salud—dijo el más viejo—, Hija del Sol, que tienes el brillo del diamante, la belleza del iris, la sabiduría de Confucio y la dulzura de la miel: ese hilo de plata augura una terrible desgracia en el imperio: sabed que Brahma ha decretado ¡horror me causa decirlo! que se os va a picar una de vuestras imperiales muelas.

Pintóse el terror en todos los semblantes, y cuantos presenciaron esta escena tiráronse de la coleta, signo de horrible desesperación entre los chinos. Gimieron a compás los pajes y doncellas; los mandarines se sentaron sobre sus sombreros, entreteniéndose en comer naranjas mandarinas y frotándose los ojos con las cáscaras. Voló la noticia a la ciudad, y bien pronto Pekín entero salió por calles y plazas llorando a lágrima viva la terrible picadura de la *mu*, porque les estaba prohibido a los simples súbditos pronunciar por completo el nombre de los imperiales miembros y demás partes del cuerpo de su egregia soberana.

—¡La mu, la mu!—gritaba el pueblo enloquecido, asemejándose Pekín a un inmenso encierro de toros.

Y para que la ilusión fuera completa, no faltó quien sacara unos cencerros con los cuales llamaban a los fieles a la pagoda, que es la iglesia de los chinos.



En estos días llegó a Pekín un joven español, natural de Sevilla, mozo gracioso y desenfadado, que llegaba a la capital del imperio chino después de haber recorrido medio mundo a pie, sin dinero y sin vergüenza. Se las daba el tal de entendido, y hasta de científico, y todo porque había sido mozo de caballos y monosabio en su pueblo, donde le llamaban de mote *Pinchawvas*.

Pues nuestro *Pinchawvas* quedó asombrado al ver la desesperación de aquellos chinos, y sobre todo cuando oyó aquello de ¡mu! ¡mu!, que le hizo temer el encuentro con una torada. Por si acaso, adoptó el partido de subirse a la primera ventana que halló a mano.

No bien hubo subido, cuando del interior de la casa salió una mano y luego un brazo que, cogiéndole bonitamente por el cuello y subiéndole en alto, le hizo entrar en la casa de modo sobrado original.

Aquel brazo era el de un guarda de palacio, que, al ver subir a nuestro sevillano a una ventana de las habitaciones imperiales, le detuvo para entregarle a la justicia.

El delito era terrible: ¡ahí era nada, atreverse a profanar una ventana de la Emperatriz! Aquel delito tenía, por lo menos, pena de la vida.



Cuentos de Calleja

Lo malo era que *Pinchauvas* no sabía una palabra de chino, y así quedó asombrado cuando el guarda le dijo con aire terrible:

—¡Kun-chin-pon-ton!

—¿Qué me dirá este tío?—pensaba *Pinchauvas*—Parece que le duele el estómago y me dice que tiene un torozón. Pues que se alivie.

Y se encogió de hombros.

Pero el guarda era pesado, y, cogiéndole de nuevo por el cuello, le llevó, a través de las galerías de palacio, hasta las habitaciones del gran canciller.

Éste se hallaba pidiendo a Dios que no se cumpliera el vaticinio terrible que podía costarle el destino.

—Si a la Emperatriz se le pica la muela—decía—, me manda picar a mí.

Así fue que cuando le enteraron del horrendo sacrilegio cometido por un extranjero, quiso desahogar en él la bilis que tenía embotellada.

—Tráigame usted a ese mozo, que yo le arreglaré—dijo al guarda.

Y encarándose con el español, le dijo en tono severo:

—¡Kun-chin-pon-ton?

—¿Otro torozón? Pues, señor, lo mismo que los caballos de la plaza de toros. ¡Y puede que también tengan mataduras!

Por fortuna, el gran canciller chapurraba el francés y *Pinchauvas* también, de modo que al fin vinieron casi a entenderse.

—Y tú ¿qué eras en tu tierra?—preguntó el canciller.

—¿Yo? Monosabio.

El canciller no entendió lo de mono, pero sí lo de sabio, y, lleno de alegría, le dijo:

—Voy a hacerte una pregunta, y si me contestas con acierto cuenta con mi protección.

El canciller enteró a *Pinchauvas* de la causa que había sembrado el dolor en Pekín, y el muchacho, sonriendo, le dijo con el mayor descaro:

—¿No es más que eso? Pues voy a devolver la calma al imperio chino. Yo haré desaparecer esa cana y con ella el presagio de esos charlatanes. ¿Qué tendrá que ver el pelo con la dentadura? Presénteme usted a la Emperatriz y verá usted lo que es bueno.

El gran canciller le dijo:

—No es conveniente que en ese traje seas visto por la Hija

del Sol. ¡Dios haga felices sus días! Hay que ponerte decentito.

Y, llevándole al cuarto de baño, le puso en manos de sus esclavos, que en un periquete le perfumaron y le vistieron con un magnífico traje de seda y oro.

Pinchauvas, acompañado del gran canciller, pasó a las habitaciones imperiales, y allí, por ser el jefe del gobierno el que le acompañaba, no tuvo que hacer más que once antemas al cabo, de las cuales fue introducido a la presencia real.



—Aquí os traigo, Princesa insigne, al sabio nigromante más célebre de la tierra—dijo el canciller, que debía tener más de andaluz que de chino—. Una tromba le ha hecho caer sobre este palacio, arrastrándole de luengas tierras, y en el seno de ella me ha parecido ver al gran Confucio, que le tenía cogido por el pescuezo.

—Levantaos, sabio—dijo con dulzura la Emperatriz.

Pinchauvas no se meneó.

—¡Que te levantes, sabio!—repitió en francés el canciller.

—Pero ¿es a mí?—exclamó *Pinchauvas* poniéndose en pie de un salto.

—¡Ponte en cucullas o eres muerto!—le gritó el canciller.

—No me da la gana—contestó el muchacho.

—¿Qué dice?—interrogó la Reina.

—Que necesita reconocer el hilo de plata que os regaló Brahma esta mañana.

—Miradlo—dijo con énfasis la Reina.

Y, soltándose las setecientas horquillas y los trescientos agujones que llevaba prendidos, dio al aire su sedosa cabellera negra, en la cual se destacaba una cana blanca como la nieve.

Avanzó *Pinchauvas*, con más miedo que vergüenza, y, decidido a todo, cogió la cana, y haciendo signos como de estar en oración, tiró de pronto, dio un grito la Reina, y *Pinchauvas*, acercándose a una ventana, tiró por ella al aire el blanco cabello, causa del malestar del imperio chino.

—¡Ah!—exclamó la Reina—¿Devuelve a Brahma su regalito? ¡Qué hombre más portentoso! Merece mil premios. Por de pronto, le vas a ceder el puesto, y desde hoy será mi canciller; y, para que **tú** no estés molesto, te ahorcarás esta tarde con un cordoncito que yo he fabricado para ti estos días.

—¡Qué honor, señora, para la familia!—exclamó aterrado el canciller—¿Queréis que traduzca al sabio vuestra proposición?

—Hazlo en seguida.

El pobre hombre tradujo con toda exactitud lo que la Reina había dicho, y entonces *Pinchauvas* dijo al canciller que no aceptaba su puesto sino a condición de que habían de darle a él el de secretario suyo.

La Emperatriz accedió a las indicaciones de *Pinchauvas*, y le otorgó el real sello como signo de autoridad sin límites.

—¿De manera—preguntaba—que puedo hacer lo que me dé la gana?

—¡Cuanto quiera Vuestra Alteza! Ahora mismo voy a presentarle a los altos funcionarios de palacio.

Recibiólos a todos con gestos de amable protección, y el canciller le iba traduciendo cuanto le decían.

—Mira—dijo *Pinchauvas*—, que me traigan a ese chinazo que me cogió por el cuello hace dos horas.

—¿Cogió a Vuestra Alteza por el venerable cuello?—preguntó indignado el secretario—¿Quiere Vuestra Alteza que le quememos vivo, o simplemente que le ahorquemos?

—Quiero que lo traigan aquí sano y salvo.



—Vamos, quiere Vuestra Alteza degollarle por su propia mano. No merece un honor tan extraordinario.

Trajeron al pobre guardia a la presencia de *Pinchauvas*, y cuando le dijeron que era el nuevo canciller, a poco se muere de terror.

—Y ahora, ¿te da de veras el torozón?—preguntó con sorna *Pinchauvas*, llevándose la mano al cuello, que aun le dolía.

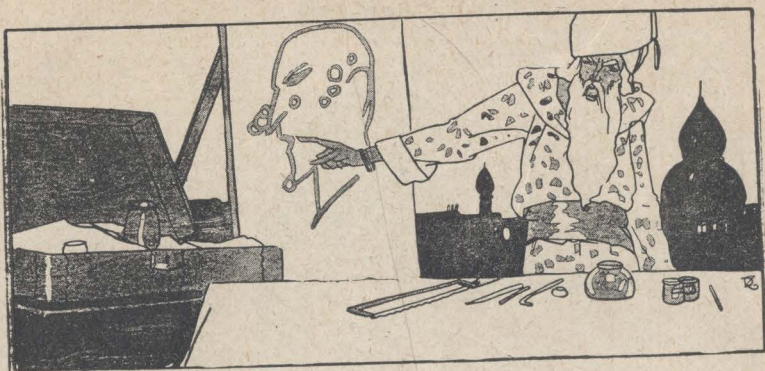
Creyeron los guardias que les hacía señas de que le ahorcasen, y lo hubieran hecho sin la oportuna intervención del flamante canciller, que, además de perdonar a aquel desgraciado, le confirió un alto empleo cerca de su persona.

Pinchauvas ha aprendido ya el chino, y se llama *Pin-chu-chu*, que significa el *sabio de los sabios*.

Y, cuando se acuerda de sus mocedades, dice para sus adentros:

—¡Quién había de decir a aquellos pobres caballos de la plaza de Sevilla que tenían el honor de ser guiados por el futuro canciller de la China!

El porvenir es un arca cerrada, de la cual sólo Dios tiene la llave.



EL CURANDERO

Si ello fue verdad o no, lo ignoro; pero como me lo contaron os lo cuento.

Iba por esas calles de Dios, no sé si en Constantinopla o en Babilonia, que para el caso es igual, un curandero que a golpe de bombo y platillos anunciaba sus específicos y realizaba sus curaciones.

La acción del cuento hay que ponerla en sitio donde no existan subdelegados de medicina; porque, de haberlos, de fijo que al curandero me lo meten en la cárcel, donde no hubiera visto luz en mucho tiempo.

Y es el caso que, curandero y todo, el hombre había alcanzado gran fama en el arte difícil a que se dedicaba. Sus aptitudes eran grandísimas. Lo mismo le sacaba una muela al más pintado, que tiraba de cuchillo y le rebanaba una pierna a cualquiera, sin pararse en pelillos.

Porque como desahogado, vaya si lo era el hombre.

Y aconteció que, por el tiempo en que nuestro curandero andaba por calles y plazas, enfermó el hijo del Emperador, de una tremenda y pertinaz melancolía. El joven estaba triste y alicaído y, aun cuando nada le dolía, su abatimiento era alarmante.

Los médicos de cámara, que eran tres notabilidades, celebraron consulta, y, como sucede siempre en estos casos,

cada uno emitió una opinión distinta de la de sus compañeros.

—A mí me parece—decía uno calándose los lentes—, salvando la respetable opinión de mis comprofesores, que Su Alteza el Príncipe heredero está enfermo del hígado. Será muy conveniente el caldo de habas verdes.

—Poco a poco, sabio compañero—exclamaba otro—. Yo sostengo que Su Alteza está enfermo del bazo; y como lo que es bueno para el hígado es malo para el otro órgano, creo que nada de habas verdes: el garbanzo asado se impone.

—Pues, señores, que me ahorquen si donde tiene el mal Su Alteza no es en los pies. Pregúntesele si tiene sabañones, y en ese caso ya es sabido: lana y más lana, y berros y más berros.

La discusión tomó una forma amenazadora; cada médico citaba en apoyo de su afirmación tres o cuatro autores, y hasta llevaba los libros a prevención para demostrarlo; y tal llegó a ser el hervor del apasionamiento, que los tomos iban de las manos a las cabezas con una celeridad extraordinaria. Un libro rompió los lentes a uno de los médicos.



Cuentos de Calleja

y aun le estuvo en un tantico quedarse tuerto; otro cayó como una maza sobre la calva del más anciano, y se le metiera en los sesos de no tener tan duro el cráneo.

En este momento penetró el Emperador en la habitación donde los tres Hipócrates se mataban, y, enterado de la causa de aquella disputa, quedóse frío de dolor.

—Cuando ustedes no se entienden, mala señal. Mi hijo está en peligro de muerte.



Y el pobre padre se marchó, contristado y abatido, a sus habitaciones.

La historia dice que de los médicos no quedaron ni los rabos.

Al ver tan apenado al Emperador, no faltó cortesano que se atreviera a indicarle la conveniencia de llamar al curandero.

—¡Imposible!—decía el Monarca—Si esas tres lumbreras de la medicina no han podido salvarle, ¿cómo es posible que yo suponga que el curandero me lo alivie?

El curandero

Sin embargo, tanto insistieron los cortesanos, que el Emperador se avino a llamar al curandero, mas con una condición: antes de encargarse de la curación del Príncipe tenía que sanar a cinco enfermos que estuviesen desahuciados.

Se buscó a los cinco enfermos y se les hizo entrar en palacio. A poco llegó el curandero, obedeciendo a las órdenes del Emperador. Éste le dijo:

—¿Te atreves a curar al Príncipe?

—Sí, señor.

—Pues para que yo me convenza de que sabes, vas a curar a cinco enfermos gravísimos, que te indicaré. Si no los curas, te mando degollar; mas si los curas, te encargarás desde luego de la salud de Su Alteza.

—¿Y no podrían, señor, ser cuatro en vez de cinco?

—No, los cinco; y si no, ya sabes.

—Bueno; pues yo los curo. ¿Dónde están? Pero necesito hablarles a solas.

Y con el permiso del Emperador fue a la habitación donde se hallaban los desahuciados. Al que estaba mejor le faltaban dos o tres días para morir.





Al verlos, por poco cae de espaldas nuestro curandero.

—Señores—dijo—, voy a curarlos a ustedes del único modo posible. El gran mago Faramalla me ha enseñado un sistema de curación prodigioso. No hay enfermo que no se cure con él. Oídllo: Es preciso que yo mate a uno de vosotros y queme su corazón. Sus cenizas sirven para fabricar una pomada tal, que aplicándola a cualquier sitio enfermo, sana como por ensalmo, sin necesidad de ninguna medicina. Tú—añadió encarándose con uno de los desahuciados—estás muy malo. ¿Qué te importa morir ahora o dentro de dos días? Te mataré y haré cenizas tu corazón para que con ellas se curen todos los demás enfermos.

—Oiga usted, buen amigo—gritó el amenazado—, ¿dice usted que yo estoy muy malo? ¡Pues si no tengo nada! Es que la familia se ha empeñado en decir que estoy tísico; pero, gracias a Dios, estoy sano como una manzana.

—Bueno, bueno—dijo el curandero—; a mí me importa poco; pero sal con esta condición: que le digas al Emperador que estás curado.

El tísico, apenas vio la puerta entreabierta, salió echando chispas hacia su casa.

—¿Qué tal?—le preguntó el Emperador.

—Estoy bueno y sano—exclamó el tísico, sin parar de correr.

—Esto es prodigioso—pensó el Emperador.

—Ese hombre es un sabio—dijeron los cortesanos.

Los otros enfermos hicieron lo mismo que el primero. Con tal de no morir en el acto, juraban por lo más sagrado que en su vida se habían sentido más fuertes y vigorosos.

Y salieron como flechas de palacio, dejando asombrados al Emperador y a los médicos.

El Monarca pensaba desde luego confiarle la curación de su hijo, cuando una estrepitosa carcajada interrumpió la grave y ceremoniosa etiqueta de la corte.

¿Quién era el osado que así faltaba al debido respeto?

El mismo Emperador, lleno de ira, salió a la antesala y allí encontró al perturbador.

Era el propio Príncipe imperial, que se revolcaba en un sofá, sin poder contener las carcajadas.

El Emperador se alegró al ver que se disipaba tan inopinadamente aquella tristeza que tan alarmado le tenía.

—¿A qué se deberá semejante prodigio?—preguntó el Emperador.

Cuentos de Calleja

El Príncipe lo contó: al ver salir tan de prisa a aquellos infelices desahuciados, preguntó al curandero la causa de su fuga y éste se la refirió con toda clase de pormenores.

Le había hecho tanta gracia, que sintió disipársele aquella negra melancolía que estaba minándole la existencia.

—Te quedas con mi hijo—dijo al curandero el Emperador—, no como médico, sino como amigo. Eres hombre de ingenio y el ingenio merece siempre recompensa.

“TE VEO VENIR”

UNA vez había un conde tan gordo, que en su condado no había nadie que pudiera comparársele, ni quizás en todo el reino. Tan gordo, tan gordo estaba, que, en viéndolo, había que reírse de aquellos estrepitosos mofletes y de aquel cogote, que le salía cuatro dedos por encima de la gola. Los ojos los tenía casi sepultados en aquel mar de carne, y apenas le asomaba entre los carrillos la punta de la nariz, colorada y redonda como una fresa.

Por todo esto llamaban a D. Germán Rompelanzas y Cascanueces, que tal era su nombre, el *Conde Botijo*.

Aquello de parecer, más que un hombre, una vaca suiza, traía aburrido al pobre D. Germán, que no sabía cómo quitarse de encima aquellas carnazas que no le dejaban moverse.

Los médicos, a quienes recurrió, no hallaban otro medio de que adelgazara sino el de que no comiera; pero D. Germán

Rompelanzas, al tercer día de dieta, a poco rompe las narices de aquellos doctores que pretendían dejarlo morir de hambre.

—¡Bandidos!—gritaba—¡A un hombre como yo, que pesa quince arrobas, seis libras y tres onzas, suprimirle el comer! Y total, ¿para qué? Para perder tres adarmes de peso; y ni aun eso fue por el ayuno; pues fue que me saltaron del jubón tres botones el día en que me pesé.

El pobre se resignaba a no moverse, y cuando tenía que ir de una a otra habitación, los criados le ayudaban con palas para sostenerle el vientre, sin lo cual hubiera dado el pobre D. Germán en el suelo con aquella su respetable humanidad. Un día se cayó al intentar bajar una escalera, y botaba por los escalones lo mismo que una pelota de goma. Cuando llegó al final, le preguntaron si se había hecho daño, y contestó que no tenía sino el susto consiguiente.

Como el conde era joven y le molestaba aquella exageradísima gordura que tanto le afeaba, no quiso tener a su lado a ninguna persona que la hiciera resaltar demasiado, y por eso todos los dependientes y soldados del castillo eran de lo más gordo que se pudo encontrar. ¡Júzguese del efecto que produciría una revista de aquellas gentes, que parecían cerdos vestidos de hombres!

Oyó hablar el *Conde Botijo* de un célebre curandero que realizaba curas portentosas, y mandó que le llamaran.

Llegó al castillo el curandero, sorprendiéndose extraordinariamente al ver un conde de tantas libras, que, como consiguiera quitarle la mitad, tenía hecha su fortuna para todos los días de su vida.

Llamábase el curandero *Te Veo Venir*, nombre o mote, que de ello no estoy seguro, muy usado antiguamente para designar un hombre listo, con más conchas que una tortuga y más escamas que un besugo. Esto de las conchas y de las escamas quiere decir que el tal era un bribón de siete suelas.

Desde el día siguiente al de su instalación en el castillo, el curandero de nuestro cuento comenzó la curación del buen *Conde Botijo*, al cual pesaba todas las mañanas y todas las noches, cobrando acto seguido el importe de las onzas y adarmes que iba perdiendo Su Excelencia.

Porque, verdaderamente, el conde adelgazaba a ojos vistas, mientras engordaba el curandero.

He aquí cómo pasaba esto:

Antes de comenzar la curación, dijo el célebre *Te Veo Venir*:

—Señor conde, si vucencia desea curarse, tendrá que dar-

Cuentos de Calleja

me amplias facultades para que yo haga cuanto me venga en gana.

—Concedido—exclamó el conde desde el sitio—; pero, si no me curas, te haré colgar de una almena. En cambio, ya sabes que te daré mil monedas de oro por cada libra de carne que me quites.

Comenzó el curandero por no dejarle comer más que hierbas cocidas, y en vez de permitirle que permaneciera sentado o en la cama, según costumbre, le hacía levantarse muy temprano y bajar al jardín, y allí le obligaba a dar vueltas a una noria, hasta que, ya cubierto de sudor y sin poderse valer, se dejaba caer al suelo.

Por la tarde le ponía una cabezada a Su Excelencia y le unció a un carrito, en el cual se montaba el curandero, y a latigazos lo obligaba a dar unas carreras monumentales.

El conde gritaba y amenazaba; pero había dado su palabra y no tenía más remedio que someterse a lo que quisiera el curandero.

Este, desde su asiento, le gritaba:

—¡Arre, conde!

Y el conde bufaba, dando cada resoplido como un fuelle de tragua, y pidiendo por Dios al curandero que le dejara en paz, aunque reventara de gordo.

Por la dignidad condal estaba terminantemente prohibido asomarse por las ventanas que daban al jardín, pues no quería D. Germán Rompelanzas y Cascanueces que le vieran sus súbditos en aquellas ridículas posiciones a que el curandero le obligaba.

Llevaba ya perdidas veinte libras, seis onzas y cuatro adarres de grasa, a costa de mil trabajos, cuando llegó al castillo un heraldo escoltado por cuatro guerreros. El recién venido tocó la trompa y desde la puerta de la fortaleza exclamó:

—En el nombre de mi amo el poderoso señor D. Casimiro López de Atilánez Rodríguez de Vellofrito y veinte apellidos más, que no cito por no ser molesto, desafío al muy egregio conde D. Germán Rompelanzas y Cascanueces, por barrigón, mofletudo y sinvergüenza. Ahí va ese guante estropeado y lleno de zurcidos, y levántelo el conde si se atreve. Mi amo le reta a singular combate, a pie o a caballo, en jaca o en burro, en dos pies o en cuatro, a bofetadas, a trastazos, a puñaladas o a tiros, con navajas de Albacete, de afeitar, sables de caballería, o con cañones de a treinta y seis, a mordiscos o a coces.

El conde, lleno de cólera, se precipitó sobre el guante; pero, al bajarse a recogerlo, tal peso le hizo la barriga, que dio con todo su cuerpo en el suelo.

Ayudáronle a levantarse los suyos, y quedó convenido que la lucha se verificaría al día siguiente, y habría de ser a cabezazos y delante de los soldados de ambos campeones.

Llegaron éstos al sitio del combate con un coraje tan grande, que, en cuanto se vieron, trataron de arremeterse. Dieron los jueces de campo la señal, y D. Casimiro, que era delgado como un alambre, corrió como un gamo contra el *Conde Botijo*. Éste no tuvo tiempo de ponerse a salvo y recibió una tremenda cabezada en la barriga.

—¡Bravo!, ¡bravo!—gritaban los soldados de D. Casimiro—
¡Vaya un topetazo en su sitio!

Pero, en esto, el inmenso *Conde Botijo* cayó sobre D. Casimiro, y, como pesaba tanto, le cogió debajo del vientre la cabeza, y el pobre no la podía sacar.

—¡Que me ahogo!—gritaba.

—Confiesa que no soy un sinvergüenza barrigudo y, si no, me quedo así hasta que te ahogues—dijo el gordinflón.

—Todo lo confieso, todo, pero quítese usted de encima.

Levantaron a D. Germán y a D. Casimiro; y como el honor quedó satisfecho diéronse la mano de amigos.

Cuando volvió al castillo el conde se hizo pesar, y, ¡oh sorpresa!, las emociones del combate le habían hecho perder más de dos arrobas de peso.

El curandero en seguida pidió cincuenta mil monedas de oro por aquella merma en la grasa de Su Excelencia; pero el conde le dijo:

—En ese caso, tendría que pagárselas a mi contrario, que es el que me ha curado.

Por fin el conde le abonó las cincuenta mil monedas, pero ofreció que se las cobraría en cuanto llegara la ocasión.

Desde aquel día continuó adelgazando el buen conde, pero en tales términos, que las magras y las monedas de oro se ausentaron tan aprisa, que el pobre D. Germán no tenía un céntimo y amenazaba convertirse en un alambre de los finos.

—Ya estoy más que curado—decía—. Ahora quiero engordar un poco, porque, si no, me voy a deshacer en cuanto me dé el sol.

Pero en vano comía carnes y verduras y tocino. Aquellas magras se habían ido para no volver, y D. Germán usaba

Cuentos de Calleja

trajes muy ceñidos por temor de desencuadernarse el día menos pensado.

A todo esto, el curandero engordó tanto y tanto con la buena vida, que parecía que a él se habían pasado las carnes de D. Germán. Ésta fue la ocasión que acechaba el conde. Así fue que un día lo llamó y le dijo:

—Favor con favor se paga. ¡Tú me quitaste de encima nueve arrobitas de carne, y ahora te las voy a quitar yo a ti, al mismo precio y por el mismo sistema.

De nada sirvió que el curandero gritase que estaba muy bien así. Desde el siguiente día lo llevó a la noria, y a palos le hizo dar vueltas; lo unció al mismo carro de que él había tirado, y desde el asiento, a cada fustazo, le decía:

—¡Arre, curandero!

Todas las noches le pesaba, y por cada libra de carne que perdía *Te Veo* le cobraba mil monedas de oro, hasta que, al fin, le puso en buenas carnes.

—Pero, señor—decía el infeliz curandero—, lo que hacéis conmigo es una barbaridad.

—Y lo que tú hacías ¿era una cosa delicada?

Al fin comprendió *Te Veo* que el conde tenía razón, y le pidió que lo perdonara, pues si empleó aquel sistema bárbaro, era porque tenía prisa en adelgazarle para hacerse rico, pero ofreció que en adelante no volvería a curar a nadie sino por sistemas racionales y prudentes.

Quedó satisfecho el señor de Cascanueces, y dejó en libertad de marcharse al curandero, el cual, en cuanto se vio fuera del castillo, apretó a correr y no paró hasta verse en su pueblo.

En su casa puso un letrado que decía: «Se cura todo menos la gordura. El que quiera adelgazar, que vaya a que lo cure D. Germán Rompelanzas y Cascanueces, que tiene para eso unas manos especiales».





APRENDIZ DE BURRO

HEMOS visto que en todos los cuentos, más o menos fantásticos, luchan los personajes por algo maravilloso. Pues lo raro de este cuento es que su protagonista sólo se ocupa en adquirir las cosas más inútiles sólo por divertirse a costa ajena.

Simón de nombre, burlón de oficio y holgazán por vocación, tales son las señas personales de un muchachote de doce años, más malo que la quina y más vivo que una ardilla.

Un día oyó decir que en el cerro de los Ángeles había tres cosas de difícil adquisición, pero tan inútiles que nadie se había preocupado en poseerlas.

Eran la silla de los azotes, la flor de los estornudos y la cola que hace correr. En la primera nadie podía sentarse sin llevar una azotaina; la segunda al olerla hacía estornudar sesenta y seis veces seguidas, y la última era una especie de rabo que tenía la endiablada propiedad de hacer salir corriendo y rebuznando al infeliz a quien se le prendía.

Y hete aquí a Simón en busca de aquellos objetos. Y como en él concebir una idea era lo mismo que llevarla a ejecución, una mañanita se puso en camino hacia el cerro de los Ángeles, con poco dinero en el bolsillo, pero mucho aliento en el corazón.

Llevaba andada como media legua de Castilla, cuando dio

Cuentos de Calleja

vista al montecillo. Llegando a la falda, comenzó el buen Simón a buscar con gran empeño los tres objetos que ambicionaba; pero por más vueltas que dio, no encontraba ni huellas de tales cosas.

Dio vuelta al cerro y por fin vio un labrador que cultivaba sus tierras no lejos del sitio en que Simón se encontraba, y el chico, ni corto ni perezoso, allá se fue a preguntarle el paradero de las tres cosas que venía a buscar.

—Tú debes ser más tonto—dijo el labrador—que una mata de habas cuando ya no has dado en la dificultad. Las tres cosas que buscas están ahí; pero lo difícil es encontrarlas, por lo mismo que están muy a la vista. Busca con paciencia y ya encontrarás.

Simón volvióse al monte y comenzó a buscar mata por mata la flor de los estornudos.

—Oliendo yo—decía—debo estornudar, y así la conoceré.

En efecto, al poco rato vio una florecita azul que crecía cerca de unas maravillas y se acercó a olerla. Del primer estornudo dio con las narices en el suelo y a poco se queda chato para siempre.

—¡Es... es... ésta es... aaachíss! ¡aaachíss!—decía estornudando.

Y tanto estornudó que quedó molido como si le apalearan.

—Bueno—dijo—, ya tengo una cosa de las que buscaba.

Y, cortando la florecita, la envolvió en un papel y guardó en el bolsillo. Púsose de nuevo a buscar el rabo que hacía correr, pero ése no le encontró por ninguna parte, hasta que, viendo un borrico que tranquilamente pastaba en una ladera, se acercó y le cogió la cola, tiró y se quedó con ella en la mano. Era un rabo postizo prendido con un alfiler a la verdadera cola del pollino.

—¿Y cómo a ese burro no le causa efecto este rabo? ¿Será que no podrá nada con los animales? Veamos qué efecto me produce.

Y al decir esto se enganchó el misterioso rabo en la chaqueta. En aquel mismo momento sintió tales ganas de correr que, sin poder dominarse, salió tras del burro como una centella, dando rebuznos que se oían a tres leguas a la redonda. Por fin pudo quitarse aquel adorno molesto y se tiró al suelo para reposar de tan dura caminata.

Ya no le quedaba por coger más que la silla, y a fuerza de buscar dio con una choza de pastores abandonada y en ella había una silla con el asiento estropeado. Sentóse en ella Si-



món, y tuvo que saltar más que aprisa, no sin haber recibido dos tremendos azotes que le hicieron dos cardenales en las posaderas.

—Ya vencí—dijo el muchacho.

Y poniéndose la silla al hombro, y guardando el rabo en el bolsillo, se puso en marcha hacia su casa, donde llegó después de dos horas largas de camino, en ocasión en que estaban cenando, y como no hubiera muchos asientos libres, le dijo su padre:

—Pues mira, has tenido buena idea en recoger esta silla vieja, porque así ya sabes cuál ha de ser tu asiento en lo sucesivo.

El chico quiso protestar, pero su padre le hizo sentar a viva fuerza. Sonaron dos azotes monumentales, gritó el chico y se quiso levantar. Creyó el padre que resistía sus mandatos y lo sujetó por los hombros: sonaron otros dos azotes y sus hermanos creyeron que su padre estaba haciendo entrar en calor a Simón. En fin, se armó tal galimatías, que el muchacho recibió más de veinte azotes que le pusieron como nuevo.

Cuando se puso en claro la cuestión, quisieron todos probar si era cierto, y todos llevaron un susto mayúsculo cuando la mano invisible les daba los azotazos.

Tocó luego el turno a la flor, y era de ver cómo al olerla estornudaron todos tan aprisa y con tal fuerza, que no podían ni hablar. Pero no quiso Simón sacar la cola del bolsillo, porque estaba rendido de fatiga. Se acostó, y de un tirón hubiera pasado toda la noche, sin la idea que tuvo de colgar la cola



de burro de los pies de la cama. Al pronto, el sueño le impidió hacerse cargo de nada, mas luego le pareció que estaba en un barco que se movía, y por último, al despertar sobresaltado, vio que la cama estaba galopando por la habitación y de entre los colchones salía un ruido muy semejante a un rebuzno.

—¡Caramba!—dijo Simón incorporándose—Esta cama está haciendo burradas sin saberlo.

Quitó el rabo de la cama y lo puso en una percha, y ésta comenzó a bailar como una descosida, yendo al suelo las ropas que en ella estaban colgadas. Cayó también la cola maravillosa y se enganchó en una bata del padre de Simón. Púsose en pie la bata y comenzó a correr por la alcoba, hasta que se cayó la cola al suelo. Sólo entonces pudo Simón volver a conciliar el sueño.

Al día siguiente fue a ver a D. Lesmes Sacamantecas, hombre muy malo, que jamás socorrió a ningún pobre ni dio a nadie los buenos días sino por interés. Era un hombre tan miserable que contaba los garbanzos que echaba en su puchero.

Cuando Simón fue a casa de D. Lesmes, llevaba su silla a cuestas, y en el bolso la flor y la cola del pollino. Llamó y salió a abrirle el vejete, que no tenía criados por no mantenerlos.

—¿Qué quieres, galopín?—dijo.

—Venderle a usted esta silla vieja—contestó Simón con mucho descaro.

—¡Pero no vale nada! Más vale que me la des y un día de éstos te daré yo un caramelito.

Aprendiz de burro

—No señor; esta silla vale veinte reales, porque tiene muchas virtudes.

—¿Y qué virtudes tiene?—dijo D. Lesmes, lleno de curiosidad.

—La de aumentar el dinero al que lo lleve.

—¿Y cómo no te lo aumenta a ti?—dijo escamado el avaro.

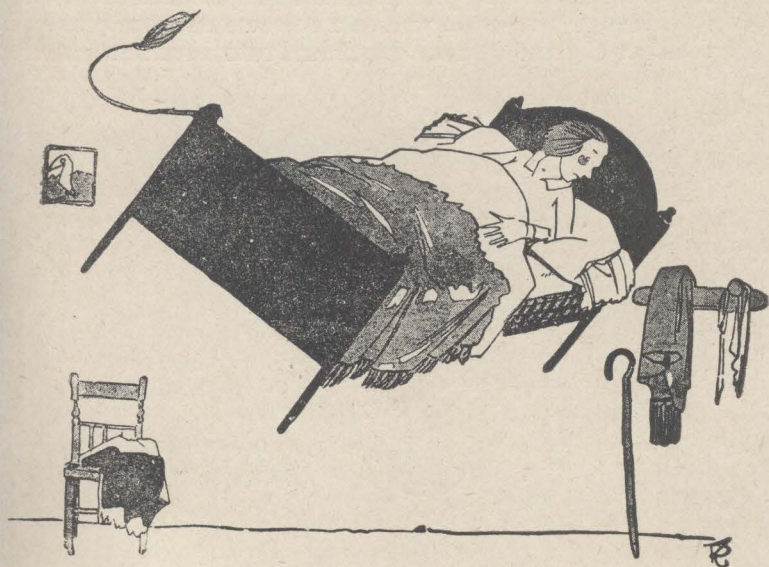
—Por eso he dicho al que lo lleve y como no llevo ninguno...

—Bueno; ya probaremos.

—También tengo una florecita que despide un olor admirable. Huela usted.

Y al decir esto se la puso bajo la nariz. En el acto D. Lesmes comenzó a estornudar de tal modo que los esfuerzos le reventaban. Cuando acabó, cayó rendido sobre la silla y un fuerte par de azotes que recibió le hicieron levantarse con cuanta presteza pudo.

Levantó el palo para pegar al chico; pero éste, más listo que el diantre, se colocó detrás de D. Lesmes, colgándole de los faldones de la chupa la terrible cola de pollino. Al momento salió D. Lesmes de su casa sin poder contenerse, corriendo por las calles de la corte como un desesperado y lanzando cada rebuzno que metía miedo.



Cuentos de Calleja

—¿Qué es eso?—preguntaban algunos.

—Un aprendiz de burro que se está ensayando—respondían otros.

Conducido a la delegación por seis u ocho guardias, sable en mano, el pobre les decía:

—Vamos aprisita, que tengo ganas de correr.

Y los llevó al trote largo. Dentro de la delegación tampoco podía estar quieto, y de un par de coces derribó la mesa del delegado, hasta que al fin se cayó la cola y D. Lesmes se desplomó sobre un banco.

El delegado cogió aquel adorno tan raro y por broma se lo puso a un guardia, y lo mismo fue ponerlo, que el del orden se arrancó rebuznando y corriendo hasta que se lo quitaron.

Contó al fin D. Lesmes lo que le había ocurrido con el pequeño Simón, y el delegado fue a la casa del avaro, en donde el muchacho había dejado la silla. Sentóse el delegado, y al recibir los primeros azotazos embargó la silla, por desacato a la autoridad.

D. Lesmes se vio obligado a pagar una fuerte multa por escándalo en la vía pública, y Simón recibió de su padre una tollina muy regular por dar bromas pesadas.

La flor de los estornudos se perdió, sin que nadie sepa adónde ha ido a parar. La silla y la cola han pasado a un museo de curiosidades, y Simón no vuelve a meterse en aventuras peligrosas por el gusto de hacer pasar mal rato a sus semejantes.



LOS DOS OSOS

PUES, señor, éste era un hombre que tenía un oso, un magnífico oso negro, llamado *Dick*, con el cual iba de pueblo en pueblo y de feria en feria, enseñándole por todas partes y ganando muchos cuartos.

Porque daba gusto ver al animalito. Danzaba, saltaba y pedía el dinero con la pandereta tan graciosamente, que no había forma de negarse a dar el socorro con tanta gracia pedido...

Tal era el cúmulo de monerías que realizaba ante el asombrado público, que éste hacía llover las monedas sobre la pandereta que el animal presentaba después de hacer sus ejercicios.

El hombre estaba contentísimo y cuidaba a *Dick* como a su propia persona. Al fin y al cabo, era el sostén de la familia.

Cierto día el pobre animal enfermó y murió, a pesar de los cuidados de su amo. Éste lloró amargamente sobre el cadáver del pobre *Dick*, porque aquella muerte representaba su ruina.

Un criado del domador se acercó a su atribulado amo, y le dijo:

—No te apures. Yo he ideado un medio de que sigas ganando dinero como hasta aquí.

—¿Cómo?—preguntó entre sollozos el domador.

—Manda que desuellen al oso, que curtan su piel, y yo me la pondré de manera que no se me distinga de un oso verdadero.

Así se hizo, y el oso falsificado encantó a la gente mucho más que el legítimo.

Porque el nuevo, además de danzar y saltar como aquél, conocía la moneda, saludaba graciosamente al que echaba diez céntimos en la bandeja, se inclinaba con respeto ante el que echaba veinte, y se arrodillaba ante el generoso donante cuando el regalo pasaba de esta suma.

Y así recorrió nuestro hombre, con su oso de mentirijillas, casi toda España, hasta que por males de sus pecados quiso su desdicha que fuera a dar con sus huesos a Túnez.

Cuentos de Calleja

El Bey, que es el jefe de aquella región, era un gran aficionado a osos. Puede juzgarse de su alegría al ver que podía apoderarse de tan precioso e inteligente animal.

Llamó al domador y le ofreció una fuerte suma por el oso. El hombre, como era natural, se resistía a vender a su criado.

Y éste, que se hallaba presente, mientras el Bey ofrecía el dinero, dijo en voz baja a su amo:

—¡Por Dios, no me vendas!

Pero el Bey era un hombre brutal y le dijo al domador:

—O me vendes el oso o me quedo con él a la fuerza, y mando que te degüellen ahora mismo.

No hubo remedio; el pobre domador se separó con lágrimas en los ojos de su criado, abandonándolo a graves peligros.

Si el Bey se enteraba de que era un oso falsificado, su muerte era cierta.

¡Pobre muchacho!

El Monarca dijo a sus lacayos:

—Llévadle con el oso blanco que tengo en el patio. Quiero ver si riñen o se hacen amigos.

El oso negro se estremeció. Si el blanco se convencía de que era hombre, había llegado su última hora.

Por eso, al entrar en la jaula, se arrimó cuanto pudo a los hierros, esperando pasar inadvertido. ¡Empeño inútil! El oso blanco se levantó en cuanto vio al recién venido, y se abalanzó con él.

Viéndose en el último extremo, el oso falso echó mano de toda su energía, y, haciendo grandes esfuerzos, consiguió derribar a su rival. En el momento de darle un puñetazo en la cabeza, gritó el oso blanco:

—¡Ay, Dios mío!

—¿Conque no eres oso?—preguntó en el acto, lleno de asombro, el que hacía de oso negro.

—¿Ni tú tampoco?—repuso el oso blanco.

—Sigue peleando mientras nos vean—añadió el oso blanco.

Y, en efecto, continuaron dándose manotadas, aunque sin hacerse daño, hasta que se cansaron y cada cual se marchó a un rincón de la jaula.

Viendo el Bey que los osos ya no combatían, se marchó con su acompañamiento y quedaron solos los dos osos fingidos. En cuanto éstos oyeron correr los cerrojos de la habitación, se quitaron las cabezas postizas y comenzaron a hablar con gran sosiego.

El oso negro preguntó a su compañero quién era y cómo

había llegado a tan triste situación, a lo que respondió el oso blanco:

—Yo era un pobre cómico sin contrata, que había ya olvidado, a fuerza de no comer, para qué sirve la boca. El día que almorzaba un cañamón se me volvían las tripas locas de gusto. Por fin, cansado de pasar hambre, acepté la proposición de cierto individuo que tenía el compromiso de vender un oso al Bey de Túnez y no tenía el oso. ¿Cómo me las compondré?—se preguntaba el hombre—¿Habrà quien quiera hacer el oso?» — Pagándolo—dije yo—, soy capaz de hacer hasta el elefante. Además, he hecho el oso de balde tantas veces, que prefiero serlo esta vez cobrando. El hombre me dio seis pesetas para la familia—por cierto hacía diez años que no había visto junto tanto dinero—, y luego me embutió en este pellejo, del cual no he vuelto a salir.

—Y ¿qué tal le va a usted?—interrumpió el oso negro.

—¡Hombre, yo le diré a usted! Verdad que es aburrido no poder salir de esta jaula, para darse un paseito; pero todos los días como, y váyase lo uno por lo otro.

—Yo—dijo el oso negro—soy un pobre criado a quien su afecto por el amo ha traído a tan desdichado fin. Comencé por hacer el oso de mentirijillas, y, si Dios no lo remedia, voy a morir hecho un osazo de tomo y lomo. Lo que me choca es que, siendo el Bey tan aficionado a osos, no haya podido lograr todavía uno; y, como todas las fieras que compre le resulten lo mismo, va a hacer una buena colección de padres de familia.

* * *

De pronto se oyó ruido, y para no ser sorprendidos se pusieron en el acto las cabezas postizas y fingieron reñir.

Pero con la precipitación cambiaron de cabezas, y el oso blanco tenía la negra, y el negro la blanca.

¡Júzguese de la sorpresa del Bey, que llegó en aquel instante!

Asombrado por el tremendo fenómeno, mandó llamar al domador, y éste, en cuanto vio lo ocurrido, se explicó claramente el engaño.

—Tan oso es el blanco como el negro—se dijo.

—¡Vamos!—exclamó el Bey—Explicame esta rareza, jamás vista por nadie. ¿Cómo es posible que en el breve espacio de dos horas se haya verificado tan descomunal transformación?

—¡Ah, señor!—dijo, doblando la rodilla, el domador—Sepa tu sabiduría que la causa de todo esto es muy clara y comprensible. Mi oso, no acostumbrado a la lucha, ha tenido tal temor, que ha encanecido de repente, como les suele acontecer a algunos reos de muerte la víspera de su ejecución.

—Lo del tuyo me lo explico—contestó el Bey, después de una breve pausa—; pero lo que no comprendo es que encanezca el oso blanco poniéndosele negra la cabeza.

—Pero, señor, ¿no sabéis que las canas de los osos blancos son negras? Si así no fuera, no se les conocerían.

Maravillado y suspenso quedó el Bey durante un buen espacio, hasta que, después de reflexionar, dijo:

—Me conformo con tu explicación; pero que degüellen a los osos, y así nos convenceremos de que cada cual tiene su cabeza.

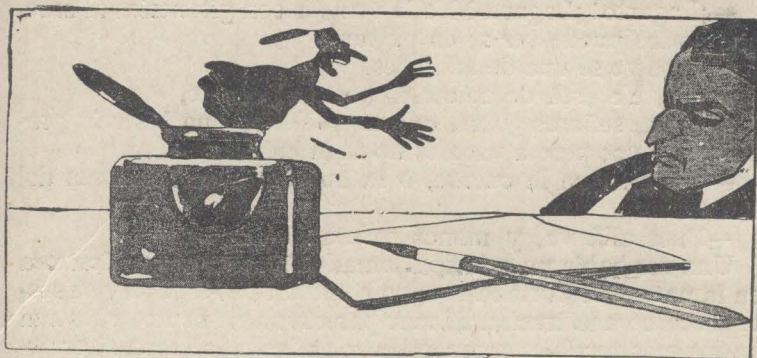
Entonces, aterrado el domador, se echó a las plantas del Bey, y los osos se quitaron las cabezas postizas, demandando perdón.

El Bey, compadecido de sus desventuras, y conociendo que la culpa del engaño la había tenido él mismo, perdonó a los fingidos osos, y además les regalo mucho dinero, mandando que en los reales archivos se hiciera constar aquella peregrina aventura.

Desde entonces el Bey cree a pie juntillas que no hay osos verdaderos en el mundo, y en cuanto ve uno de esos animalitos le dice al oído:

—En confianza, ¿cómo te llamas?





EL PRÍNCIPE CALAMAR

UNA noche, cansado de escribir, me quedé profundamente dormido, con la cabeza apoyada en la mano izquierda y la pluma sostenida apenas por los dedos de la mano derecha.

Ignoro si fueron unos minutos o algunas horas el tiempo que permanecí de esta suerte; pero es el caso que me encontré en un estado especialísimo, mitad dormido, mitad despierto. En esta rara situación, en que todo parece a un tiempo sueño y realidad, oí un murmullo extraño que partía sin duda del tintero. Parecía como si la tinta estuviera poblada de seres misteriosos que conversaran; presté atención, y he aquí la conversación que pude sorprender:

—Nuestro amo—decía una gota de tinta a sus compañeras—está aburrido porque quiere hacer un cuento y no tiene asunto. Miradle: ahí está dormido de puro cansado. La verdad es que, si supiera lo que nosotras podríamos decirle, le sacaríamos sin gran fatiga del aprieto.

—Yo sé una historia muy bonita de un Rey que gastaba zapatillas para andar por casa.

—¡Vaya una historia! Otras más divertidas se le han ocurrido a nuestro dueño, que al editor y al público le han parecido de perlas.

—Pues yo sé otra de un gitano...

Cuentos de Calleja

—¡Lagarto! ¡Lagarto! No le vengáis con gitanerías al amo, que no los puede ver ni en pintura.

—Pues yo sé una de animales.

—¡Uf! Ya está de animales hasta el copete.

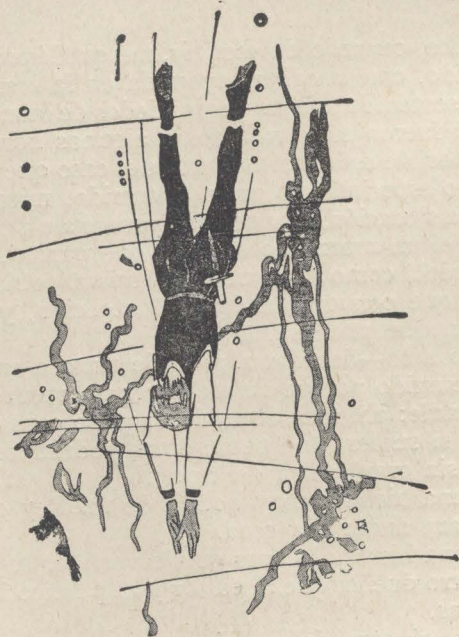
—Vaya, señoras gotas, que la que sabe una historia preciosa soy yo; pero a ustedes no se la cuento.

—¡Sí, sí! Que la cuente, o la hundimos en los posos del tintero.

—Pues allá va, y manos quietas:

Una vez había un príncipe llamado Calamar por su destreza en la natación. Cortaba el agua como un pez-espada y se sostenía como una trucha. El mar parecía su elemento, pues aun en los más terribles temporales y en las más fuertes borrascas, el príncipe Calamar cruzaba las revueltas ondas tranquilo y sereno.

Cierta día, y en medio de una furiosa tempestad, vio una hermosa merluza, perseguida de cerca por un pez-sierra que trataba de matarla. La perseguida corría como el viento, pero el perseguidor era fuerte y le iba a los alcances. De pronto



se sumergió la merluza y detrás el pez-sierra. El príncipe Calamar, preocupado con la suerte de la infeliz merluza, también se dejó ir al fondo del mar.

No bien hubo tocado con el pie un inmenso banco de corales, cuando advirtió que la que tomara por merluza era una encantadora joven, y el pez-sierra un horrible monstruo que la perseguía.

Quedó admirado el príncipe, y decidió volverse a la superficie para respirar, cuando observó que la joven se llegó a él, y, poniéndole la mano en la boca, le hizo tomar un aliento tan extraordinario que de pronto se encontró sin necesidad de aire.

—¡Defiéndeme!—exclamó la joven con angustia—Ese tío me quiere matar.

Parece que debajo del agua se tutea todo el mundo, y que se llama tíos a los que quieren matar a otro.

El príncipe Calamar, que era un joven muy galante y compasivo, se colocó frente al monstruo, resguardando con su cuerpo a la Princesa.

—Este nos traga a los dos—dijo a la joven—, porque tengo la desgracia de nadar sin espada ni daga, y este bicharraco tiene unos dientes regulares.

—Pues por armas no lo dejes, porque tengo aquí un puñalito que da la hora—exclamó la joven—. Este puñal lo fabricaron en viernes a las doce, y lo templaron un sábado a las nueve; figúrate si será fuerte. Al forjarle escupió tres veces el armero y mayó dos veces un gato romano. Eso le da un poder tan extraordinario que, si consigues meterle al monstruo la hoja en los sesos, no te quepa duda que le matas.

—Esa ya me la tenía yo tragada—dijo el príncipe Calamar—; pero ¿no tienes otras armas?

—Como no quieras un tintero que llevo, en calidad de secretaria del Rey de los peces...

—Pues mira, dámelo, y se lo voy a tirar a la cabeza.

A todo esto, el terrible monstruo no hacía más que dar vueltas alrededor de los dos jóvenes, enseñándoles los dientes, no sabemos si para que vieran que los tenía limpios o para que se asustaran. Aquel monstruo era un monstruo en todo, hasta en prudencia, y no creía que era decoroso exponer el pellejo cuando buenamente se podía zampar a los dos jóvenes aprovechando un descuidillo.

—¿Por qué no pides socorro?—dijo el príncipe Calamar a la joven.

Cuentos de Calleja

—Están tan lejos mis parientes que, aun dando de barato que me oyeran, tardarían en llegar más que un simón por horas.

—Pues así no podemos estar, porque al fin nos cansaremos, y el monstruo nos tragará con vestidos y todo.

—¿Y qué hacemos?



—Ahora verás: prepárate agarrándote a mi brazo, y luego me guiarás hasta donde está tu familia.

En aquel momento se acercó Calamar al monstruo y, levantando el brazo, le tiró el tintero a la cabeza; derramóse la tinta y enturbióse el agua de tal suerte, que el monstruo quedó como ciego, sin saber dónde estaban sus perseguidos. Éstos desfilaron bonitamente por debajo del *tío*, como le llamaba la joven, y se marcharon más que aprisa, no con viento fresco, sino con agua fresca. Apenas llegaron al palacio

El príncipe Calamar

del Rey del mar, salieron al encuentro de los fugitivos cuatro guardias del 14.º tercio, montados en soberbios caballos marinos. Al contarles la secretaria lo que les pasaba, uno de los guardias dijo, rascándose una oreja con el sable:

—¡Malo, malo! Ese monstruo no es otro que el mago Simarrón, que es un brujo de siete suelas, y me quedo corto.

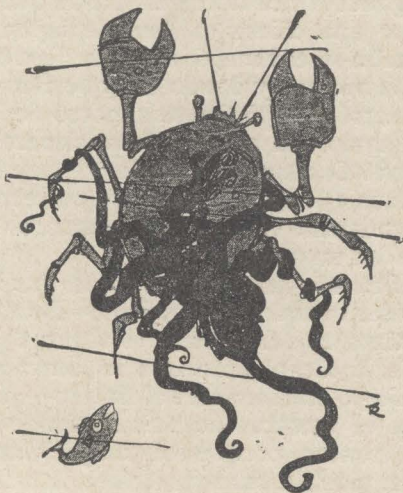
—Pues entonces será de ocho suelas—dijo Calamar.

—Nun venga cum bromitas—dijo otro guardia, que sin duda era un pez de las costas de Galicia.

Pasaron los jóvenes a la presencia del Monarca, el cual los recibió con mucho agrado, y en especial a su secretaria, pues había recibido varias cartas y no las había podido leer, entre otras cosas porque no sabía. El pobre Rey estaba tan aburrido que no sabía si romper las cartas o ponerse a hacer calceta.

La secretaria, que se llamaba Zulima, cumplió en el acto su cometido, enterando a Su Majestad del contenido de su correspondencia y disculpando su tardanza con la persecución del mago Simarrón, del cual se habían visto libres merced al ingenio del príncipe Calamar.

—Hablemos de otra cosa—dijo el Rey con acento solemne— Ya habéis visto por esas cartas que me veo obligado a declarar la guerra al Rey de los langostinos, porque uno de ellos se ha atrevido a pescar una merluza.



Cuentos de Calleja

—Si por eso fuese, señor—exclamó Calamar—, había que pasar a cuchillo a mi país. ¡Se pesca allí cada merluza!

—Además—añadió el Rey—, el mago Simarrón es amigo suyo: necesito vengarme del agravio que me ha hecho queriendo perniquebrar a mi secretaria. ¿Quieres tú ser de los nuestros?

—Sí—exclamó Calamar.

—Pues toma este traje y pónelo siempre que quieras salir de palacio. En él encontrarás tus armas.

Dieron a Calamar un traje caprichoso, y a poco sonó la corneta tocando llamada y tropa.

Formóse el ejército al pie de un barco sumergido, y a la cabeza se puso el príncipe Calamar, con su traje nuevo.

Era éste rarísimo: alrededor de la cabeza le brotaban una porción de patas, y en el centro tenía un enorme tintero, en el cual se soplaba con un canuto de caña.

Púsose en movimiento el ejército, y marchó inmediatamente al reino de los langostinos, encontrando allí las tropas enemigas mandadas por un enorme cangrejo, que era el mago Simarrón.

Trabóse el combate, y Calamar se agarró con sus patas al pescuezo del cangrejo, dándole dos soberbias embestidas. El mago quiso morderle; pero Calamar le sopló tinta en los ojos y le dejó en condiciones de que le curara el oculista. Pero, como no había ninguno a mano, tuvo que seguir luchando y tragando tinta a ciegas, hasta que se le puso el estómago como una chimenea llena de hollín. La tinta era mala, y Simarrón se envenenó, marchándose en seguida con las manos en el vientre y dando cada berrido que asustaba.

Vencido Simarrón, el pánico se apoderó de los langostinos y huyeron, dejando una porción de prisioneros.

Cuando volvió Calamar al palacio, el Rey le nombró generalísimo de sus ejércitos, le casó con su secretaria Zulima, y de su descendencia vienen esos calamares tan ricos que sirven cocidos en su propia tinta.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritaron las gotas, que habían permanecido silenciosas oyendo el cuentecillo—De modo que nuestra hermana tinta la del calamar es el arma que defiende a ese animalito. ¡Y luego dirán que no servimos para nada!

—Vaya—dije yo asomándome al tintero—, no os deis tono, porque lo que es vosotras no vais sirviendo para nada, ni siquiera para escribir, porque sois muy claras.

—Pues mira, pídele a tu amigo Calleja una tinta que vende

El príncipe Calamar

muy negra, la mezclas con nosotras y ya verás qué buena combinación.

La historia y el consejo me parecieron muy bien, y aquí los pongo a los efectos consiguientes.

Y ahora una pregunta:

Los calamares ¿son los escritores, los escribientes o los escribanos del mar? No lo sé; pero de todas suertes es una gran cosa, para el que tiene que escribir, nacer con el tintero colgado al cuello.



SU EXCELENCIA ROMPESOBRES

CHON-CHUN-CHIN era uno de los más apreciables sabios chinos. Su fama había llegado hasta el trono imperial, y el Monarca, hombre generoso si los hay, premió de un modo extraordinario el talento de aquel su distinguido súbdito otorgándole el permiso de llevar dos filas de botones en el traje, honor que no se había concedido a nadie en todo aquel reinado.

Chon-Chun-Chin recibió con dignidad aquella tremenda merced, capaz de volver loco de alegría a cualquier chino de cabeza menos firme que la suya. El favorecido pidió prestados los botones y se los cosió como pudo él mismo, porque estaba tan pobre, que no tenía, no ya para hacer cantar a un ciego, pero ni para comer el consabido arroz con salsa de agua, que es un plato económico en todas partes.

Y, la verdad sea dicha, el hambre le apretaba de tal suerte, que, dejando a un lado toda filosofía, nuestro sabio se comió una vez medio tomo de un libro en pergamino, en cuyas hojas estaban copiados nada menos que 800 cantares del *I-king*, libro santo para aquella buena gente.

Pero nuestro sabio no desmayaba (más que de necesidad). Seguía trabajando sin descanso, con la esperanza de que llegase el día feliz en que pudiera salir de apuros y de miserias. Escribió un libro con 80.000 versos dedicados a ensalzar las glorias del Emperador, y éste, protector decidido de la literatura, volvió a llamar a Palacio al inspirado poeta, y por su propia mano—¡honor inaudito!—le puso en la cabeza una pluma de pavo real.

Chon-Chun-Chin quedó reconocidísimo ante magnanimidad tan enorme; pero aquella noche, cuando para acallar al estómago chupaba un pedazo de suela, no dejaba de pensar en el ave propietaria de aquella pluma, y en el gusto con que se hubiera comido un muslito, cuando menos.

Y el pobre enflaquecía a ojos vistas, pues del mucho escribir y del poco comer traía tan ligeros de carne los huesos, que éstos amenazaban desencuadernarse, como un libro sin pasta, el día menos pensado.

Y tan apurada vino la cosa, que después de dos días de ayuno se vio precisado el infeliz a salir a un camino a pedir limosna, aprovechando la oscuridad de la noche para no ser reconocido.

Volvió al día siguiente a Palacio, donde fue recibido con grandes muestras de respeto y simpatía a causa de su doble hilera de botones y de la consabida pluma. Compuso una oda al Sol, y entusiasmado el Monarca, le dio un alto cargo, el de *Gran Correveidile* de Su Majestad Imperial.

Lo malo es que aquel destino era honorífico solamente y no tenía sueldo de ninguna clase.

El *Gran Correveidile* de Palacio tuvo aquella noche un hambre horrenda, de esas que hacen época en la historia de los estómagos.

Y es que los honores, por sí solos, no alimentan ni siquiera lo que una sopa de ajo. Por una chuleta no muy grande hubiera cedido el sabio su magnífico destino.

—¡Y el caso es—decía con amargo desconsuelo—que yo sé Filosofía, Matemáticas, Física, Química, Astronomía, Medicina y Literatura, y con todo eso no gano lo que el mancebo de una tienda de comestibles! ¡Nada: aquí en Pekín no puedo vivir! ¡Me voy a cualquiera otra ciudad del Imperio, donde den de comer a los sabios!

Y como lo pensó lo hizo. Metió todo su ajuar en un pañuelo no muy grande (tan pocas cosas tenía), y unos ratos a pie y otros andando tomó el camino de Cantón, sin temor de que le robasen los malhechores que rondaban por aquellas sendas, donde no se había visto nunca el tricordio de un guardia civil, por la sencilla razón de que si los hay en China, no deben gastar esa prenda en su uniforme.

Antes de marcharse se despidió de la ciudad a la china, y con unos versos, chinos por supuesto, que, traducidos al castellano, dicen, poco más o menos, con sus ripios y todo:

Se despide de Pekín
Y marcha para Cantón
El sabio Don Chon-Chun-Chin,
Para ver si logra al fin
Mejorar de situación.

Y anda que te anda, iba nuestro hombre por la carretera adelante más apurado que garbanzo en boca de hambriento; y tanto le molestaba el estómago, que llegó a pensar en la conveniencia de tropezarse con los ladrones.

Cuentos de Calleja

—¡Por muy ladrones que sean—se decía—, no lo serán tanto que me nieguen un poco de arroz!

Y todo se le volvía mirar a un lado y otro del camino en busca de los malhechores.

Por fin vio satisfechos sus deseos. Al volver un recodo de la carretera se encontró a los bandidos con las armas preparadas y en disposición de desvalijar al primero que pasase.

Grande fue la sorpresa de los ladrones al ver la cara de risa del profesor Chon-Chun-Chin, que con el mayor regocijo se les acercó diciendo:

—Caballeros ladrones, de toda mi consideración y aprecio: Tenía mucha gana de almorzar y de encontrarme con ustedes, porque traigo...

—¿Dinero?—gritaron los ladrones con alegría.

—¡Un hambre que no veo!—siguió el profesor—Y pensaba acudir a su buen corazón para que me diesen algo que meter entre pecho y espalda.

—Y tú—dijo el capitán de los ladrones—, ¿qué nos darás en cambio?

—Le dedicaré a usted un soneto, una oda a su suegra, un epitalmio a su madre... ¡Lo que usted quiera!

—¡Que baile!—gritaron los bandidos.

—¡Ah, señores!—exclamó Chon-Chun-Chin—¡Poseo seis lenguas vivas!...

—¡Que se vean!

—He querido decir idiomas, señores ladrones, porque lengua no tengo más que una; y tal es mi desmayo, que no sé si está viva o muerta.

Los ladrones se compadecieron del pobre y le dieron algunos comestibles.

Así que nuestro sabio hubo aplacado el apetito, preguntó a los ladrones cómo podría pagarles su caridad.

—Hablando al Rey por nosotros y pidiéndole que nos indulte—exclamó el capitán—. No hemos asesinado a nadie, y prometemos ser hombres honrados.

Así lo ofreció el bueno de Chon-Chun-Chin y acto seguido volvió a tomar, bien a pesar suyo, el camino de Pekín, adonde no pensó volver en toda su vida.

Al día siguiente de su llegada fue a Palacio, y allí pidió una audiencia al Emperador. Éste se la otorgó de buen grado, y nuestro hombre contó su aventura de esta manera:

—Señor, iba por uno de los caminos que arrancan de la capital de vuestro dilatado Imperio uno de vuestros súbditos

más queridos, cuando de pronto se sintió atacado a traición por un adversario tan formidable como invisible. Comenzaron a luchar, y bien pronto vuestro súbdito amado conoció que era imposible toda resistencia. Su adversario había hecho presa en el vientre, y no tenía medios de libertarse. En este apuro pasan unos ladrones, los cuales, movidos a compasión, mataron al traidor y salvaron la vida a vuestro amigo. ¿Qué merecen esos hombres por su caridad?

—Que se les perdonen sus culpas pasadas—repuso el Emperador—. Pero—añadió—¿quién era ese súbdito, y cuál su traidor enemigo?

—Pues el enemigo era el hambre, y el súbdito y amigo vuestro... era yo.

El Emperador se enfadó al escuchar esto, pues creía que era una censura directa a su persona.

—¡Di qué es lo que pides, porque juro no complacerte!—exclamó irritado.

—Pues os pido que no perdonéis a los ladrones—dijo el sabio.

Y, ¡claro!, como el Emperador había jurado no complacerle, tuvo que perdonar a los forajidos.

Aquel rasgo de ingenio le hizo reconciliarse con el Emperador, que volvió a otorgarle otro cargo: el de *Gran Rompesobres* del Imperio.

También aquel cargo era muy honorífico, pero gratuito. Y era de ver cómo aquel gran señor recibía verdaderos homenajes de gente bien mantenida, mientras que en su excelsa persona, el día que más, llevaba una onza de comida en el estómago.

Entonces ya no pudo contenerse, y el primer día que hubo recepción en Palacio procuró quedarse a solas con Su Majestad, dispuesto a aprovechar la menor circunstancia para decir al Emperador su apuradísima situación.

Estaban los dos asomados a una ventana, cuando vieron a un perro que se lanzaba sobre un hueso, y a otro perro que pretendía disputarle la presa dando recios gruñidos.

El sabio hizo como que prestaba atención a lo que los perros pudieran decirse, y soltó la carcajada.

—¿De qué te ríes?—preguntó el Emperador.

—De lo que se están diciendo esos dos animalitos.

—¿Tú sabes el lenguaje de los perros?

—Ladro regularmente; y si quiere Vuestra Majestad que le refiera la conversación que han sostenido, yo se la repetiré

Cuentos de Calleja

punto por punto. Pues ha sido la siguiente: Decía al primero el segundo perro:

»—¿Por qué tienes tanto afán en comerte un pedazo de hueso tan pelado que el propio Chon-Chun-Chin, a pesar del hambre que tiene, no se atrevería a chupar?

»—¿Y cómo sabes tú que tiene hambre Chon-Chun-Chin, que es un elevado funcionario de Palacio?—contestó el otro.

»—Porque ha sido mi amo, y si no me largo de su casa, a estas horas me hubiese comido. Es verdad que es un funcionario elevadísimo y que el Monarca le colma de honores; pero más valdría que le diese más comida y menos cargos: porque ahí donde le ves, al lado del Emperador, estoy seguro de que hace dos días que no ha comido.»

—¿Y es verdad eso?—preguntó el Emperador.

—Exactísimo, señor.

—¿Y cómo no lo has dicho antes?

Y llamando a su tesorero, le dio orden de que facilitase un buen sueldo al sabio Chon-Chun-Chin para que no volviera a tener hambre en su vida.

Y es que los honores, sin algo sólido en que apoyarlos, son más bien perjudiciales que convenientes.





PACO I, "EL NAPIAS"

PROBABLEMENTE no recordarás, querido Braulio, quién era el célebre hombre de las narices que nos acompañó en las excursiones por la ría de Pontevedra, nos hizo remontar el Lérez y admirar los prodigios que a manos llenas vertió la Naturaleza en sus orillas. Pues aquel hombre y aquellas narices tienen una historia interesante que voy a contarte, repitiendo, punto por punto, las palabras del pobre batelero.

»El hombre era digno de atención; pero sus tremebundas narices eran mi única esperanza para el caso, muy probable, de que la barquilla en que navegábamos se fuera a pique. Eran unas narices colosales, llenas de costurones y cicatrices, con más puntos que una media y más pintas que el percal. Aquel apéndice, que en buena contabilidad debía tener la misma edad que su propietario, daba a éste un aspecto de vejez tan marcado que, a ser de cartón y podérselas quitar, hubiera librado a su dueño de una carga de años y de carne a un tiempo.

»Observó el hombre que yo no perdía de vista sus narices, pensando, sin duda, por qué prodigio mecánico no se rendían sus adherencias a tan enorme pesadumbre, y al cabo de un rato, llevándome aparte y sujetando con disimulo las narices para no dar al traste con el equilibrio del barco, me dijo:

Cuentos de Calleja

»—Por causa de ellas soy el hombre más desgraciado de la tierra; y si usted, que, según me dicen, es médico, quisiera cortármelas, lograría hacerme vivir dichoso el tiempo que me reste de vida.

»Le animé a que fuese a verme y, en efecto, al día siguiente acudió a mi despacho, contándome su historia de este modo:

»—Nací con las narices tan desarrolladas que el médico le dijo a mi madre: aunque se quede corto de vista, no hay miedo de que se le caigan las gafas. Mi nodriza se entretenía en darme tironcitos y pellizcos de este desgraciado órgano, y con tanto tirón dio en crecer de tal manera, que a los tres años me costaba trabajo tenerme en equilibrio y tuvieron que ponerme



chichonera con contrapeso. Siempre estaba estornudando por el polvo que en las narices se me entraba, y cuando me llevaban al teatro, aunque estuviera en el gallinero, me hacía efecto el rapé en cuanto abriera la caja cualquier espectador de las butacas. En la escuela me llamaban Paco, *el Napias*, y el maestro, siempre que extendía la caña para pegarle a uno, tropezaba invariablemente en mis narices; algunas veces los compañeros, por distracción, al ir a sonarse me las cogían, dándole unas sacudidas fenomenales. Un día, al escribir, metí la nariz en el tintero, con tan mala suerte que saqué enganchados los algodones, y al levantar la cabeza se los metí al maestro en un ojo. Siempre fui corto de vista, que fue la mayor desgracia que pudiera ocurrirme, porque mis desdichadas narices no me permitían acercar la vista a los carteles, y los

celadores de la clase, en vez de ponerme en cruz como castigo, me colocaban con las narices en alto y en la punta la campanilla del maestro. Pero no me pude librar de las quintas por narigudo, pues decían que eso no era defecto, sino exceso, y el sargento que me talló pasó mis narices por encima de su hombro, con objeto de poder verificar la operación. Mi calvario empezó cuando entré en el cuartel; no se desperdició bofetada que no recibieran mis narices, y cuando el capitán gritaba «a alinear», mis napias alteraban la alineación, resaltando como el espolón de un navío, y por esta desgracia me chupaba cuatro o seis días en el calabozo. Cuando mis narices y yo quedamos produjeron verdadera sensación; me ladraban los perros, bufábanme los gatos, y cuando pedía permiso para entrar en una casa me decía siempre el dueño: «A buena hora pides permiso, cuando tienes las narices en la cocina». Estos costurones que ve usted son de haberme cogido las narices entre puertas; y, en fin, estoy harto de ellas y vengo a que me las corte usted por donde quiera. No quiero ser más tiempo reloj de sol.

»—Pues mire usted—le contesté—, hace muy mal en privarse de ese magnífico ejemplar que la Naturaleza le ha regalado. Váyase a recorrer tierras, estudie los usos y costumbres y se convencerá de que cada uno debe contentarse con lo que tiene.

»El hombre se marchó mirando con envidia mi bolsa de cirugía, pero ofreciendo seguir al pie de la letra mi consejo.

»En efecto, al cabo de seis años he vuelto a tener noticias suyas, y he aquí el relato de sus aventuras:

»Paco, *el Napias*, se embarcó en un buque de los que hacen la travesía de América, sorprendiéndole en alta mar un horrible naufragio. Sus prodigiosas narices le salvaron, pues colocándose en ellas dos tapones, le sirvieron como de calabazas, manteniéndole a flote. La marea le llevó a una costa desierta, en apariencia, y allí el hombre dio gracias a Dios por aquellas sus colosales narices, que tan buen servicio le acababan de prestar. No fue esto sólo: una turba de salvajes le salió al encuentro con ánimo de matarle mientras le vieron de frente; pero al



Cuentos de Calleja



verlo de perfil y contemplar aquella sobrehumana longaniza, huyeron despavoridos como alma que lleva el diablo.

»Con ayuda de las narices, trepó Paco a un cocotero, y ya en lo alto, se rompió la rama en donde estaba asido. Por fortuna, sus narizotas cayeron sobre otra rama, y cogiendo con una mano el extremo de ellas quedó tan firme como si le hubieran clavado en el árbol.

»Cansado de comer cocos y de hacer el coco a los salvajes, fuese tierra adentro nuestro narigudo, hasta que dio con sus huesos en el país de los chatos. Verdaderamente, todo era chato en aquel pueblo: achatadas las casas, achatados los árboles y chatísimos los habitantes. Lo eran tanto, que en vez de narices ostentaban dos agujeros, que para hablar tenían que taparse. Y así como en la tierra de los ciegos el tuerto es rey, en la de los chatos ejercía de monarca cierto individuo a quien por chato habían expulsado de Europa.

»Inútil es decir el asombro, la estupefacción, el delirio que produjo en la ciudad chatuna la valiente aparición de aquella gallarda nariz, que llegaba a la plaza principal cuando Paco estaba todavía en las afueras de la población.



Cuentos de Calleja

»Desde los balcones le echaban las damas flores, palomas y cintas de seda, que se arrollaban a aquellas regias narices en franjas de mil colores. El pueblo le aclamaba admirado, proclamándole, no ya rey, sino archiemperador. Le llevaron a palacio, donde el monarca destronado le rindió homenaje, y con unos andamios lograron que penetrara en el salón del trono la nariz imperial.

»Para que el Emperador pudiera dormir tranquilo, pusieron a ambos lados del lecho dos inmensos cojines de terciopelo y raso, en donde pudieran descansar las narices de S. M. I., que una grúa de vapor hacía pasar de un lado a otro cuando quería cambiar de postura.

»El país de los tontos declaró la guerra al de los chatos, y D. Paco I, *el Napias*, formó su ejército y se preparó a invadir el territorio enemigo. Al llegar a un río que les interceptaba el paso, se colocó el Emperador en la mitad de la corriente, y haciendo cabalgar sobre sus narices tres o cuatro batallones a un tiempo, en menos de una hora pasó a todo su ejército sin más que volver la cara de una a otra orilla.

»En el primero y último combate se ató una lanza a las narices, y arremetiendo contra el ejército de los tontos, ensartó hasta doscientos de ellos, con lo cual se declararon los restantes en vergonzosa fuga.

»Vuelto al país de los chatos con los laureles de la victoria, y proclamadas sus narices las primeras de su tiempo, reinó feliz y tranquilo, teniendo la ventaja, de que carecen los demás reyes, de oler donde guisaban en todo su imperio sin tener que moverse de su casa. El pueblo, agradecido a su monarca, le ha erigido una estatua de tamaño natural, cuyas narices sirven de reloj de sol y de tendedero de ropa por voluntad del soberano, que quiere, hasta en efigie, ser útil a sus súbditos.

»Y cuando yo supe todo esto, no pude menos de exclamar mirando mis instrumentos de cirugía:

»—¡Vaya un flaco servicio que le hago si llego a meterle mano a las narices!»



MATABALAS Y SUS TRES HERMANOS

UN pobre viejo que tenía cuatro hijos ya crecidos, los reunió una mañana y les dijo:

—Listos sois y sabéis vivir; idos por el mundo y volved dentro de tres años, porque pienso dejar entera mi fortuna al que haya hecho más carrera y sea más hábil de los cuatro.

Y dicho esto, los despidió, dándoles a cada uno un abrazo y una moneda de diez céntimos para que no les faltase nada durante el tiempo que habían de estar fuera de su lado. Era muy generoso el buen señor.

Cada cual se fue por donde quiso y siguió la marcha que le pareció más conveniente. Pero ello fue que al cabo de los tres años llegaban por diferentes caminos, pero a la misma hora, los cuatro hermanos, y se presentaron a su padre, el cual, por pronta providencia, les obsequió con un succulento banquete.

A los postres les dijo:

—Ahora espero que me digáis lo que habéis hecho en el mundo durante los tres años de plazo que os di.

Los hermanos se miraron unos a otros con desconfianza.

—Empieza tú—continuó el padre, dirigiéndose al mayor.

Y éste, ni corto ni perezoso, hizo el siguiente relato:

—Ya sabéis que siempre fui aficionado a la carrera de las

Cuentos de Calleja

armas. Y así, en cuanto salí de casa, me dirigí a la ciudad vecina y senté plaza de soldado. Mi compañía fue a la guerra de Italia, y allí tuve ocasión de lucir mi bravura y mi denuedo. Me hice tan hábil en el manejo de la espada, que en cuantos combates entrábamos no había miedo de que me tocasen al pelo de la ropa, aun cuando me atacasen cien hombres a un tiempo. Mi grado de teniente lo debí a haber partido en el aire una bala que iba derecha al corazón del general, y el de capitán a haber detenido con la espada, aunque con algún trabajo, una magnífica bomba que iba



a estallar entre nuestra compañía. Me llaman por eso de apodo el capitán *Mababalas*, y me enorgullezco mucho con poder ostentar este mote.

—No está mal—dijo el padre—; siempre es un consuelo tener un hijo hábil y con buena paga. Ahora te toca a ti—dijo al segundo.

—Mis aficiones—dijo el aludido—fueron siempre contrarias a las de mi hermano mayor. Yo me hice cirujano, y en poco tiempo conseguí una fama tremenda. Mi habilidad es tal que no hay herida que yo no cure, y he remendado corazones y he puesto sesos nuevos a muchos infelices. Ayer,

cin ir más lejos, cuando me encaminaba hacia aquí, me encontré a un desdichado que lloraba a lágrima viva porque le un puñetazo le habían sacado el hígado y se lo habían llevado. El hombre pedía su hígado, y, francamente, tenía derecho a llevarlo como cualquier hijo de vecino. En cuanto le vi, le consolé, ofreciendo curarle, y sacando el hígado a un cerdo que por allí buscaba la comida, se lo puse al prójimo en menos tiempo que empleo para contarlo. El hombre se fue muy agradecido, aun cuando sin pagarme la cura, lo cual me sucede todos los días. Me llaman *Cúralotodo*, y no es exagerado el mote.

—También estoy satisfecho de ti—dijo el padre—. Ahora habla tú.

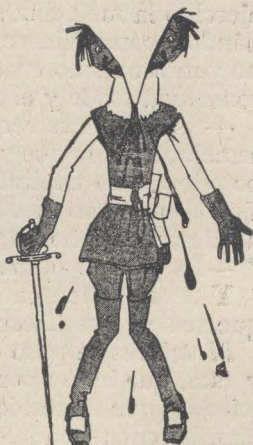
El tercero, a su vez, contó sus aventuras de este modo:

—El comercio fue, desde luego, mi profesión favorita, y para seguir mis inclinaciones entré de dependiente en una tienda. Tal es mi perfección en el arte de comprar y vender, que en vez de los diez céntimos con que salí vuelvo con cien mil escudos, ganados en fuerza de habilidad. Conmigo no hay aquello de querer o no comprar. El que pasaba a tres leguas a la redonda de mi establecimiento se sentía atraído de tal modo, que verdaderos tropeles de gente se daban de calabazadas por entrar en la tienda, comprando lo que yo quería y a los precios que me daba la gana. Un día vendí tres veces a un parroquiano una vara de percal en seis escudos y me la vendió otras tantas en dos reales. Me llaman *Véndelotodo*, y es la verdad.

Por fin le tocó hablar al último. Éste había sonreído desdeñosamente oyendo a sus hermanos, y dijo por junto:

—Soy abogado y basta. Yo solo valgo más que los tres, y a la prueba me remito. Me llaman *Picapleitos*, que es mote que me agrada. Es más útil conocer las leyes que saber matar con todas las reglas de la esgrima, o curar con las de la medicina, o comerciar como un pirata.

Se armó cuestión, y convinieron, para salir de dudas, ir todos a la ciudad más próxima para demostrar sus habilidades. El capitán abrió en canal



Cuentos de Calleja



a todos los soldados de una patrulla que le salieron al encuentro, y dijo que no los hacía picadillo por no dar mucho trabajo al cirujano.

Éste cosió tan bien los cuerpos de los heridos, que quedaron como si tal cosa. El tercero les compró las armas y los trajes, sin que pudieran resistirse, y en el acto se los volvió a vender ganándose el mil por uno. Pero el menor les armó pleito a todos por haber hecho armas contra la autoridad, por haber ejercido la medicina sin título profesional y por estafa, quedándose con el dinero de todos. Arruinados los tres hermanos, no pensaron sino en el modo de tomar la revancha. Reuniéronse una tarde y el mayor se expresó así:

—Es realmente vergonzoso que nos haya ocurrido un lance semejante. Y lo que más rabia me da es que quien me ha despojado de un capital hecho a fuerza de tajos y reveses ha sido el hermano menos hábil de los cuatro. Yo, francamente, no descansaré hasta haber recuperado mi dinero.

—Lo mismo opinamos—dijeron los otros.

Y después de una madura deliberación, convinieron en lo que tenían que hacer, y que fue lo que sigue:

Matabalas se puso de acecho frente a la casa del abogado, y éste, que le vio por una ventana, no se atrevió a salir por miedo a que le deshiciera la cabeza de un tajo. Cuando acudían los clientes a la casa en busca de noticias de sus pleitos, *Matabalas* les salía al encuentro y en un dos por tres los en-

sartaba con su espada; *Cúralotodo* les cosía las heridas y *Véndelotodo* les cobraba la cuenta del cirujano.

Así conseguían desquitarse, y al propio tiempo aislar al abogado de tal suerte que llegó a consumir sus comestibles, y moría de hambre, sin atreverse a salir a la calle.

Al fin, las autoridades, enteradas de lo que sucedía, enviaron un fuerte destacamento de soldados para que prendieran a los culpables.

Avanzaron las tropas por la calle, y ya creían tener a los tres hermanos en su poder, cuando *Véndelotodo* salió al encuentro de la fuerza para dar lugar a que llegara *Matabalas*, que estaba lejos.

Y como tenía aquella grandísima y redomada habilidad de obligar a comprar y vender lo que quería, los soldados le vendieron sus armas, sin poderse resistir; por lo cual, apenas llegó *Matabalas* con su espada, echaron a correr como gamos. Nuevas fuerzas llegaron, y *Matabalas* las resistió tan bien que, por muchos que fueran, siempre los derrotaba.

Entonces se les sitió, y desde una barricada empezó a hacérseles fuego con los arcabuces.



Cuentos de Calleja

Pero *Matabalas* se puso delante de sus hermanos, y con la espada paraba las balas para que no les hirieran; de modo que los soldados agotaron inútilmente sus municiones.

El abogado entretanto no sabía qué hacer, hasta que al fin se resolvió a transigir con sus hermanos, devolviéndoles el dinero que les había quitado. Entonces todos quedaron muy contentos y se abrazaron cariñosamente.

Decidieron marcharse a su casa para gozar tranquilamente de sus riquezas, pero encontraron barricadas en todas las calles y no podían salir.

Por fortuna, los cuatro eran hombres de recursos y no se apuraban por nada. Así fue que aquella noche escalaron una de las barricadas, y *Matabalas* iba, espada en mano, abriendo paso a los otros a través de las tropas; pero, como eran tantos los que le acometían, el pobre recibió una herida de mucha gravedad, cayendo al suelo medio muerto.

Cúralotodo cargó con el herido y echó a correr para curarle.

Entretanto, *Véndelotodo* y *Picapleitos* detuvieron al ejército, el uno comprando armas y el otro amenazando al general con llevarle a un consejo de guerra y hacerle fusilar.

El cirujano cosió la herida de *Matabalas*, el cual volvió de nuevo adonde estaban sus hermanos, y en un dos por tres hizo correr al ejército.

Se fueron a su casa y vivieron cuanto Dios quiso.



P O R U N P E L O

AL sur de España hay un pueblecito a orillas del mar, no muy lejos de Huelva. En la época de mi cuento lo componían quince o veinte casuchas de pescadores. El único edificio regular era la iglesia, la cual no pasaba de la categoría de ermita.

En una de aquellas casuchas vivía un matrimonio no muy bien avenido. Él era de genio un poco áspero, y ella testaruda y terca como un aragonés.

Cierto día en que el marido volvía de su trabajo, Francisca, que tal era el nombre de la mujer, puso sobre la mesa unas sopas de ajo que olían a gloria, y que por el olfato alegraron el cuerpo del tío Antonio. Sentáronse los esposos a la mesa, y el marido, con aire solemne, como quien se prepara a un banquete suculento, sacó de la cazuela una no pequeña cucharada.

Miró cómo corrían sobre la superficie caldosa las burbujas de aceite frito, y de pronto lanzó una exclamación que hizo dar un bote a la tía Francisca.

—¡Un pelo!—dijo, enfurecido, el marido.

—¿Cómo un pelo, mala sombra? Se te habrá caído de ese bigotazo de carabinero que me gastas—gritó la mujer.

—Más valdrá que te calles, picarona—gritó el tío Antonio.

—Pues el pelo es tuyo—dijo la tía Francisca.

—Pues si yo soy moreno, y el pelo es rubio, ¿cómo quieres que sea mío?

—Pues es tuyo, y muy tuyo.

—Mira que te voy a romper algo que te duela. Cállate, y reconoce que es tuya la culpa.

—Pues es tuyo, tuyo y retuyo.

—Vaya, se me acabó la paciencia. ¡Toma, por terca, por testadura y por cochina!

Y al decir esto, el tío Antonio blandió su estaca y arreó unos cuantos linternazos a su esposa, que gritaba:

—¡Pues es tuyo, tuyo, tuyo, aunque me mates!

—Pues, no, señor; que es tuyo, que se te ha caído de esa cabezota medio calva.

Cuentos de Calleja

—Pues no: que es tuyo, tío bigotazos, que se te está cayendo el pelo de borracho que eres.

—¿Yo borracho, cuando no pruebo el vino?

—No lo pruebas, porque sólo bebes aguardiente.

—¡Pues toma aguardiente!

Y enarbolando de nuevo el garrote, propinó el tío Antonio a su esposa una lluvia de golpes que sonaban como una imponente granizada. La tía Francisca, huyendo de aquella nube, salió a la calle dando alaridos, y detrás de ella marchaba el tío Antonio dándola cada estacazo que encendía yesca, paseando a su mujer por todo el pueblo, ella erre que erre, y él dale que dale.



La mujer del estanquero, que oyó la gresca, dijo a su marido:

—¿Has visto la infamia que hace el tío Antonio con su esposa?

—Y ella, ¿por qué es tan terca?—dijo el estanquero.

—Porque el pelo es del marido, sin duda alguna.

—Mira—dijo el hombre—, no te metas en lo que no te importa.

—Todos los hombres sois iguales. El pelo es de él, y tan criminal eres tú como el tío Antonio.

—Mira que te voy a solfear. Ten quieta la lengua.

—¡De él, de él!—exclamó irritada la estanquera.

—¡De ella, de ella!—gritó el estanquero.

—¡Pues sí!

—¡Pues no!

Perdió la calma el hombre, y, agarrando una vara de medir, comenzó a molerle las costillas a su esposa, que salió gritando por todo el pueblo:

—¡Infame! ¡Es de él!

—¡Cochina! ¡Es de ella!—gritaba el del estanco, mientras la vapuleaba.

Lo mismo pasó con los matrimonios de las casas inmediatas, y, por último, todas las mujeres de la aldea sostuvieron que el pelo era del tío Antonio, y todos los hombres que era de la tía Paca.

Tal zambra se armó, y tales fueron la gresca y el alboroto, que nadie se entendía. Pero, por encima del barullo de palos, se oía gritar a las mujeres:

—¡De él, de él!

Y a los hombres:

—¡De ella, de ella!

Por fin, el cura del lugar consiguió poner paz entre sus feligreses, no sin gran trabajo; porque cuando recomendaba a las mujeres prudencia, decían éstas:

—Señor cura, tiene usted razón; pero que conste que era de él.

Al cabo volvió cada matrimonio a su casa; y, cuando se curaron los cardenales de la jornada, nadie volvió a acordarse de lo sucedido.



Pasó así un año en la mayor de las calmas, hasta que llegó un día en que ocurrió lo siguiente:

Sentábase a la mesa el tío Antonio y su mujer, cuando dijo ésta:

—¿A qué no sabes de qué me estoy acordando?

—Tú dirás, Paca.

—De que hace justamente un año, tal día como hoy, comimos sopas de ajo, y...

—Sí; y encontré un pelo—interrumpió el tío Antonio.

—Por cierto, tuyo—añadió la tía Paca.

—Pero ¿aun no te has convencido de que era tuyo? ¿Tengo yo en el bigote pelos de dos palmos?

—Los tendrás como quieras, pero el pelo era tuyo.

—Vaya, que quieres que me siente mal el almuerto. Come y calla, y se acabó.

—Pero si era tuyo, ¿por qué lo has de negar!—insistió la mujer.

—Paca, ten cuidado, que ya me estás aburriendo extraordinariamente—gruñó el hombre.

—Pues era tuyo.

—Pues no era mío.

Y tan agria se puso la cuestión, que, volviendo a empuñar la vara, comenzó el tío Antonio a sacudir de lo lindo a su mujer.

Como antaño, la estanquera volvió a salir en defensa de la tía Paca, y el estanquero a la del tío Antonio; y hubo tales palabras, que llegaron a las manos con la misma furia que los interesados.

Por fin, el pueblo en masa se volvió a poner en movimiento,

Cuentos de Calleja

y ya no se oían más que bofetadas y estacazos, y a las mujeres, que gritaban:

—¡Es de él, es de él!

De nuevo el cura tuvo que mediar, y el médico que intervenir, para poner paz en los ánimos y soldar algunas costillas rotas en la refriega, y curar no pocos arañazos con que las mujeres más bravas señalaron a los hombres.

Pero ya en el pueblo no había tranquilidad. Los hombres y las mujeres se miraban con recelo, y era de temer que un día u otro volviera a comenzar la apaleadura.

Por entonces llegó a la aldea un joven muy listo que comerciaba en pescado, y que venía a comprarle al pueblo. Enteráronle de lo que pasaba, y entonces el joven congregó a todos los habitantes del lugar en la plaza, y les habló de esta manera:

—Sé que por la aparición de un pelo en unas sopas de ajo habéis perdido la paz de la familia, y yo quiero que la recobréis. La causa del disgusto es no saber a ciencia cierta si el pelo era del tío Antonio o de la tía Paca.

—¡Era del tío Antonio!—gritaron las mujeres.

—¡Callad, os digo!—exclamó el comerciante—No era de él.

—¿Lo veis?—dijeron ellos.

—¡Fuera, fuera!—gritaron ellas llenas de coraje.

—Pero tampoco era de ella—añadió el orador.

—¡Bravo, bravo!—gritaron todos.

—Pues ¿de quién era entonces?

—Era mío, que me estaba recortando la barba junto a la ventana de la cocina mientras la tía Francisca guisaba aquellas célebres sopas que tanto ruido y tantísimas descalabraduras han causado.

—¡Pero, en fin, era de hombre!—gritaron las mujeres.

—Vaya, pues no hay más remedio que darles la razón—dijo el comerciante—con tal que haya paz y sosiego.

Y mirad, por un pelo estuvo a punto de perderse un pueblo con sus vecinos y todo; lo cual prueba que en la vida las causas más pequeñas suelen producir los más grandes efectos.

Y, además, que el ser ligero de manos y muy suelto de lengua son cosas muy dadas a graves contratiempos.



B O F E T A D A S A L A S D O C E

UNA vez había un Rey muy desgraciado, que tuvo la desdicha de reñir con una hada poderosa, y ésta le ordenó que todos los días, al dar la primera campanada de las doce, recibiera Su Majestad en las augustas mejillas un soberano par de bofetadas.

El humillante castigo era propinado por unas manos invisibles, pero duras, que ponían los regios carrillos echando fuego, y el Rey, para evitarse la vergüenza de recibir los con-sabidos bofetones delante de su corte, se encerraba en su despacho a las once y tres cuartos, y no salía de él hasta las doce y diez, después de haberse refrescado la parte dolorida.

Los cortesanos nada sabían de aquel castigo misterioso y no podían averiguar las causas de aquellas breves ausencias del Rey. Éste, para evitar que por un descuido le atizaran los sopapos en plena corte, hacía vigilar constantemente su cronómetro por dos relojeros de su confianza, uno de los cuales tenía el encargo de decir al sumiller, para que éste lo dijera al maestresala, y éste al introductor de embajadores, y éste al primer ministro:

—¡Señor, las doce menos cuarto!

Lo mismo era oír esto el Rey que, dejando cuanto le ocupara, incluso suspendiendo la ceremonia más solemne, salía disparado a encerrarse en su despacho, hasta las doce y diez

minutos, en que volvía a ocupar el trono, más encarnado, pero más tranquilo.

Su reloj de bolsillo lo arreglaba del modo siguiente: así como los madrileños rectificaban la hora viendo caer la bola del reloj que hay en la torre del Ministerio de la Gobernación, el desdichado Monarca ponía su reloj en las doce apenas recibía las bofetadas de ordenanza. De este modo evitaba que un retraso inadvertido lo comprometiera.

Pero un día, ¡oh dolor!, se estropeó una de las ruedas del cronómetro y a Su Majestad se le paró el reloj de bolsillo; y



cuando el relojero de guardia anunciaba las doce menos cuarto sonaron dos tremendos cachetes aplicados sobre los mofletudos carrillos de Su Majestad, en medio de una espléndida fiesta cortesana.

—No son las doce menos cuarto—rugió el Monarca—; son las doce en punto, y esos relojeros, que Dios confunda, así saben de hora como yo de freír espárragos. ¡Que los ahorquen provisionalmente, mientras dispongo el castigo que merecen!

—Señor—exclamó el primer ministro—, por un error de quince minutos ¿disponéis la ejecución de dos padres de familia?...

—Se puede ser muy buen padre de familia y tocar muy mal el clarinete. Yo los pagaba no como padres, sino como relojeros... Pena de muerte al que interceda por ellos.

A todo esto, los cortesanos habían oído bofetadas, pero no sabían dónde, y se miraban unos a otros, sin saber quién las dio ni quién las recibiera.

El Rey estaba desesperado y trataba de dulcificar aquel castigo poniéndose una especie de barba de algodón en rama; pero el día en que tal hizo, fue doble la ración y a poco echó las muelas por la boca. Resignóse a sufrir los testarazos a cara descubierta y gestionar, por cuantos medios pudiera, el perdón de la vengativa maga.

A todo esto, había en un pueblo inmediato un mozalbete de quince años llamado Toribio, travieso como él solo y entremetido como ninguno, el cual se marchó en busca de fortuna. Llegó a la corte, en donde tenía un paisano, mozo de cuadra, persona muy influyente en palacio, porque el Rey gustaba de su conversación y solía bajar a las caballerizas para ver cómo los caballos se espantaban las moscas con la cola:

Allí conoció a Toribio, que tal era el jovenzuelo recién llegado; y cuando se enteró de que a toda costa quería hacerse rico, le propuso, con toda reserva, que buscara al hada Quejicona, su enemiga, y comprara su perdón a cualquier precio.

Estando en esta conversación sonaron dos ¡paf! ¡paf! y las mejillas del Rey se colorearon.

—Las doce en punto—exclamó tristemente—. Tengo el reloj en los carrillos.

Toribio lió el petate en busca de Quejicona, sin saber cómo dar con ella. Preguntó si había algún mago en la población e indicáronle uno que, por la cantidad de diez céntimos de peseta, daba las señas y hasta el retrato y pelo de quien se quisiera. Diole el mago las señas de la habitación de Quejicona, maga de primera clase, que vivía en una guardilla de una casa vieja sin ascensor, y llegado allí, mientras fregaba Quejicona los platos del cocido, le



Cuentos de Calleja

expuso la conveniencia de que suspendiera el castigo al Monarca.

—Deje usted que se entretenga un poco—exclamó la maga—; así se rascará y tendrá algo que hacer.

Por fin se apiadó del Rey, pero poniendo por condición que había de dar a Toribio por esposo a la Princesita mayor, que era una muchacha ideal, sin más defecto que ser un poco coja y algo manca, y que hubiera tenido buenos ojos de no bizcarlos, y una soberbia mata de pelo si no hubiera sido calva como la palma de la mano. En fin, un partido soberbio.

Accedió el Rey a lo solicitado, y la boda se celebró con mucha pompa. Hizo a Toribio Príncipe de Truchimán y señor de inmensos estados, que le producían cincuenta céntimos de peseta diarios para sostener el lujo de su casa.

El hada Quejicon se brindó a ser la madrina. El padrino fue el Rey; pero, en el acto de la boda, Quejicon, al oír la primera campanada de las doce, soltó a su compadre dos bofetones de los de barba de pavo, que dejaron al Monarca sin saber en dónde estaba.

—Son mi regalo de boda—dijo—, porque son los últimos que propino al Rey mi señor.

Quedó éste contento con verse libre de aquel solfeo cotidiano, y todos alegres de ver a Toribio hecho un Príncipe de lo más tieso que se ha conocido.





TEATRO GUIGNOL

Os acordáis de aquel teatro de fantoches que había en el Prado, junto a la fuente de Neptuno? ¡Cuántas veces habréis ido allí a presenciar las famosas victorias de Polichinela, a escuchar los disparates de Currillo y las fanfarronadas andaluzas del gitano Caracoles!

Pero lo que no sabréis, de seguro, es la terrible y descomunal aventura sucedida en aquella pacífica compañía de cómicos... de madera.

Cierta noche—me parece que era víspera del día de San Juan—quedaron los muñecos encerrados en su caja, donde se hallaban un poco apretados, a causa de que el amo había contratado un cómico nuevo, que tenía que hacer papeles de hombre gordo en una comedia próxima a estrenarse.

El recién venido parecía una ballena, con su abultado vientre, su gruesa cabeza y su cara de papanatas; pero era tan orgulloso, que se creía guapísimo porque llevaba una casaca verde con galones dorados y sombrero de copa.

A tal punto llegó su vanidad, que ni siquiera se dignó saludar a sus compañeros, pareciéndole que a su lado eran miserables comiquillos de la legua.

Como el papel que había de representar en la nueva piecilla era el de catalán, no hablaba más que con el acento propio de un natural de Sabadell o de Tarrasa. Eso y una

Cuentos de Calleja

mella que tenía le habían vuelto el seso, porque se creía gracioso.

Además, había pensado pintarse un lunar en la cara para trastornar al público con su sal y pimienta.

—*¡Ma parese*—decía—que voy a dar golpe!

Y miraba a los demás muñecos con aire de príncipe ofendido.

Llegó, por fin, el día del estreno. Se pusieron grandes cartelones anunciando el acontecimiento. La pieza se titulaba, si no recuerdo mal:

UN CATALÁN BARRIGUDO, POR NO GASTAR CALCETINES, O EL ATAQUE DE OCAÑA.

Título breve y sencillo, pero expresivo, llamativo, sugestivo, etc., etc. ¡Y no fue turba de muchachos la que acudió en tropel a las puertas del teatro, apenas sonó la campana anunciando que iba a comenzar la representación!



Las mamás y las niñeras compraron los bi'letes, y en un momento se llenó la sala de público menudo, que con sus sonrosadas caritas, y por un instintivo sentimiento artístico, estaban deseando que el aporreateclas que cencerreaba en el piano acabase de destrozar un polca ratonera con que más bien amenazaba que amenizaba el espectáculo.

Suena el timbre, se levanta el telón y comienza el acto.

¡Movimiento de curiosidad en el público!

El argumento de la comedia es sencillo. Polichinela está desesperado porque no tiene cinco céntimos que le hacen mucha falta, y no conoce a nadie que tenga disponible tan fabulosa suma. Se entera de que hay un catalán muy gordo que suele prestar dinero y le llama para que le saque del apuro.

El catalán va a casa de Polichinela, y, después de exigirle un recibo, dice que trae un testigo para que firme el documento. El testigo es un diablillo colorado, que saluda con sus cuernos de oro y firma con el rabo al pie del documento.

Coge Polichinela sus cinco céntimos y se los gasta alegre-

mente en francachelas, comprando juguetes caros y haciendo una porción de locuras, y cuando vence el recibo no puede devolver al catalán su dinero.

Se enfada el catalán, y para cobrarse se carga a cuestras todos los muebles de la casa; el diablo le ayuda y entre los dos quieren arruinar a Polichinela; pero éste se enfada, coge una tranca y los muele a palos a los dos. Se queda con sus muebles, y dice, mirando al público y frotándose las manos con la mayor alegría:

—¡Que vuelvan por otra!

El público se ríe, y cae el telón, entre los mayores aplausos, siendo preciso repetir la escena de la apaleadura. Y ¡oh, desgracia! uno de los palos alcanza al catalán en su magnífico sombrero de copa y lo apabulla, y al diablo en un cuerno y ¡se lo parte. Los muchachos se ríen a carcajadas y se van a sus casas, sin sospechar que va a comenzar de telón adentro una espantosa tragedia. El gordo mira con tristeza su apabullada chistera, que parece un acordeón, y promete vengarse.

—*Ca no vuelvo a Tarrasa sin trencarle el cap a Polichinela.*

El diablo está que bufa, porque donde tenía el cuerno le ha brotado un chichón como el puño, y las muñecas, que son muy entremetidas, se burlan sin piedad.

—¡Ah, diablo—dicen—, te has quedado mogón!

—¡Ya nos las pagará!—rugen el catalán y el diablillo.

Como los muñecos no podían ver a ninguno de los dos, se burlaban de su derrota.





Cuando terminó la representación y se quedaron solos en el teatro, se armó una de trescientos fantoches a caballo.

La caja donde estaban encerrados comenzó a temblar al ruido de la cachetina que se armó en un momento, y como estaban a oscuras, no eran las damas las que salían mejor libradas.

—¡Ay!—gritaba una—¡Que me rompen mi saya verde!

—Cállate, tonta—decía otra—, que a mí me han roto la cabeza de un puñetazo y no digo nada.

—¡Yo tengo un chichón!—chillaba otra.

—¡Guardias, guardias, socorro!—vociferaban varias.

—Zi, ¡ahí están los guardias en *conzerva*!—exclamaba con sorna el tío Caracoles—Vaya, *niños*, no *zeáis guazonez*: a matarze fuera,

que aquí no queremos ver *tripaz ni corasones partíos*.

De pronto se levantó la tapa del cajón y Polichinela salió muy sofocado desafiando al diablillo.

—¡Anda, valiente! Si tienes sangre ven aquí.

—A mí no me metes miedo.

Y vuelta a la cachetina. Polichinela dio al diablo tan soberbia bofetada, que le hizo rodar por el suelo; pero el demonio, enfurecido por el dolor, sacó su pincho de hierro y quiso atravesar a su adversario.

El pobre se vio comprometido, y de buena gana hubiera echado a correr; pero los demás muñecos estaban asomados a la caja viendo la lucha y a Polichinela le dio vergüenza que le vieran huir.

Entonces va y ¿qué hace? Coge uno de los garrotes que tan bien manejaba en el escenario y espera a su terrible enemigo.

Éste no tardó en avanzar, y con todas sus fuerzas tiró un terrible golpe al otro muñeco. Si le alcanza, de fijo le atraviesa; pero Polichinela no estaba por eso. Dio un salto de costado, esquivando el golpe, y a su vez le propinó al diablo un garrotazo tan tremendo en la cabeza, que le partió el otro cuerno

y le hizo caer atontado. A todo esto, el catalán se puso de medio lado su chistera estropeada, y con los brazos en jarras avanzó hacia el vencedor.

—Ahora va *osté* a ver lo que *hase* uno de Tarrasa. ¡Lé voy a *trencar* como a un *serdo* y le voy a *haser* salchichón!

—¡Puede!—dijo con socarronería Polichinela.

—Esto *sa rematat*—rugió el gordo.



Y cogiendo un sable de caballería, arremetió a Polichinela, mientras el diablo, que ya se había levantado, empuñaba, enfurecido, su terrible pincho.

El pobre Polichinela iba a pasarlo mal, porque no se podía defender de los dos, cuando los de la caja, que estaban indignados contra el catalán y el diablo, empezaron a decir a grandes voces:

—¡Fuera ese tío gordo!

—¡Que le saquen el sebo!

—¡A la calle! ¡Fuera!

Y salieron de la caja, cada cual con el arma que encontró

más a la mano; se precipitaron sobre los dos antipáticos y les propinaron la más soberana paliza que se haya dado en teatro alguno.

Al diablo no le quedó ni cara donde rascarse. La nariz la tenía metida en el cogote; las orejas volaron a los primeros estacazos, y tuvo que esconderse, derrotado y maltrecho, detrás de un bastidor.

Al gordo le deshicieron la barriga de una pateadura, y en el acto y como por ensalmo perdió el acento catalán y un ojo, que se llevó enredado en la falda la señorita Luisa, una muñeca muy traviesa que hacía los papeles de dama joven.

En cuanto a Polichinela, orgulloso del resultado de la batalla, de donde no sacó rotos más que tres muelas y el frac, perdonó al gordo de buena gana, y hasta se hizo amigo suyo, a condición de que había de reñir con el diablo. Éste, que se olió la chamusquina, dijo:

—Pies, ¿para qué os quiero?

Y echó a correr, marchándose adonde pudo, sin que se le haya vuelto a ver el pelo. Y si no lo creéis, preguntádselo al dueño del teatro.

EL TÍO TRÁPALA

PARA tocar la corneta con gusto y afinación, nadie como este mozo cuando tenía veinte años. ¡Vaya unos repiqueteos y unos adornos! Lo mismo tocaba paso de ataque que una polca. ¡Y cómo tocaba a rancho! ¡Con decir que se ablandaban los garbanzos y las patatas al oír las notas de mi corneta!... Los jefes estaban entusiasmados conmigo, me daban

cada propina y cada «bofetá», porque eso sí, era más malo que un dolor. Pero me rascaba la cara, y hasta otra.

»—¡Periquillo!—me decía el coronel—, toca el punto de la Habana, que está triste el regimiento y hay que alegrarle un poco.

»Y yo tocaba un punto, que parecía punto y coma, y se les alegraba la cara desde el coronel hasta el ranchero.

»—¡Periquillo!—me decía el comandante—, toca las «habas verdes», que son tan bonitas.

»Y yo tocaba unas habas que el regimiento entero creía tenerlas en la boca.

»—¡Periquillo!—me gritaba el capitán—, toca... te las narices y déjanos en paz.

»Y yo guardaba la corneta en un calcetín para que no se me estropeará.

»Cuando estalló la guerra fue mi regimiento de los primeros que entraron en fuego, y ya se sabía, en cuanto le tomaba la embocadura y largaba cuatro notas... se armaba una de tiros que encendía el pelo.

»Un día fui con un pelotón de avanzada para ver si se descubría el enemigo. Éste se hallaba oculto tras una loma, y ¿qué voy y hago? Dejo emboscado mi pelotón, y me voy solo y agazapándome por entre las matas hasta colocarme, sin ser visto, detrás del enemigo, y de pronto toco paso de ataque y disparo mi fusil. El efecto fue instantáneo; los enemigos se creyeron entre dos fuegos, y levantando bandera blanca se rindieron a discreción.

»Pero todo esto no es nada al lado de lo que me ocurrí varios días después. Como era tan valiente, me propuse dario dos bofetadas al general francés que mandaba el ejército contrario, y cogiendo mi corneta me largo hacia el campamento enemigo. En cuanto me vieron los franceses comenzaron a hacer fuego como desesperados. Todo se volvía: ¡pim! ¡pam!, ¡pim! ¡pam!, y gracias a que no eran aficionados al pim, pam, pum, que si no me dividen; y vaya unas balitas que tiraban; las nuestras silbaban, pero estas tarareaban y cantaban que daba gloria el oírlas.

»Por fin me aburrí del concierto, y empuñando la corneta di un resoplido tan fuerte que les reventé los oídos a todos los franceses en cuatro leguas a la redonda, pero se me escapó la trompeta y yo resbalé y caí con tan mala fortuna, que vine a sentarme sobre un guijarro tan agudo, que me hice sangre en las narices.

«Comienzo a buscar la corneta y no la encuentro; revuelvo las piedras en que tropecé y tampoco; sigo buscándola; y ¿dónde dirán ustedes que estaba? Se le había clavado en el cogote al general en jefe enemigo, de cuyas resultas le entró un apetito tan grande, que se comió crudo el caballo que montaba; esto sin contar con que del golpe se le reventó un lobanillo y se le abrieron dieciséis flemones que le impedían escribir a la familia, por cuya razón, en cuanto me presenté me abrazó cariñosamente y me regaló cuatro pesetas, dos de ellas falsas. El pobre lloraba de alegría y le caía cada lágrima como un carnero, tanto que hizo un charco tan profundo que se bañó en él toda la caballería.

»No sabiendo cómo irme, porque el general se empeñaba en hacerme coronel, le puse pedales a una cureña y salí escapado con cañón y todo, como quien monta en bicicleta. Dieciséis escuadrones salieron en mi persecución, y viéndome perdido, sin cesar de correr disparé el cañón, que estaba cargado de metralla, con tal acierto, que les corté a todos los caballos las herraduras, y no pudiendo correr, tuvieron que volverse a su campamento. Por cierto que le vendí a un traperero en tres reales el cañón y las catorce mil herraduras que quedaron en el campo. Hice un negocio loco.

«Cuando volví a incorporarme al regimiento, le dije al coronel lo ocurrido, y aprovechando la circunstancia de estar inútil la caballería enemiga, nos lanzamos sobre el ejército francés y les tomamos las trincheras y un par de botas que se dejaron olvidadas al pie de un árbol. Dentro de cada bota encontré una compañía de zapadores, que se habían escondido por miedo a que los fusilaran; pero el coronel se contentó con pasarlos por las armas, y todos quedaron tan contentos como si los hubieran echado aceite hirviendo en el cogote.

«En el charco formado por las lágrimas del general francés, había unas truchas hermosísimas. Yo soy un gran pescador, y así, cogiendo una bayoneta, le unté la punta con saliva, y pinchando en el agua con toda mi fuerza, saqué ensartados por las agallas veintidós peces y un calcetín. Cojo la trucha mayor, la pongo en unas parrillas y apenas se calentó comenzó a tocar llamada con tal perfección como si fuera yo mismo. De un machetazo le abro el vientre, y detrás de una espina encontré mi célebre corneta, que, aburrida de que nadie la tocara, tocaba ella sola.

«¿Cómo iba formado mi batallón! Sólo de recordarlo me palpita el corazón de alegría. Iban delante los batidores, les

seguían las lendreras, y después la música: ¡qué musiquita la nuestra! No eran muchos, porque en la última batalla quedamos no quedó sano más que el piporro; pero ¡vaya unos piporrazos con salero! Aquel músico solo valía por todas las bandas, charangas y orquestas del mundo. Era mucho hombre aquél y muchos pulmones los suyos. Baste decir a ustedes que cuando él tocaba aquello de «¡Pom, pom, parapom!» se oían los pitazos en veinte leguas a la redonda, y por no exagerar quizá me haya quedado demasiado corto.

»Nuestro coronel era un hombre de una vez. «¡Camará!» Era más valiente que el Cid Campeador, y siempre estaba enseñando los dientes a amigos y enemigos. Era que una bala le había quitado el labio superior, y ¡claro está! llevaba siempre los dientes al aire, hasta que otro balazo se los quitó de raíz, además de estropearle las narices y un duro que llevaba en el bolsillo y del cual no le dejó más que tres pesetas.

»En otro combate vino una bala de cañón y se me llevó una pierna; pero como solo fue una, me dio gran risa ver la bala correr a pie cojuelo por el campo, sin saber adónde meterse. La verdad es que si me llega a coger las dos me fastidia. Con un pedazo de asta de bandera me hice una pata de palo, y me vine al pueblo a descansar de mis fatigas. ¡Si estaría bien hecha la pierna postiza, que me hice corredor de granos!

»Todavía conservo la corneta como recuerdo de mis valentías y habilidades; por cierto que no hace mucho que tuve que sacarla del granero, porque empezó a tocar una habanera tan bonita, que todos los granos se pusieron a bailar desesperados.

»Por último, la he metido en un estuche formado con una cáscara de calabaza huérfana, donde la guardaré hasta que me muera.»

La verdad es que el tío Trápala, que contaba esto, era el embustero más grande de su pueblo, y si me apuran un poco, de toda España; porque es verdad que fue corneta, pero que en su vida tocó bien, y si se quedó cojo fue de un palo que le atizaron por huir del enemigo en cuanto sonó el primer disparo.



EL PALACIO DE LOS ESTORNUDOS

ESTABA D. Perico Chufaseca revolviendo manuscritos llenos de polvo y telarañas cuando, al volver la hoja de uno de aquellos mamotretos exclamó:

—¡Cáscaras, cascarillas y cascarones!

Y rascándose la frente dio un salto mortal, se bebió la tinta de un tintero inmediato, se sentó sobre el sombrero y dio un mordisco a su peluca. Todas estas barbaridades eran señales de que D. Perico Chufaseca estaba en el colmo del regocijo.

¿Qué había leído que tanto le entusiasmara? Que existía una pomada maravillosa, con la cual se le podía hacer salir el pelo hasta al mármol de una mesilla de noche; y como D. Perico tenía la cabeza como un melón, salva la peluca, se prometió buscar aquella pomada dondequiera que se encontrase. Pero el mismo libro decía que el tal ungüento se hallaba en el palacio de los *Estornudos*, situado en el país de los *Catarros*, sobre la montaña de los *Aires Colados*.

Salió nuestro D. Perico en busca del susodicho palacio, y apenas entró en la comarca donde se asentaba, vio una larga fila de calvos que marchaban en la misma dirección. Agolpáronse todos junto a la puerta del edificio, no siendo las mujeres pelonas las menos diligentes en pedir que les abrieran; y como todos querían quitarse la calva, y la po-

El palacio de los estornudos

mada era poca, se armó una cachetina tan feroz que muchos perdieron el poco pelo que les quedaba, alguno se dejó clavado un ojo en el picaporte de la puerta, y entre muelas y narices rotas se cargaron dieciocho carros de cuatro mulas cada uno.

Don Perico, más prudente, sólo sacó rota la casaca; pero de dos puñetazos le dejaron corto de vista y le hicieron aprender francés.

En vez de entrar por la puerta se coló en el palacio por una ventana, y en el momento de pisar la primera habitación dio tan terrible estornudo que fue a dar con las narices contra la pared de enfrente. Apareció un gato negro que poniéndose en dos pies le habló de esta manera:

—¿Qué viene a hacer aquí la flor y nata de los Pericos?

—Vengo a buscar remedio a mi calvicie.

—La verdad es—dijo el gato encaramándose sobre la cabeza—que no tienes pelo de tonto, ni tampoco de discreto.

Estornudó otra vez D. Perico con tal violencia que salió el gato disparado contra una araña y él cayó atontado sobre un sofá

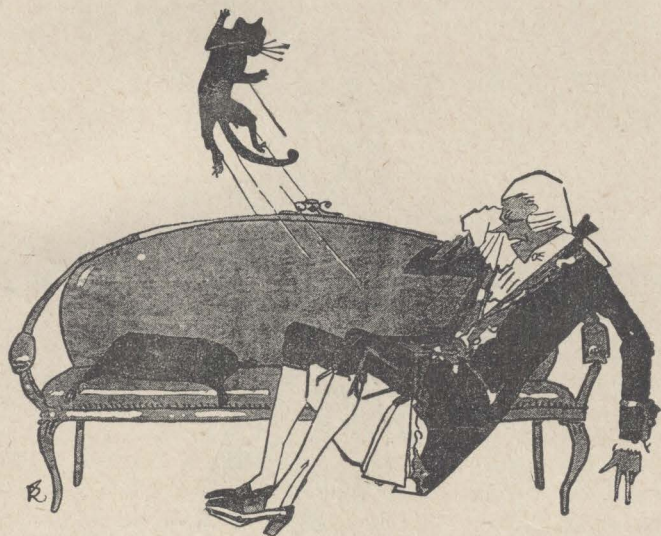




—Si quieres la pomada—dijo el gato—, asómate a ese balcón y di tres veces sin reírte: ¡Soy un borrico pelón! Si no te ríes, tuya es la pomada, pero si no estás serio, te doy dos arañazos en la rabadilla, que no te vas a poder sentar a gusto en seis meses.

Asomóse D. Perico, contemplando con asombro la ciudad de *Calvópolis*, de que era principal adorno el palacio de los *Estornudos*. Echó mano de toda su seriedad y dijo con énfasis:

—¡Soy un borrico pelón!



Pero aún no había terminado de decirlo, cuando le entraron unas furiosas ganas de reír; soltó la carcajada y veinticinco estornudos; abalanzósele el gato negro, clavándole uñas y dientes en el sitio más carnoso de la espalda. Salió huyendo D. Perico, llevando el gato agarrado, y pasó como un rayo a través de las habitaciones del palacio, y aquí fue ella: más de quinientos calvos y calvas corrían en todas direcciones dando feroces estornudos y chocando unos con otros. Aquello era una endiablada confusión. D. Perico, atropellándolo todo; derribando personas y muebles, siguió su camino hasta dar con una habitación cuya puerta, al cerrarse tras el pobre hombre, cogió al gato por el pescuezo, arrancándole

del sitio delicado en donde D. Perico le llevara. Respiró el pobre hombre, y llevándose la mano a la parte dolorida pensó un momento en su situación. Pero era testarudo y dijo:

--Sin la pomada no me voy, aunque me revienten.

Y dicho y hecho, se puso a buscarla por la habitación. Revolviólo todo, abrió los cajones de los muebles, levantó los ladrillos del suelo, hasta que por último dio con un tarro de hoja de lata forrado de papel azul en que se leía: «POMADA MARAVILLOSA»; lleno de regocijo destapó el tarro, viendo



que su interior estaba lleno de una pasta amarilla. Metió el dedo en la pasta, pero se le escurrió el bote y se vertió su contenido en el suelo. Llevóse las manos D. Perico a la cabeza y se llenó de pasta con sus untados dedos la frente, la nariz y los párpados, y ¡oh poder misterioso!, le salió en el acto una larguísima trenza de pelo por dondequiera que se tocó, con lo cual estaba el pobre hecho un adefesio. Miróse a un espejo y se encontró tan horrible que echó a correr espantado de sí mismo; y esta vez, como si llevara clavado al gato, corrió por los salones sin encontrar a nadie; la puerta de la calle estaba abierta y el palacio había perdido su virtud de hacer estornudar.

Apenas se encontró en la calle D. Perico, se vio perseguido por chicos y grandes, que creían que era un oso calvo, y le apedrearon sin compasión. Rendido de cansancio se apoyó en un árbol, y apenas hubo tocado la corteza con la grasa que aún le quedaba entre los dedos, comenzó a brotar pelo y más pelo hasta formar un bosque enmarañado.

—¡Maldito afán por tener pelo!—gritaba D. Perico—Por no resignarme a ser calvo me pasa todo esto.

Arañado, mordido, llena de pelo la cara y pelada la cabeza, llegó a su casa el señor de Chufaseca, que por primera providencia mandó llamar al barbero y se hizo arrancar en seco aquellos pelos importunos.

Y cuando se vio próximamente como antes, dijo:

—Bendita sea mi calva, pelada como una bola de billar: al fin y al cabo, no hay calvo que no haya tenido buen pelo.

Y colorín colorado,
este cuento ha terminado.

L A S G A F A S D E L D I A B L O

Sf, señor; del mismísimo demonio debían ser aquellas gafas verdes que se encontró sobre su mesa el respetable don Canuto Hueco de Mollera.

Este D. Canuto era un hombre famoso por sus rarezas.

¡Pues no se había empeñado el bueno del hombre en conocer la verdad! Entre otras menudencias, quería leer en el pensamiento humano como en las hojas de un libro.

Impulsado por una ardiente curiosidad, el bueno del hombre no descansaba en busca de un ideal siempre perseguido y jamás logrado, revolviendo *infolios* y *palimpsestos*, sin encontrar satisfacción a su deseo.

La filosofía fue desde luego la ciencia favorita de D. Canuto, y con ella se remontó a las más altas abstracciones de

la metafísica, a cuyos estudios debió su elección de miembro de no sé cuántas Academias científicas.

Pero su ambición no estaba satisfecha. Su deseo era conocer la verdad terrena, leer en el humano pensamiento, y esto, ni aun remotamente lo había conseguido.

Por fin, una mañana, al levantarse del lecho, vio sobre la mesa de su despacho una cajita de rara y misteriosa apariencia. La abrió con el mayor cuidado, y dentro encontró unos quevedos con armadura de oro y cristales de un color indefinible, que así parecía verde como rojo o negro, según desde donde se les mirase, aun cuando el mismo D. Canuto aseguraba que no eran tornasolados aquellos endiablados espejuelos, sino que cambiaban de color como si en vez de dos inanimados cristales se tratara de dos camaleones.

Y cuando al bueno del hombre se le pasó su no floja dosis de miedo al ver aquel regalo del diantre, la curiosidad pudo en él más que el temor, y se caló los lentes.

Por de pronto, la vista del moblaje de su sala le produjo un efecto deplorable. Los dorados de las sillas y butacas aparecían verdes, con el verde del cobre; el damasco tenía más algodón que seda, y los chapeados dejaban al descubierto la madera de pino ordinaria.

—¡Me ha engañado el mueblista!—dijo—¡Qué verdad es que no es oro todo lo que reluce, ni seda todo lo que lo parece! Vea usted unos muebles que me costaron treinta céntimos uno con otro, y ahora resulta que ni son de oro ni de damasco. Por cierto que aun no los he pagado, y hace diez años que los tengo. ¡Calla! Pues resulta también que los colchones que compré por lana son de borra de la mala. ¡Así estaban de duros los condenados, aunque no tanto como los garbanzos que me vende el tendero. Él dice que son como manteca; pero yo no he visto una manteca que haya que ablandarla a martillazos. Verdaderamente estos quevedos son una mina, porque, en adelante, el que me quiera engañar va a salir con las manos en la cabeza

Se aproximó D. Canuto a su biblioteca, y al coger algunos libros y mirarlos al través de los lentes, sufrió un cruel desengaño. Algunas obras que él creía originales, eran copias estropeadas de otros autores, lo cual no impedía que hubieran producido asombro entre la gente.

Del despacho pasó a la cocina, y allí le aguardaban nuevas y dolorosas sorpresas. Apenas miró a la criada, le dijo irritado:

—¡Y yo que la tenía a usted por una sirvienta fiel, y todos

los días me sisa usted dos céntimos de la compra, ~~casi la~~ mitad del dinero que la doy! Luego dice usted que todo está muy caro. Lo que está cara es la honradez, y por eso carece usted de ella.

La criada, que era una excelente mujer, rompió a llorar a lágrima viva; pero D. Canuto, sin hacer caso de sus lamentos, pasó a la despensa, donde se entretuvo en contemplar las provisiones.

—Este jamón tiene trichina—exclamó casi llorando de pena, al ver el único que se balanceaba colgado de una cuerda—. Ahí quisiera ver colgado al carnicero que me lo vendió. ¿Y estos chorizos? Me dijeron que eran de lomo, pero no de qué animal, y ahora resulta que son de burro, perro y gato. No vuelvo a comer embutido en todos los días de mi vida, aunque los vea preparar delante de mí. ¡Oiga usted, doña Sinforosa!—rugió D. Canuto dirigiéndose a la criada—¿Dónde están aquellas cuatro onzas de arroz que compré hace seis años, y apenas se ve algún grano que otro en el suelo de la despensa? No me diga usted que se acabó, porque aquí, fuera de quinientas paellas, no se ha gastado más arroz. Ya sé que usted es capaz de comérselo crudo, golosa.

Miróse D. Canuto la casaca, y prorrumpió en coléricas exclamaciones.

—Por esto sí que no paso. ¡Habermé vendido por riquísimo paño inglés una tela de papel de estraza mascado! En cuanto le eche la vista encima al sastre, le voy a dar una felpa bastante peor que la de un chaleco; y luego se quejará de que hace seis años que no le pago. Se necesita ser descarado y atrevido. Como vuelva a molestarme, le voy a meter la cuenta en las narices.

Se asomó al balcón, y entonces sí que fue ella.

—¡Tate!—exclamaba—¿Conque D. Cleto, ese hombre tan respetado por su ciencia, es un melón? ¡Y yo que le tenía por un sabio! ¡Y D. Francisco, el venerable D. Francisco, tenido por persona formal y seria, resulta un embustero de tomo y lomo! ¡Cómo me voy a reír de todos ellos a carcajadas en cuanto me hablen de su ciencia o de su seriedad! Por allá baja doña Restituta; calémonos las gafas. ¡También! ¡Bachillera, chismosa, enredadora, no tiene por dónde el diablo la deseche! Se acabó la paciencia. A todos les voy a decir en su cara la verdad. ¡Eh, doña Restituta! ¿Qué lío va usted a armar? ¿A quién va usted a cortar hoy un sayo? ¿Qué reputación va usted a manchar? Y usted, D. Mentecátez o don Cleto, que es usted

Cuentos de Calleja

tan serio como un pollino, sepa usted que hay muchos infelices tirando de una noria que harían mejor figura que usted en la Academia.

Y así empezó a insultar a cuantos pasaban por su calle.

Los insultados, reunidos al pie del balcón, contestaban con frases no menos agresivas a D. Canuto, al que juzgaron loco en los primeros momentos.

Al fin se llenó la calle de gente incomodada contra D. Canuto, y acordaron romper la puerta de la casa y echar por el balcón al maldiciente.

Cuando subieron, éste se había quitado las gafas, y, pasada la impresión que los cristales le producían, pidió perdón a todos por lo que les había dicho, afirmando que las gafas tenían la culpa de todo.

D. Cleto quiso hacer la prueba, y con gran asombro de todos, en cuanto se puso las gafas empezó a ver melones, orejas de burro y lenguas mordaces por todas partes. Tuvo que quitarse los lentes en el acto.

La propia madre de D. Canuto, en cuanto miró a su hijo a través de los endiablados cristales, no pudo menos de exclamar:

—¡Qué asno te ha hecho Dios, hijo mío!

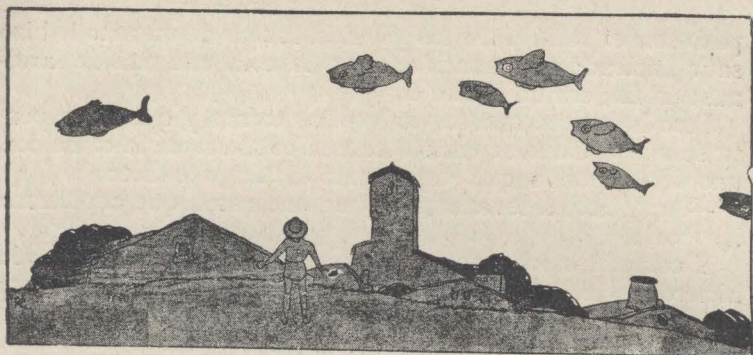
—¿Asno yo?—rugió D. Canuto—Entonces esas gafas no dicen la verdad, engañan miserablemente. Ahora me convenzo de que todos ustedes son unas excelentes personas y yo soy un mentecato que ha creído lo que estas gafas endiabladas me hacían ver. Pido a ustedes mil perdones y les ruego olviden las atrocidades que les he dicho. Sí, señores, soy un bobo que se ha tragado como verdades todas las mentiras que el mismísimo diantre quería hacerme pasar por verdades como puños. Ahora verá lo que es bueno.

Y sin decir una palabra más, cogió los embrujados espejuelos y los estrelló contra el suelo, al tiempo que exclamaba:

—Empeño vano es buscar la verdad fuera de Dios.



Los que se esfuerzan en ver a sus semejantes como si fueran seres inferiores, ¿no tendrán los ojos del alma cubiertos con las verdes gafas del diablo?



EL MUNDO AL REVÉS

No sé por qué razón, pero es el caso que un día decretó la Providencia que todo se volviera al revés. El cuadro que presentó el mundo no podía ser más extraño: los peces revoloteaban por el aire como bandadas de mariposas; en vez de jilgueros y ruiseñores, cantaban tiburones y ballenas. Las aves nadaban en el seno de las aguas como Pedro por su casa, dándose cada chapuzón que daba gloria verlas. Un burro, en la puerta de una fonda, tocaba en un clarinete el *no me mates*, *no me mates*, mientras otro, que por lo visto estaba en buena posición, salía del *restaurant* limpiándose los dientes con un sable de Toledo.

Cuéntase que un muchacho de los que vivían por entonces, y que se llamaba, si mal no recuerdo, Manolo, era más malo que la quina y tenía entre otros graves defectos el de maltratar a los animales. En vano sus papás y maestros le reprendían, y aun de vez en cuando le propinaban alguno que otro zurriagazo de esos que encienden yesca; el chico no escarmentaba. Como viera algún borrico atado a una reja, le desataba, cabalgaba en él un buen rato y de paso le atizaba una paliza para sacarle un trote cochinerito.

Como encontrara un perro, lo menos que hacía era dispararle un canto en la rabadilla que le hacía salir más que de

Cuentos de Calleja

paso con el rabo entre las piernas. A más de un gato le hizo salir haciendo ¡fu! amarrándole a la cola una lata de sardinas; en fin, era un diablejo.

Pero hete aquí que se vuelven las tornas y que al despertarse una mañana se encuentra a la cabecera de la cama con uno de sus perros, que empuñando un látigo le dice:

—Amiguito, a levantarse, que tiene usted que cepillarme las botas.

Y como el muchacho vacilara, le soltó dos latigazos que le hicieron levantarse más que aprisa. ¡Cuál no sería su asombro al notar que no podía andar sino a cuatro pies! Quiso hablar y soltó un ladrido; intentó morder al perro y éste lo deslomó a palos. Salió de su casa echando chispas y encontró a otros muchachos tan traviesos como él castigados de la propia manera. En la plaza de Oriente Carlos y Pepe tiraban de un cochecito y dentro de éste iban los dos carneros que habitualmente arrastraban el vehículo.

Varias aguadoras de esas que llevan unas aguaderas a lomos de un borriquito, al que matan a palos, iban ahora ellas dando corcovos con la carga a cuestras y recibiendo cada leñazo que se chupaban los dedos. Sus antiguos esclavos iban en dos pies detrás de ellas diciendo:

—Arre, borrica, que eres más bestia que un poste.

Siguió Manolo su camino, a cuatro pies, por supuesto, y aún le parecían pocos para correr, cuando al atravesar una calle se encontró con un amigo y compañero de colegio, con el cual entabló a ladridos el siguiente diálogo:

—¡Bernardo de mi vida! ¿Has visto lo que nos pasa?

—¡Que si lo veo! ¿Pues no me estás viendo convertido en perro de lanas?

—Pues aquí me tienes de faldero, que no sé dónde esconderme para que los antiguos perros no se venguen de las trasadas que cuando era persona les hice.

Oyóse en esto un ruido, y al volver la cabeza vieron un tranvía tirado por varios mayores de esos que siempre están renegando, y en la plataforma iba un mulo coquetonamente adornado con un sombrero de tres picos, guiando el carruaje, que iba lleno de una porción de animales de todas clases.

—Chico—dijo Manolo a Bernardo—, ¿sabes que eso en vez de tranvía parece el arca de Noé?

No bien hubo acabado de decir estas palabras, se sintió cogido, sujeto y, sacándole el faldón de la camisa, le ataron a ella una lata de petróleo. Volvió la cabeza y vio reunidos a

todos los perros a quienes en otro tiempo hiciera daño, y que ahora celebraban con grandes risotadas la feliz ocurrencia de hacer correr al pobre Manolo.

Dos puntapiés bien dados le sacaron de dudas y le hicieron emprender una vertiginosa carrera.

Al pasar junto a un estanque vio unos peces que con la caña bajo una aleta pescaban niños que estaban nadando. Por fin se detuvo medio muerto de fatiga, recogiénole un caballo viejo y ciego que gastaba gafas por compromiso, y el cual, a cambio de algún mendrugo, le obligó a aprender el ejercicio para que divirtiera al respetable público de osos, monos, perros, gatos y demás gente distinguida.

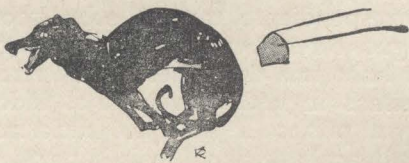
El caballo, sentado en el suelo, con un sombrero de copa que parecía un acordeón, tocaba en el bombardino la *polca de los paraguas*, mientras la bailaba Manolete. Tanto bailar le cansó, y un día le dio esquinazo al caballo viejo, dejándole solo con el bombardino. Tengo entendido que se anunció la pérdida en la *Gaceta* y que hasta se ofreció una gratificación a quien presentase un faldero que atendía por Manolo; pero todo fue inútil, porque éste se escondió para que no dieran con él.

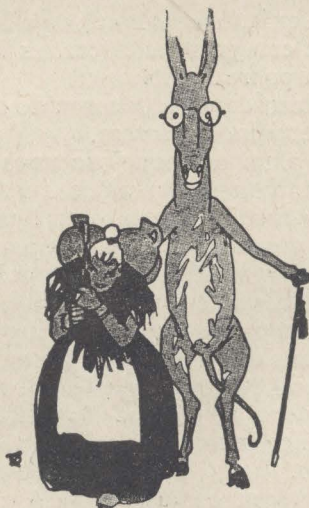
Una tarde vio acudir mucha gente, si gente puede llamarse a perros, gatos, mulos, etc., y penetrar en un gran edificio.

—¡Cáscaras!—dijo Manolo—Esta es la plaza de toros. Pues válgame mi calidad de perro para asistir de balde a la corrida.

Y deslizándose por entre dos animales que hacían de porteros, penetró en la plaza tomando asiento en un tendido. ¡Poder divino, qué espectáculo! Un burro de tomo y lomo que hacía de presidente tenía a su lado en el palco a otro no menos pollino que él, y era el que le decía cuándo tenía que mandar cambiar la suerte.

Una porción de pavas reales, adornadas con airosas mantillas, llenaban los palcos, y con los gemelos y los impertinentes se miraban unas a otras para criticarse y ridiculizarse despiadadamente. ¡Cuánto animal en gradas y tendidos!





La barrera estaba llena de osos, provistos de botas llenas de vino que empinaban con delicia; había un barullo de todos los diablos, hasta que una banda o, mejor dicho, una bandada de avestruces tocó un alegre pasodoble, apareciendo inmediatamente la cuadrilla.

¡Qué cuadrilla! Doce toros de las más acreditadas ganaderías salieron en dos pies, con el capote terciado y la montera airosamente colocada entre los cuernos. Los que hacían de picadores cabalgaban sobre monos sabios y llevaban unas picas larguísimas.

Sonó el clarín y apareció en la arena el primer bicho: era un alemán de siete hierbas que arremetió contra los piqueros, echando a rodar dos monos sabios. Hizo señas el presidente y se tocó a banderillas; la plaza entera protestó, gritando:

—¡Burro, burro! ¡No lo entiende usted!

El burro presidente se descubrió y el público pidió que banderilleasen los matadores.

Cuernosgrandes, que era el primer espada, se disponía a colocar su par correspondiente, tan mal sobre poco más o menos como los antiguos toreros, cuando se armó un griterío horrible en la plaza y hubo una de cachetes tan formidable, que dos monas monisimas inglesas que había al lado de Manolo se desmayaron y el público se precipitó hacia las puertas de la plaza; el alemán acababa de saltar la barrera.

Manolete sintió dos puntapiés salvo la parte, y sin siquiera volver la cabeza para enterarse de quién se los propinaba, salió a la calle como alma que lleva el diablo.

Aquí de sus apuros; unos cuantos gansos con casco romano, a caballo sobre unas sardinas de lata, pretendían mantener el orden a sablazos, haciendo una porción de gansadas impropias de la autoridad. En poco estuvo que atropellaran al pobre Manolete, el cual tuvo que refugiarse en un portal, donde un camello cesante le echó mano diciendo:



—¡Gracias a Dios que tengo un perro chico!

El infeliz camello se puso un velo de señora, cogió a Manolo en brazos como si fuera un niño de pecho, y colocándose en una esquina, comenzó a cantar con voz de falsete:

Nací en un bosque de cocoteros,
una mañana del mes de abril.

—Señores—añadía—, una limosna para esta pobre madre que tiene un niño a quien mantener.

Pero Manolo, que no quería hacer de niño de pecho, le dio un mordisco al camello en un brazo y salió corriendo hacia las afueras de la población. En una casita encontró dos tórtolas, que al verle tan delgado y cariacontecido le ofrecieron su apoyo y le dieron de comer. Una golondrina compasiva le

acarició dulcemente, y al arrullo de su canto quedó el pobre muchacho profundamente dormido. Un dulce bienestar se difundió por su cuerpecito, vio entre sueños una nube de rosa y oro y en ella la blanca figura de un ángel que, agitando dulcemente las alas, llegó a su lado y con voz melodiosa le dijo:

—Manuel, tus sufrimientos han concluído. Sírivate de escarmiento lo que has visto y procura ser bueno para todos, incluso para los animales.

Despertóse el niño, miró a su alrededor y se encontró en su alcoba y en su cama. Su perro faldero dormía a los pies; a poco entró la criada a avisarle que ya era hora de ir a la escuela, y Manolo, que no salía de su asombro, se vistió con presteza, notando, lleno de admiración, que andaba en dos pies, como si en su vida hubiera andado en cuatro.

Jamás volvió a maltratar a un animal, porque es lo que él decía: además de ser cobarde quien maltrata a seres indefensos, ¿no es peligroso exponerse a que se vuelva la tortilla y le pongan a uno como nuevo?





EL AUTOR DE LA MURALLA

N^{INÍN} leyendo en un periódico: «Se está empezando a derribar la gran muralla de la China».

—¿Es verdad? Qué, ¿dice eso el periódico?

—Mírelo usted—dice Ninín enseñándome el papel donde se stampa la noticia.

—Bueno—le contesté—, me alegro, porque para lo que servía... ¿Quieres que te cuente un cuento?

—¿El de la muralla china?

—Pues verás. Una vez había en ese país un Key llamado Tsi-Ching-Hoang-Ti (¡vaya un nombre!), con una coleta larguísima. Los chinos se perecen por la gente de coleta; tanto, que no consideran en España a más personas que los toreros, por la coleta que gastan. Pues el Rey de mi cuento era tan falto de dientes como sobrado de trenza, y tenía un estómago donde cabía la mitad de su reino. ¡Vaya un hambre canina! Cada cinco minutos bostezaba, y en todas las habitaciones de Palacio había empleados cuya única misión era la de colocar un huevo cocido en la boca del Monarca en cuanto éste comenzaba a abrirla. Y ¡qué boca! Algún pretendiente distraído metió en ella su memorial creyendo que era el buzón correspondiente. Una noche, estando durmiendo, dio un soberano respingo Tsi-Ching-Hoang-Ti (¡qué trabajo, Dios mío, llamarse así una persona!) e incorporándose en el lecho gritó:

Cuentos de Calleja

—Tengo una idea.

Los guardias, alborozados, gritaron:

—¡El Emperador tiene una idea!

Y todos los funcionarios palatinos y la familia imperial vinieron a la regia cámara a felicitar a su Emperador.

—¡Qué día tan fausto!—exclamaban—Es la primera vez que esto sucede en China. ¡Tener una idea!

—Sí, queridos súbditos—dijo enternecido el Monarca—, tengo una idea para evitar los desmanes de los tártaros que nos atropellan cada lunes y cada martes. Y esa idea es... (todos se arrodillaron para escuchar aquellas sublimes palabras) es preguntaros si se os ocurre algo para evitarlo.

—¡Muy bien pensado!—dijeron a coro los cortesanos.

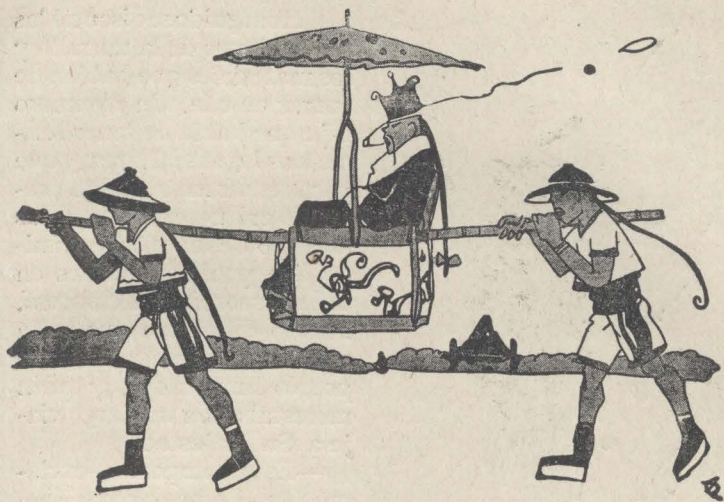
—Para eso comenzaré por interrogar al ministro de la Guerra.

El ministro clava la cabeza en el suelo y dice:

—Señor, de aquí a mañana contestaré a Vuestra Majestad; pero yo tengo entendido, así por de pronto, que para evitar que nos atropellen lo que debemos hacer es no dejarlos en el país.

—¡Vaya!—exclamó el Emperador—Pues para ser la idea de un ministro de la Guerra, no está del todo mal. Se levanta la audiencia y hasta mañana.





Y mascando un huevo cocido que acababan de ponerle en la boca, se recostó de nuevo en el lecho y se durmió, después de haber soltado aquella idea tremenda, que había tardado en formarse cerca de cuarenta años.

Aquella misma noche consultó el ministro de la Guerra con los capitanes generales, éstos con los tenientes generales, éstos con los mariscales de campo, y así sucesivamente hasta llegar a los sargentos, y éstos preguntaron a los soldados, sin hallar quien se atreviera a proponer ningún plan, hasta que un soldado del pelotón de torpes, y el más torpe del pelotón, dijo:

—Pues cerrando con una tapia.

—¡Basta, so bruto!—gritó el oficial y le dio un cachete.

El oficial dio como suya la idea al comandante, y éste le ascendió a teniente. El comandante también se apropió la idea, y le hicieron coronel, y así fueron ascendiendo todos menos el pobre soldado, que se estaba fregando la cara con arena para quitarse la señal del bofetón.

Cuando el ministro de la Guerra manifestó lo conveniente que sería construir una muralla, encantóse el Emperador, se encantó la corte, y todos quedaron encantados.

—¡Y decían que mi ejército era una manada de gansos!—exclamaba el Rey.



Acto seguido se discutió las dimensiones de la muralla y los materiales que habían de entrar en ella. Un ingeniero dijo que había de tener seiscientas leguas de larga, y que para reunir materiales a propósito era necesario pedirlos al genio de las piedras, único que podía ayudarles en tan extraordinaria empresa. Mas lo difícil era que tenía que ir a pedirle esta ayuda el propio Emperador, ¡y quién molestaba con tan largo viaje a Su Majestad!

—Eso no importa—exclamó Tsi-Ching-Hoang-Ti—habiendo huevos cocidos en el camino.

Metiéronse en un palanquín el Emperador y el in-

geniero, y poco después se ponían en camino en busca del genio de las piedras. Detrás iba otro palanquín con una cocina, luego otros cien palanquines llenos de huevos cocidos.

A los veinte días de marcha llegaron los expedicionarios al pie de las montañas de Chuang, y allí reposaron. Sólo el Emperador y el ingeniero podían subir a la morada del genio, situada entre horribles precipicios, y por eso Su Majestad y su acompañante se atiborraron los bolsillos de huevos cocidos para el camino. Llegados que fueron al pie de la gruta donde el genio habitaba, les salió al encuentro una lluvia de cascos que a poco les deja allí.

Al Emperador le brotó un chichón que no parecía sino que le había salido por allí alguno de los cien mil huevos que había comido; al arquitecto, una teja mal intencionada le afeitó de raíz la trenza, de lo que recibió el pobre mucha pena, porque tenía la coleta ya tres metros, y todavía le estaba creciendo. Encogióse el Rey, y subió con denuedo, dispuesto a degollar al atrevido que le apedreará, y por fin se encontró en la cámara del genio Marmolillo.

Recibióle éste con mucha cortesía, preguntándole el objeto de su visita.

Cuando el Emperador se lo manifestó, dióse el genio una palmada en la frente, que sonó como dos piedras que chocan.

—¡Pues es verdad!—exclamó—¡Y no haberseme ocurrido! Verdad es que tengo la cabeza de piedra berroqueña. Pues bien—añadió—, yo te ayudaré, y con mi ayuda y con la de todos los chinos puede que en veinte años la veas concluída.

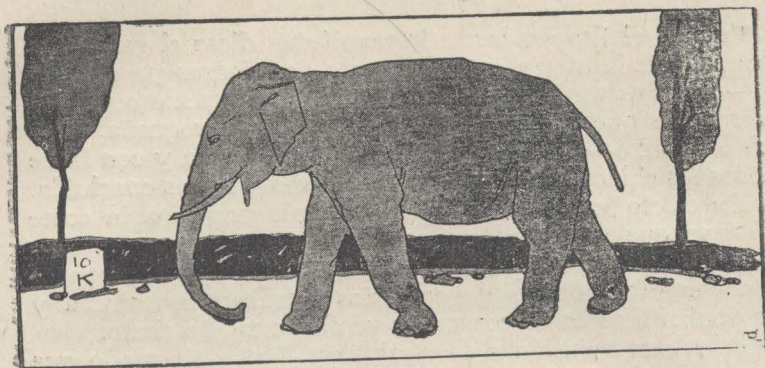
En efecto, cuando volvió Tsi-Ching-Hoang-Ti a la corte dispuso que todos los chinos de quince a cincuenta años fueran a la frontera para comenzar las obras, y a los pocos días sesenta millones de operarios trazaban la muralla y se ponían a trabajar con ardor verdaderamente chino.

Esto hace veintiún siglos, caballero Ninín; de modo que aún no habías tú estudiado la cartilla cuando ya estaba concluída la muralla, que, como después se vio, no sirvió para nada, sino para que los tártaros llevaran escaleras. Volvieron a invadir la China y se hicieron los reyes de ella. La actual dinastía es tártara, lo mismo que la célebre salsa que tanto te gusta.

—Bueno, pero también me gustaría que tuviera el cuento alguna moraleja.

—Pues allá va: Que las verdaderas murallas para defendernos de nuestros enemigos son nuestra fe en Dios y en la justicia de nuestra causa.





ARTE DE TOCAR EL CORNETÍN

IBA por un camino un pobre elefante, más aburrido que gato sin ratones, porque le acababan de dejar cesante del destino de aguador que desempeñaba en casa de un oso principal.

—¡Qué haré yo, pobre de mí!—gemía el desdichado, dándose de rabia trompazos en las ancas.

En esto, de un árbol cayó al suelo un mono vestido de encarnado y con una trompeta en la mano.

—¿Adónde vas, amigo?—dijo el mono, puesto en dos patas y saludando con la mayor finura.

—A darme un cabezazo contra un árbol, porque estoy cesante—contestó el elefante, llorando lagrimones como nueces.

—¿Y por eso te apuras? Se conoce que eres un elefante de poco más o menos, porque, si no, en vez de afligirte bailarías un zapateado.

—Sí, con esta planta sandunguera. ¿Y con qué voy a ganarme la vida?

—¿Con qué? Con la trompa y la trompeta—exclamó el mico—. Ya verás qué combinación. Yo, con esta bocaza que Dios me ha dado, no puedo tocar, y tú, con esas patas, no puedes pisar los pistones del cornetín, porque, si los pisas, ¡adiós pistones! Pues ahora verás lo que se me ocurre: tú con

la trompa soplas en el cornetín, y yo muevo los pistones, y no van a ser peteneras las que van a salir.

—¿Cómo?

—De pistón, y por tanto pistonudas. Esas peteneras no las conoces tú.

—Hay tantas, y tan malas, que ya se pierde la cuenta. El otro día oí tocar unas a un titiritero, y qué tal tocaría, que le tiré los cántaros a la cabeza.

—Pues oye, era mi amo, que es un hombre especial, bueno si los hay, para que lo emplumen. Con decirte que me daba una de tortas...

—Eso es bueno. ¡Ojalá me las hubieran dado a mí!

—Es que mi amo llama tortas a las bofetadas, y ya tenía yo una panadería en la cara, cuando resolví tomar soleta, llevándome el cornetín y este traje de sayón. Conque di, ¿aceptas el trato? Tú soplas y yo toco.

—¡Qué he de hacer! Seré un fuelle con cuatro patas, y como me des de comer, lo que es por aire no ha de quedar. ¡Me río yo de las tormentas!

—Pues choca—dijo el mono, extendiendo la mano.

—Choco—contestó el elefante, alargando la trompa.

Subió el mono encima de su compañero, y ambos siguieron



Cuentos de Calleja

el camino en busca del público ante el cual lucir sus habilidades.

A poco encontraron unos osos respetables por sus carnes, y también por sus colmillos, que salían a pasear por mandato del médico. Saludáronse, y el mono les ofreció que entre él y su compañero tocarían las piezas más escogidas de su repertorio si les daban algo para ayuda de costas. Ofreciéronlo así los paseantes y comenzó el concierto.

Montóse el mono sobre la trompa del elefante, púsole en el extremo de ella el cornetín y, al decir sopla, tal resoplido dio el animal, que la trompeta y el mono salieron disparados. El cornetín se le clavó a un oso en la rabadilla, y el infeliz, despavorido, huyó tocando la trompeta sin saber música; pero cada vez que sonaba el instrumento más corría, temeroso de algún encanto endiablado, y corre que te corre, al fin decidió volverse al lado de sus compañeros, que se reían a carcajadas. El único que no se reía era el elefante, que al ver de qué modo había tomado el oso la embocadura al cornetín, se decía para su pellejo:

—Lo que es yo no vuelvo a poner la trompa donde ése ha puesto la rabadilla.

No fue cosa fácil la extracción del cornetín, y entre todos, tira que tira, no lo hubieran logrado, hasta que el elefante hizo que sujetaran al oso por la cabeza y, cogiendo la corneta con la trompa, dio tan formidable tirón, que sacó la corneta



y a poco le saca los hígados al oso. Sin decir esta boca es mía, acercóse el elefante a una fuente que por allí había y dejó el cornetín al agua corriente, con gran escándalo del mono, que gritaba:

—¡Que se va a echar a perder!

Pero el elefante, meneando la cabeza, decía:

—Más vale que se fastidie la corneta que no me fastidie yo.

—¡Valiente estreno has tenido!—dijo el mono.

—Como tú me dijiste que soplara fuerte...

—Pero, hombre, ¡si diste un resoplido capaz de tirar una encina!...

Llevarían poco más de una hora de camino cuando dieron en una venta. Llamaron, salió el ventero, y al ver a tales huéspedes dijo que no tenía habitaciones disponibles.

—Basta con una para mi amigo — dijo el mono.

—¿Y usted, amigo?—repuso el de la venta.

—Yo dormiré en el lomo de éste. Se le pagará bien; conque fuera escrúpulos y prepávenos la cena.

—Vaya, pues adelante. ¿Y qué quieren cenar?

—Píde tú primero—dijo el mono al elefante.

A lo cual éste respondió:

—Cualquier friolerilla, porque estoy desganado. Doscientos huevos pasados por agua, un quintal de zanahorias fresquitas, trescientas libras de patatas, sesenta cántaros de leche y seis quintales de pan. Tengo malo el estómago y no puedo recargarlo demasiado.

—Ya se vé, amigo—dijo el ventero, asustado—. Pues si tiene apetito, se comerá usted la torre Eiffel. ¡Cualquiera le mantiene por contrata! Pero, en fin, todo lo doy por bien empleado si me libran ustedes de un feroz enemigo que ha prometido matarme.

—¿Quién es?—preguntó el elefante irguiendo majestuosamente la trompa.

—Un lobo tremendo que todas las noches ronda la posada—dijo el ventero estremeciéndose.

—¿Lobitos a nosotros?—exclamó el mono—¿Conque lobitos? Para empezar no tenemos, particularmente mi compañero.

—Pues si le coge a usted particularmente, ya verá usted lo que es bueno.

Aquella noche, después de cenar, pusiéronse al acecho el mono y el elefante, y para llamar la atención del lobo y hacerle creer que en la venta estaban descuidados, comenzaron una



PENAGO

serenata de cornetín capaz de volver loco a cualquiera. Acercóse a la venta el lobo sin ruido alguno, creyendo muy divertido al ventero y a la gente que con él estuviera, y comenzó, como todas las noches, a dar vueltas por aquellos alrededores, hasta acercarse a la puerta de la posada, que estaba cerrada, y desde allí llamó, como todas las noches, al ventero, diciendo:

—¡Caralampio, sal, que te quiero comer los intestinos!

—¿Lo oye usted?—dijo el ventero, temblando, al elefante—Quiere comerme las tripas.

—¿Conque tripitas de ventero? Como si dijéramos, un plato de callos.

—Contéstele usted al lobo que va a salir en seguidita—añadió el mono.

Entonces el amo de la venta se acercó a la puerta y dijo:

—Amigo lobo, ¿qué daño te he hecho para que me quieras tan mal?

—Porque eres rubio y un rubio mató de un tiro a mi tatarabuelo. Conque date prisita, que se me está haciendo la boca agua.

—¡Cómo ha de ser! Saldré, ya que te empeñas; pero mira no te pese.

El elefante se levantó con mucho sosiego de la mesa, quitóse la servilleta que llevaba al cuello y, colocándose junto a la puerta, hizo señal al mono de que quitara los cerrojos. Descorrió el mono el cerrojo, abrió la puerta y el elefante avanzó. La noche era oscura y no se veía nada a dos pasos. El lobo, creyendo que salía el ventero, dijo con voz suave:

—Vaya, hombre, acércate, que no te haré sufrir mucho, aunque sólo sea por la buena voluntad con que vienes.

De pronto se agitó una cosa en el aire. Era la trompa del elefante que, cayendo sobre el lobo y enroscándosele al cuello, lo levantó en alto y, sin hacer caso de sus aullidos, lo entró en la venta. Ya en ella, el mono hizo bajar al ventero con la luz, y el lobo, al verse cogido por un elefante, dio un grito de terror:

—¡Infame!—gritaba—Me has vendido.

Y el ventero contestaba con sorna:

—Pues mira el parroquiano que te ha comprado.

—Vaya—dijo el lobo con voz melosa—, suélteme usted y me voy.

—Voy a soltarte inmediatamente—repuso el elefante.

—¡No, por Dios!—gritó el ventero—¿De ese modo paga usted mi obsequio?

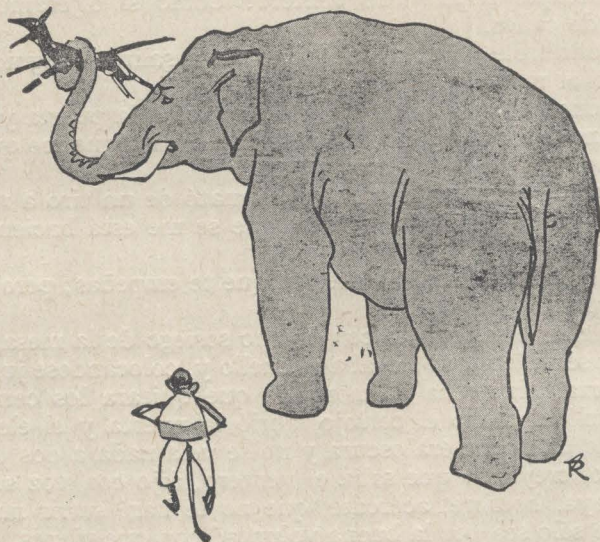
Cuentos de Calleja

—Yo le prometo a usted—dijo el elefante—que en cuanto yo le suelte no le hará a usted nada.

Y tal como lo tenía cogido con la trompa salió a la puerta y le tiró tan alto que al caer se estrelló contra el suelo.

—¿Ve usted, amigo ventero, cómo le suelto y no se mete con usted? Ahora, en recompensa de este favor...

—Ya me lo figuro: dos mil huevos, un carro de zanahorias y dos tahonas.



—Si usted se empeña...

Y en un dos por tres acabó el elefante con todos los comestibles de la venta, no sin que tuviera que darle algunos al mono, que gritaba:

—Yo también soy hijo de Dios.

A la mañana siguiente, muy temprano, se marcharon el mono y su compañero a recorrer el mundo, y se cuenta que ganaron mucho dinero, y lo que parece más raro, que llegaron entre los dos a tocar muy bien el cornetín. Y es, que la habilidad, unida a la fuerza, no encuentra dificultades.

A PILLO, PILLO Y MEDIO

EN una comarca española se sucedían los robos con escandalosa frecuencia, sin que lograsen las autoridades detener al facineroso autor de tales desaguisados.

En vano la Guardia civil recorría los más apartados senderos y los escondites más propios para el albergue de un bandido; no encontró ni rastro del criminal.

Los que alguna vez le vieron, manifestaban que era un hombre alto, vestido de gris, y que llevaba un antifaz que hacía imposible que se le reconociera.

—¿Ha visto usted un hombre vestido de gris?—preguntaban los guardias a los pastores que encontraban en su camino.

—No uno, veinte—contestaban—. Aquí se visten de ese color casi todos los habitantes.

Y como preguntar en el campo por un hombre vestido de gris es lo mismo que preguntar en Madrid por un hombre vestido de negro, o en Cafrería por un hombre desnudo, los guardias se abstuvieron de formular aquella pregunta, que era acogida casi siempre con ruidosas carcajadas.

Hasta llegó a ponerse en moda la pregunta en algunos pueblos de la comarca, y entre broma y chacota se saludaban con un solemne: «¿Ha visto usted un hombre vestido de gris?»

Llegaba la noticia de otro robo, y vuelta a emprender la persecución del bandolero, que se desvanecía, sin que se supiera nunca dónde se hallaba más que acompañando la noticia con la de un robo de importancia.

Y guardias, alguaciles, jueces y magistrados se desesperaban viendo cómo se burlaba de ellos aquel ladrón impalpable e invisible, que traía aterrorizada a la gente y consternada a la población.

Más de una vez se pensó en armar a los vecinos y hacer una correría por el monte; pero los pacíficos habitantes de aquella comarca no se atrevieron a salir solos por los escabrosos caminos de la montaña.

Como los gallegos del cuento, necesitaban que les escoltara una pareja de escopeteros.

Cuentos de Calleja

Por fin, después de quince días, durante los cuales el *hombre gris* no hizo de las suyas, se supo que estaba en la cárcel de un pueblo inmediato a la capital cierto individuo vestido con un traje gris pizarra. El tal sujeto había sido preso por sospechoso. La Guardia civil lo encontró en un camino, y no había contestado a sus preguntas.

Al principio le creyeron mudo, pero luego les dirigió la palabra en un idioma desconocido para la pareja de la benemérita.

Suponiéndole extranjero, le pidieron por señas que enseñase su pasaporte; y viendo que no obtenían resultado, entraron en sospechas de que fuera un malhechor, y le llevaron a la cárcel hasta tanto que identificase su personalidad.

Cundió la voz de que aquél era el terrible facineroso, y la comarca entera acudió a verle en la cárcel.

Cuantos habían sido robados por el ladrón misterioso pidieron un careo con el detenido, y, a vueltas de un prolijo examen, unos decían que se les figuraba que era el que los robó, y otros creían que no era el delincuente tan temido.

En una palabra, la justicia estaba perpleja y no sabía a qué atenerse.

Por otra parte, el juez había tenido que suspender el sumario porque no se podía entender con el reo. Éste hablaba un idioma extraño, muy gutural, que algunos creyeron era inglés, otros que era árabe, y aun alguno aventuró que podía ser ruso.

Se le enseñó un mapa de Europa, por si sabía leer, haciéndole señas de que dijera cuál fuese su país. Inútil gestión. El preso miraba el mapa con una curiosidad infantil, denotando claramente que ignoraba qué fuese aquello lleno de colores, ni menos las letras de que estaba cuajado.

Le enseñaron algunas monedas de diferentes países, y el preso, en cuanto las veía, se apresuraba a cogerlas, sin distinción de países, como fuesen de plata u oro.

La calderilla no le llamaba la atención, fuera del país que fuese.

Por esta razón el juez decía:

—Ese hombre no sabemos de dónde es; pero de tonto no tiene un pelo.

Pedía de comer por señas, pero no salía de su lenguaje gutural, que no había quién entendiera; de suerte que la justicia estaba cada vez más desorientada.

Entonces se apeló al último recurso: se pidieron intérpretes de casi todas las lenguas europeas, con la esperanza de que alguno le entendiese. Ni una palabra consiguieron comprender de cuantas el preso pronunciaba.

—¿Será africano?—se preguntaba el juez, ya loco en fuerza de discurrir.

El intérprete de árabe obtuvo el mismo resultado que sus compañeros.

Ya no sabía qué hacer, cuando se presentó al juez que entendía en el proceso un viejo sargento de la Guardia civil, hombre de muchos bigotes y muchísima malicia, y que conocía como pocos las astucias de los criminales.

Penetró en el calabozo donde se hallaba el preso, y sin decir palabra le estuvo examinando con toda detención, adquiriendo el convencimiento de que era un pillo de tomo y lomo. Después se le acercó y le dijo:

—Mira, muchacho, di la verdad y habla claro, porque ya sabemos quién eres.

El preso hizo como que no entendía lo que el sargento le dijera, y se encogió de hombros.

—Mira—repitió el sargento — que esa lengua que hablas me la sé yo de memoria, y no te valdrán coplas. Con que hasta luego, que ya tendrás noticias mías. Adiós, granuja.

Y sin andarse en requilorios, dijo al juez que él había sido intérprete en asuntos semejantes, y que se comprometía a traducir cuanto dijera el desconocido.

—¿Pero usted sabe idiomas?—le preguntó el funcionario judicial.

—Yo los zé toos—repuso el sargento, que era andaluz cerrado.

—Pues si usted logra que nos entendamos con el preso, cuente con que pido para usted una buena recompensa.

—Puz ahora mismo. Mande uzté que lo traigan, y ya verá lo que ez bueno.

El juez se apresuró a llamar al escribano y a mandar que trajesen al preso.

Este compareció muy tranquilo, seguro de que sólo Dios podía entenderle, porque, como habrán comprendido los lectores, no hablaba en ninguna lengua, sino que articulaba sonidos extraños para hacer que no le entendiera nadie, y de este modo desorientar a la justicia.

—¡Jamalarraba!—exclamó con una sonrisa diabólica.

—¡Intérprete!—dijo el juez—Cumplid con vuestro deber.

Cuentos de Calleja

—Ha dicho que tengamos buenas noches. Voy a contestarle por cortesía.

—¡Jamalafalal!

Nuevos gruñidos del preso, y otros no menos expresivos del intérprete, el cual, volviéndose al Tribunal, dijo con aplomo:

—Ezte zeñó parla el idioma de Picardía, que yo conozco por laz puntaz de loz dedoz.

Y después de otra serie de gruñidos, exclamó:

—Me dise que no me importa sabé cómo ze llama; pero que ez el autor de tooz loz crímenez que ze han cometido, y que harán bien zi le condenan a garrote.

—¡Poco a poco!—gritó en perfecto castellano el desconocido—Yo no he dicho eso, ni nada. Este hombre es un far-sante. Yo diré la verdad.

Pero el sargento, con gran aplomo, dijo al juez:

—¿No le dije a uzía que yo le haría explicarse? Miren uz-tedez si hablaba en pícaro; pero eza partía me la tenía yo tragá.

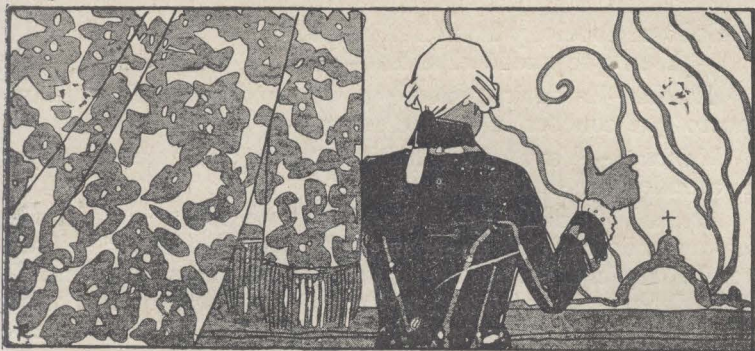
Y haciendo un saludo militar, se marchó de la sala.

El ladrón, convicto y confeso de sus delitos, fue condenado a presidio por muchos años, y la ingeniosa salida del sargento le valió la consideración de sus jefes y una pensión que puso su vejez al abrigo de la miseria.

Y es lo que él decía a sus hijos, cuando recordaba el famoso caso:

—El que no ez rico tiene que aguzá el entendimiento.





ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA

MANOLITO, leyendo alto:

«D. Manuel Godoy fue el favorito del rey D. Carlos IV, y causó con su privanza grandes perjuicios a España».

El abuelo.—¿Qué estás diciendo, muchacho?

Manolito.—Lo que pone esta historia de España.

Abuelo.—¡Válgame Dios y qué cosas se escriben! Parece mentira. Realmente, sería una obra muy meritoria la de emprender un trabajo que podríamos llamar de reparaciones históricas, con el fin de rehabilitar la buena fama de que merecieron gozar muchos personajes, injustamente juzgados por sus contemporáneos.

Manolito.—Mire usted, abuelo; ni yo entiendo lo que usted dice, ni me importa un comino de ese señor Godoy ni de su familia.

Abuelo.—¿Y si te contara un cuento?

Manolito.—Eso ya es otra cosa. Un cuento divierte, y eso no.

Abuelo.—Pues oye. Alquiló cierto individuo un burro para ir desde Madrid al Pardo. Hacía un sol terrible, y el alquilador del pollino se bajó de su cabalgadura, sentándose a la sombra. Pero el dueño del borrico le dijo:

»—Amigo mío, yo he alquilado a usted el burro, pero no su sombra; de modo que esa la disfrutaré yo.

»—No señor—gritó el alquilador;—yo he alquilado a usted el burro y todo lo que a él pertenece, incluso la sombra; de modo que déjemela usted.»

Calló el abuelo, y Manolito preguntó:

—¿Y en qué quedó el asunto?

Abuelo.—Es decir, ¿que te interesa más la sombra de un burro que conocer la verdad histórica?

Manolito.—Vaya, pues; hable usted lo que quiera, que yo le atenderé sin distracción.

Abuelo.—Se ha dicho de Godoy todo lo peor, sin que nadie haya tenido caridad de su memoria. Durante la vida de Carlos IV, según él mismo declara en sus Memorias, le fue prohibido defenderse; pero a la muerte del Rey su protector y de Fernando VII, publicó un extenso libro, en el cual se defendió de cuantos cargos se le dirigieron.

«Soy viejo, dice, tengo hijos y una larga cadena de ilustres ascendientes. A los unos y a los otros soy deudor de la rica herencia de honor que éstos me dejaron y aquéllos me reclaman. La calumnia muere con el hombre oscuro, pero vive y subsiste en pie derecho sobre el túmulo del hombre público. Y esta deuda no es tan sólo a los míos a quien la debo, que mi patria le soy también deudor de mi defensa.»

«Para que veas, hijo mío, hasta qué punto se tienen falsas noticias de Godoy, que uno de sus biógrafos dice que era gran tocador de flauta, cuando el príncipe de la Paz no sabía música, «lo cual—dice con modestia—lo tengo por desgracia.»

«Otro añadió que punteaba la guitarra como un maestro, y no falta quien diga que bailaba el bolero como el más distinguido artista coreográfico.

«Era D. Manuel Godoy natural de Badajoz, donde nació el año 1767, hijo de familia noble y bien acomodada, y no de un carretero, como aseguran algunos de sus biógrafos. Llegó a Madrid en 1784, ingresando en los Guardias de Corps. De allí el afecto de los reyes le llevó al puesto de primer ministro.

«La mayor parte de las reformas que en la enseñanza se introdujeron en los principios del siglo a él son debidas. La enseñanza primaria adquirió en su tiempo un desarrollo como jamás se había conocido; creó en todas las capitales de provincias Academias de maestros que propusieron las mejoras pertinentes; fundó la Escuela de Veterinaria, colocando a su frente personas de reconocida capacidad (18 de octubre de 1793), haciendo traducir y publicar por cuenta del Estado las mejores obras de los demás países; amplió los estudios de la Facultad de Medicina, creando en la de Madrid el Hospital Clínico de San Carlos, para que los alumnos pudieran es-

tudiar prácticamente, y creó en él doce plazas de alumnos internos para estimular a los de más provecho.

»Mejoró notablemente la enseñanza de la Farmacia, que estaba muy descuidada. Bastaba entonces para tener el título de médico practicar los estudios correspondientes con cualquier facultativo, aunque fuese de una aldea. Desde la reforma de Godoy se hicieron necesarios otros esfuerzos y otros estudios más serios. Creó las cátedras de Física experimental, Química y Botánica aplicadas a la Medicina e hizo traducir y publicar las obras más selectas del extranjero.

»Para lograr este impulso en ramo tan importante del saber humano, no se arredró ante la oposición de algunos espíritus encogidos de su época.

»En uno de los informes entregados al Gobierno se decía:

«Consultemos ante todas las cosas la salud de las almas; ésta importa más que no aquélla de los cuerpos. Polvo y ceniza somos, en que debemos convertirnos; poco vale, pues que debe llegar, que esto sea más pronto o más tarde, fuera de que nuestros días están contados; y que ningún facultativo, cuando fuera el mismo Hipócrates, les podrá añadir un instante sobre los prefijados *ab aeterno*. La salud de las almas y la salud del Estado requieren poner freno a la impiedad que se propaga bajo el disfraz de medicina, materialista o médico moderno con un mismo predicamento. Apartemos de entre nosotros esta nueva máscara.»

»Pero Godoy sabía muy bien que hay médicos que son buenos cristianos, y que la Medicina, como una de las ciencias, es también hija de Dios, como lo es la Filosofía y la Teología. D. Manuel Godoy fundó el Cuerpo de Ingenieros Cosmógrafos, para el estudio de la Astronomía y la alta Matemática; fomentó la publicación de libros de ciencias económicas, desconocidas entonces en nuestro país, entre ellos el famoso de Adam Smith, titulado *Investigaciones de la Naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*; el *Diccionario de Agricultura*, de Rozier; *Elementos del arte de teñir*, por Bertholet, y cien más.

»Esta magna empresa hizo al ilustre Valdés exclamar:

«Ya a vuestro mando poderoso corren
las luces, la enseñanza; tiembla y gime
azorado el error; de espigas de oro
la madre de España coronada encumbra
su frente venerable, y, cual un tiempo
sobre el orbe domina triunfadora.

.

Cuentos de Calleja

Miradla, oídla celebrar gozosa
el día que le dais; alzar las manos
a vos y al trono, y demandar al Cielo
para Carlos y vos sus bendiciones».

En 1794 estableció, agregado al Real Observatorio, un taller de instrumentos astronómicos y físicos y una enseñanza pública de todos aquellos principios de Geometría astronómica y física de que deben estar adornados los que se dediquen a esta profesión. Creó una Escuela del arte de tornear y fabricación de maquinaria, y otra de relojería y fabricación de alambres; un taller de muebles y adornos de mármoles, y la fábrica de orfebrería del célebre Martínez, llamada vulgarmente Platería de Martínez, establecida donde estuvo la Delegación de Hacienda. Fundó en Cádiz y otros puntos fábricas de lonas, productos que antes venían del extranjero, y hasta una escuela para la fabricación de flores artificiales, bordados de plumas, etc.

La Escuela de Sordomudos, que significa una verdadera redención para estos desgraciados, débese a la iniciativa del Príncipe de la Paz, título que recibió D. Manuel Godoy. La Casa de Expósitos recibió muy especialmente el apoyo de este ministro, que proveyó a las necesidades de los niños abandonados con una largueza que no hemos visto, por desgracia, en estos tiempos.



»Él fue también quien impidió que dirigieran las obras de construcción los que no fueran arquitectos, acabando así con el mal gusto imperante, originado por gentes sin ciencia. Las artes tuvieron en él su más decidido protector. Por su iniciativa se tradujeron y publicaron las más hermosas obras clásicas de la antigüedad.

»En Madrid se creó la Real Escuela gratuita de Taquigrafía; en Santander otra de Dibujo, Arquitectura y Geometría; se creó en la milicia la enseñanza de cadetes y de sargentos; se plantearon en todas las provincias Escuelas de Agricultura; creóse en Sevilla el Colegio de Santelmo; en Cádiz, tres cátedras de Comercio; en Granada, el Instituto de Letras y Ciencias.

»En las artes militares hizo traducir cuantas obras notables existían en el mundo. Otro tanto hizo en Jurisprudencia, Legislación y en todas las manifestaciones del saber humano. Tanto hizo que fuera necesaria una obra, y muy voluminosa, para consignarlo, y esto en seis años de ministerio y en circunstancias tan azarosas para la patria como la guerra con Francia y el desasosiego interior causado por las ideas de la revolución francesa.

»No quiero ocuparme, hijo mío, del Príncipe de la Paz como hombre político, porque ese estudio no tiene para ti gran interés. Sólo he de decirte que los historiadores imparciales reconocen en D. Manuel Godoy un gran talento, una penetración notable y una ilustración que le honra. Por aquel tiempo declaró España la guerra a Portugal, y el Príncipe de la Paz, puesto al frente del ejército, logró en muy pocos días la conquista de Olivenza, que quedó unida a España, y la de otras varias poblaciones, después de haber derrotado al ejército portugués. En esta empresa demostró talentos militares nada comunes. En sus tratos con Napoleón, aunque no fue afortunado, demostró su perspicacia, pues no consiguió el Emperador francés engañarle acerca de sus siniestros designios sobre las personas reales españolas. Así consta y puede verse en la estafeta oficial que los eruditos conocen, aunque no se hayan tomado el trabajo de publicarla.

»Y, por último, para que en todo fuera un hombre notable, lo fue por su agradecimiento a aquellos a quienes todo lo debía, pues cuando Carlos IV abdicó en Aranjuez la corona en su hijo Fernando VII, Godoy acompañó a los reyes destronados mientras vivieron, y soportó con ejemplar resignación cuantas calumnias se inventaron en su contra, sólo porque el bonda-

Cuentos de Calleja

«oso Carlos le dijo: «No quiero que, mientras viva mi hijo, publiques nada, ni aun en defensa tuya, porque eso habría de perjudicarle.»

«Este hombre, que llegó a los principales puestos de la Nación y que fue verdaderamente útil a su patria, estuvo a punto de perecer a manos del populacho en un célebre motín organizado por sus enemigos. Y el que había logrado llegar tan alto, murió en París en la mayor pobreza.»

Manolito.—¿Verdad, abuelito, que fue una gran injusticia la que hicieron con aquel hombre?

Abuelo.—Tal y tan grande, que me pareció caso de conciencia el decirte estas cosas, al oír lo que el libro que estudias dice del desgraciado Godoy. Muchas figuras históricas han padecido injusticias semejantes a causa de la envidia que produce siempre el rápido encumbramiento, y por eso la Historia tiene el deber de separar entre sus estudios los que se hallen inspirados en la mentira, pues por algo a la Historia llamó Cicerón *luz de la verdad y testigo de los tiempos*





LA PERLA DE PERIQUILLO

Cierta antigua tradición, conservada por los marinos de la Riberá cantábrica, suponía que en aquel revuelto mar de olas verdosas existía una enorme perla negra, la mayor de cuantas se habían conocido jamás. Ella sola constituía la fortuna más colosal que pudiera existir en el mundo; pero, además, un misterioso encanto iba unido a la posesión de tan precioso tesoro.

La perla negra no era sólo una joya inapreciable, sino un precioso talismán.

El que lograre apoderarse de ella, vería satisfechos todos sus deseos por arte de birlibirloque; pero no era fácil la empresa. Se hablaba de una porción de jóvenes audaces que habían perdido la vida en la demanda.

La perla negra estaba custodiada por las sirenas del mar, que la consideraban como reina y señora de las olas. Terribles dragones marinos vigilaban constantemente la enorme *madre-perla* donde en un lecho de brillante nácar reposaba aquel prodigio de la naturaleza.

Sólo una vez al mes se abrían las valvas del joyero natural donde se escondía tal maravilla. Era precisamente a las siete de la mañana del día 15, y sólo permanecía abierta durante cinco minutos. Un segundo de retraso en extraerla daría lugar a quedar cogido por la concha de un modo imposible de contrarrestar por fuerza humana.

Además, sólo podía bajarse por un sitio denominado *Puente del Diablo*, donde las rocas formaban una arcada bajo la cual pasaba en la marea alta el inquieto oleaje del mar.

Y allí, un viejo marino, el más anciano de toda aquella costa, estaba desde el alba del día 15 de cada mes, para evitar a los atrevidos e incautos que corriesen a una muerte cierta. Sus consejos no siempre eran escuchados, y si escuchados, no atendidos, y así muchos desgraciados fueron a reposar para siempre en el fondo del líquido elemento.

Una tarde llegaron al puente cuatro jóvenes robustos, los cuales, después de reconocer con detenimiento el sitio en que se encontraban, comprendieron que era el que buscaban.

—¡Aquí es!—dijo uno de ellos—Este es el sitio cuyas señas nos han dado, y desde el cual hay que tirarse al agua mañana en busca de la perla negra.

—¡Bueno!—añadió otro—Pero, a todo esto, no sabemos quién va a lanzarse el primero.

—Yo.

—Yo.

—Yo—dijeron a un tiempo los otros dos.

—Los cuatro es imposible; únicamente puede intentarse la empresa yendo uno detrás de otro, cuando se convenza que el primero ha muerto en el mar sin conseguir el objeto deseado.

—Echaremos suertes.

Y aquellos cuatro jóvenes, que eran hermanos, con cuatro papeles en los cuales estaban escritos unos números, echaron suertes, y al menor, llamado Perico, que era tenido por tonto o poco menos, le correspondió por suerte ser el último, lo cual irritó a sus hermanos.

Es verdad que él se ofreció a ser el primero; mas el hermano mayor, que tenía el número uno, temió que el tonto cogiese la perla y que no quisiera distribuir sus beneficios entre todos. Así fue que rehusó ceder su puesto, con la esperanza de hacerse poderoso.

Lo convenido era lo siguiente: la perla era del que la cogiese, si bien con la condición de entregar una fuerte suma a los otros hermanos.

El día 15 por la mañana llegó el viejo marinero, y al ver los preparativos sospechó de lo que se trataba y quiso disuadirlos. Trabajo inútil; a las siete menos algún minuto, el mayor de los cuatro hermanos se lanzó valerosamente al agua, zambulléndose con denuedo.

Minutos de mortal angustia. El agua se había cerrado sobre

La perla de Periquillo

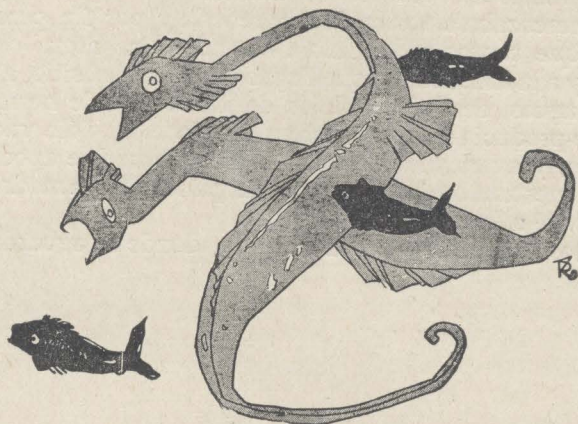
la cabeza del nadador, y cuando pasaron tres minutos y éste no volvió a la superficie, el dolor más intenso les sobrecogió: su hermano había perecido.

Y, en efecto, ya no lo vieron más.

Aguardaron un mes, y el segundo hermano hizo la misma prueba que el primero y con el mismo resultado.

El tercero sufrió la misma suerte; y, por último, quedó solo Perico, en expectativa de una muerte cierta.

Durante el tiempo transcurrido se había hecho íntimo amigo del viejo marino, y éste, lleno de cariño hacia él, le había dicho



cuanto sabía acerca de la perla negra; y, la verdad sea dicha, no caían sus advertencias y consejos en saco roto.

Y así fue que grabó en su memoria punto por punto las instrucciones del viejo y se dispuso a cumplirlas fielmente.

Por de pronto llevó preparada una gran vejiga llena de aire, y a cuya boca sujetó un gran pedazo de plomo para hacerla bajar al fondo a pesar de su ligereza.

Después se llevó entre los dientes un gran cuchillo, precaución que no habían tomado sus hermanos, y encomendándose a Dios se lanzó al agua después de haber echado la vejiga.

En un momento llegó el nadador, buceando hasta el fondo del mar, que allí era una especie de colina formada por el coral, y rodeada de cien monstruos de los más terribles aspectos y a cuyo lado parecían el tigre y el león animalillos inofensivos.

Cuentos de Calleja

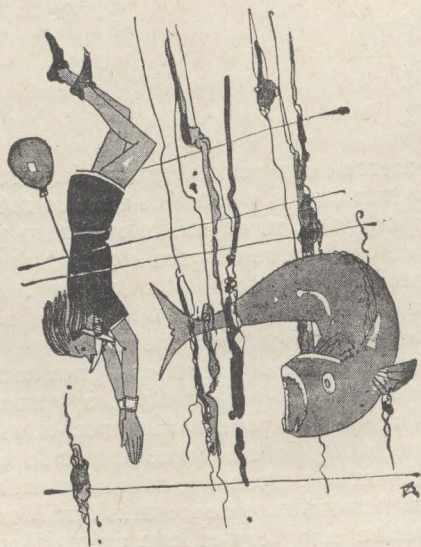
Pero el muchacho no vaciló y, precipitándose sobre aquellos guardianes del escondido tesoro, dio una cuchillada al primero que encontró a su paso y atravesó la línea de defensa, al propio tiempo que recogía del fondo la vejiga llena de aire.

Avanzó presuroso hacia la *madreperla*, en cuyo fondo estaba sepultada desde miles de años la perla negra; pero, ¡oh desgracia!, había llegado demasiado pronto y aún no se habían levantado las valvas del molusco.

La respiración comenzaba a faltarle, pero acordóse de los consejos de su amigo y abrió apresuradamente la boca de la vejiga, aspirando parte del aire que en ella se encerraba, con lo cual volvió a cobrar nuevo aliento.

Ya comenzaba a abrirse la madreperla y por fin percibía el tesoro que tantas vidas había costado. Era negra como la noche, y a la indecisa luz que llegaba hasta aquel sitio, a través de las aguas, despedía reflejos de incomparable hermosura. Aquello producía una incomprensible emoción. Sólo vaciló un instante, y avanzando resueltamente el brazo se apoderó de aquella inestimable joya, y dando un puntapié a la madreperla, se remontó a la superficie del mar.

En dos braceadas llegó a la orilla, donde le aguardaba su





viejo amigo lleno de inquietud, y cuando hubo puesto el pie en tierra le preguntó si traía en su poder la magnífica perla.

—Sí, aquí está—contestó Perico lleno de alegría.

—Pues aprovéchate de sus virtudes. Desea algo y dirígete a la perla, que ella te servirá inmediatamente sin más que le digas esto:

«Perlita, joya del mar,
sírreme sin vacilar.»

Lo primero que deseó el muchacho fue que volvieran sus hermanos, y, en efecto, casi en el acto aparecieron a su lado vivos y sanos, como si nada les hubiese ocurrido.

Al ver en manos del que ellos creían tonto la hermosa perla preguntáronle el modo de que se había valido para conseguirlo.

El muchacho lo refirió con sencillez y fue tal la envidia que sus hermanos sintieron que pensaron en matarle para quedarse ellos con la hermosísima perla.

Aguardaron a que aquella noche se acostara, y en cuanto estuvo dormido le sujetaron, y una vez bien atado le quitaron la perla y le precipitaron en el mar para que allí pereciese.

A tal punto conducen las pasiones desordenadas.

El pobre Perico cayó como una masa inerte sobre las olas, y sujetos los miembros por fuertes ligaduras, estaba imposibilitado de nadar y defender su vida. Se dio por muerto; pensó en Dios y en sus padres y cerrando los ojos se dispuso a morir resignado.

Ya iba a perecer, cuando sintió que era sacudido con vigor y remontado a la superficie.

Al abrir los ojos vio a su lado al viejo marino, que se había lanzado a socorrerle y que le despojaba de sus ligaduras. El pobre anciano, con vigor poco común, hizo esfuerzos desesperados para llevarle hasta la orilla.

Entretanto, los hermanos se miraban con recelo unos a otros, por temor a que cualquiera de ellos se quedase con el tesoro. No dormían ni descansaban, espiándose unos a otros y aun pensando cada uno en asesinar a los demás para quedarse como único dueño de la perla.

Tal recelo los traía desasosegados e intranquilos.

Por fin resolvieron pedir riquezas a la perla; pero como ignoraban el conjuro de que era preciso valerse para conseguir el logro de sus deseos, por más que gritaban y pedían, la perla no daba nada. Entonces resolvieron venderla, y para que ninguno pudiera llevársela la encerraron en un pañuelo, cuyas puntas llevaban fuertemente asidas los tres hermanos, y así se encaminaron hacia la ciudad vecina.

Preguntaron por la tienda de un joyero; les indicaron el mejor de la población y, una vez en la tienda, le ofrecieron la hermosa perla por un precio relativamente insignificante.

El joyero, que era un judío muy ladino, quiso sacar partido de la ignorancia de aquellos hombres y les dijo que aquella perla valía poco a pesar de su tamaño, porque estaba rellena de pedazos de nácar que aumentaban su volumen, pero la hacían perder mucho en valor.

En fin, que les engañó y se quedó con la reina del mar por unas cuantas monedas de oro; la colocó en su escaparate, lleno de regocijo por el enorme negocio que acababa de realizar.

Pero en el mismo instante la perla se convirtió en una hermosísima joven que despedía vivos resplandores y que, empuñando una fuerte espina de pescado, propinó al judío una monumental paliza y desapareció como por encanto.

A todo esto, Perico, salvado de la muerte por su amigo el marino, vivía con él en su choza, llorando la traición de sus hermanos y herido por la conducta de aquéllos en lo más vivo de su corazón. Una noche en que más que nunca deploraba



su desgracia, se abrió repentinamente la puerta de la cabaña y apareció resplandeciente la diosa del mar, la cual, dirigiéndose a Perico, le cogió dulcemente por la mano y le dijo:

—Yo soy la perla negra que, con tu arrojo, sacaste del fondo del mar. Sé mi esposo y vente a vivir conmigo a mis dominios. Serás el rey de las aguas.

Perico aceptó desde luego tan agradable proposición y la Perla le dio a oler un frasquito que contenía ciertos vapores, que dieron al muchacho la facultad de vivir en el agua como los peces.

Ya iban a descender a los abismos del Océano, cuando Perico volvió los ojos a su viejo amigo y le dijo lleno de emoción:

—¿Quieres vivir conmigo?

El pobre marino se le abrazó sollozando y los tres se lanzaron al mar, descendiendo majestuosamente hasta la *madre-perla*, que se convirtió en un hermosísimo palacio, donde se celebró la boda regia con todo esplendor. El día de la boda vio Perico, o sea D. Pedro I, rey del mar, a tres caballos ma-

rinos que se agitaban dolorosamente por los alrededores de palacio y le miraban con una expresión de angustia indefinible.

—¿Qué animales son éstos, Perla?—preguntó a su esposa.

—Son tus hermanos, a los cuales, para castigarles de su traición, los he transformado en caballos marinos.

—Perdónales como les perdono yo—dijo Perico—; hoy es día de regocijos y no de venganzas.

—Pues tócales con esta varita y al punto recobrarán su forma primitiva; pero a condición de que no vivan a nuestro lado.

Perico volvió a sus tres hermanos a la forma primitiva; les abrazó cariñosamente y les colmó de riquezas para ellos y para sus padres, a los que ofreció visitar en plazo próximo.

Y Perla Negra y Perico I reinaron tranquilamente sobre los mares hasta su muerte.

LA TRAICIÓN DE MICIFUZ

HACE más de quince días que un huésped importuno perturba mi sosiego, y no me deja en paz en las tranquilas horas de la noche que por costumbre dedico al trabajo. Diréis que debo despedirle. Nada más sencillo..., en apariencia, que coger al huésped molesto y ponerle de patitas en la calle, diciéndole: «¡Buen amigo, hágame usted el favor de no volver por casa mientras viva yo en ella y esté usted tan mal educado!» Pero con el mío no caben razonamientos de ninguna especie. Le he rogado con las más delicadas frases del repertorio cortés que

se marche o que no haga ruido: al ver su insistencia, he llegado por grados desde la simple amenaza de desahucio a la terrible... ¡me espanta recordarlo!... de darle vil y traidora muerte. ¡A tal punto nos ciega en ocasiones la soberbia! ¡Hasta conducirnos al crimen! Y a cualquiera sospecho que en mi caso le ocurriría lo propio. Porque lo que hace es irritante. En el momento en que me pongo a trabajar, pero en el mismo momento, comienza con un ruidito insoportable que me crispa los nervios y me imposibilita para escribir con calma una sola línea y para coordinar dos ideas. Cuando, aburrido ya del suplicio, tiro la pluma y me acuesto, el ruidillo burlón cesa como por ensalmo, y vuelve a reinar en mi cuarto el silencio de los muertos o de los que trabajan. Pero hay más: como las deje esparcidas sobre la mesa, mis pobres cuartillas aparecen a la mañana siguiente como si fueran restos de una cometa; arrugadas y hasta rotas, formando las rasgaduras jeroglíficas caprichosos de imposible solución, y mis libros, mis pobres libros que tanto quiero, están cortados como con una sierra; pastas y todo. Tal enemigo bien merece el tremendo castigo que le prepara mi legítima indignación. ¡Yo le mantengo, y, sin embargo, me maltrata! ¡Habrás visto más insigne ingratitud!

»Así hablaba yo a varios amigos míos no ha mucho tiempo; y como les pareciese tan opuesto mi natural pacífico y bonachón a aquella mi decidida y resuelta actitud y firme propósito de sangrienta venganza, dijéronme, sorprendidos y confusos:

»—No le creímos capaz de un pensamiento semejante. ¡Ase-sinar, vengar! ¿Cuándo ni en qué casos puede ser eso un acto legítimo y honrado que no manche la boca del que lo dice y el cerebro de quien lo piensa? Le desconocemos a usted, señor nuestro: con tales principios se va al presidio o a la horca con sorprendente facilidad. Si se trata de un desagradecido, arrójele ignominiosamente de su casa, y en paz».

»Y noté en mi auditorio un movimiento de repulsión que me molestó mucho.

»—Pero ahora caigo en que he hablado—añadí—sin decir a ustedes de quién se trata. Es de un ratón, que, escondido detrás de mi armario de libros, arma un estrépito infernal a eso de las doce de la noche, hora en que habitualmente me dedico a mi trabajo. Él es el que me destroza cuanto está al alcance de sus uñas o de sus dientes, y debe de tener en el cuerpo más letras que una imprenta y más papel que una fábrica de lo mismo. O es un ratón viejo y machucho, curtido en achaques.

de malicia, o lo que ha roído en mis libros le ha enseñado a desconfiar de todo. Ello será lo que quiera; pero es lo cierto que no hay cepo, ratonera ni veneno que den al traste con su vida y aseguren mi tranquilidad.

»Y es cosa de verme algunas noches, empuñando un viejo sable de caballería, perseguir al ratoncillo, que acaba por esconderse entre el armario y la pared, burlándose de mis estocadas y de mis tajos. Convencido de que nada podría contra tan ágil enemigo, llamé en mi ayuda a un gato muy conocido por su valor y su odio a la raza de los ratones: el gran Micifuf, que, aunque viejo y ya retirado de la vida activa, no tuvo inconveniente en ponerse a mi servicio, si bien con ciertas y determinadas condiciones.

»—Si quieres que te ayude—me dijo—es preciso que me mantengas a cuerpo de rey, que me compres un hermoso collar dorado, y que cuando mate al ratón que te molesta me hagas algún buen regalo para mi familia».

»A todo accedí con tal de verme libre del endiablado bicho, y en la creencia de que aquella misma noche caería en poder de mi aliado. Desde luego noté que el ruido desapareció, lo cual era ya un consuelo, y advertí que el bueno de Micifuf estaba como de acecho junto al armario. Me miraba y me sonreía, como si dijera: «¡Ya estás viendo: en cuanto han olido que estoy por aquí todo se acabó!» Pero no sé cómo fue, si corazonada o sospecha; lo cierto y verdad es que pensé que había ciertas inteligencias entre el ratón y Micifuf, y decidí espíarlos para convencerme de la traición.

»El ratón no sale—me decía—; pues si hace tres o cuatro días que no ha salido de detrás del armario y no ha comido en ese tiempo, el infeliz debe de estar a punto de fallecer de hambre, si es que ya no ha muerto. Ahora bien: si vive, no hay duda de que aquí hay trampa. En efecto; a los pocos días sorprendí una conversación muy tirada que sostenían Micifuf y el ratón. Decía el primero al segundo:

»—Ya ves que no me meto contigo para nada. Al contrario, yo mismo te proporciono la comida, echándotela con disimulo, según convinimos. Pero si haces ruido, me veré obligado a meterte mano, en lo cual, francamente, ni tú ni yo salimos ganando nada. Tú, porque corres el riesgo de que te zampe de un bocado, y yo, porque una vez muerto tú el amo me despedirá, y no encontraré un tonto como éste que me mantenga dándome un trato tan soberbio y sin trabajo alguno».

»—Por mi parte—contestó el ratón—me parece que no falto

a lo pactado. No me muevo ni para estornudar: de manera que debes estar muy complacido. A propósito: haz el favor de aumentarme la ración de queso, porque ya sabes que me gusta extraordinariamente, sobre todo de Gruyère».

»En aquel momento ya no pude contener la indignación, y llamando a Micifuf le dije:

»—¡Eres un gato sin honor! ¡Lo que has hecho es una verdadera gatada, pero de la peor especie! Para eso no te hubiera traído, sino que me las hubiera entendido yo con el ratón. Prefero mantenerle a él mejor que dar de comer a los dos.

»—¡Vamos—exclamó Micifuf con el mayor cinismo—; por lo visto no has comprendido mi plan! Óyelo: Tratando de esta suerte con el ratón, que es un infeliz en toda la extensión de la palabra, conseguiré sacarle de sus posiciones y que se entregue confiado a mis uñas y a mis dientes».

»Y en efecto; aquella misma noche se acercó al armario y le dijo:

»—Ratoncito, amigo mío, sal, que ahora no hay nadie y podremos charlar a nuestro gusto».

»El ratón asomó el hociquito por detrás del armario y salió poco a poco con un miedo muy justificado.

»—¡Vamos, hombre; acércate y no me hagas levantar la voz, no sea que nos oigan! Escucha lo que voy a decirte: Has de saber, mi buen amigo, que yo siempre he tenido gran afecto a vuestra raza por una tradición que entre mi familia se conserva desde hace muchos años. Según ella, un ascendiente nuestro, un precioso gatazo de Angora, que no sé a punto fijo si era mi bisabuelo o mi tatarabuelo, se encontró en cierta ocasión enfermo y sin recursos, acostado en la mísera paja de una guardilla, cuando un ratón compasivo le llevó hasta su propio lecho unas cortecitas de queso y no sé si algunos otros comestibles. Iba a tomarlos cuando otro ratón, de aspecto antipático y con unas manchas rojas en el lomo, se le acercó y le quitó la comida, aprovechándose de que mi pobre bisabuelo tenía reuma y no podía moverse. Desde entonces hemos prometido matar a toda la casta de aquel malvado que hizo morir de hambre a nuestro pariente, así como recompensar a la del que le favoreció en los momentos de desgracia».

»—Me parece muy bien»—dijo el ratoncito.

»—Oye, entre paréntesis: ¿sabes que me parece que tienes manchas rojas en el lomo?»

»El ratón se asustó, y dijo que su buen amigo el gato debía de tener telarañas en los ojos.

Cuentos de Calleja

»—Realmente soy muy miope, y no tendría nada de particular que me hubiese equivocado. Me acercaré para reconocerte».

»Pero no hizo más que acercase, cuando, echándole la zarpa, empezó a gritar:

»—¡Mi amo! ¡Mi amo! ¡Aquí está ya el ratón!»

»Acudí presuroso al llamamiento, y, si he de decir verdad, lejos de alegrarme, me produjo el hecho una sensación molesta en alto grado. El ratoncito había quedado muerto entre las garras de Micifuf, y éste se pavoneaba orgulloso de su hazaña.

»—Espero—dijo—que me entregarás el premio convenido.»

»Entonces no pude contener mi indignación, y cogiendo un palo la empecé a garrotar con el traidor, diciéndole:

»—Infame! ¡Antes quisiste engañarme, y ahora, valiéndote de traidoras mañas, has asesinado al mismo a quien ofreciste protección! ¡Toma el premio que reciben todos los traidores!

A cada garrotazo bufaba Micifuf dando saltos terribles, hasta que por último rompió el cristal de una ventana y se tiró por ella a la calle. No quise saber si se había reventado. ¡Bien merecido lo tenía! Y desde entonces me parece odioso todo el que se vale del engaño, aun para matar al más molesto de los ratoncillos.





EL VENENO DE LAS ROSAS

ERA el Príncipe Luis un hermoso muchacho de once años, amable, listo y cariñoso, de tal suerte que todos en la corte se hicieron lenguas de aquellas sus raras cualidades, que le convertían en una legítima esperanza de su patria.

Mecieron su cuna las hadas más benéficas, que le otorgaron los más preciados dones: la belleza, el talento, la discreción y la prudencia. Una de ellas, la maga Terlina, la del dulce mirar y cabellos de oro, poniendo sus manos sobre la hermosa cabeza del Príncipe, dejó escapar de sus rosados dedos un efluvio azulado que, penetrando en el augusto niño, le infundió uno de esos hermosos sueños de color de cielo que hacen de esos dulces momentos de reposo un paréntesis de ventura, que convierten la vida en un anticipado paraíso.

—¿Qué hacéis?—preguntó el Rey, inclinándose para besar a su hijo.

—Acabo de acorazarle contra los dardos de la envidia, que es un veneno que se ceba en las almas nobles y generosas. El Príncipe Luis estará por siempre a cubierto de las maldades de los envidiosos, y ¡ay de aquellos que se atrevan a atacarle!

Creció el Príncipe entre los cuidados solícitos de sus ayos y de sus maestros, y en poco tiempo superó a cuanto de él pudiera esperarse. Tenía el Príncipe cuatro hermanas mayores que él, y tan ruines de corazón, que miraron con envidia a su hermano

porque su nacimiento les privaba de heredar la corona de su padre, y tanto arraigo tomó en ellas tan vil pasión, que decidieron matarle. Para conseguir su criminal propósito, salieron una tarde al monte inmediato a palacio, y allí buscaron la cabaña de una vieja hechicera.

—¿A qué venís, Princesitas?—preguntó la vieja.

—Yo quiero ser Reina—dijo la mayor.

—Y yo Princesa—dijo la segunda.

—Vamos—exclamó la bruja—, queréis que muera vuestro hermano.

—Sí—contestaron las cuatro.

—Y a vosotras dos—dijo la hechicera—¿qué bien os reportará la muerte del Príncipe?

—Que él es guapo y nosotras feas, él listo y torpes nosotras, y a él le quieren y a nosotras nos aborrecen.

La bruja trazó un círculo en el suelo, encendió unas hierbas secas que despidieron una agradable fragancia, pronunció unas palabras misteriosas, y apareció una hermosa mujer de ojos azules, vestida de rosas, con una hoz de plata en una mano y en la otra un haz de espigas de dorados reflejos.

—Yo soy la Primavera—dijo:—¿qué quieres de mí?

—Que muera el Príncipe Luis — le contestó la bruja.

—¿Cómo he de matar yo, que doy la vida? Visto los campos de verdura, doy hojas y flores a los árboles, espigas a las mieses, trino al ruiseñor y esperanza a los corazones: ¿cómo matar al protegido de las hadas?

—No me sirves. Vete.

Hizo otros signos la bruja; desapareció la Primavera y apareció el Verano, representado por otra hermosa joven de moreno rostro y ojos negros que brillaban como el sol, llevando en las manos los hermosos frutos de la naturaleza.

—No te serviré—exclamó—: yo sazonó los frutos y los entendimientos; mi ca-



lor templa los corazones y, por tanto, no puedo matar a predilecto de las hadas.

Y, saludando con ironía a la bruja y a las Princesas, desapareció. Apareció después el Otoño, coronado de pámpanos y estrujando en una copa de oro un racimo de uvas.

Cuando la vieja le hizo la proposición, contestó lo siguiente:

—Mi único veneno es el vino, y ¡es tan difícil morir de una borrachera!

En aquel momento, el zumo contenido en la copa adquirió cien distintos cambiantes de luz; tanto parecía el dorado jerez de grato aroma, el rojo burdeos o el espumoso champagne de color de topacio; una cascada de espuma brotó de la copa, y el Otoño desapareció. Se presentó el Invierno, tiritando, envuelto en un pesado capuchón de pieles; un frío glacial se desprendía de su persona, dejando medio heladas a las Princesas. El gato de la casa estornudó y todos se constiparon.

—Daos prisa—dijo el Invierno, sin cesar de moverse para entrar en calor—. ¿Qué queréis? ¿Que muera el Príncipe? Pues no contéis conmigo.

Y sacudiéndose el abrigo lleno de nieve, marchóse con las otras estaciones. Irritada la bruja, hizo que apareciera una extraña mujer lindamente vestida, mas con la cara tan seca que dejaba ver la horrible calavera. Era la Envidia.



Cuentos de Calleja

—Yo os complaceré—dijo en cuanto se enteró de lo que deseaban—, porque siempre protejo las malas pasiones: entrad esta noche en el cuarto de vuestro hermano cuando esté dormido, aspirad el perfume de este pomo, y os convertiréis en flores. Vuestro aroma envenenará al Príncipe, y lograréis vuestro propósito.

Marcháronse a palacio las Princesas, y aquella noche penetraron con sigilo en el cuarto de su hermano; destaparon el pomo, y al aspirar su aroma quedaron convertidas en rosas. Como es sabido que las flores despiden de noche un aliento



venenoso, por lo cual nunca se tienen en las habitaciones donde se duerme, poco a poco las rosas comenzaron a envenenar el aire de la alcoba del Príncipe. Éste respiraba ya con dificultad, y todo hacía presagiar que iba a perecer, cuando una mano invisible abrió una ventana, y un suave soplo ahuyentó los vapores maléficos, sustituyéndolos con un sano perfume que deshizo en un momento la acción del veneno. Por aquella ventana penetró el hada Terlina, que, acercándose al Príncipe, le despertó, extendiendo luego la mano hacia la puerta, y al

momento acudió el Rey, acompañado de su corte, como atraído por una fuerza misteriosa.

Al ver al hada junto al muchacho, preguntó el Monarca la causa de su visita.

—Os he llamado—dijo el hada—para que seáis testigos de un acto de justicia. Unas personas de la corte, aconsejadas por la Envidia, han querido matar al Príncipe. ¿Qué castigo merecen?

—La muerte—exclamaron todos.

—Pues bien, las Princesas han sido las culpables: ved estas flores, cuyas emanaciones envenenaban al heredero de la corona.

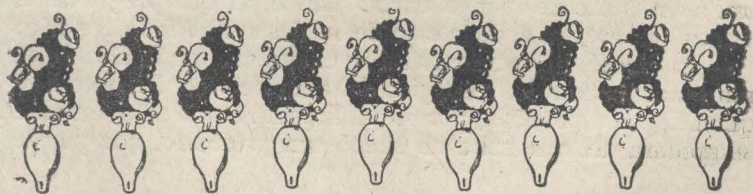
Al decir esto extendió la mano, pronunció unas palabras, y las Princesas dejaron de ser flores para adquirir su forma verdadera.

—Éstas son las culpables—añadió la hada.

—Pues yo las perdono—dijo el Príncipe.

—No queremos perdón—dijeron las Princesas, llenas de ira.

Y, lanzándose sobre su hermano, quisieron herirle con las uñas; pero en aquel instante extendió el hada de nuevo su mano, y las malvadas jóvenes quedaron convertidas en espinosos cardos para siempre. Inútiles fueron los ruegos del Príncipe para suavizar el castigo, que, aunque duro, todos reconocieron que era merecido. El Príncipe colocó en una espléndida maceta aquellas feas plantas, y las regaba por su propia mano; pero, en vez de agradecer aquella atención, las flores, amarillas de envidia, trataron muchas veces de clavarle las espinas en cuanto se acercaba. Los generosos cuidados del Príncipe no pudieron evitar que la Envidia secara aquellas plantas, que murieron por su propio pecado. El Príncipe reinó con acierto, y sus años, bendecidos por Dios, fueron muchos y muy felices. Huid de la Envidia, que es una de las pasiones más repugnantes. Sed generosos y caritativos, y viviréis tan felices como el Príncipe de nuestro cuento.



L A C A J A D E L O S D E S E O S

IBA por un camino cierto muchacho, cuando se encontró dos soldados que habían recibido la licencia y se volvían a su casa.

Admirados de que viajara solo un chico que apenas tendría doce años, no pudieron menos de preguntarle:

—¿Adónde vas, chico?

Y el muchacho contestó:

—Voy por la caja de los deseos.

—¿Y qué caja es ésa?

—Es una cajita prodigiosa que tiene dentro lo que se quiere.

—¡Vamos muchacho; tu estás malo! ¿Cómo es posible una cosa tan rara como ésa? ¡Vuélvete a tu casa, y no te metas en aventuras!

—Ustedes dirán lo que quieran; pero soy aragonés. ¡Otra! ¡He dicho que voy por la caja, y voy!

—¿Y dónde está esa caja?

—Está en la montaña donde se paró el arca de Noé después del Diluvio. Se llama el monte Ararat, y está en la Armenia.

—Y eso de Ararat y de Armenia, ¿con qué se come?

—¡Se come con Geografía, y basta ya de bromas!

Hizo gracia a los soldados el muchacho, y se ofrecieron a acompañarle.

—¿Conque eres testarudo?—le preguntaron.

—¿Que si lo soy? ¡No lo saben ustedes bien!

Con estas pláticas y otras parecidas les pareció menos largo el camino, y al cabo de dos años, día más, día menos, llegaron a la falda del monte Ararat.

—¿Es ésta la falda?—preguntó el aragonés—¡Recontra! Pues ¿cómo será la sobrefalda?

Cerca de aquel sitio había una casita, y a la puerta de ella oraba un fraile de lengua barba blanca, al que preguntaron si aquel monte era el de la caja de los deseos. El fraile les dijo:

—En efecto, hijos míos; allá se encuentra, en lo alto de la montaña, junto a los vestigios del arca de Noé. Pero no hay quien llegue a poseerla, porque al llegar a la mitad del monte se apodera del que sube un sueño tan profundo, que pierde

el conocimiento; y cuando lo recobra se encuentra aquí mismo, sin saber cómo le han traído.

—Pues si no es más que eso, vamos a probar.

—Pues venced el sueño—dijo el fraile—y desconfiad de las aves.

Despidiéronse del religioso, y comenzaron a subir por la montaña. El muchacho iba cargado con unas pequeñas alforjas, de las cuales nunca se separaba.

Por fin llegaron a una pequeña explanada situada a la mitad del monte, y allí se sentaron los tres.

—¿Sabes—dijo uno de los soldados—que me entra un sueño de primera?

—¡Pues el que yo tengo no es de segunda!—contestó el otro.

—¡Y el mío—añadió el muchacho—no es de tercera!

—Pues echemos un sueño, y luego seguiremos—dijo el primero.

No bien dejaron caer en el suelo la cabeza, cuando se quedaron dormidos como troncos.

El aragonés quedó sin saber qué resolución tomar; pero de pronto dijo:

—¡Canastos, que no me acuesto! ¡Si me duermo, ha de ser andando!

Y echó a correr monte arriba.

Al principio el sueño le dominaba en tales términos, que apenas podía moverse; pero no bien hubo andado cien pasos por encima de la meseta, empezó a despejarse, y ya no sintió el menor sueño.

Con todo, la fatiga era mucha, y comenzó a sentir hambre y sed.

—¡Estaba—decía el chico—por sentarme y tomar un bocado! En esto un águila que volaba cerca de allí gritó:

—¡Siéntate y come!

—¡Otra!—dijo el aragonés— El padre me dijo que no me fiara de las aves, y como el águila es ave, no me fío de ti.

El águila comenzó a dar vueltas alrededor del muchacho, el cual no le quitaba ojo. De pronto se lanzó sobre las alforjas, con ánimo, sin duda, de llevárselas por el aire; pero el aragonés tomó tan bien sus medidas, que no había hecho el águila más que llegar a dos metros de él, cuando recibió dos estacazos en la cabeza.

Tan fuertes fueron los golpes, que el águila cayó atontada.

—¿Querías llevarte mi comida? ¡Toma por ladrona!

De pronto el águila se convirtió en un lobo, que se lanzó

con la boca abierta sobre el aragonés; pero éste, que tenía mucho valor, le dijo:

—¡No me hiciste temblar de águila, y tampoco te temo con ese pelaje! ¡Ven, y te daré para castañas!

Y manejando el garrote con la velocidad del viento, le **pro-**pinó tal golpe en la boca, que le hizo escupir los colmillos.

El animal cayó; pero al tocar el suelo se convirtió en un toro de afilados cuernos, que mugió con furia y arremetió **al** muchacho.

—¡Caramba, y cómo ha crecido! ¡Poquito que me gusta torear!

Y desplegando la manta a guisa de capote, comenzó a burlarse del toro como si se tratara de un cordero.

Por fin el animal desapareció, convirtiéndose en un inmenso cigarrón con grandes alas.

—¡Móntate sobre mi lomo!—dijo éste.

—¡Díselo a quien te crea!—contestó el muchacho.

—Soy amigo tuyo. ¡Sube te digo!

—La verdad es—se dijo el chicuelo—que de quien debo desconfiar es de las aves; pero el cigarrón no es ave, y eso que tiene alas.

Por fin se decidió, y colocando primero sus alforjas sobre el lomo del cigarrón, iba también él a montar, cuando el insecto echó a volar gritando:

—¡Ya eres mío, tonto; ahora voy a estrellarte!

El aragonés comprendió que el cigarrón, al sentir el peso de las alforjas, creyó que ya se había montado el chico, y por eso levantó el vuelo y desapareció.

Ya en la cima, vio una cajita colocada sobre una piedra. La cogió, y para cerciorarse de que era aquélla la de los deseos, dijo:

—¡A ver si están dentro mis alforjas!

* Metió la mano, y, en efecto, las encontró. Eran muy pequeñas; pero conforme tiraba de ellas iban recobrando su tamaño natural.

Creyendo tener en su poder la caja de los deseos, la guardó y echó a correr monte abajo, deseando llegar a la casa donde el fraile le esperaba.

Allí vio a los militares, que no disimulaban su contrariedad por haber fracasado en su empresa.

—¿Traes la caja?—le preguntaron.

—¡Aquí está!—dijo el chico.

—¡Pues nuestra es!—gritaron los soldados.

La caja de los deseos

Y abalanzándose sobre el aragonés, pretendieron quitársela.

El muchacho exclamó:

—¡Deseo que os metáis en la caja!

Los militares se achicaron y entraron en la cajita.

La cerró el muchacho, y se volvió a su pueblo.

Pero después tuvo lástima de aquéllos, y quiso que salieran; mas estaban tan estropeados, que al de Ricla se le ocurrió desear que llegaran en seguida a su pueblo, y la caja tomó carrera y se los llevó por el aire.

El muchacho es ya un hombre rico, que tiene cuanto dinero le da la gana, pues no tiene más que desearlo. Hace muchas obras de caridad, y tiene fama de bueno.

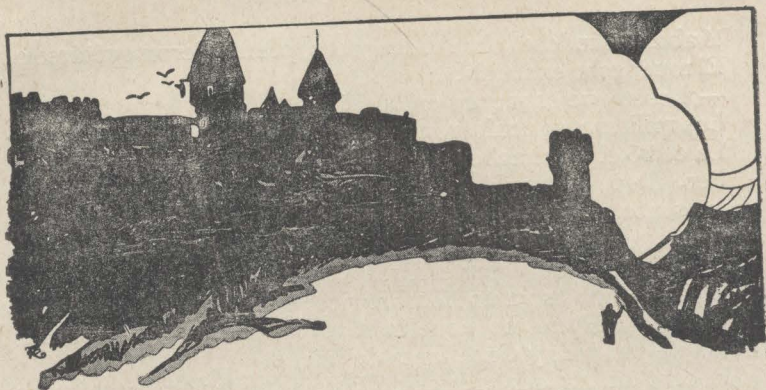
El otro día un ladrón le abrió la caja misteriosa, con ánimo de robar lo que hubiera dentro; pero se encontró con que no había nada. Estaba vacía.

* * *

—¿Y dónde está ahora la caja?—preguntará algún lector curioso.

Pues la caja de los deseos la tenemos todos al alcance de la mano. Con perseverancia y fe se alcanza siempre lo que se quiere.





EL CASTILLO DE ACERO

SOBRE la cima de una escarpada montaña, negra como la noche, levantábase un altísimo castillo de murallas de acero que despedían un brillo deslumbrante.

¿Quién habitaba aquella misteriosa fortaleza? Se ignoraba; pero es lo cierto que se decía por las aldeas inmediatas que aquella era la habitación de cierto terrible mago que acostumbraba a hacer tremendas fechorías.

Inútil es decir que ninguno de aquellos campesinos osaba aproximarse al castillo ni en dos leguas a la redonda.

Alguno que se las daba de enterado llegó hasta a decir que había allí una hermosa Princesa robada por el mago, y que éste, enamorado de ella, quería hacerla su esposa; pero la Princesa, horrorizada, se negaba a casarse con un hombre tan perverso.

El secreto cundió, y bien pronto se supo en todas partes que el mago Serpentón—que tal era su nombre—tenía secuestrada a una hermosa Princesa.

Los más valientes caballeros del mundo se pusieron en camino para salvarla de su esclavitud, atraídos por la fama de su belleza y por el ofrecimiento que el Rey, su padre, hizo de concederla por esposa, con su reino por dote, al feliz mortal que la libertara de las garras de Serpentón.

Pero éste tenía bien tomadas sus medidas, y no era fácil llegar hasta el castillo.

El castillo de acero

Sólo una estrecha vereda conducía hasta el puente levadizo, y este camino estaba custodiado por un enorme dragón, capaz de devorar al más valiente.

El foso que rodeaba al castillo era muy profundo y estaba lleno de agua cenagosa, donde nadaban multitud de reptiles venenosos cuya mordedura no tenía remedio.

Luego quedaban las altísimas murallas, tan resbaladizas; como que eran de bruñido acero y parecían hechas de una sola pieza.

Decíase que, además, cientos de hombres de armas coronaban las almenas de la fortaleza, provistos de flechas y dardos envenenados y de poderosas máquinas de guerra que hacían imposible pensar siquiera en un asalto.

No faltaron, con todo, valerosos caballeros que trataran la difícil aventura. El premio de la victoria era tan grande, que bien merecía arriesgarse en la empresa.

Pero durante mucho tiempo todas las tentativas fracasaron. De vez en cuando aparecían al pie de la montaña algunos caballeros muertos por el dragón al principio del camino. Los aldeanos les daban cristiana sepultura, y pedían a Dios que acabara con el malvado causante de tanta desdicha.

Todo, sin embargo, parecía inútil, cuando he aquí que una tarde se presentó en el pueblo más inmediato al castillo un



joven gallardo preguntando cuál era el camino más corto para llegar hasta la fortaleza.

Prendados del aspecto simpático del joven, los vecinos de aquella aldea le suplicaron con lágrimas en los ojos que no se arriesgara en empresa tan temeraria, que habría de costarle la vida. El joven, que era un valeroso Príncipe, manifestó que estaba resuelto a llegar al castillo, aun cuando le costara la vida. Inútiles fueron las súplicas, los ruegos y las advertencias.



El Príncipe dijo que o perecía en la demanda, o al mago Serpentón le cortaría la cabeza, sin que le valieran sus artes mágicas ni sus cábalas endiabladas.

Entonces le llevaron a una solitaria cabaña, morada de un viejo anacoreta, el cual le dijo lo siguiente:

—Mucho valor, hijo mío, se necesita para llegar adonde te propones; pero, si estás decidido, pon tu fe en Dios, y con su ayuda vencerás. Escucha con atención mis consejos y síguelos al pie de la letra. Coge una piel de carnero y rellénala de paja, entre la cual pondrás mil agujas. Cuando el dragón te salga al paso, échasela. Al morderla se le

El castillo de acero

clavarán las agujas en la boca, y el dolor le hará revolcarse por el suelo. Aprovecha ese momento, y sigue apresuradamente tu camino sin volver la vista atrás. Toma este pedazo de madera. Al llegar a la orilla del foso, échalo sobre el agua; cuando flote, te subes encima y atraviesa el foso sin temor. Pero no mires atrás ni tengas miedo a los silbidos de los animales inmundos que te irán siguiendo por el agua. Si tu valor flaquea y vacilas, eres hombre muerto. Toma esta sortija,



y cuando llegues a la muralla haz en ella un círculo: en el acto se abrirá paso para ti. Pero no vuelvas la vista atrás. Sigue adelante sin temor, y recorre el castillo hasta que llegues adonde se encuentra el mago. Y ahora viene aquí lo más difícil de la cuestión; pero yo no puedo decirte más, porque si lo revelara moriría. Sólo te advierto una cosa: cree al revés de lo que vean tus ojos, y, además, mientras el mago no muera, estás en peligro de perecer.

El joven emprendió sin vacilar la marcha, llevando la piel, el madero y la sortija.

Hacia la mitad del camino le gritó un pájaro desde un árbol:



—¡No sigas, Príncipe, que vas a morir!

Pero él no hizo caso y siguió adelante.

Al llegar al pie de la montaña abandonó el caballo, des-
envainó su espada y penetró resueltamente por la estrecha
senda que al castillo encaminaba.

No tardó en aparecer el horrible dragón, con su tremenda
boca abierta y los ojos chispeantes de coraje. Abrió las alas,
parecidas a las de los murciélagos, y se lanzó sobre el joven.
Pero éste esquivó el golpe y presentó a las abiertas fauces del
monstruo la piel del carnero llena de agujas. Al primer bocado
el dragón se hirió de tal manera el paladar, que cayó al suelo
retorciéndose y dando horribles bufidos.

El Príncipe saltó por encima del vencido, y siguió adelante
sin volver la cabeza atrás.

No le costó poco trabajo subir la empinada cuesta y es-
quivar las agudas puntas de las zarzas, que parecían estirarse
para cogerle entre sus ramas erizadas de espinas.

Llegó, por fin, al borde del foso, y tuvo un momento de va-
cilación al ver aquellas asquerosas sabandijas que lo habitaban.
Puso su pensamiento en Dios, cobró nueva energía y se lanzó
sobre el madero al agua, encaminándose directamente a la
muralla. Mil voces le llamaron por todos lados, y los silbidos de
aquellos inmundos animalejos le perseguían; pero él no volvió
la cabeza, seguro de que le hubiera ocurrido una desgracia al
dejar de seguir los consejos que le diera el anciano. Llegó a la
muralla, trazó en ella con mano firme un círculo con la sortija,
y en el acto se abrió con gran estrépito un hueco por donde
podía pasar fácilmente; pero detrás aparecieron terribles solda-
dos que le amenazaban con sus armas. Un momento de vaci-
lación, y estaba perdido.

Pero nuestro joven estaba resuelto a todo, y saltó dentro de
la fortaleza, repartiendo mandobles entre aquella gente.

En el acto se desvanecieron todos, como si hubieran sido de
humo, porque realmente no eran más que fantasmas creados
por el mago para asustar a los que fueran a atacarle.

En el patio del castillo un león le salió al paso dando terribles
rugidos, e intentó lanzarse sobre el valeroso Príncipe; pero
éste le presentó la cruz de su espada, y la fiera se desvaneció
lo mismo que los guerreros.

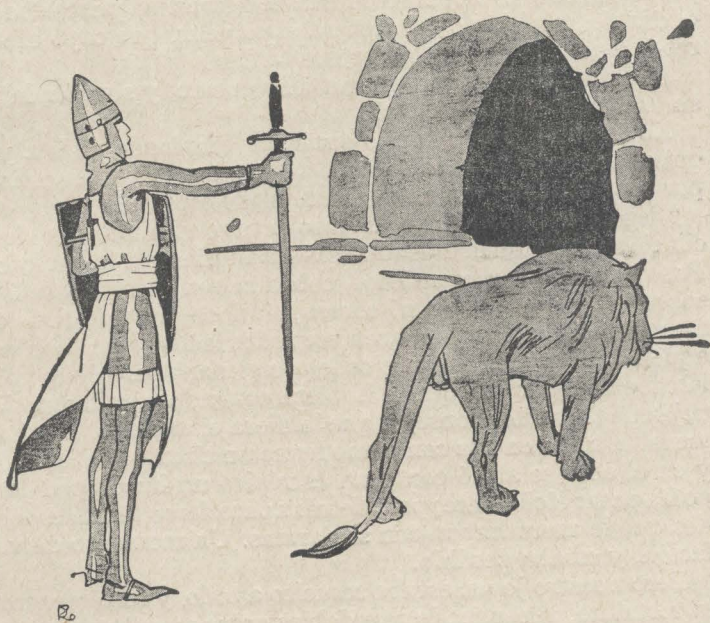
Penetró entonces con paso resuelto en las habitaciones in-
teriores del castillo. Gruesas puertas reforzadas con barrotes
le cerraban el paso; pero bastaba tocarlas con la sortija para
que se quebraran, como si fueran de vidrio. Después de

Cuentos de Calleja

mil revueltas llegó al sitio en donde estaban el mago y la Princesa.

Aquél estaba sentado junto a una ventana, tan impasible como si no se hubiera dado cuenta de la entrada del guerrero. La Princesa, en pie, le miró con aire de desprecio.

Y aquí vaciló un momento el joven. Recordó que el anciano le había advertido que creyera todo lo contrario de cuanto viese, y no dudó ni un momento que Serpentón había tomado



la figura de la Princesa y hecho adquirir a ésta la del mago: así es que, adelantándose adonde aquélla aparecía, y sin dolerse de sus súplicas, le hundió su espada en el corazón.

En el mismo instante se vinieron abajo las murallas con espantoso ruido, y se encontró al lado de la verdadera Princesa. El mago se convirtió en un cuervo y tomó vuelo; pero la Princesa dio al joven un talismán, y se convirtió en un águila poderosa, que subió detrás del cuervo y le sujetó con sus garras de acero.

—Para que muera el hechizo y recobren la vida los que

fueron heridos por el dragón, es preciso que le quememos vivo—dijo la Princesa.

Encendieron una buena lumbre, y el cuervo pereció abrasado, dando horribles graznidos. En el momento se oyó un estruendo formidable; desapareció la montaña, y al recobrar el Príncipe su forma primitiva, vio a su lado infinidad de caballeros armados de punta en blanco, que volvieron en sí después de varios años de encantamiento.

La Princesa fue restituída a su patria, el joven se casó con ella, viviendó muy felices y heredando la corona de uno de los más dilatados reinos del mundo.

Este cuento tiene su correspondiente moraleja: «Nada pueden contra la fe las asechanzas del demonio.»

E L T Í O D E L A S N A R I C E S

EL Rey de Persia Abe-len-fuí estaba un día con los augustos pies metidos en una jofaina llena de agua de rosas, y medio dormido, cuando un estrepitoso estornudo estremeció de horror a los cortesanos y despertó sobresaltado al Rey.

—¿Quién ha sido?—preguntó el Monarca.

—¡Señor!—exclamó un joven—, he sido yo, que no lo he podido evitar.

—¿Lo ahorco?—preguntó el Gran Visir.

—Todavía no; espera. Acabas de interrumpirme el más dulce sueño de mi vida. Si me lo haces recordar, te perdono; pero, si no, haré que te corten las narices para que no vuelvas a estornudar en toda tu vida.

—¡Señor!—contestó el infeliz cortesano agarrándose las narices—Mi nariz y mi persona os pertenecen, señor; mas no dudo que, si me dejáis cinco minutos de reflexión, con la ayuda de Dios os haré recordar vuestro sueño. Poderoso Monarca—continuó—, soñabais que doce Príncipes solicitaban la blanca mano de la augusta Princesa Cha-ta-lán. Que once de ellos eran

gallardos, y uno tenía un defecto; aquéllos eran poderosos, y éste de poca fortuna, y, sin embargo, Vuestra Majestad eligió por Príncipe heredero al candidato defectuoso.

—Si me dices por qué lo elegí—interrumpió el Monarca—, tuyas son las narices.

—Lo eligió Vuestra Majestad por ser el más aventajado en ingenio y haber vencido a sus contrincantes en las pruebas a que Vuestra Majestad los sometió.

—Muy bien; ahora lo recuerdo perfectamente. Que Dios te conserve tus narices por los siglos de los siglos. Y bien—exclamó el Monarca—; quiero seguir las inspiraciones del ensueño cuya descripción habéis oído; desde ahora queda abierto el concurso para aspirar a la mano de Cha-ta-lán. Avisad, Gran Visir, a todos mis embajadores, y que todas las cortes sepan cuál es mi decisión. Es condición precisa que los Príncipes que aspiren a ser mis sucesores envíen con toda urgencia su retrato.

—¡Oh, qué buen señor! ¡Qué cumplimento más delicado!

Anunciaron los embajadores el deseo de su señor en todas las capitales de los reinos vecinos, y bien pronto comenzaron a llegar memoriales y retratos de príncipes en todas las actitudes imaginables. Pero, entre todos, uno descollaba por su horrorosa sencillez: el del Príncipe de Tokay, que aparecía de completo perfil, luciendo unas narices tan disformes como jamás se habían visto, no ya iguales, pero ni en diez tantos aproximadas en todo el reino pérsico.

La Princesa, llamada a contemplar el retrato de aquel aspirante a marido, lejos de reír, comenzó a llorar con desconsuelo, y a poco se desmayó.

—¡No quiero ver al tío de las narices!—gritaba—¡Valiente adefesio! ¿Y con esa cara se atreve a pedir mi mano? Papá, declárale la guerra, cógele prisionero y hazle el favor de mondarle las narices, aunque no sea más que por complacerme.

No se atrevió el Rey a desairar al Príncipe de Tokay, y cuando llegó quiso darle el abrazo que marca la etiqueta; pero tropezó en la nariz y a poco se salta un ojo. Por fin, un cortesano apartó cuidadosamente las narizotas, y pudo cumplirse la ceremonia palatina. Al día siguiente fueron convocados todos los Príncipes para dar pruebas de su ingenio.

—He aquí las preguntas que habéis de contestar—dijo el Rey.

«¿Cuál es la cosa de más valor en el mundo? ¿Cuántas espuertas de tierra podrían sacarse del monte que se ve desde Palacio? ¿Cuál es el compañero más traidor que todos tenemos?»

Concediéndoseles una hora para que pensaran las respuestas, encerrados aisladamente.

Unos declararon que tales preguntas eran demasiado difíciles para contestadas tan pronto; otros dijeron lo que les pareció, pero tan estúpidamente, que el tribunal y la corte no pudieron contener la risa.

Por último, tocó el turno al Príncipe de Tokay, el cual, inclinándose con respeto, contestó:

—La cosa de más valor en el mundo es la vida, porque es la más maravillosa obra de Dios. El monte que se ve desde Palacio tiene exactamente dos espuestas de tierra, siempre que se haga una en que quepa la mitad del monte. Y el compañero más traidor es el tiempo, que es nuestro amigo en la juventud, nuestro compañero en la edad viril, y, al fin, nos mata alevosamente en la vejez.

Sonrió el Rey, aprobó el tribunal y aplaudió la corte. La misma Princesa pareció encantada.

—Sin duda alguna—dijo el Monarca—sois el vencedor en esta lucha de inteligencia; ahora falta que venzáis en la de fuerza y destreza.

En la plaza pública se levantó un tablado para el Rey, los jueces y la corte, y poco después los Príncipes, revestidos de sus armas y montados en soberbios caballos, acudieron a la palestra.

Entregaron a cada uno una lanza, y comenzó la lucha. El primero de los Príncipes luchó con el segundo, el vencedor con el tercero, y así sucesivamente.

El Príncipe de Moscovia, que era un hombre fornido, llevó la mejor parte de la contienda y dejó a sus contrarios muy estropeados a lanzadas, derribándolos a todos de los caballos y haciendo que se declararan vencidos, so pena de rematarlos como a corderos.

Cuando apareció el último, el endeble Príncipe de Tokay, un murmullo de lástima circuló por el público. El de Moscovia no tendría para empezar. Además, como aquellas narices no cabían en ningún casco conocido, el Príncipe las llevaba al aire con la visera levantada. Eso era una desventaja manifiesta, pues el otro estaba cubierto de hierro de pies a cabeza.

Acercóse el de Moscovia al tablado donde se hallaba la Princesa, y la dijo:

—Bellísima Cha-ta-lán: sé que tenéis el capricho de que achiquen las narices al Príncipe de Tokay, y yo voy a arrancárselas de raíz, para ofrecéros las como regalo de boda.

Y, diciendo esto, arremetió a su contrario, que le esperaba muy sosegadamente. Chocaron las lanzas contra los escudos y saltaron en astillas; quedaron encabritados los caballos, pero ni uno ni otro se movieron de la silla; rotas las lanzas, echaron mano de las espadas, y comenzó un furioso martilleo, hasta que, rotos también los aceros, acercóse el Príncipe de Tokay a su adversario, y con una sola mano, ¡vigor increíble!, le sacó de la silla y le tiró rodando a la arena.

Un fuerte aplauso resonó, y de todas partes vitorearon al vencedor.

Apeóse éste del caballo, y acercándose a su enemigo, que aun no había podido ponerse en pie, le hizo confesar su derrota. La Princesa le miraba entre asombrada y confusa, y el Rey la dijo:

—¡Al fin te toca el narizotas! Pero consuélate, porque le pondremos una funda.

Acercóse el Príncipe al estrado, y, después de recibir el parabién del Rey, le dijo la Princesa:

—Confieso, Príncipe de Tokay, que no sois guapo; pero de tal modo os habéis comportado, que seré sin repugnancia vuestra esposa.

—Mi bellísima Princesa—exclamó el caballero—, tan reconocido quedo a vuestra bondad, que os hago este regalo de boda.

Y, al decir esto, dióse un fuerte tirón de la nariz, arrancándosela de cuajo. La gente gritó; pero, entre la general sorpresa, se vio que debajo de aquellas narices de cartón llevaba las suyas naturales, que, por lo finas y bien modeladas, nada tenían que envidiar a las mejores.

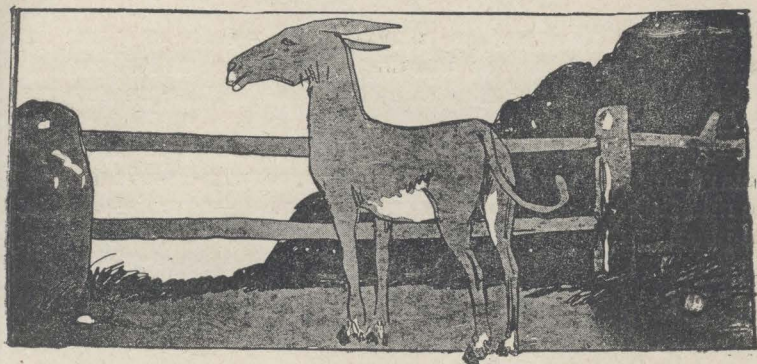
El Príncipe de Tokay no era otro sino el cortesano del estornudo.

—He apelado a este recurso—añadió—porque no quería que me conocieseis ni amaseis sino por mis cualidades, y no por mi rostro, pues la belleza pasa y el talento es un don divino que perdura.

La Princesa a poco muere de gozo viendo tan arrogante a su futuro, y el raro suceso fue la conversación de toda la ciudad.

* * *

«Los defectos físicos no valen nada cuando se tiene el corazón generoso y elevado, y claro el entendimiento.»



AVENTURAS DE UN BURRO

ÉRASE un pollino joven y vivaracho, con muchas ganas de ver mundo y muchas y muy locas ambiciones. Era orgulloso como un pavo real, y tenía la pretensión de llevar en sus venas cuatro gotas de sangre azul pollinesca, tanto que se titulaba el príncipe pollino y no consentía que le hablaran sin darle tratamiento. Pretendía ser pariente de la burra de Balaam y del rucio de Sancho Panza, gloria y honor de las manchegas tierras. Gastaba calcetines y lentes y hasta se las daba de literato.

Un día oyó decir que en la provincia de Trapobana había una Princesa encantada por las malas artes de cierto lobo manchego más malo que Caín y más travieso que una ardilla. Leyó la noticia en la *Gaceta Asnal*, y sin pérdida de momento se dio pomada húngara en el bigote, embetunó sus calcetines y, calándose un enorme sombrero de copa, dentro del cual previsoriamente colocó algunas provisiones de boca, se puso en marcha con las alforjas al hombro en busca de la encantada Princesa.

Habría recorrido ya unas cuatro leguas, cuando le salió al encuentro un cerdo, dicho sea sin perdón, apreciable sujeto de ocho arrobitas de peso y una cara amable que revelaba su buena educación. Era un cerdo finísimo.

—Muy buenas tardes tenga el señor de Pollínez.

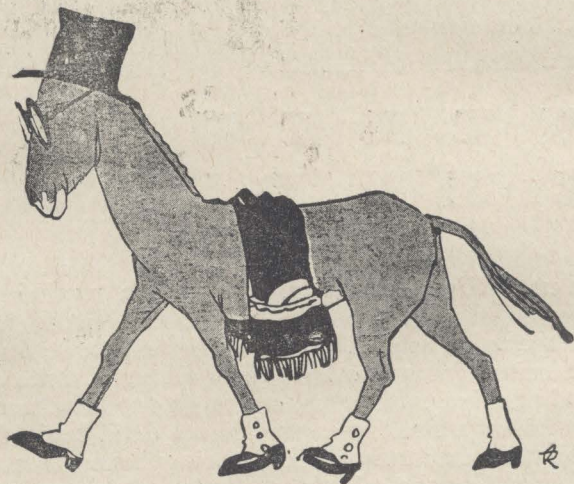
—Señor Guárrez, Dios le guarde.

Cuentos de Calleja

Y después de darse dos patadas en el vientre en signo de amistad, preguntáronse mutuamente el objeto que les llevaba.

El cerdo, bajando modestamente los ojos, dio un suspiro y dijo:

—Por unos telegramas de Fabra he sabido que en cierto país remoto hay una Princesa cautiva, y voy a redimirla a costa de mi sangre, que probablemente se verá en morcillas dentro de poco.



—El mismo objeto nos lleva a los dos—dijo el pollino—, y malos tambores hagan de mi pellejo si a ese lobo tan lobo que tiene aprisionada a una Princesa no le doy dos coces en el hígado y se lo saco por los ojos.

—Pues yo le ayudaré a usted, señor de Pollínez, y como le atice un bocado en salva sea la parte—y señalaba las ancas del compañero—, me quedo con el jopo entre los dientes, aunque tenga que estar escupiendo pelo cuatro meses.

Y ambos se pusieron en camino, el burro con la cabeza alta y sus lentes calados y el cerdo con la cabeza baja, como si le avergonzase el recuerdo de que su madre era una cochina. No hay para qué referir las mil aventuras y peripecias que tuvieron durante el viaje; baste decir que

«no hubo sitio ni lugar
por su audacia respetado»,

Aventuras de un burro

y que corrieron muchos peligros antes de salvarse el uno de la albarda del arriero y el otro del cuchillo del matarife. A los cuatro meses de camino llegaron los dos socios a la provincia deseada, y allí tomaron informes del sitio en que se hallaba la Princesa. Estaba en un monte, dentro de una horrible madriguera, guardada por el lobo noche y día. Guárrez y Pollínez entraron en un sembrado a darse un verde, y ya entrada la noche buscaron y encontraron la boca de la madriguera. Como estaba muy oscura la noche y el pollino era listo, quitándose un calcetín, le dijo al cerdo:

—Voy a encender lumbre.

—¿Y con qué?—dijo el cerdo—¡Como no sea con las narices!

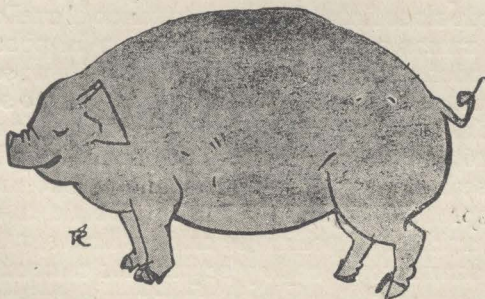
—Burro prevenido vale por dos—dijo el pollino.

Y sacando un trozo de yesca del sombrero de copa, lo colocó sobre una piedra, de un par de coces hizo saltar chispas a la piedra y con ellas encendió la yesca.

Unas ramas secas aproximadas al fuego bien pronto prendieron, y sujetando esta antorcha improvisada en el rabo del pollino, éste penetró valientemente en la gruta, teniendo el cuidado de andar hacia atrás.

El cerdo caminaba a la retaguardia, con cierta escama muy natural.

Apenas habían penetrado como unos veinte metros en la gruta, cuando se oyó un ruido, y Guárrez y Pollínez salieron corriendo como balas. Miráronse con recelo, porque no sabían quién era el causante del ruido. Repuestos del susto, y con promesa formal de no repetir el motivo del sobresalto, volvieron a penetrar en la caverna, y esta vez el cerdo marchaba entre las patas del pollino. Anda que te anda, llegaron por



—¡Pollínez! ¡Tuyo es! Arréale firme.

—Guárrez, cumple con tu deber.

—Suéltame y te llevaré al sitio donde guardo a la Princesa.

- 148 -

Después de recorrer muchas habitaciones dieron al fin con la Princesa, que por estar falta de ropa se había vestido con plumas de cisne.

—Aquí están estos señores, que os buscan—advirtió el lobo.

—Venimos para desencantararos—dijo el cerdo.

—Habrá usted querido decir desencantaros—observó el pollino.

—No, señor—dijo el guarro, algo atufado—; porque si lo hubiera querido decir, lo hubiera dicho.

La Princesa sonrió amablemente y preguntó si eran príncipes disfrazados.

—Cuatro gotas de sangre real tengo en mis venas—dijo el pollino.

—Pues aunque sean de burro, bastan para el desencanto—exclamó la Princesa—. Dé usted un par de coces en esa piedra, y al punto volveré a ser quien era.

—Pues allá va uno capaz de derribar el edificio.

—Antes el señor de Guárrez—añadió la Princesa—ha de morderme el dedo pequeño.

—¡Señora, no sé si me atreva!—dijo ruborizándose el animal cerdoso.

—Muerda usted y calle.

Mordió por fin, soltó la cox el burro, desapareció el palacio y el lobo quedó muerto. La Princesa quedó vestida y calzada, y montando sobre Pollínez, volvió en un periquete a sus Estados, seguida de Guárrez, que iba de caballerizo. Recibiéronla en la corte con grandes muestras de alegría, y en premio de su hidalgo proceder fue nombrado el pollino primer ministro y Guárrez subsecretario. Y no falta quien diga que aquel pollino inteligente no fue de los peores ministros que en aquel país se habían conocido.



EL PALACIO DE LAS ILUSIONES

IBA por esos caminos de Dios un infeliz muchacho, como de doce años, tan destrozado y mal vestido, que daba compasión el verle. Colgado al cuello llevaba un acordeón deteriorado y maltrecho, y con más grietas que teclas y con más parches que notas.

Aquel instrumento constituía su modo de vivir, pues con su disorde música llamaba la atención del público hacia su desgracia, y las almas caritativas le socorrían, mitad por lástima, mitad por que se marchara con aquel infernal concierto a otra parte.

Una canción monótona y pesada, capaz de hacer dormir en pie, era todo su repertorio, en unión de unos saltos que así tenían de pasos de baile como yo de arcipreste de las Indias.

La jornada había sido mala, y el pobrete, casi sin un real, se trasladaba a una población distante cosa de una legua del punto en donde le encuentro y presento a mis lectores.

El rapaz iba muy preocupado, sin duda pensando en lo problemático de la cena. Se sintió cansado y se sentó en la ladera de un monte cubierto de espeso y enmarañado bosque. Reclinó la fatigada cabeza sobre un tronco y se quedó profundamente dormido.

Cuando pudo darse cuenta de sí, el bosque y el camino habían desaparecido, convirtiéndose en un hermoso palacio de cristal, por cuyas traslúcidas paredes penetraba a torrentes la luz, filtrada por vidrios de mil colores.

Los más hermosos jardines no podrían compararse con los que rodeaban aquel palacio deslumbrante, en donde cada objeto era una joya y cada habitación una maravilla.

El muchacho quedó absorto, sin saber en dónde estaba, ni por dónde ni cuándo había entrado en aquella encantada mansión.

—Tengo hambre—pensó.

Y, como si hubieran adivinado su deseo, una mesa admirablemente servida apareció a su lado.

La necesidad le punzaba de tal suerte el estómago, que sin cumplimientos ni andróminas se lanzó sobre la primera fuente que halló a mano, decidido a dejarla limpia como si la acabaran

de fregar. Pero, lo mismo fue poner la mano sobre la mesa, cuando los platos, ya casi cogidos, emprendieron un vuelo aterrador por la habitación.

Y aquí de los apuros del muchacho, que corrió como un loco detrás de un hermoso pavo trufado que estaba diciendo «comed-me», y más tarde trataba de agarrar una soberbia merluza a la mayonesa, que con salsa y todo tomó las de Villadiego.

Las botellas de vinos exquisitos, que en tentadora batería ocupaban un ángulo de la mesa, imitaron la danza macabra de sus parientes los platos, y se marcharon como si les hubieran nacido alas en el casco.

Por si había pocos bailarines, la mesa, los manteles y las sillas comenzaron a marcarse una polca desenfadada. Unos danzaban sobre unas vinagreras, y una enorme sobreasada de Mallorca llevaba el compas de un soberbio pavo trufado.

El muchacho miraba embobado aquel revoltijo de comestibles, cuando se oyó un toque de campana y todo aquello desapareció.

Otro toque volvió a oírse, y cien mil monos, haciendo trescientas mil monerías, aparecieron en la habitación dando saltos y enseñando los dientes al chicuelo. Éste, al principio, se asustó; pero luego, al ver los extraños visajes que hacían, se animó un poco, y, por último, se echó a reír a carcajadas.

Uno de los monos comenzó a dar volteretas, y los demás monos le imitaron, de tal suerte que aquello parecía un circo; pero volvió a sonar otra campana, y todos los monos desaparecieron haciendo horribles visajes.

Después llenaron el aire muchas bolsas de seda llenas de dinero que producía ruido agradable. Algunos bolsillos llegaron en su baile aéreo hasta darle al muchacho en las narices; molesto por ello, echó mano el chico al primero que se le acercó, pero en el acto se desvanecieron todos como el humo.

Otra tentación más grande sucedió a ésta; la habitación quedó convertida en una especie de bazar lleno de preciosos juguetes, entre los cuales había trenes de vapor con sus coches llenos de viajeros y su silbato en la máquina; unos barquitos con máquina que, al darles cuerda, marchaban ellos solos por el agua; unos borriquitos llenos de bombones y pastillas de chocolate; unos bueyes de piel que, al apartar la cabeza a un lado, mugen como los de verdad; en fin, tales preciosidades, que el muchacho, sin saber a qué sitio metiera la mano, quedó perplejo un instante. Al cabo de un rato se decidió por un her-

moso toro, de dorados cuernos y blancas pesuñas, que se movía como si fuera a embestir; pero, en el instante de ir a cogerle, todos los juguetes emprendieron una carrera vertiginosa, sin que el muchacho lograra atrapar ni un soldado de plomo.

—¡En dónde diantres me encontraré yo!—decía el muchacho, lleno de miedo.

Enfrente de él apareció inmediatamente un letrero que decía: «Estás en casa del mago Argab, el amigo de los pequeñuelos».

—Pues si eres amigo de los niños, ¿por qué me dejas sin cenar?

Un nuevo rótulo sustituyó al primero: «Porque quiero darte manjares aun más exquisitos».

Y de nuevo la mesa surgió, no se sabe de dónde, llena de los más deliciosos platos que hayan podido soñar los más delicados gastrónomos.

Las copas eran de brillantes ahuecados, las botellas enormes topacios y la vajilla de oro brillante, pulido y labrado artísticamente.

Pero esta vez no vino sola la mesa. El salón se llenó de gallardos pajes, que, al pasar junto al muchacho del organillo, le hicieron mil reverencias, invitándole a cenar.

El muchacho se sentó a la mesa, sin dejar el acordeón, su compañero un día en la miseria y testigo aquél de su prosperidad.

—Dejad a un lado ese mísero instrumento. No os ocupéis más de él—le decían aquellos pajes con acento insinuante y picaresca sonrisa.

Un secreto movimiento hizo que el muchacho se negara a complacerles.

—No me estorba—contestó suspirando—. Estoy acostumbrado hasta a dormir con el pobrecillo.

Y todos los ruegos que le dirigieron se estrellaron ante la misma negativa.

—Comed lo que queráis: elegid lo más agradable.

El muchacho quedó un instante perplejo.

De un lado, el apetito le incitaba a obedecer, y de otro temía probar aquellos succulentos manjares.

Dos veces tuvo intención de coger una trucha escabechada, y otras tantas se detuvo instintivamente.

Entonces, sin vacilar, cogió un pedazo de pan, dejando a un lado aquellos manjares propios de estómagos gastados por el refinamiento.

En el acto desaparecieron pajes y mesa.

Un formidable ruido de cadenas se oyó en la habitación inmediata. Apareció un horrible viejo y le dijo:

—Has caído en mi poder, desdichado. ¿Crees que te vas a burlar de mí? ¿No he de lograr que cometas un pecado mortal?

—¡Jesús!—exclamó el chico lleno de terror y a punto de perder el conocimiento.

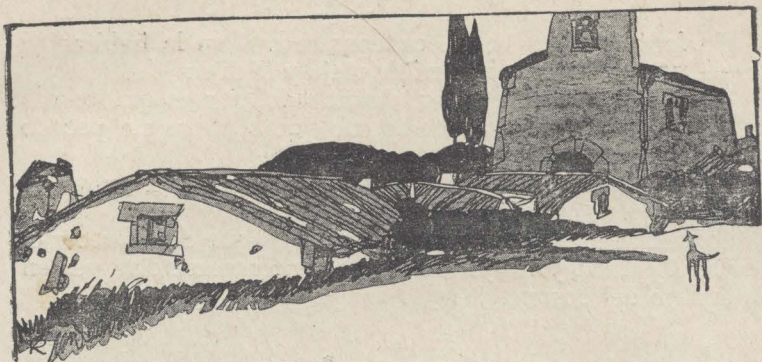
Lo mismo fue pronunciar esta palabra que desaparecer el viejo, el palacio y los jardines, para encontrarse otra vez en el lindero del bosque.

* * *

Vuelto completamente en sí, miró a su alrededor. Un fraile se le acercó, y, después de bendecir al muchacho, le obsequió con abundantes provisiones y un bolsillo lleno de plata, al mismo tiempo que le decía:

—Has estado en el palacio de las ilusiones engañosas, en donde jamás se toca la verdad. Si hubieras abandonado tu modo de vivir, que era tu organillo, y hubieras comido de aquellos manjares preparados por el diablo para que cometieses el pecado de la gula, de fijo que te hubieras perdido sin remedio. Sé siempre buen cristiano, y podrás desafiar las asechanzas del terrible enemigo del hombre.





EL TESORO DE LA GRUTA

VISITABA yo un pueblecito de la Mancha cercano a aquellos sitios en que Don Quijote paseara su flaqueza, cuando recibí invitación especial para trasladarme a un paraje denominado *La gruta encantada*.

Y maravillado quedé efectivamente, al penetrar en aquella cavidad, ataviada por la propia mano de la naturaleza con los más preciosos adornos que pudiera imaginar la fantasía. Al entrar observé que uno de los que nos acompañaban ataba una delgada cuerda a una piedra inmediata a la salida de la gruta, y le pregunté la razón.

—Es para impedir que nos extraviemos entre las mil columnatas naturales de la gruta, que forman un verdadero laberinto, capaz de desorientar a cualquiera. Algunos llevan brújula; pero esto es lo más seguro.

—¿De modo que hay peligro de extraviarse en esta caverna?

—Y tan grande, que el tío Quico, el zapatero, entró hace algunos meses aquí y todavía no ha aparecido ni rastro suyo; debe haber muerto de hambre en alguno de los rincones de la cueva.

Ésta era hermosísima. Miles de blancas *estalactitas* y *estalagmitas* salían de la bóveda y el suelo respectivamente, formando columnas que parecían de purísima nieve. El techo y las paredes brillaban bajo una capa de materias cristalizadas que producían reflejos nacarados de un efecto maravilloso.

A los cien pasos comprendí cuánta razón tenían los que me acompañaban para tomar serias precauciones.

Sin el hilo salvador que nos guiaba, como en otro tiempo a Teseo en el laberinto de Creta el que le facilitara Ariadna, a buen seguro que nos hubiera podido costar cara la diversión.

Nos sentamos a descansar a la luz de los hachones, y a sus oscilantes llamaradas consumimos alegremente las provisiones que traímos, utilizando para la fiesta una hermosa explanada que había en el fondo de la gruta.

—¿Y por qué llaman a ésta la gruta encantada?—pregunté.

—Ya lo verá usted.

Y, en efecto, pocos minutos después llegábamos a una estrecha abertura semejante a la boca de un horno. Por allí introdujeron teas encendidas, y a su luz pude divisar un espacio hueco de gran profundidad, que parecía a modo de aljibe subterráneo.

Una ancha viga cruzaba de un extremo a otro, y al final de la viga se veía claramente una puerta con la llave puesta, y colgando de la llave un manojo de ellas de formas rarísimas, que recordaban las que como joyas conservan los anticuarios.

—¿Y qué hay allí?—interrogué, lleno de la mayor curiosidad.

—No se sabe, porque nadie se ha atrevido a descolgarse hasta la viga.





—¿Por qué?

—Por dos razones: la primera por el temor a lo desconocido, y en segundo lugar, porque se conserva en el Ayuntamiento una lápida que estaba aquí y que está llena de letras árabes, las cuales letras, según ha traducido quien tal lengua conoce, dicen poco más o menos: «No te fíes de la viga, por si es torno. La entrada es difícil, mas la salida llana».

—Y ya comprenderá usted—añadió el hombre—que es una tontería arriesgarse a perecer marchando sobre una viga podrida ya por el tiempo, y que bien pudiera girar sobre un eje como un torno y precipitar al explorador en el fondo de ese aljibe, cuya profundidad se desconoce.

Salí de la cueva fuertemente impresionado.

—¿Adonde irá a dar esa puerta?—me preguntaba.

Durante toda aquella noche no pude conciliar el sueño; revolvíame soñando las más disparatadas quimeras y concibiendo los más extraños proyectos para descubrir aquel misterio.

Por fin no pude resistir más y me levanté muy de mañana, dispuesto a poner en claro el asunto.

Porque hay que advertir que se aseguraba como cosa real y positiva que en las galerías a que daba paso aquella puerta

misteriosa se encerraba un tesoro capaz de hacer poderoso al que tuviera la suerte de hacerse su dueño.

Y tentado por la codicia, pero aún más por la curiosidad, resolví jugar el todo por el todo e interesarme en la aventura.

Aquel día marché a la gruta acompañado de tres hombres forzudos que iban provistos de cuerdas y vigas que pensaba utilizar para mi empresa.

Al llegar a la boca del aljibe vacilé un momento; pero la curiosidad pudo en mí más que el temor y, santiguándome con devoción, penetré resueltamente en el aljibe.

Iba sujeto por la cintura al extremo de un palo largo, cuya otra extremidad tenían los tres hombres. Empuñé una tea y comencé a marchar con precaución por la viga.

Ya había llegado a la mitad del camino, cuando de pronto la podrida madera cedió y me vi en el aire, colgado del botalón que los tres hombres sujetaban.

Pero tal fue mi desgracia, que antes de que pudieran retirarme de aquella peligrosa situación resbalaron las cuerdas sobre el palo y caí al abismo. Cerré los ojos y pensé en Dios, ante cuya presencia creí comparecer en breve.

Los gritos de los hombres que me habían acompañado se



confundieron con el ruido que hizo mi cuerpo al chocar con el agua que por el fondo corría.

El fresco y el peligro me volvieron en mi acuerdo. Me palpé, me reconocí, para enterarme de si me había roto algo en la caída, y, al encontrarme entero, me dispuse a defender mi vida hasta donde pudiera.

El agua que me rodeaba no era mucha. Me llegaría próximamente a la cintura y era agua corriente.

La oscuridad era absoluta, puesto que allí no había resquicio por donde pudiera entrar el menor rayo de luz y mi tea se había apagado en el agua.

Busqué a tientas por la pared y al cabo de una hora de infructuosos reconocimiento tropecé con un resalte que me chocó por su forma rara y especial. Era una especie de palanca de hierro oxidada y que encajaba en una ranura medio cegada por el barro. Asíme al brazo de hierro y quise encaramarme en el resalte; pero el peso de mi cuerpo le desprendió de su alvéolo y creí que iba de nuevo al agua, cuando percibí que el trozo de hierro estaba unido a una enorme piedra, y que ésta había girado lo mismo que si tuviera goznes.

Encantado de tal descubrimiento, bajé de nuevo a mi sitio y a tientas reconocí el lugar en que había estado encajada la piedra, hallando una abertura bastante grande para que pudiera pasar por ella.

Penetré resueltamente y, con gran sorpresa mía, mis vaci-





lantes pies tropezaron en un escalón, y luego en otro. Había hallado el principio de una escalera de caracol, tan estrecha, que yo, que no soy muy grueso, la subía bastante apretado contra la pared.

Conté veinticuatro escalones, y al cabo de ellos cesó la escalera y empezó una suave rampa, por la cual me encaminé, tropezando de vez en cuando, con las manos extendidas en los salientes de la roca viva en que esta galería estaba vaciada. A las dos horas de camino se cortó de repente la galería y me desanimé, creyendo que estaba perdido para siempre. En fuerza de buscar y reconocer el terreno, advertí que a la izquierda de la galería había una puerta que en su tiempo debió ser resistente como el acero, pero que ahora se hallaba carcomida por la polilla de los siglos y era probable que consiguiera derribarla. Puse manos a la obra y, después de sudar no poco, logré que uno de los tirones la desencajara. Seguí por el nuevo camino y a los doscientos pasos vi entrar algunos haces de luz muy tenues por una serie de hendiduras. Me creí salvado y di gracias al Señor.

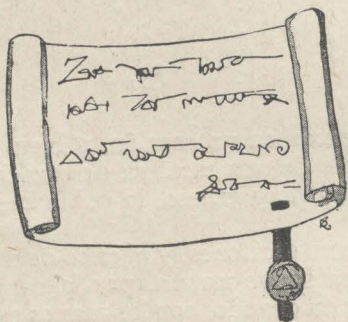
Aun tuve que afanarme en buscar coyuntura por donde escapar, pues estaba enterrado debajo de un montón de escombros, y cuando, por fin, pude mirar al cielo, di un suspiro de aquellos que sólo se exhalan cuando se ha escapado de un peligro mortal. Me encontraba en las ruinas del castillo moruno,

Cuentos de Calleja

que estaba situado en un monte próximo al pueblecillo adonde me condujera mi mala ventura.

Volvíme al pueblo, dudando en confesar lo sucedido, pues proyectaba volver solo a la misteriosa galería. Al entrar encontré a toda la población asustada por lo que me había ocurrido. El alcalde, el juez y gran número de vecinos habían ido a la gruta para tratar de salvarme, y los tres hombres que me acompañaron estaban presos hasta que se demostrara que mi pérdida había sido un accidente y no un crimen.

No quise referir el medio de que me había valido para salir, y al día siguiente, bien provisto de herramientas y de luces, marché al castillo y penetré en la galería. Después de un buen paseo sin encontrar nada, y ya muy cerca de la escalera, me



fijé en una lápida que en borrosos caracteres arábigos, que descifré con trabajo, decía lo siguiente: «Si miras a la derecha, Dios te protegerá en lo que desees. Si a la izquierda, te perderás».

Quedé perplejo algunos minutos. A la derecha sólo estaba la escalera; a la izquierda, en cambio, había una especie de rincón oscuro del cual partía un ruido extraño. Recordé que los moros eran muy embusteros, y aun creo que no han perdido el vicio, y pensé que aquella lápida más estaba puesta para asustar que para guiar en la aventura.

Y así fue que, llegando resueltamente al ángulo de la izquierda, empecé a golpear con el pico en todas direcciones. Encontré un hueco y allí redoblé mi trabajo y muy pronto logré hacer un agujero por el cual introduje el brazo, pensando encontrar el ambicionado tesoro. Por más que busqué, sólo tropezó mi mano con un rollo de pergamino. Lo saqué

con apresuramiento y después de estudiar lo que decía con prolijo afán, sustituyendo las letras que la humedad había borrado, leí lo que sigue:

«Aquí iban a estar los tesoros para el primero que viniese! Tú, atrevido, que llegues a descubrir esos papeles, ten siempre entendido que ciertas empresas aventuradas no son para el que las emprende, sino para el que está llamado a realizarlas». Y después de tanto susto y de trabajo tanto me volví al pueblo, todo mustio y cariacontecido, llevándome una moneda de oro que, como muestra, por lo visto, había dejado el que se llevara las demás.

La puse en un alfiler de corbata, y ese es el único recuerdo que me queda de aquella terrible y descomunal aventura. Y ya pueden decirme que vuelva a buscar tesoros, aunque estén a flor de tierra.

EL COMPAÑERO PATAFÓLICA

MORRONGO I, rey de los gatos romanos, decidió casarse con la linda gata que cautivara su corazón. Muchas Zapaguildas se presentaron en palacio aspirando a la honra de ser elegidas por Morrongo; pero éste quería esposa bella, buena y sabia: tres cosas que no suelen verse juntas en una gata, por muy romana que sea.

Se puso tan malo, que comenzó a dar en el vicio de roerse las uñas y rascarse los bigotes, síntomas de grave dolencia entre los gatos.

Reuniéronse los médicos de cámara, y después de una discusión de quince días resolvieron que el Rey, o estaba bueno y sano, o a las puertas de la muerte. Sólo un médico viejo opinó que no sabía a ciencia cierta el mal que aquejaba a Su Majestad.

Morrongo empezó a enflaquecer, y comprendiendo que la causa de su mal era vivir sin más afectos que los interesados de sus cortesanos, una mañanita, antes que amaneciera, se lavó la cara y marchó de palacio, decidido a no volver hasta haber elegido una Reina digna del primer trono gatuno.

La primera noche la pasó cerca de un hormiguero situado al pie de un árbol. Apenas había comenzado a conciliar el sueño, cuando un ruido le despertó: oyó voces debajo de tierra; a poco salieron muchas hormigas, y se reunieron a corta distancia de Morrongo. Una de ellas, la más atrevida, sin duda, se encaramó sobre una china, puesta en dos pies tosió para limpiarse el pecho, y tirándose de los puños de la camisa, dijo:

—¡Compañeras, ha llegado el momento de sacudir el yugo que nos abruma! ¡Nosotras somos la mayoría, y podemos hacerlo que nos dé la gana! ¡Para un grano de trigo por barba que nos dan, nos hacen sudar el quilo! Pues se me ocurre lo siguiente: que nos den doble comida, y no trabajemos más que la mitad; es decir, que no trabajéis, porque yo harto hago con hablar bien.

Aplausos estrepitosos acogieron las palabras del orador.

—Si nos dan lo que pedimos, seguiremos trabajando; pero si no, nos declaramos en huelga, y punto concluído.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Viva el compañero *Patafólica*!

—¡Un momento!—dijo un hormigón viejo encaramándose a otra china—Y si vosotros trabajáis sólo la mitad y queréis doble ración ¿de dónde vamos a sacar los comestibles?

—¡Nada; huelga, huelga!—gritaban todos—¡Lo mejor es no trabajar!

—¡Oídmeme, por favor!—gritaba el viejo—¡Mirad que os perdéis!

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Que se calle ese tío! ¡Tíradle de cabeza!

—¿Queréis que os cuente un cuento?—dijo de pronto el vejete.

—¡Siendo cuento, venga!—gritaron algunos; y todos escucharon.

—En un autor romano he leído que una vez se pelearon los miembros y el estómago. Decían los miembros: «Pero ¡qué sin vergüenza es nuestro estómago, que come y no trabaja!» Las manos decían: «Si no fuera por nosotras, que cogemos el alimento y lo llevamos a la boca, ¡medrado estaría el estómago!» Las piernas añadían: «¿Pues y sin nosotras, que llevamos al cuerpo adonde hay que comer? ¡Nada, nada; el estómago es un holgazán que está sacándonos el jugo, y ya es hora de que

nos las pague todas juntas! ¡Desde ahora mismo dejamos nosotras de trabajar, y que rabie de hambre!»

»Y así lo hicieron. Al principio, ¡qué gusto! Ni las piernas ni las manos se movían, y estaban como las propias rosas; mientras el estómago rabiaba de hambre y de sed. Pero al poco tiempo comenzaron a sentir las piernas y las manos una flojezad extraordinaria; tanto que, aun cuando quisieran, no podían moverse. Entonces les dijo la cabeza, que no había intervenido en el complot: «¿No comprendéis, almas de cántaro, que si el estómago come lo que le dais es para dárselo luego a vosotros en vida, fuerza y salud?» Comprendieronlo los miembros, y se apresuraron a dar comida al estómago.

»Pues aunque el compañero *Patafólica* os diga lo contrario, sabed que sois los miembros, y nosotros los jefes, el estómago. Vosotros trabajáis buscando las provisiones; pero nosotros las guardamos y las distribuimos para que duren en el mal tiempo: nosotros somos los médicos que os curamos cuando estáis malos, los ingenieros que os enseñamos a construir las viviendas, los guardianes que os defienden de los ladrones, los maestros que iluminan vuestro entendimiento, y los sacerdotes que os enseñan la moralidad. Decid ahora si comemos de balde lo que nos dais.»

Bajaron las hormigas la cabeza y volvieron al hormiguero como unos corderitos, mientras *Patafólica* decía:

—¡Me ha fastidiado ese tío! ¡Desde hoy tendré que trabajar como los demás!

Morrongo no pudo dormir aquella noche, haciendo reflexiones sobre lo que acababa de escuchar, y decidió tenerlo en cuenta para lo sucesivo.

Continuó su excursión, y se encontró en el país de las abejas. Allí nadie murmuraba del trabajo; todos llevaban su parte de miel, y la única lucha era por ver cuál llevaba más al panal. La Reina distribuía sus premios a las más aplicadas, y los zánganos, que no hacían más que zanganadas, morían de hambre por su holgazanería. Todo fue bien, hasta que viendo una abeja a Morrongo curiosear muy cerca de la colmena, le clavó el aguijón debajo de la cola, haciéndole salir a escape y bufando como si le hubieran amarrado al rabo una lata de petróleo.

Al retirarse sacó una cartera de piel de rana, y en una hoja escribió:

«Las abejas son modelo de trabajo; pero al que le piquen como a mí le hacen perder el rabo a correr».

A todo esto, el buen Rey siguió su camino en busca de la futura Reina de la raza gatuna.

Y quiso su buena suerte que andando, andando, diera con su cuerpo en el famoso país de los Zampatortas, donde había muchos gatos bien educados. Hospedóse el gran Morrongo en casa de Micifuz el piadoso, el cual tenía una hija tan bella como aseada, que todas las mañanas se lavaba la cara con saliva, porque le habían dicho que con eso se le quitarían las pecas.

El día de la recepción en la casa de Micifuz hubo gran banquete, y Morrongo quedó prendado de la pulcritud con que la doncella Bufapoco—que así se llamaba la hija del huésped—trincaba con sus blancas uñas los trozos de tocino, y se los llevaba a la boca sonrosada con aquel donaire y gracia de quien parece decir a cada bocado: «¡Qué honor el de esta tajada que pasa por mi gznate!»

Sirvióse agua para beber en una palangana soberbia, que debió de estar entera cuando nueva, pero que, desportillada y todo, valía cualquier dinero. Bebieron los comensales, y a los postres Morrongo pidió a Micifuz la mano de Bufapoco, para lo cual tuvo que decir quién era.

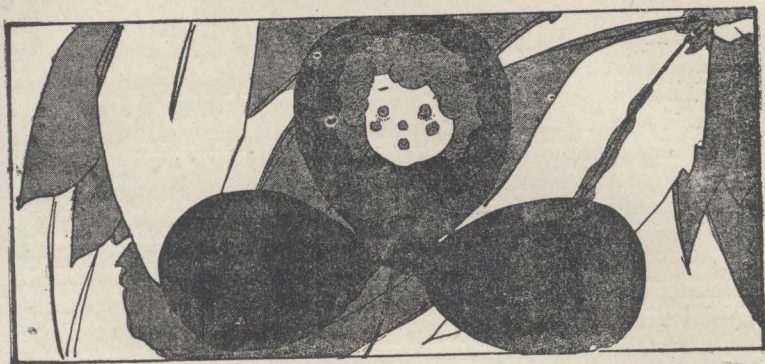
—¡Ah, señor!—exclamó Micifuz inclinándose con respeto— ¡Tal honor en mi familia!

Al día siguiente se celebró la boda con todo aparato, sacrificándose más de quinientos ratones bien cebaditos, y después los recién casados emprendieron el camino de su reino.

Cuando llegaron se hicieron anunciar por heraldos que entonaban cánticos de alabanza a la nueva Reina. Sólo al entrar en el salón del trono notó el Monarca que su esposa tenía la cola postiza. Entonces dijo para su pellejo: «¡La verdad es que no hay nada completo en esta vida!» Mandó que le pusieran un aparato para que no se le cayera la cola en los actos solemnes, y se dedicó luego a dar muchas y muy juiciosas leyes a sus súbditos, llamando hormigas a los revoltosos, y abejas a los buenos.

* * *

¿Verdad, lectores míos, que todos queréis ser tan laboriosos como las abejas?



¡CARABÍ! ¡CARABÓ!

UNA vez bajó Arturito a su jardín y al sentarse al pie de una acacia oyó a una hoja de trébol que decía:

—Yo soy Antonio.

Y una de las puntas de la hoja se convirtió en la cabeza de un niño diminuto.

—Yo soy Juanita—exclamaba la segunda punta de la hoja.

Y apareció una niña microscópica.

—Y yo Perico.

Y otra cabeza asomaba al lado de las anteriores.

—¡Demonche!—exclamó Arturito—Esto se puede poner en música con la jota de los ratas.

Acercóse al trébol y ya no vio nada: ni siquiera estaba seguro de cuál era la hoja maravillosa donde se encontraban aquellos tres muchachos tan pequeños como hermosos.

—Pues yo no me quedo sin averiguar esto—exclamó el muchacho.

En efecto, al día siguiente, a la misma hora, volvió a sentarse en el mismo sitio, y a poco se oyó un suspiro, comenzó a temblar la hoja de trébol, y acto seguido aparecieron sucesivamente las cabecitas, diciendo como el día anterior:

—Yo soy Antonio.

—Yo soy Juanita.

—Yo soy Perico.

Cuentos de Calleja

—Y yo Arturito—exclamó el muchacho, presentándose de improviso y sujetando la hoja misteriosa—. O me decís quiénes sois, u os arranco de raíz.

Tembló la rama, y de otra inmediata salió una voz muy triste que decía:

—No los matéis, por Dios, que son inocentes de toda culpa: volved ésta noche a las doce y os maravillará lo que veáis.

El niño obedeció gustoso y se marchó dispuesto a volver aquella noche. En efecto, serían las once y media cuando Arturito bajó al jardín, y ocultándose entre un grupo de magnolias, esperó a que sonara la hora convenida. Apenas el reloj de la iglesia dio la última campanada de la media noche, cuando se oyó un ruido por el aire, y a poco se posó en el suelo un caballo blanco como la nieve y provisto de unas grandes alas que sacudió en el momento de tocar la tierra. De aquellas alas escaparon millones de gotas de agua que cayeron en menuda lluvia sobre las plantas del jardín; aquello fue mágico: instantáneamente todas las plantas adquirieron las formas más inopinadas. El trébol se convirtió en precioso estrado cubierto de un espléndido dosel de terciopelo y oro, y, sobre tres sillones dorados, tres niños de deslumbrante hermosura lucían lujos vestidos, en los cuales lo elegante y lo suntuoso se disputaban la primacía.

Las acacias se transformaron en pequeñas torres de brillante plata, llenas de soldados que presentaban armas a los niños en señal de homenaje. El grupo de magnolias era un castillo de piedra con un puente levadizo de acero, sujeto por cables de encarnada seda entretejida de oro. Multitud de pajes de vistosos uniformes, soldados a caballo provistos de lanza y con lucientes cascos adornados de airosas plumas, recorrían el jardín en todas las direcciones. La vida animaba todos aquellos seres ante los atónitos ojos de Arturito, que, oculto detrás de una torre, pudo ver sin ser visto cuanto pasaba. Tal fue su asombro, que, creyendo soñar, dióse un pellizco en el lugar más carnoso de su cuerpo, y notando que le dolía, convenciósese de que no soñaba.

En esto dió un relincho el caballo y todos quedaron inmóviles y llenos de terror.

—¡Carabí! ¡Carabó! Dos minutos os quedan de estar como yo—gritó el caballo.

Y al oírlo lloraron todos, menos los tres Príncipes, los cuales se levantaron exclamando:

—Mago traidor, Dios querrá que pagues tus crímenes.

El caballo se puso en dos pies, y después de terrorífico relinchar, gritó: «¡Carabí! ¡Carabó!» Y en el acto volvieron todos a recobrar su forma anterior. Dio un salto el caballo para lanzarse al aire, agitó las alas y comenzó su vuelo, pero aquella vez no fue solo, porque al agitar la cola había dado con ella al buen Arturito, arrollándosela al cuerpo; el muchacho se agarró a ella para no caer, y cuando quiso darse cuenta, se encontró en el aire a más de mil metros del suelo. Entonces se sujetó con todas las fuerzas que da el miedo, sin hacer caso de los relinchos del caballo, que volviendo la cabeza, le decía:

—Suéltame o te rompo los sesos de una coz.



Pero Arturito se hacía la cuenta de que soñarse era morir sin remedio, mientras que no era seguro que pudiese alcanzarle con las patas, porque se había encaramado a la altura del nacimiento de la cola, donde se agarraba con una mano, mientras con la otra sujetaba el extremo de las cerdas de tal suerte que iba sentado sobre la doblada cola como en un trapecio.

Soltó el caballo dos o tres pares de coces que sólo hirieron a las nubes; volvió la cabeza para ver de dar un bocado a aquel parroquiano que le había salido, pero las alas le estorbaron y no tuvo otra venganza que hacer sonar cierto conducto que

tenía bajo la cola, entonando una tocata de zambomba que me río yo de Madrid en Nochebuena.

—¡Valiente temporal!—exclamó Arturito.

—Es el viento que me trago en la carrera—dijo el caballo.

—No debe ser viento, sino un huracán deshecho.

En esto fue bajando el caballo hacia la tierra, atravesando nubes y rompiendo nieblas, hasta que al amanecer llegó a un lindo palacio, cuyo techo de oro y pedrería se abrió por sí solo para dar paso a aquel caballo singular. Llegó al suelo de la enorme sala del palacio y, ya a pie firme, dijo:

—¿Quieres hacerme el favor de soltarme?

—Según y cómo—dijo Arturito,—porque ahora empiezo a tomarle el gusto a este sistema de viajar.

—Pues, hijo, lo siento, pero se te acabó el burro para siempre.

Y, diciendo esto, comenzó a dar botes de carnero por la habitación, con ánimo de estrellar al pobre Arturito; pero éste, tieso que tieso, no se soltaba aunque le matasen. Entonces el caballo se sentó para ver si reventaba con su peso al niño; pero éste, con un hábil movimiento, quedó fuera de la grupa y sentado en el suelo.

—¡Vaya!—exclamó—No hagas más tonterías, porque para irarme tienes que arrancarte la cola.

—Eso no—gritó el mago—: prefiero que hagamos un convenio. ¿Qué quieres y me sueltas?

—Primero, que me cuentes la historia de esos niños que están encantados en mi jardín.

—No quiero.

—Pues ahora mismo te arranco una cerda en castigo—y tirando de una de ellas, hizo soltar al caballo un relincho de dolor—. Pues una a una te las voy a ir arrancando, hasta dejarte pelado como caballo de alquiler.

—No; me has convencido. Escucha la historia que me pides. Has de saber que esos niños son hijos del gran Rey de Samarcanda, Alí-Tebelin, el cual es gran enemigo mío. Yo entonces estaba condenado a ser montado por el jinete que quisiera hacerlo, merced al encanto de un mi pariente por parte de madre, que sabe hacer esas cosas mejor que yo. No encontrando mejor manera de pasar los tres años de caballo de silla que me habían sido impuestos, entré en las cuadras de Alí-Tebelin, el cual me hizo dar varias veces de palos por el frívolo pretexto de que mordía al que quería montar sobre mí, daba de coces al que se acercaba, y un día di un terrible mordisco al mismo Rey. Enfadado de aquella injusticia, prometí vengarme.

y cumplido el plazo de mi encantamiento, me convertí a **mi** vez en encantador y, cogiendo una botella de agua recogida por mí de las nubes, hice que se convirtiera la corte del **Rey** en un jardín que trasplanté a tu casa. Todas las noches voy a él, y como llevo empapadas las alas en el agua de las nubes, que es la que tiene la propiedad de convertirlas en su forma **primitiva**, sacudo las alas y, después de divertirme un rato, **los** vuelvo a encantar con mi palabra. Conque ya lo sabes todo. ¿Quieres dejarme en paz ya?

—Ahora menos que nunca—dijo el chico—; porque, si te suelto te vas a vengar en mí como en ellos; de modo que **no** te dejo hasta que me vuelvas a mi casa. Ahora mismo me **darás** de comer. Acércate despacio adonde haya algo que echar **entre** pecho y espalda, y, si no, te pelo.

Dio el caballo una patada en el suelo, y al momento **apare**cieron varias mesas cubiertas de manjares. Con una **mano**, y sujetándole con la otra, fue Arturito comiendo de lo que **mejor** le pareció, y cuando estuvo satisfecho dijo:

—Ahora mismo me vas a llevar a casa.

El caballo se resignó, y tomando de nuevo vuelo subió a **los** aires, dirigiéndose hacia el jardín de Arturito; pero éste, al cruzar por las nubes, fue mojándose toda su ropita, empapán-





dola en aquel líquido prodigioso. Cuando llegaron, y antes de que el caballo tuviera tiempo de volverse, salió corriendo Arturito y se refugió en su casa. Buena fue su precaución, porque el mago le siguió con ánimo de morderle; pero cuando quiso recordar ya estaba el niño en su casa. Aun no había hecho el caballo más que tender el vuelo y desaparecer del horizonte, cuando Arturito salió de nuevo al jardín y, sacudiendo su ropa, dejó caer sobre las plantas el agua de nube de que estaba empapada. En el acto recobraron su forma primitiva todos los encantados, viendo con gran sorpresa que no era el mago el que los desencantaba. Viendo tal sorpresa, avanzó Arturito hacia el estrado y dijo a los Príncipes:

—Hijos de Alí-Tebelin, tengo el gusto de manifestaros que estáis libres; pero daos prisa en desaparecer de aquí, porque a las doce de esta noche volverá el mago.

—Gracias, amable niño—dijo uno de los Príncipes—; pero no nos iremos sin preparar al mago una sorpresa, y dándole algo que no se le caiga.

En efecto, prepararon unas cuerdas muy fuertes atadas a las torres, y aquella noche, cuando llegó el caballo, antes de que hubiera podido enterarse de lo que ocurría, se encontró atado por el cuello, por las alas y por las patas, y todos los guerreros y los pajes, provistos de fuertes garrotes, descargaron sobre él tal lluvia de palos que lo pusieron como nuevo.

—Toma, ¡Carabí!

—Toma, ¡Carabó!—gritaban.

Y la granizada de estacazos era tal que el mago pidió que le perdonasen.

—¡No hay perdón!—gritaba Arturito—Duro en él hasta que estire la pata.

Fueron tales sus quejidos, que al fin Arturito, lleno de compasión, se le acercó y le dijo:

—¿Cómo quieres que te soltemos, exponiéndonos a que te vengues de nosotros?

—Para eso no tienes más que arrancarme la pluma mayor de cada ala, y al punto quedará desprovisto de poder.

Hízolo así Arturito, y en el acto el mago adquirió la forma humana, viéndose que era un enano asqueroso que casi no podía moverse. Tocóle nuevamente con las plumas y se transformó en un loro enjaulado que comenzó a gritar:

—¡Carabí! ¡Carabó! ¡Para mí todo se acabó!

Arturito avisó a sus padres, dándoles cuenta de la extraña aventura, y les pidió permiso para acompañar a los Príncipes.

Quedaron los papás de Arturito maravillados al ver su jardín convertido en fortaleza, y al saber la serie de peripecias que, sin ellos enterarse, habían ocurrido, otorgaron su permiso y en seguida se organizó la expedición. Montóse Arturito en una de las plumas mágicas, llevando a la grupa a la Princesa. En la otra pluma cabalgaron los Príncipes y todos los demás se agarraron unos a otros. A una señal volaron todos, y en un periquete se encontraron en su patria.

Allí fue obsequiado espléndidamente Arturito con un par de calcetines y varias cajas de juguetes, viendo recompensado su esfuerzo por una vida larga y feliz al lado de su familia.



ILUSIONES PERDIDAS

UNA tarde, el travieso Antonio había hecho *novillos*, es decir, no había ido a la escuela, sin duda para no asombrar al maestro con su talento. Salió al campo, y, apenas hubo dejado atrás las últimas casas del pueblo, quedó un instante perplejo acerca del género de diversión en que había de emplear el tiempo.

—La verdad es—se decía— que debí avisar a Tomás para que nos fuéramos juntos a coger nidos; pero él ya estará en la escuela. Y ahora ¿qué haré? Porque pensar en ver las narices a D. Torcuato, eso de ninguna manera. ¡Tiene unas disciplinas tan duras!...

Preocupado con estas ideas, sentóse nuestro Antonio sobre un ribazo, y, golpeándose distraídamente los pies con un junco que cogiera a la orilla del río, quedóse un instante pensativo.

Un suave revoloteo despertó de pronto su atención, y, al

levantar su mirada, vio a corta distancia una bella mariposa que en raudos giros saltaba entre las flores de un rastroy; el muchacho, sin poderse contener, corrió tras ella con loco entusiasmo.

Voló la mariposa de un punto a otro con cierta extraña coquetería, como si quisiera dejarse coger y no se decidiera a rendirse desde luego, y semejante estímulo excitó los deseos de Antonio, cada vez más violentos.

Así, de vuelo en vuelo y de carrera en carrera, la mariposa y Antonio fueron alejándose del pueblo. Cayó la tarde, y aun entre las sombras del crepúsculo veía el muchacho brillar, con fosforescencias de luciérnaga, las preciosas alas de la mariposa.

Jadeante y sin aliento, dejóse caer al suelo el pobre Antonio, creyendo ya perdida su ilusión; pero la mariposa, por un extraño capricho, vino a posarse sobre una espléndida rosa que balanceaba sus pétalos a poca distancia del chicuelo.

Tentado éste, emprendió nuevamente frenética carrera, hasta que la oscuridad de la noche y el cansancio le impidieron continuar la persecución; entonces se recostó en el suelo y se quedó profundamente dormido.

Cuando despertó, estaba amaneciendo; el sol comenzaba a dorar las cumbres de los montes. Antonio miró a su alrededor y se encontró en país completamente desconocido para él.

—¿Dóndeestaré, Dios mío?—se preguntaba lleno de terror— ¡Maldita mariposa! ¡Si la cogiera!...

Como si el insecto hubiera oído que lo nombraban, apareció entre unos matorrales inmediatos al sitio en que Antonio se encontraba, y con el mismo vuelo tentador emprendió sus giros entre las flores.

—¡Ahora no te me escaparás!—dijo el chico.

Y tomando carrera emprendió nueva persecución, loca, frenética.

Ya la va a coger, ya se le escapa, y parece que se le evapora entre los dedos; algunas veces creyó sentir entre sus manos el aterciopelado roce de las alas del insecto.

Antonio sentía que una misteriosa fuerza le empujaba tras la mariposa, y, dejándose arrastrar por ella, corrió sin fatigarse, veloz como el viento; pero, a medida que él corría, también volaba con igual rapidez la mariposa.

Después de algún tiempo de carrera sin resultado alguno, Antonio, que se sentía desfallecido, dejó de correr, sentóse en el suelo, y para alimentarse cogió y comió algunas raíces verdes que encontrara; después siguió su camino a la ventura.

Cuentos de Calleja

Al poco tiempo vio una misera choza, y dentro de ella a un pobrecito fraile consumido por los años y por las vigilijs, el cual, saliendo al encuentro del niño, le preguntó adónde caminaba y por qué iba tan apenado.

Refirió Antonio cuanto le ocurriera, y el frailecito le dijo: —Esa brillante mariposa que persigues sin fruto es la ilusión de la vida, tanto más codiciada cuanto más se aleja de nosotros. Vuélvete a tu pueblo y vive allí tranquilo y sosegado; estudia y abandona las locas ilusiones.

—¡Es tan hermosa, Padre! ¡Tiene tan hermoso brillo en las alas, y unas antenas tan lindas!...

—Haz lo que quieras, pobre niño, que en balde se aconseja a los inexpertos: sigue tu camino; y, cuando hayas logrado tu propósito, vuelve a decírmelo.

—¿Y cómo os llamáis, Padre?

—Me llaman *Experiencia*.

Siguió adelante el pequeñuelo, hasta dar vista a un hermoso palacio, todo de jaspes de color de rosa, rodeado de un grandioso jardín lleno de rosales, cuyo aroma delicado atraía con su dulce fragancia. Al aproximarse abriéronse de par en par cien puertas de oro, y en el dintel de cada una de ellas apareció una hermosísima mujer: todas aquellas ninfas bajaron la grandiosa escalinata y se aproximaron al muchacho, prodigándole mil agasajos.

Una de ellas, la que parecía la dueña de la casa por su continente majestuoso y por el respeto de las demás, dijo al muchacho:

—Sé que persigues a mi hermana *Ilusión*, que ha venido hace un momento huyendo de ti y me lo ha contado todo. Pero no te desalientes; entra en palacio, que allí la encontrarás.

—¿Quién eres?—preguntó Antonio.

—Soy la *Esperanza* —exclamó la matrona.

No bien hubo dicho esto, ella y toda su corte se convirtieron en palomas blancas como la nieve y penetraron en el edificio.

Detrás corrió Antonio lleno de un vigor extraordinario. No sentía ni hambre ni sed; un aliento poderoso le sostenía, y así llegó al palacio y penetró resueltamente en él.

Recorrió cien y cien habitaciones sin encontrar alma viviente, hasta que, al fin, un suave aleteo que penetró en sus oídos le hizo comprender que muy cerca de allí se encontraba la codiciada mariposa. Precipitose al lugar de donde partiera el ruido, y por fin, a la claridad de las suaves luces que alumbraban los salones, vio al fugitivo insecto volar de un lado a otro.

como aturdido y sin esperanza de fuga. Sin reposar un momento, lanzóse Antonio sobre aquella mariposa, que aun le pareció más linda a la luz artificial, y después de muchos esfuerzos consiguió cogerla en su pañuelo. Ya en posesión de aquel ser codiciado, salió Antonio del palacio con el placer del vencedor.

—¡Es mía! ¡Es mía!—gritaba, como si quisiera comunicar su regocijo a todo cuanto le rodeaba.

Luego giró la vista en torno y vio un panorama seco y triste, sin árboles ni hierba, y a los pocos pasos la choza del ermitaño, y a éste que le miraba con pena.

—¡Buenos días!—dijo alegremente Antonio—Aquí estoy de vuelta con mi mariposa. Vea usted si hice bien en perseguirla.

El fraile sonrió tristemente.

—Enséñame lo que traes tan guardado—le dijo.

—Mire usted—contestó Antonio.

Y, abriendo el pañuelo, cogió a la mariposa por las alas.

Pero, en el momento de tocarla, deshízose el insecto, quedando entre sus dedos un poco de ceniza.

—Ya ves lo que has logrado después de tantos afanes. Esa es la ilusión, deshecha una vez tocada; y ahora mírate en ese arroyuelo, cuyas limpias aguas te servirán de espejo.

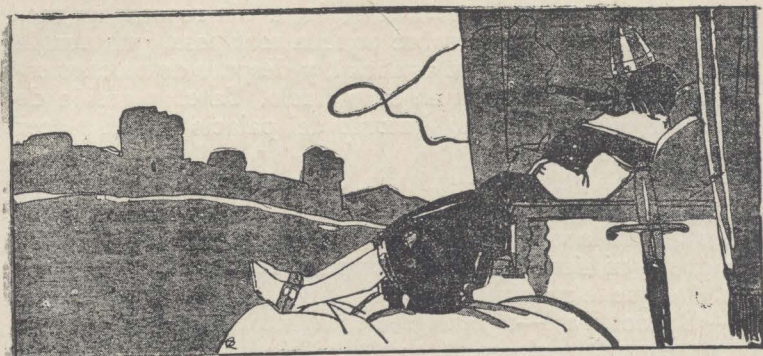
Antonio se miró y se desconoció. En lugar del muchacho alegre y retozón, se vio convertido en un viejo decrepito y caduco, y rompió a llorar con desconsuelo.

—Ya ves adónde lleva la vida—dijo el ermitaño—. Ilusiones engañosas nos llevan tras sí, y se desvanecen después de consumirnos la existencia. Sólo el bien y la verdad han de ser nuestro fin en la vida, y para esto estoy yo al lado de los pequeños, guiándolos con mis consejos. Yo represento la experiencia del maestro que te enseñaba, de los padres que te aconsejaron y de los buenos amigos que te acompañaban. No pude disuadirte de tu empresa, y tú ya perdiste para siempre la juventud.

—¡Dios mío!—exclamó Antonio llorando—Ya que no haya remedio para mí, sirva a lo menos de ejemplo mi castigo y de escarmiento mi pena.

Y volviendo a su pueblo, en donde nadie lo conoció, hizo tanto en favor de sus antiguos camaradas, que más de uno tuvo que agradecerle la dicha de su vida.

Escarmentad, lectores míos, en la cabeza de Antonio, y no echéis en saco roto la moraleja del cuento.



D O N S U E R O , E L O R G U L L O S O

UNA vez había, allá en tiempos remotos, un caballero llamado don Suero de las Navas, señor feudal de una porción de villas españolas, con una cantidad de títulos capaces de llenar una página de las mayores. Tantos y tan largos eran. Pues este caballero era tan orgulloso que tenía por grave deshonra aprender a leer y escribir, cosas que juzgó no sólo inútiles para hombre de sus prendas, sino hasta vergonzosas para un noble tan rico como él, que podía permitirse el lujo de un secretario. Y así era, en efecto; un pobre hombre, que por su humilde condición tuvo que aprender aquellos útiles menesteres, iba como un zascandil detrás de su amo, pluma y tintero en ristre, dispuesto a poner en buen castellano los mil y un disparates que a don Suero con frecuencia se le ocurrían.

En cierta ocasión llamó el Rey al poderoso D. Suero para que acudiese con sus soldados a la guerra, y como no podía menos de suceder, el pobre secretario, llevando por espadín la pluma y por flecha un tintero de cuerno, tuvo que ponerse en camino al lado de su señor y marchar a la guerra. Y al principio todo fue bien. Las órdenes y las cartas avisando al Rey los resultados de la lucha iban escritas por las manos del infeliz secretario, que ganaba al mes, si mis datos no están equivocados, la enorme suma de dos maravedises de plata. ¡Vaya, que había con ello para echar coche y comprar buenos castillos... en el aire!

Pero una flecha, disparada al acaso en el fragor de la pelea contra los moros, puso fuera de combate a D. Lesmes, que así se llamaba el secretario, y D. Suero se vio precisado a buscar un nuevo dependiente que supiera leer y escribir, cosa no muy fácil en aquel tiempo.

No lo encontró, por su desdicha, y a no tener tal cantidad de orgullo en el cuerpo, seguramente hubiera sentido su falta



de instrucción, que podía colocarle en situaciones difíciles como sucedió, en efecto.

Estaba en campaña contra los moros, que ocupaban gran parte de España, cuando recibió un pliego del Rey.

Y aquí empezaron las dificultades.

¿Qué le diría en aquellos garabatos escritos en un cerrado pergamino? ¿Que avanzara? ¿Que retrocediera? Difícil era adivinarlo. El mensajero se había limitado a entregarle el pliego, y picando espuelas desapareció en una nube de polvo.

Perplejo se encontraba D. Suero con el pergamino en la mano, dándole vueltas y sin saber qué decía.

Hizo venir a un vecino de un pueblo inmediato, y que era enemigo suyo a causa de cierta paliza que le mandara propinar días antes, y le dijo:

Cuentos de Calleja

—Me han dicho que sabes leer y escribir, y como aquí ninguno sabe, vas a leerme lo que dice este pliego del Rey y si no dices la verdad, haré que te desuellen vivo. Además, exijo de ti una reserva absoluta. Lo que aquí diga no lo hemos de saber más que tú y yo.

Prometiolo todo el ofendido campesino, pero con el propósito de tomar cumplida venganza.

Y, en efecto, apenas hubo pasado la vista por el pliego, cuando exclamó con acento de la mayor sorpresa:



—El Rey os ordena que entreguéis el mando de las tropas y vayáis en el acto a la corte, donde habéis sido acusado de traición.

—¡Yo traidor! ¡Ah, bergantes, los que tal han dicho de mí! Por mi propia mano les voy a cortar las orejas.

Y, dicho y hecho: en el acto dejó el mando de las tropas y emprendió su marcha a la corte. La jornada era larga y fatigosa, y nuestro D. Suero tuvo que hacer alto en despoblado, bajarse del caballo y recostarse sobre el santo suelo, ni más ni menos que si hubiera sido el más pobre campesino. Así pasó la noche y le sorprendió el alba.

Al incorporarse vio clavado un gran cartelón junto a un foso situado a la orilla del camino.

¿Qué diría aquello? Debía ser algo importante cuando en tan gruesas letras estaba escrito. Se aproximó cuanto pudo para ver si alguna señal que no fuese letra pudiera indicarle algo por donde viniera en averiguación de lo que allí se decía;



pero ¡oh desgracia! al acercarse resbaló y cayó de bruces en el foso.

El letrado decía: ¡CUIDADO CON ACERCARSE!

No poco trabajo le costó salir de allí, y aun el golpe le dejó tan resentido que apenas podía moverse.

Como pudo, se acercó al pueblo más inmediato y se metió en la cama.

Al primero que encontró fue al taimado campesino que le tradujera tan malamente el pliego de Su Majestad.

Iba huyendo de D. Suero, y había venido a dar con él de manos a boca y donde menos se pensara.

Al ver su gesto bondadoso, conoció que su engaño no había sido descubierto, y se acercó sin temor al noble caballero.

—Puedes serme útil—dijo éste—. No me encuentro en disposición de ir a la corte. Escribe al Rey lo que me ocurre, y dile que en cuanto esté un poco mejor partiré a confundir a los que me han calumniado.

Pero el campesino escribió lo que quiso y remitió el pliego.

En él llenaba de insultos al Rey, con el objeto de que éste mandase degollar al caballero.

El efecto que el escrito insultante produjo fue tan grande, que el Rey montó en cólera y mandó que le trajesen a D. Suero, vivo o muerto, y que, si se resistía, le ataran a la cola de un



caballo. El caballero fue encarcelado; pero como era tan orgulloso, no quiso dar explicaciones al Rey, y éste mandó que lo atormentasen. Ni los más duros suplicios lograron domar aquella voluntad de hierro. Era inocente, y no quería pedir gracia al Rey, que lo condenaba sin motivo. Por fin iban a sentenciarlo a muerte por sus insultos al Monarca, cuando uno de los jueces manifestó al Rey la posibilidad de que don Suero hubiera puesto su sello al pie de un escrito que él no hubiera firmado.

—Porque—decía—me consta que no sabe leer ni escribir.

—¡Cómo!—exclamó encolerizado el Rey—¿He tardado yo cinco años largos en aprender a deletrear, y ese imbécil de don Suero ni eso sabe? No lo creo. Si no me pruebas que el escrito en que me llama rey lanudo y pollino no lo conoce él, haré que le maten mañana mismo.

El juez no se descuidó.

Extendió la sentencia de muerte y se la llevó al preso, diciéndole:

—Firmad esto y sois libre.

—Y ¿qué es eso?

—Un escrito en el cual decís al Rey que sois inocente de cuanto se os acusa.

—Si es así, venga y lo firmaré.

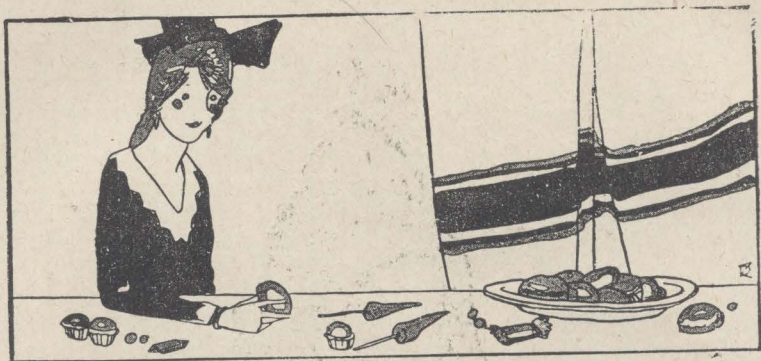


Y puso al pie una cruz y su sello. Llevóle el juez al Rey aquella sentencia, que había firmado el preso creyendo que era su salvación, y entonces, convencido Su Majestad de su inocencia, le mandó poner en libertad, devolviéndole sus honores.

Desde entonces el caballero se dedicó a aprender lectura y escritura, y salió tan aprovechado que a los ocho años de lección ya sabía cuál era la *o*, tanto mayúscula como minúscula, lo cual no es excesivo que digamos.

¿Y el campesino? Se le buscó, y por mal intencionado, en cuanto logró echarle mano la justicia, fue a dar con sus huesos en la cárcel, en donde acabó su vida. La ignorancia es mala, pero los malvados aun son peores.





P I L A R A Z O G U E

UNA vez había cierta muchacha revoltosa llamada Pilarcita, que nunca se estuvo quieta ni dejó en paz nada que estuviera al alcance de su mano. Por su travesura la llamaban Pilar Azogue, comparándola con este cuerpo, que nunca está en reposo. Amiga de las golosinas como pocas, siempre estaba comprando caramelos y peladillas y alguno que otro pastel de crema tostada, que le gustaba con delirio.

Para eso siempre tenía el feo vicio de pedir dinero a sus papás y a sus tíos, e inmediatamente iba a la pastelería a comprar cuanto se le antojaba. Claro es que tal afición le costó más de una vez algunos días de cama y buenas regañetas del médico, que era intratable con los golosos y les recetaba bebidas muy amargas.

Pero la niña no escarmentó y siguió pidiendo dinero, no ya a su familia, sino a las personas que venían de visita a su casa. Cierta día entró en el salón y encontró en él a un caballero desconocido. Gastaba éste lentes ahumados, bigote fino y una larga perilla partida en dos; las arqueadas cejas y una luz extraña que se veía a través de los lentes hubieran hecho temer a cualquiera que el tal caballero fuera el mismísimo diablo. Pilarcita Azogue no se intimidó y, acercándose con mucho desenfado al caballero, le dijo:

—¿Quiere usted darme diez céntimos para dulces?

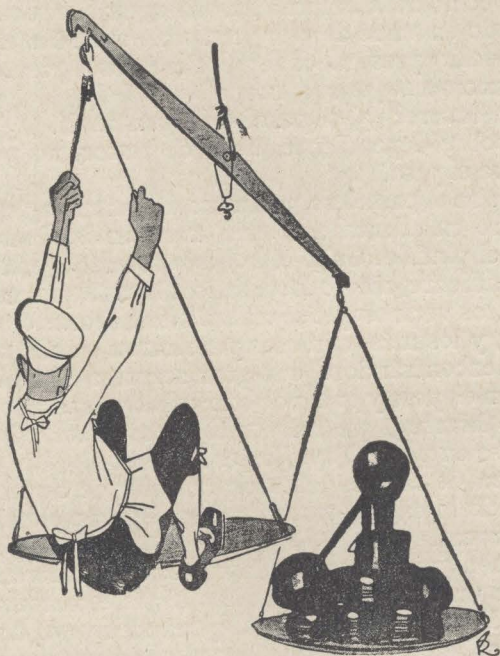
—Ya lo creo, hija mía; todas las niñas como tú son mis amigas más queridas.

Y sacó y le dio un bolsillo de seda a través de cuyas mallas se veían relucir monedas de oro.

—Muchas gracias, caballero—exclamó la niña.

—Deja que te de un beso, arrapiezo—dijo el desconocido.

Y acercándose a la niña, puso sus labios sobre aquella frente sonrosada. Pilarcita dio un grito.



—Los labios de usted queman—exclamó—; pero, en fin, me ha regalado usted este bolsillo y Dios se lo pagará.

Aun no había concluido de decirlo, cuando el diablo, porque él era, desapareció al oír el nombre de Dios. Quedó la niña pensativa, y mirándose luego al espejo vio que tenía en la frente una horrible quemadura, que era la señal que le dejaron los malditos labios del enemigo del género humano.

Con todo, como no le dolía, fue a casa del pastelero y pidió media libra de pastas. Puso el dependiente la pesa en un pla-

tillo y comenzó a echar pastas en el otro, pero el peso no se movía.

—Este peso debe estar mal—decía el pobre mozo, echando pastas y más pastas en el platillo.

Ya no cabían y, sin embargo, el peso no oscilaba. Viendo esto el mancebo, comenzó a poner pesas y más pesas para averiguar lo que faltaba; mas ¡oh prodigio! estando sólo la de media libra en un lado, no bastaban a equilibrarla todas las pastas ni todas las pesas de la tienda. Por último, el dependiente se colgó de la balanza sin conseguir que se moviera.

Aterrado en vista de esto, comenzó el infeliz a dar gritos, haciendo salir apresurados al pastelero y su esposa, que estaban en aquel momento junto al horno.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?—preguntaban.

Y el pobre dependiente, lleno de terror, no podía hablar y señalaba el peso.

Le miraba el pastelero, tratando de quitar la pesa de media libra; pero en el momento una mano invisible le cogió y le sentó en el platillo. Gritó el hombre aterrado, gritó su mujer, y el dependiente, medio loco, salió a la calle pidiendo socorro. Creyeron los vecinos que se trataba de ladrones que asaltaban la tienda, y los más animosos penetraron en ella provistos de garrotes, encontrándose, con gran sorpresa suya, el pastelero sentado en el peso y gritando como un desesperado.

—Pero hombre, ¿se ha vuelto usted loco? ¿Quiere usted convertirse en pesa? Vaya, bájese de ahí.

A fuerza de tirones lograron quitarle de aquel asiento, y restablecida la calma, trataron de averiguar el origen de tan pesada broma.

Todos convinieron en que la niña que había venido por las pastas era un diablillo, al que había que escarmentar cuando volviera. Pero es el caso que al poner de nuevo las pastas en sus cajas salieron disparadas por el escaparate, rompiendo el cristal, como si fueran balines. Tras las patas fueron los pasteles, el jamón, la butifarra, y en un momento el pobre pastelero se halló sin tener qué vender al público. Cuando vio volar los salchichones se agarró a uno de ellos; pero éste volaba con tal fuerza que le subió en vilo y le sacó un buen trecho a la calle, hasta que el pastelero, dándose por vencido, soltó su presa diciendo a los salchichones:

—¡Adios, hijos míos! ¡Pobre del que os coma!

Y los chiquillos corrían que se las pelaban tras los dulces que salían de casa del pastelero.



A todo esto Pilarcita, que se había asustado mucho con la escena de la pastelería, corrió a su casa y allí se escondió; porque la conciencia le decía que ella tenía la culpa de todo.

Aquella noche, cuando llegó la hora de la cena, sentóse a la mesa y, siguiendo su costumbre, quiso coger aceitunas y salchichón sin permiso de su madre; pero las aceitunas comenzaron a bailar en el plato y las rodajas de salchichón rodaron por la mesa.

La familia se asustó al ver aquella brujería y trató de averiguar la causa; pero sólo supieron que aquella noche nadie cenaba en casa porque la sopa se había marchado al techo, un pavo asado se levantó de la cazuela y comenzó a aletear, y por fin Pilarcita comenzó a echar fuego por la frente, precisamente por el sitio en que el diablo la besara.

—¡Ah, pícara!—gritaron todos—Tú eres la causa de esto. ¡Debes estar embrujada! Vete de aquí y no vuelvas hasta que Dios te haya perdonado.

Pilar salió a la calle llorosa; pero se acordó del dinero que llevaba y se dijo:

—Con esto no me faltará que comer.

Aquella noche la pasó al sereno, porque como era una niña, no la admitieron en ninguna posada, y a la mañana siguiente, como sintiera apetito, entró en una fonda. Toda la batería de cocina, los comestibles, los platos, los cubiertos y hasta los

Cuentos de Calleja

camareros comenzaron a bailar una danza terrible. Pilar salió corriendo de la fonda, y todo volvió a quedar en ella tranquilo.

—No la dejéis entrar más—dijo el dueño de la fonda—; esa chica está embrujada.

Lo mismo le pasó en todas partes, de modo que de nada la servía el dinero del diablo. De pronto vio una mendiga y su corazón se conmovió; sacó una moneda, poniéndola en la mano de la pobre; pero ésta la tiró, diciendo:

—Esto quema; este dinero está endemoniado.

Abandonada de todos, fue Pilar a casa de una mujer que había sido criada de su casa y la quería mucho. Entre sollozos le dijo la causa de sus desventuras.

—Lo sé todo, hija mía—dijo con dulzura la pobre mujer—. Anoche lo soñé, y te diré el único remedio que tiene tu desgracia. Irás sola a un monte muy lejano que se llama la montaña del Arrepentimiento y en él verás un ermitaño. Dile lo que te pasa y él te aconsejará.

Hízolo así la niña y partió sin demora para aquella montaña,





a la cual llegó después de muchos días de fatiga, sin comer más que hierbas y durmiendo en el suelo, y vio una ermita y a la puerta el ermitaño, anciano venerable.

—Sé a lo que vienes, hija mía — le dijo sin dejarle hablar—. Tu ángel bueno me anunció que venías arrepentida. Pues bien, tira lejos de ti ese bolsillo que te entregó el diablo; confíesate, haz penitencia y serás perdonada y salva, confiada en la misericordia de Dios.

—¿Y cuál será, padre mío—preguntó—, la señal de que Dios me ha perdonado?

—Que desaparecerá de tu frente esa horrorosa mancha con que te ha marcado Satanás.

Pilar no vaciló, y sacando el bolsillo del diablo lo tiró cuan lejos pudo; sonó una formidable detonación y desapareció la montaña y la ermita, y el ermitaño se convirtió en un ángel blanco como la nieve y hermoso como el sol, que, acercándose a la niña, le dio un dulcísimo beso en la frente.

—Estás perdonada—le dijo—; tu arrepentimiento ha llegado al Cielo, y yo con mis labios he borrado el estigma que tenías marcado para siempre.

Pilar dio un grito y despertó sobresaltada, pues todo lo que antecede era producto de la fantasía durante un sueño.

Cuentos de Calleja

Se encontraba en la cama y a su alrededor estaba su familia muy inquieta, oyendo al médico que decía:

—Pero, señores, ¿qué quieren ustedes que tenga esta niña sino una indigestión que le ha producido fiebre y un delirio horroroso?

—¡Mamá, mamá!—exclamó juntando las manos Pilarcita—Yo seré buena y no comeré más golosinas. ¿Ha vuelto ese hombre de los quevedos negros?

—No, hija mía, aquí no ha venido nadie; que estás malita hace dos días y has tenido unos sueños tremendos.

—Mírame a la frente—dijo Pilar—y dime si tengo alguna señal.

—No, hija, no tienes nada.

—¿No me han besado hace un momento?

—He sido yo, que no me he separado ni un momento de tu lado.

—Bien, mamaíta—dijo Pilar con zalamería—. Dame otro beso.

Besóla su mamá y Pilar quedó dormida, y cuando se puso buena aborreció para siempre los dulces.





GUISADO DE CONEJO

AQUEL día todo se volvió corrillos en el colegio. Había una conspiración contra el cocinero.

Vamos a ver por qué.

El del *gorro blanco*, como le llamábamos, se había negado a facilitar pan y queso a algunos de nuestros compañeros que, por su desaplicación y mala conducta, merecieron que el profesor les dejara sin comida.

El hecho era gravísimo y exigía un castigo ejemplar. Pues ¿qué, ¿el otro cocinero no guisaba tan bien como éste, y, sin embargo, socorría a los infelices castigados?

El mentecato tendría que acordarse de nosotros.

Era preciso, indispensable, que lo echaran ignominiosamente del establecimiento, y así lo decretamos los cincuenta y dos internos con fallo inapelable. Ni la bula de Meco iba a valerle.

El hombre cumplía con su deber haciendo efectiva la condena que imponían los profesores; pero, la verdad sea dicha, el anterior era un bonachón que no podía ver a nadie hambriento, y no se perdía trozo de jamón, queso o algo por el estilo que no se le encontrara en el bolsillo al desaplicado.

El pobre se murió de puro bueno, sin duda y, para castigo nuestro, la suerte nos deparó un jefe de cocina seco como un alambre, de rostro avinagrado, pelo de azafrán, ojos de clavo

y labios de pimienta. De tal suerte, que su cabeza parecía una caja de especias. Y, a pesar de esto, los manjares se resentían de la falta de condimentos, especialmente de sal, lo cual daba lugar a no pocas bromas a costa suya.

Además estaba enfermo del estómago, y sabido es el mal carácter que, sin poderlo remediar, toman los que tal afección padecen. Así es que se ponía insufrible.

Digo todo esto para quitarme cierto escozorcillo de remordimiento que me asalta al recordar la mala pasada que le jugamos, y que fue como sigue:

—Señores y queridos compañeros—dije yo, que era el mayor y más atrevido—, para lograr nuestro propósito es preciso que me obedezcáis sin vacilar. Lo primero es estar seguros de que no hay entre nosotros *soplones* que vayan con el cuento al director. ¿Juráis callaros, pase lo que pase?

—Lo juramos—respondieron como un eco quince voces.

—Pues bien, que salgan dos de vosotros al pasillo, no sea que algún oído indiscreto sorprenda nuestra conversación.

En el acto, Luis Sánchez y otro, cuyo nombre no recuerdo, salieron al pasillo, en calidad de escuchas, para atisbar si algún profesor se aproximaba.



—Compañeros—continué—, el golpe hay que darlo esta noche, porque me he enterado por el pinche de que tenemos de principio guisado de conejo. Y yo lo siento mucho, pero hay que degollar inmediatamente al pobre *Minino*, a ese hermoso gato romano que ha compartido con nosotros los días del infortunio...

—Eso no—contestó López, alumno de segundo año, que apenas contaría nueve de edad—. Yo defendiendo a *Minino* y no se le toca. ¡Pobre animalito! Ayer mató dos ratones que me habían roído la gramática latina.

—Así la tendrías de cuidada—dijo otro.

—¡Que se calle ése!—gritó un tercero.

—¡Silencio, señores!—grité—Aquí no puede haber más que una voluntad, si hemos de conseguir nuestro deseo. Si no me atendéis, me callo y se acabó todo. Pereceremos a manos de ese cocinero sin alma, sin conciencia y sin sal. (Este parrafillo lo tenía yo preparado como golpe de efecto.)

Todos gritaron:

—¡Habla! ¡Habla!

El odio al cocinero venció los escrúpulos, y después de madura reflexión, se acordó lo siguiente:

Primero. Cazar a *Minino*, que, como si oliera la quema, se había subido al tejado.

Segunda. Matarle con todas las reglas del arte y desollarle.

Tercero. Esconder la piel en un patinillo, adonde echaban generalmente los desperdicios de la cocina.

Cuarto. Volver todos boca abajo los platos al servirnos el principio.

Quinto. Que, como jefe de la conspiración, fuera yo el que diera al director las explicaciones convenientes.

Para realizar el primer acuerdo designé a los más aventajados alumnos de la clase de gimnasia, los cuales, en un dos por tres, estuvieron en el tejado corriendo de un lado para otro, llamando a la pobre víctima de nuestro horror al cocinero.

Pero *Minino* no estaba para bromas. Siempre he creído que el instinto de esos animales es más fino de lo que se cree, porque el gato, en vez de acercarse mansamente, como de costumbre, arqueó el lomo, erizó los bigotes y abrió la boca, bufando como un desesperado. Por fin se le cazó, aunque no sin trabajo y sacándose algunos arañazos de la refriega.

La segunda parte fue la más lastimosa... Pasemos por alto la terrible operación y las precauciones que adoptamos para que no se oyeran los mayidos.

Cuentos de Calleja

¡Pobre *Minino*!

Llevado felizmente a cabo el segundo acuerdo, el tercero no ofreció gran dificultad. La piel fue escondida debajo de un pedazo de estera vieja y el cuerpo del delito recibió honrosa sepultura en el corral.

Para desagravio de la raza gatuna se compusieron versos a la memoria del difunto, ensalzando las bellas prendas que le adornaban.

Recuerdo que unos, los mejores, que se debían a la brillante pluma de un alumno de retórica, especie de **Espronceda** en canuto, decían así:

AL HEROICO MININO

Tu gracia y tus andares, sandunguero
te hicieron el mejor entre tu gente;
fuiste el gato romano más valiente
que colegios pisó en el mundo entero.

Tu recuerdo será imperecedero,
ya que tuviste un desdichado fin.
¡El pobrete mayaba hasta en latín,
y fue toda su vida un caballero!



Y llegó la noche, y con ella la hora de comer y el terrible momento de la conspiración.

La sopa y el cocido pasaron sin novedad en su importante salud, y como no habíamos de comer principio, hubo quien se metió entre pecho y espalda hasta un litro de caldo empedrado de garbanzos, y no por cierto de Fuentesauco.

Por fin hizo su entrada triunfal el plato del día: ¡el conejo!

Aun se me pone la carne de gallina al recordar lo que sucedió. Un escalofrío general circuló por la mesa. Nos dimos con el codo unos a otros, y simultáneamente, como movidos por un resorte, volvimos todos a un tiempo los platos boca abajo, acostumbrada manera de decir que no nos gustaba la comida.



—¿Qué es eso?—preguntó el director, que presidía la mesa—
 ¿No les gusta a ustedes el conejo estofado? ¡Un plato tan rico!
 ¡Pues si lo han comido infinidad de veces!

—¡Yo no quiero conejo!—dijo uno con maliciosa sonrisa.

—¡Ni yo!

—¡Ni yo!—añadieron todos.

—Y ¿por qué?—gritó encolerizado el director—Aquí hay gato encerrado.

—¡Precisamente por eso!—exclamé, viendo flaquear a algunos de mis compañeros.

—¿Qué es eso? ¿Se viene usted con bromas? Nada de ambigüedades. Hable usted, que parece que es el jefe de este movimiento.

—¡Señor director!—dije en tono medio solemne, medio encogido—Aquí hay gato encerrado; pero donde está encerrado es en la cazuela.

Y señalé la que contenía el conejo.

—¡Eso es falso!—dijo el director—¿Te atreverías a decirlo delante del cocinero?

—Sí, señor—contesté llorando.

Cuentos de Calleja

Vino el cocinero, trémulo de coraje. Sus ojos despedían llamaradas de ira.

—¿Quién ha dicho—gritó—que ese conejo es gato?

—Yo, que le he visto a usted matar al pobre *Minino* con el cuchillo de la cocina.

—¡Mientes, malvado!—rugió el cocinero.

—Sí, señor, y la piel la ha escondido en el patinillo. ¿Verdad, compañeros?

—¡Sí, sí!—dijeron algunos con cierto temor.

El director, dos profesores y los alumnos fuimos al patio.



encontrando, con gran sorpresa del cocinero, la piel aun fresca del infeliz gato romano.

Aquello hizo fe y el cocinero fue despedido en el acto, sin habérsele admitido ninguna explicación.

Bajó la cabeza ante aquella aplastante prueba, buscada con tan refinada malicia, y jurando que se la habíamos de pagar.

Salió del colegio con los carrillos más encendidos que un pimiento riojano, y su salida nos produjo una penosa impresión. Todos hubiéramos querido deshacer lo hecho, pero ya era tarde.

Sin embargo, no sé cómo sucedió, pero es lo cierto que un secreto entre muchachos nunca se guardó más de dos días, y

al cabo de este tiempo el director supo, con pelos y señales, lo ocurrido.

Entonces volvió a llamar al pobre cocinero, que por poco se muere del disgusto, y, avisando a mi familia, me expulsó ignominiosamente del colegio, después de haberme propinado seis días de calabozo a pan y agua como cabeza de motín.

Desde entonces tengo a la cocina cierto respeto y me inspiran simpatía esos hombres del gorro blanco que tan bien nos dan de comer cuando saben su oficio. Y vosotros, lectores míos, escarmentad en mi cabeza y no conspiréis contra el destino de nadie, no se os vuelva la tortilla y estéis como yo seis días a pan y agua.

LA HERMOSA CASILDA

UNA vez había una hermosísima maga, llamada Astolfa, que cifraba su orgullo en su belleza. Siempre se estaba dando polvos de arroz de los de mayor precio y pintándose el pelo de rubio, moda muy extendida entre las magas; además, llevaba en la mano un espejo maravilloso, el cual la decía siempre que en él se miraba: «Ninguna más hermosa que tú».

Hubo un día, sin embargo, en que el espejo se calló, y en vano le preguntó la maga si había alguna tan hermosa como ella.

Comenzó a preocuparse, e insistió tanto y tanto, que el espejo, aburrido, acabó por decirla: «Hay otra tan hermosa como tú». Astolfa tiró el espejo contra el suelo y lo hizo mil pedazos; pero cada trozo saltó gritando: «Hay otra cien veces **más** hermosa que tú».

Cuentos de Calleja

Enfurecida la maga, llamó a un genio hijo suyo, que tenía el cargo de agente de policía secreta, para que se enterara con disimulo del sitio en que habitaba aquella belleza singular, pues el solo pensamiento de que existiera tal ser la disgustaba e inquietaba sobremanera.

Corrió el genio las cinco partes del mundo, y, por fin, después de mucho trabajo y algunas propinas, consiguió dar con aquella belleza extraordinaria que causaba la envidia de Astolfa.

Era una humilde campesina, nacida en un pueblecito llamado Villaviciosa, que está muy cerca de un pueblo muy grande habitado por gente muy pequeña. Copió el genio el padrón municipal, donde constaban el nombre y cualidades de la hermosísima doncella, y, dando dos zancadas en el aire, fue a dar parte a la maga de su descubrimiento.

Enterada ya Astolfa, llamó a su hijo y le dio el encargo de que inmediatamente condenara a Casilda, que tal era el nombre de la doncella, a perder la vida o la hermosura, a cuyo efecto llevaba el hijo de Astolfa un puñal y un gato: aquél para matarla, y éste para señalarla la cara por todos los días de su vida, dado el caso que prefiriera vivir fea a morir bonita.

Pero el hombre propone y Dios dispone, y aquel genio sensible, apenas vio a Casilda, sintió por ella un afecto tan grande, que no se atrevió a hacerla ninguna de las dos proposiciones. Al contrario; para sustraerla a la venganza de su madre, tomó la forma de una nube, y, cierta noche en que estaba Casilda dormida, la arrebató de su casa, transportándola a la puerta de un palacio situado en medio de un valle delicioso, lejos de aquel pueblecito donde naciera y se educara.

Así que llegaron, se abrieron las puertas del palacio como por escanto, y, sin el menor ruido, penetraron en él, sin darse la joven Casilda la menor cuenta de ello. Estaba como aletargada, sin temer nada malo, por ser un alma cándida, y sin saber qué sería de su suerte. Lo dejaba a la divina Providencia.

Despertó Casilda al siguiente día, encontrándose en un lecho suntuoso y en una alcoba magnífica, tapizada de tisú de oro. Levantóse la joven y recorrió las habitaciones del palacio, encontrándolas a cual más sorprendentes. Misteriosas voces resonaban por doquiera en armonía maravillosa, sin que fueran vistos los cantores; y otra voz, la del genio, sonó a su oído con timbre melodioso, diciéndola:

—Soy tu protector contra las iras de mi madre. Me apuesto en este palacio, en una habitación que tiene las puertas de oro. No entres nunca a verme; porque, si me vieras, todo

estaba perdido. Conténtate con saber que te quiero como a una hermana.

Calló la voz y aparecieron sobre una mesa deliciosos manjares, servidos por manos invisibles, y Casilda satisfizo su apetito y esperó confiada a que su misterioso protector se diera a conocer, porque esta situación tan solitaria en el interior de un magnífico palacio no podía prolongarse mucho. Así discurría la humilde y encantadora Casilda.

Varias veces pasó junto a la puerta de oro, cuya llave estaba puesta; pero no se dejó llevar de la curiosidad, y respetó el misterio en que se hallaba su amigo.

Así pasaron varios días, hasta que al fin le dijo el genio:

—Mañana podrás oír a tus dos hermanas mayores, que vendrán a buscarte por estos sitios; pero no te verán, porque son muy envidiosas y podrían perjudicarte.

A lo cual replicó Casilda:

—¡Cuánto te agradecería, invisible protector, que me dejaras abrazar a mis hermanas! ¡Son tan buenas y las quiero tanto!

—Sea como tú lo quieres; pero ten presente que eso puede ser causa de nuestra desgracia.

En efecto, al día siguiente llegaron las hermanas al palacio y abrazaron a Casilda, la cual les contó cuanto sabía de su protector misterioso y la prohibición de verle.

Apenas oyeron esto las dos hermanas, la dijeron:

—Eso es que debe ser más feo que un día sin pan, por lo cual no quiere que lo veas. Toma esta vela, y esta noche, cuando se duerma, entraremos las tres y le veremos.

Aquella noche buscaron la habitación del genio, y, sin hacer ruido, abrieron las puertas de oro y se encaminaron hacia el sitio donde el hijo de Astolfa reposaba. Allí estaba, en efecto, durmiendo en lecho de púrpura.

Acercáronse las tres a él, llevando la vela encendida; pero, al inclinarse para verle la cara, cayó una gota de cera sobre el cuello del genio, y al sentirse abrasado despertó, y encarándose con Casilda la dijo:

—Te has perdido para siempre; pero tus hermanas pagarán muy cara su curiosidad.

Y, dándolas un soplo, las convirtió en sauces llorones para que expiaran su falta. En un momento desapareció el palacio, encontrándose Casilda sola en el campo.

Llena de dolor la doncella, maldijo su necia curiosidad, y fue tal la violencia de su pena, que perdió el sentido.

La maga Astolfa llegó a su lado inmediatamente, y, al ver

Cuentos de Calleja

aquella peregrina hermosura, trató de destruirla con un líquido corrosivo que llevaba en un frasco, pero su hijo, en forma de viento huracanado, no dejó caer sobre el rostro de Casilda ni una gota, y, por último, presentándose a su madre, intercedió de tal suerte, que logró el perdón de la joven.

Por fin consintió en perdonarla, con la condición de que había de buscar en la gruta de los Deseos la caja de oro en que están contenidos los deseos locos que agitan a la humanidad.

Casilda se prestó a ello de buen talante y marchó en seguida en busca de la caja ambicionada. No tuvo poco que andar, pues el camino era largo y difícil y sembrado de serios obstáculos. Cortó su marcha una empinada montaña; pero el hijo de Astolfa la llevó por el aire al otro lado del monte. Una lluvia torrencial hizo salirse de madre a un río, impidiendo el paso a Casilda; pero el genio se convirtió en barco y logró hacerla atravesar la corriente. Por fin llegó a la gruta, en cuyas paredes se leía cuanto los hombres han deseado fuera de lo normal y corriente. En un sitio decía: «Yo quiero que me toque la lotería sin jugar». Más allá había la siguiente inscripción: «Quiero ser capitán general de golpe y porrazo», y otras muchas así. Estaba la caja de oro sobre un cojín de raso azul, y Casilda, cumpliendo el mandato de Astolfa, se acercó a la caja, la cogió apresuradamente, y echó a correr. Pero su curiosidad por saber lo que había dentro no la dejó que prosiguiera su camino. Detúvose a la sombra de un árbol, y allí abrió con temblorosa mano la cajita. De ella salió una bandada de pájaros, que se dispersaron en todas direcciones. La pena de Casilda fue grande al ver las consecuencias de su curiosidad. Lloró su imprudencia, y compadecido el genio, que se hallaba a su lado sin que ella le viera, tomó la forma de águila y recogió los pajarillos y los hizo volver a la caja, con lo que Astolfa no conoció la falta cometida. Anunció la boda de su hijo con Casilda, que se celebró con la mayor solemnidad. El matrimonio fue a Villaviciosa a saludar a los padres de Casilda, y de paso a devolver su forma primitiva a las hermanas de ésta.

Todos vivieron felices, y el que no lo crea que se lo pregunte a ellos.



C A S T A Ñ A S

ESTABA yo sentado en un bosque, a la sombra de una hermosa encina, cuando una castaña vino a darme en la propia punta de la nariz.

—¡Qué casualidad!—dije, viendo el fruto que me había golpeado—¿Cómo habrá venido esta castaña hasta aquí? Porque, hoy por hoy, las encinas no dan sino bellotas.

Aun no había terminado estas palabras, cuando otra castaña, dirigida con el propio acierto de la primera, vino a darme en las narices.

—¡Vaya!—exclamé—Aquí hay algún bromista que se entretiene en tirar al blanco; pero yo le escarmentaré.

Hice ademán de levantarme, y entonces ya no fue una castaña, sino una lluvia de ellas lo que cayó sobre mí, y a poco me derriba lleno de descalabraduras.

Asustado de veras, iba a echar a correr, cuando las castañas se convirtieron en unos enanitos provistos de largos tenedores, y comenzaron a amenazarme con ellos, mientras bailaban formando corro a mi alrededor.

—¡Esto sí que es dar la castaña!—dije para mis adentros—¡Quereme asustar con estos tipejos tan pequeños! ¡Pues si de un puntapié voy a matar cinco o seis mil!

Eso creía; pero, al acercarme a los enanos, comenzaron éstos a crecer de tal modo que al llegar a ellos tenían una estatura

colosal, y el tenedor era una especie de grúa capaz de aplastar a un buey.

Me aparté con prudencia, y empezaron a encogerse de nuevo los enanos. Aburrido me volví a sentar y se convirtieron en castañas.

—¡Aquí hay gato encerrado!—pensé, y en efecto, a poco oí una voz que salió de unos castaños próximos, y que decía:

—¡Vete o muere!

—¡Amigos castaños!—grité en el acto—No tengo más deseo que marcharme de aquí, donde, por lo visto, estoy estorbando; lo que es de morir no hablemos, porque soy joven y le tengo su miaja de cariño al pellejo.

—¡Vete o muere!—repitió la voz.

—¡Caramba y qué pesados os ponéis! Si no me puedo ir aunque quiera, por esos condenados gigantes, enanos o castañas, que cualquiera adivina lo que son.

—¡Vete o muere!—volvió a decir la voz misteriosa.

—¡Vaya! Ya me habéis cargado con tanta amenaza. Pues me quedo, y suceda lo que quiera. ¡Vamos a ver quién es el que viene a matarme! Y os prevengo que a la primera castaña





que caiga me la como con cáscara y todo, para que se fastidie.

Una figura humana brotó de la sombra de los castaños y se acercó adonde yo estaba.

Éra un gigantazo de terrible mirada, es decir, media mirada, porque era tuerto; tenía orejas de burro, pero de burro toledano, enormes; una nariz que parecía la trompa de un elefante, cubriendo casi una boca, de la cual salía un vaho hirviente, mezclado con chispas de fuego, semejando el cráter de un volcán.

Vestía un traje fantástico: un turbante de colores muy vivos, en el cual lucían enormes brillantes, una americana de alpaca y calzón corto.

A su paso se estremecían los árboles y los pájaros huían asustados.

—¿Qué hacías ahí?—me preguntó con voz de trueno, mientras desenvainaba un alfanje colosal.

—Pues tomar el fresco—le repuse.

—¡No es verdad!—rugió el gigante—Lo que estabas haciendo es acechar la entrada de mi palacio. Y ahora vas a ver lo que hago yo con los curiosos.

Cuentos de Calleja

Y cogiéndome por los cabellos me levantó en alto y, dándome un terrible puntapié en un sitio que me callo, me convirtió en mono.

—¡Vaya un modo de encantar que tiene el tío!—pensé mientras me rascaba la parte dolorida.

—Y ya que eres inofensivo—añadió el gigante—, vas a entrar en mi palacio para que me diviertas cuando me aburra.

Dio entonces tres golpes con el pie en el sitio mismo en que yo estaba sentado y abrióse la tierra, dejándonos un hueco por donde bajamos, como si tuviéramos alas, hasta llegar al palacio del gigante.

Ya en él, me hizo recorrer cabeza abajo, pues me llevaba cogido por el rabo, una porción de habitaciones; llegamos a una donde se encontraba una hermosa joven, rodeada de una porción de aves que entonaban alegres cánticos para divertirla.

En cuanto entró el gigante, todas enmudecieron y la joven rompió a llorar.

—¡Pero es fuerte cosa que en viéndome entrar se acaba aquí la alegría!—gruñó el genio—Os he ordenado que estéis contentos, y como no lo estéis os mato. Aquí os traigo este mico para que os divierta.

Yo, que me oí llamar mico delante de gente, no pude más y le di un terrible mordisco en la mano al gigante, el cual dio un grito terrible y me soltó. Entonces me refugié detrás de la Princesa, y eso me valió, porque si no habría llegado el último momento de mi vida.

Se fue el gigante y la Princesa comenzó a preguntarme quién era: yo no podía contestarla más que por señas; pero al fin arranqué un pedazo de yeso de la pared y en una pizarra escribía mis respuestas.

Por la simpática joven supe que el gigante era hijo de las hadas, pero más ladrón que Caco, y se entretenía en robar cuanto caía al alcance de su mano. Cierta día vio a la joven, que era una Princesa, y la robó del lado de su familia, llevándosela al palacio subterráneo con el fin de que le remendase los calcetines. Las aves que llenaban la habitación eran seres humanos como yo, transformados por las malas artes de aquel hijo del Averno.

Al punto formé el proyecto de libertarme y de salvar a mis compañeros de infortunio. Busqué la salida del palacio y no la encontré; pero, juzgando que las mismas causas producirían los mismos efectos, di tres golpes por todas las paredes del subterráneo, hasta que al fin se abrió la entrada y salí al





bosquecillo. Me encaramé en la encina y allí esperé en Dios que me ayudara.

No bien hubé recorrido algunas ramas de la encina vi en el tronco un gran hueco por el cual me deslicé para ocultarme, porque, a decir verdad, le había tomado algún miedo al genio. Apenas llegué al fondo de la cavidad, oí una música deliciosa que salía por un agujero que comunicaba con un subterráneo. Dejéme caer en él y vi que había penetrado en una lujosa habitación habitada por el hada Merlina, que estaba en aquel momento cantando unas peteneras. El acompañamiento corría a cargo de unos grillos que estaban en las paredes de la gruta.

Merlina me conoció al momento y, compadecida de mí, prometió ayudarme, siempre que yo la ofreciera entregar las orejas del genio para convertirlas en soplillos, de que carecía, por estar muy caro el esparto en aquella comarca.

Así lo hice: el hada me volvió a mi antigua forma, dándome un sable que fue de su papá y que tenía la virtud de cortar un pelo en el aire.

Además me dio una sortija, hecha con los cabellos de un tonto nacido en martes, talismán terrible que no tienen más que las hadas, y una botella que parecía de vino de Jerez seco,

a juzgar por la etiqueta, pero que Merlina me dijo ser agua para desencantar.

Provisto ya de estos medios, salí de nuevo al bosque y aguardé la llegada del gigante. No se hizo esperar. Volvía cargado del botín que acababa de robar. Del bolsillo del chaleco le salía un tranvía eléctrico cargado de viajeros; debajo del brazo llevaba una galera tirada por seis mulas, y los bolsillos del pantalón abultaban extraordinariamente.

Salí a su encuentro con todo el desnudo posible y le dije: —Defiéndete, bandido, que voy a rebanarte.

La sorpresa que recibió fue tal que por un momento quedó paralizado. Luego prorrumpió en una carcajada que hizo estremecerse el bosque. Aproveché su risa y le hundi el sable en el vientre hasta la empuñadura. ¡Cuál no sería mi asombro al ver que por la herida comenzaron a salir avellanas, nueces, caramelos y una multitud de juguetes a cual más caprichosos!

Penetré en el palacio, y allí, con mi vino, es decir, con mi agua, desencanté en un santiamén a todos los pájaros, que se convirtieron en una porción de niños traviesos que por malos habían caído en las garras del gigante. Cuando salimos de la gruta mágica, la Princesa me prometió casarse conmigo en cuanto cumpliera cincuenta años. Como prenda de su palabra me regaló un calcetín de los que remendaba para el gigante.



Cuentos de Calleja

Éste se había deshecho, convirtiéndose en un bazar de cosas buenas, donde todos cogimos lo que nos gustó. El tranvía robado nos llevó a todos a nuestra casa, después de llenar la galera de juguetes para que nos los llevase a domicilio.

En el camino me acordé del encargo de Merlina y me volví para cortar las orejas del genio, pero no encontré sino un burro que pacía en el bosque. No encontrando otro remedio para salir del compromiso, corté al borrico las orejas y se las eché al hada por el hueco de la encina.

Hice bien, porque aquel burro era lo que quedaba del gigante.

Volví con mis compañeros y luego cada cual se fue a su casa. Espero casarme con la Princesa en cuanto pasen cuarenta y dos años y tres meses, y de aquí a entonces ser muy bueno, no sea que salga otro genio y me dé un puntapié parecido al de la otra vez.



EL MAGO DE LA LUZ VERDE

ERA Aurora una niña traviesa y lista. Nunca pudo estar quieta un solo instante; y todo lo revolvía, con ese afán que tienen los niños de averiguar el interior de los objetos.

Todos los rincones de la casa éranle conocidos, excepto un viejo armario, siempre cerrado, y cuya llave jamás pudo encontrar. En vano pidió a sus padres que la enseñaran el interior del mueble; y cuando de él hablaban, decían sus padres con aterrado acento:

—¡No te acerques jamás a ese armario maldito, que costó la vida a tu hermano!

Lejos de asustar a la niña estas palabras, despertaron su curiosidad.

Un día quedó sola en la casa, y aprovechándose de la ocasión, buscó la codiciada llave por todas partes, y al fin hallóla dentro de una cajita destinada a guardar las joyas de su madre. Corrió hacia el armario, y, metiendo con mano firme la llave en la cerradura, dio dos vueltas y abrió.

El asombro de Aurora fue extraordinario: aquel viejo armatoste estaba lleno de cabezas de niños.

Repuesta del susto, tocó Aurora una de las cabezas, creyendo que era de cera, como las de sus muñecas, y en el acto moviéronse los labios, animáronse los ojos, y la hechicera cabeza habló de esta manera:

—Niña, ¿qué quieres de mí?

—Que me cuentes—dijo Aurora—la historia de este armario.

—¿Tú sabes a lo que te expone tu curiosidad?

—No lo sé.

—Pues todos los niños que aquí estamos hemos sido víctimas de nuestras preguntas indiscretas, y aquí estamos sin cuerpo hasta tanto que una niña de talento logre deshacer el encanto de este armario maldito. Todas las noches, a las doce, viene a visitarnos el mago que fabricó este armario, y, apretándonos el cuello, nos saca algunas gotas de sangre que necesita para sus filtros

Cuentos de Calleja

Aurora cerró precipitadamente y se llevó la llave, dejándola en el sitio de donde la tomara.

Aquella noche, cuando sus papás estuvieron dormidos, se levantó con mucho tiento, y, sin hacer el menor ruido, marchó al sitio donde el armario se encontraba. Dieron las doce, y en aquel momento un ruido horrible produjo en el interior del mueble. Las cabezas lloraban a lágrima viva, como si esperaran una terrible desventura.

Pronto supo Aurora la causa de aquel llanto.

Antes de apagarse el ruido de la última campanada, apareció en la habitación un hombre alto, seco y vestido con un traje rarísimo, que parecía una hopalanda o una bata de mucho vuelo. Cubría su cabeza una especie de cucurucho lleno de pintadas estrellas. En la mano llevaba una lámpara que despedía una luz verdosa.

El mago se encaminó hacia el armario, y, sin necesidad de llave, le abrió, diciendo:

—Cabezas, cabecitas,
Os mando abrir;
Para todos, no;
Para el mago, sí.

En el acto abriéronse de par en par las puertas del armario, y aparecieron las cabezas llorando con desconsuelo.

—¿Por qué lloráis, cabecitas?—preguntó el mago—Hoy no quiero sacaros más que veinte gotas de sangre.

Una de éstas preguntó al mago:

—¿Cuándo habrá concluido nuestro tormento?

—Cuando una muchacha me quite esta lámpara, y con su aceite os haga una cruz en la frente. Pero ¡están verdes!

Gimieron las cabezas, y el mago, después de guardar en una redoma las gotas de sangre que empleaba para sus filtros, cerró el armario y se fue, llevándose la misteriosa lámpara.

La niña quedó aterrada y sin atreverse a hacer el más pequeño movimiento que delatara su presencia.

Aquella noche no pudo dormir del miedo que le produjo la terrible escena.

Al día siguiente, la curiosidad la llevó de nuevo cerca del armario fatal, y allí presenció, sobre poco más o menos, lo mismo que viera el día anterior. Otra vez gimieron las cabezas, otra vez el mago las sacó sangre, y también les ofreció que vendría muy pronto a acompañarles la cabeza de una niña.

Aurora esta vez no tuvo tanto miedo; y cuando, a las tres o cuatro noches, se acostumbró a ver al mago, le pareció menos terrible que al principio; tanto que, perdido el temor, resolvió librar a aquellos pobres niños del poder que les martirizaba.

He aquí lo que previno la muchacha, que era lista como ella sola. Cogió una cuerda larga, y la ató por los dos extremos a las paredes del cuarto por donde el mago entraba, y a una altura de poco más de dos palmos. Cogió una tranca gorda, y esperó la media noche.

Al dar la primera campanada abrióse la puerta y apareció el mago, llevando en la mano su lámpara. Avanzó con descuido; pero, al dar un paso, enredáronse sus pies en el cordel y dio con su cuerpo una terrible caída. En aquel momento avanzó Aurora, y, con una decisión impropia de sus años, asió al mago en la cabeza tan enorme porrazo, que le hizo perder el conocimiento.

Cogió la niña la lámpara, que no se había apagado, y, acercándose al armario, repitió las palabras de aquel desalmado:

—Cabezas, cabecitas,
Os mando abrir;
Para todos, no;
Para el mago, sí.

Y al momento se abrió el armario.

Aurora, sin perder un instante, mojó sus deditos en el aceite de la lámpara, y con él hizo una cruz en la frente de cada una de las encantadoras cabecitas. Al punto cada una recobró su cuerpo, y todos los niños, alegres, abrazaron a su bienhechora.

—Y ahora—preguntó ésta—, ¿qué hacemos del mago?

—¡Matémosle como a un perro!—gritaron los niños, indignados.

—No, eso no—exclamó Aurorita—. Voy a hacer con él lo mismo que con vosotros; de ese modo es posible que se arrepienta y vuelva a la gracia de Dios.

Y, diciendo y haciendo, acercóse al mago, y, con los dedos mojados en aceite de la lámpara, le hizo una cruz en la frente.

No bien hubo trazado el signo del cristiano, se oyó un ruido formidable, y el mago estalló, convirtiéndose su cuerpo en ceniza.

En aquel momento despertaron los padres de Aurorita y entraron despavoridos en la habitación. Sorprendiéronse en

extremo de verla en tan numerosa compañía; pero a la luz de la lámpara reconocieron a uno de los niños.

—¡Hijo de mi alma!—exclamaron, abrazándole entre transportes de gozo—¡Bendito sea Dios, que permite vuelvas a nosotros.!

Su regocijo no tuvo límites cuando supieron de qué modo había librado a todos Aurorita del poder del mago.

Después preguntaron a cada niño quiénes eran sus padres, para llevarlos a sus casas.

Casi todos eran de puntos muy lejanos, por lo cual nadie sabia de qué modo podrían volver, hasta que uno de ellos dijo:

—Para traerme aquí decía el mago unas palabras, y la lámpara se transformaba en un caballo con alas.

—Y ¿qué decía?—preguntó el padre de Aurorita.

—Lamparita, lamparita,
Un caballo en seguidita.

Entonces Aurora repitió estas palabras, y la lámpara con virtióse en un hermoso caballo con alas, que al instante empezó a llevar los niños a sus respectivas casas. Cuando terminó sus viajes volvió al lado de Aurora, y le dijo:

—Conviérteme en lo que quieras. Tú eres mi dueña.

—Pues conviértete en lo que fuiste, que yo no necesito más que a Dios y a mis padres.

Desapareció el caballo, dejándose allí, al sacudirse, un montón de piedras preciosas, con cuyo producto todos fueron muy ricos, y de las crines soltó un papel en el cual se leía:

«El amor al prójimo siempre tiene recompensa».





LA MALA SOMBRA

PUES, señor, éste era el Príncipe más desgraciado de todos los príncipes habidos y por haber. Jamás le salió cosa a derechas, pues por salirle torcidas, hasta tenía las narices a un lado de la cara. Su nombre era también una equivocación: se llamaba *Miramamolín*, que en lengua persa significa *el hombre de la suerte*, y el pobre estaba fastidiado de tanto miramamolinear.

Si tenía guerra contra algún Príncipe vecino, ya era sabido, recibía tantas palizas como batallas daba. En cuanto montaba un caballo, aunque fuera más manso que un cordero, ¡paf! salía por las orejas y se hacía un chichón como un puño. Si iba a pie, tropezaba en la única piedra que hubiera en el camino y caía siempre del lado en que se hiciera más daño. Si quería cantar, se ponía ronco; si quería beber, su copa estaba rota y el vino agrio; como bailase, ya se sabía, costalada segura; si quería dibujar una cabeza de mujer, le salía una caja de cerillas. Nadie quería salir de caza con él, porque, en vez de dar a las liebres, siempre le clavaba los perdigones a algún amigo; en fin, era el rigor de las desdichas.

Tan estrechado se vio por su mala suerte, que hizo publicar un bando en el cual ofrecía una crecida recompensa al individuo, hombre o mujer, que le dijera en qué consistía aquella serie de desgracias.

Cuentos de Calleja

Inútil es decir la multitud de gentes que al olorillo de la recompensa acudieron a palacio. Un andaluz compareció diciendo que él sabía lo que aquejaba al Príncipe y que ofrecía demostrarlo, aunque fuera ante los siete sabios de Grecia. Presentáronle al monarca y éste le indicó que podía decirlo ante la corte.

—Pues verá Vuestra Alteza. Estaba yo el otro día esquiando un borriquillo, mal comparao, tan grande como el



ministro de Hacienda, ese que está ahí, cuando oí el pregón y me dije: ¡Joseliyo, ya has hecho tu fortuna!

—Pero ¿qué es lo que tengo?—interrumpió el Príncipe.

—Pues Su Alteza tiene... *mala pata*.

—¡Mala pata!—gritaron aterrorizados los cortesanos— ¡Este hombre confunde al Príncipe con una caballería! ¡Que lo ahorquen en seguida y luego se le tomará declaración!

El Príncipe, asustado de lo que había oído, se puso en pie, resbaló en la alfombra, yendo a dar con la cabeza en el vientre de su primer ministro. Éste, al dolor, lanzó un rugido formidable, y cayó sobre un cortesano, al que cogió un pie con tal

desgracia que le reventó dieciocho callos; el cortesano salió bufando a pie cojuelo por el salón, y de rabia mordía a cuantos encontraba a su paso, y en fin, se armó una de todos los diantres.

—¡La mala pata—gritaba el primer ministro—la tengo yo! Y se rascaba la barriga con la cabeza de una duquesa.

—¡La mala pata es ésta!—gritaba el cortesano enseñando el pie destrozado y tratando de morder al que pillaba.

—Pero ¿qué es eso de mala pata?—preguntaron al gitano.

—Quien dice en mi tierra *mala pata*, quiere decir *mala sombra*.

—¡Acabáramos!—gritaron todos—Pues si es todo eso lo que usted sabe, ya se puede largar con viento fresco.

—Mira—dijo el Príncipe agarrándose al sillón, por si otra vez se resbalaba—; por esta vez te perdono: vuélvete a esquivar borricos y no vengas por aquí con asnerías.

Marchóse el gitano, y entonces el Monarca pidió que le trajeran las botas de calle para salir a paseo. Se las quiso poner, pero con tal fortuna que se le rompió el elástico y salió su pie disparado contra el pecho del primer edecán, el cual rodó como si le hubieran soltado un pistoletazo. El Príncipe cayó hacia atrás con sillón y todo, recibiendo una monumental costalada; una horquilla que había caído en la alfombra se la clavó en la rabadilla, y ciego de ira mandó que degollasen al zapatero, que había puesto tan mal los tirantes de las botas.

En esto el sumiller anunció que una joven deseaba hablar al Príncipe para un asunto urgente.

—¡Que pase!—exclamó el Monarca—Pero después que el





cirujano me haya extraído la horquilla, que me está haciendo ver las estrellas.

Terminada la operación, entró la joven que había sido anunciada. Era una encantadora muchacha de dieciséis años, bella como un ángel.

—¿Qué quieres?—preguntó el Príncipe.

—Vengo a curaros del mal que os aqueja. Seréis un hombre feliz si hacéis lo que os voy a recomendar.

Un silencio sepulcral se extendió por la sala y aun por la antesala. Todos querían conocer el remedio prometido.

—¡Habla!—exclamó el Monarca, lleno de impaciencia.

—Pues bien, el día en que encontréis un amigo leal, habrán desaparecido vuestras desdichas.

—¡Un amigo! Millones de amigos tengo dispuestos a todo por mí.

—¡Todos, todos!—gritaban los cortesanos.

—Basta con uno, señor. Es preciso que alguien vaya a la Gruta Negra y traiga la caja misteriosa donde se encierra el libro del *secreto para ser dichoso*. Mas para llegar allá se necesita un afecto por vos y un valor a toda prueba; tanto, que un momento de vacilación costará la vida a quien intente la empresa. El que haya hablado mal alguna vez del Príncipe, que no tiene la aventura, porque es hombre muerto, y el que, sin haber llegado a hablar, haya pensado mal de él, está muy en peligro.

Oír esto y enmudecer todos, fue lo mismo; nadie se ofreció a buscar el libro que contenía el *secreto para ser dichoso* porque, cuál más, cuál menos, habían murmurado de su señor.

—¿No hay quien vaya?—preguntó éste—¿Qué dices tú, valiente Teobaldo, jefe de mis guerreros, que tanto dices que me quieres?

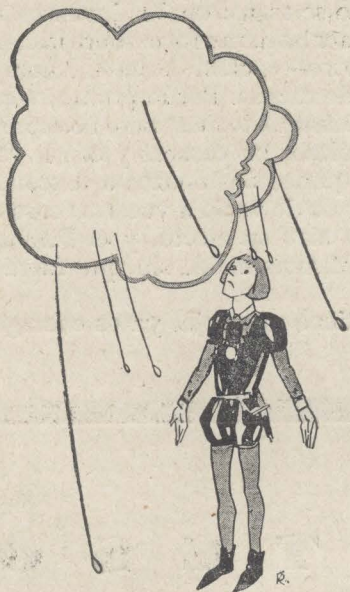
—Yo, señor—dijo balbuceando el aludido—, que... si no fuera porque tengo reuma...

—Y yo estoy con un cólico.

—Y yo tengo sabañones.

—Y a mí me duelen las muelas.

En fin, todos se excusaron y nadie quiso arriesgar el pellejo por la dicha del Príncipe.



—Ya lo veis, señor—dijo la joven—, cómo no es tan fácil encontrar un verdadero amigo.

—Entonces iré yo.

—Ya empezáis a comprender, señor, algo muy importante: que no hay amigo como uno mismo. Ese es el primer paso. Pero, en fin, si no tenéis un amigo, tenéis en cambio una amiga, que soy yo, y he ido a la Gruta Negra y os he traído el libro.

El Príncipe cogió con afán la cajita que la joven le tendía y sacó de ella un libro pequeñísimo, no mayor que uno de papel de fumar. Abrió con afán sus hojas y encontró en ellas escrito lo siguiente: «Si quieres ser feliz, conténtate con lo que tengas, cumple tus deberes de Rey y de cristiano a conciencia, y todo te saldrá a pedir de boca. No hagas caso de aduladores, que son gente ruin y tornadiza que no quiere sino el salario que recibe. Inspírate en la justicia y en la prudencia, y cesará tu mala sombra».

—Sabios consejos son—dijo el Príncipe—. Ofrezco cumplirlos al pie de la letra.

—Entonces—contestó la joven—han cesado ya tus desventuras. Yo soy el hada *Ciencia*, que, guiada por la Fe, ando en auxilio del hombre.

Y al decir esto se transformó la joven en una nube que, al disiparse, dejó caer brillante rocío sobre la cabeza del Príncipe.

—Me siento otro—exclamó éste—. Ahora veo lo que causaba todas mis desdichas. Por lo pronto, vosotros—dijo á los cortesanos—estáis aquí de más; pero no os iréis sin una prueba de mi afecto. Quitaos las casacas y con la espalda al aire recibiréis en ella quince bastonazos a descansa arriero. No es justo que os vayáis de vacío a vuestras casas.

Aquel castigo hizo su efecto, y el Príncipe pudo en adelante llamarse Miramamolín, sin que fuera su nombre una cuchufleta.

Si el cuento tiene moraleja, ya os encargaráis vosotros de sacarla.

E L T E S O R O D E L D R A G Ó N

UN viejo marino trajo a mi pueblo la noticia de haber visto en una isla muy lejana un dragón terrible que custodiaba un inmenso tesoro. Aquel guardián era pez por la mitad del cuerpo, león por la otra mitad, y además tenía unas alas tan poderosas, que podía remontarse a extraordinaria altura. El aire, el agua o la tierra eran sus elementos, y cuando algún buque se acercaba a aquellas costas, pronto era acometido por aquel monstruo siempre vigilante; por lo que era de todos muy temido.

Muchas expediciones se intentaron, pero todas sucumbían en las garras de la invencible fiera; mas el tesoro era tan espléndido, que tentaba la codicia de los aventureros de todas las partes de la tierra.

Entre las innumerables piedras preciosas que con miles de barras de oro formaban aquellas riquezas, había una estatua de tamaño natural hecha de un solo diamante, y que representaba un valor tan fabuloso, que no bastarían a pagarla todos los tesoros de la tierra.

El temor al dragón no fue parte a disminuir el entusiasmo de los mozos de mi pueblo; antes bien, era un estímulo más a su valor y osadía, y así, en poco menos de un mes quedó formada una expedición, compuesta de los más bravos y ambiciosos, con la esperanza de adquirir el tesoro.

Salieron el día 15 de septiembre en un barco llamado el *Temerario*, hermoso bergantín, el más velero que surcó los mares. A los cuarenta días de camino se hallaron a cosa de una legua de la isla donde estaban el dragón y su tesoro. Ved lo que sucedió:

Reuniéronse en consejo los expedicionarios para tomar sus medidas, y acordaron lo siguiente: destacar unas lanchas para desembarcar por tres o cuatro puntos a la vez; llevar gran cantidad de municiones para hacer descargas cerradas sobre el dragón; y, por último, dividir en partes iguales el tesoro y repartirlo entre los expedicionarios.

Soló hubo un voto en contra; el de un grumete, joven de dieciocho años, el cual se opuso a que se dividiera la expedición, creyendo más conveniente aguardar al dragón dentro del buque, y desde allí combatirle a cañonazos.

—Si tienes miedo, quédate—le dijeron todos.

Y no se hizo caso del parecer del grumete, el cual por lo mismo continuó en su empresa.

Como nadie se fiaba de sus compañeros, todos se embarcaron en las lanchas, temerosos de salir perjudicados como no presenciaran el reparto, quedando solos en el bergantín el grumete y el piloto, viejo marino muy experimentado, que no quiso en la reunión emitir su parecer, aunque se deja ver que se inclinaba al del grumete.

Llenas las lanchas y armados los tripulantes, se separaron del buque, acercándose a la costa a fuerza de remos.

Pascual, que así se llamaba el grumete, preparó el cañón de proa, cargándolo hasta la boca, y además empuñó una lanza sólida y aguda. Después se sentó en la proa y desde allí con un anteojo siguió con gran atención la marcha de sus compañeros.

Estarían éstos como a cien varas de la costa, cuando se oyó un tremendo rugido y se vio al dragón remontar el vuelo y caer sobre una de las lanchas. Sonaron varias descargas de fusilería, y a poco desapareció la lancha bajo las aguas. Las balas se estrellaban en la piel del terrible animal, que se lanzó sucesivamente sobre las otras lanchas, echándolas a pique.

Terminada su obra de exterminio, volvió el dragón a la isla.

sacudiéndose las alas, tintas en la sangre de las víctimas de su propia obcecación.

Aterrado el piloto, quiso volver el rumbo hacia su patria; pero Pascual se lo impidió, dirigiéndose a todo trapo hacia la isla. Lejos de temer, cobró nuevo valor.

Cedió el piloto a las intimaciones del grumete, el cual no pensaba ya en el tesoro, sino en vengar la muerte de sus compañeros, sepultados en las olas.

Habrían llegado a unas cien brazas de la costa, cuando vieron al dragón, que avanzaba hacia ellos. Apuntó precipitadamente Pascual el cañoncito; pero la bala fue a estrellarse en unas rocas, y el dragón, más irritado que nunca, se lanzó sobre el bergantín. Dio por el aire dos vueltas, como el águila al elegir su presa, y por último se lanzó sobre Pascual, que, subido en una cofa, le esperaba valientemente armado de su lanza, último recurso.

Tal fue la violencia de la embestida, que el dragón se atravesó de parte a parte una garra al querer romper la lanza que le presentaba el heroico grumete, y tal debió ser el dolor, que dio un alarido horrendo y remontó el vuelo lleno de singular frenesí. La lanza seguía atravesada en la garra, y en ella colgado Pascual, que con su peso aumentaba los dolores del dragón.

En vano éste trató de desasirse, quitándose aquel huésped singular; cuantos esfuerzos hiciera resultaron inútiles; Pascual se tenía asido a la lanza como un gimnasta consumado, y confiado en la divina Providencia.

Furioso entonces se lanzó al mar para ver de ahogarle; pero Pascual nadaba como un pez y buceaba como una foca; así fue que no pudo librarse de él su enemigo.

Desesperado éste ya, marchó a la isla, arrastrando consigo al grumete, quien apenas hubo tocado tierra firme, apoyado en la lanza como en una palanca, la dio una vuelta con todas sus fuerzas, retorciendo la garra herida de tal suerte, que el dolor hizo perder la fuerza y el sentido al monstruo, que, dando un grito, cayó al suelo sin defensa.

Pascual entonces sacó el cuchillo de abordaje y buscó con cuidado el punto en que se juntaban las formidables escamas que servían de coraza al dragón, y por allí lo clavó repetidas veces, con la ayuda de una piedra que empleó a guisa de martillo.

El grumete salió triunfante en la primera y más arriesgada parte de su empresa.

Muerto ya el dragón, pensó Pascual en sus compañeros, y salió a la playa en su busca. Inútiles fueron sus pesquisas, pues no encontró ni rastro de ellos. Miró hacia el sitio donde dejara el bergantín, y éste también había desaparecido; sin duda tuvo miedo el viejo piloto y se había ido con el buque.

Entonces dedicóse nuestro héroe a buscar el tesoro, pero en vano recorrió el islote en todas direcciones; no halló ni vestigio de él. Pero no se desalentó.

Volvió entonces al sitio donde viera al dragón apostado cuando se acercaron a la isla, y vio que había una enorme piedra que debía cubrir, sin duda, la entrada de la gruta donde el tesoro se encontrara. Aplicó la lanza por las junturas y logró moverla, y después de algunos esfuerzos consiguió dejar al descubierto una escalera de caracol, por donde bajó apresuradamente. Ya se creía dueño de un gran tesoro.

La primera habitación a que daba acceso la escalera, tenía las paredes cubiertas de rubíes; la segunda, de esmeraldas, y la tercera de perlas y brillantes. En el centro se alzaba la magnífica estatua de un solo diamante, y que representaba una hermosísima Princesa.

Atónito quedó nuestro Pascual ante belleza tan extraordinaria, y prorrumpió en una exclamación de asombro. Fijóse luego en el pedestal de la estatua, en donde se leía:

En un canto está el desencanto.

Buscó entonces el grumete todos los salientes de la habitación, y oprimiendo uno de ellos sintió un crujido, e instantáneamente, como cambian las decoraciones en las comedias de magia, desapareció la gruta, cada piedra preciosa se convirtió en un ser humano, y la hermosa Princesa, vuelta de carne y hueso, bajó ligeramente de su pedestal y dando la mano al valiente muchacho le ofreció recompensar su denuedo dándole todas las riquezas de su reino, y con ellas su corazón.

Entre los desencantados estaban todos sus compañeros de expedición, los cuales abrazaron a Pascual, y ¡cosa rara! no le envidiaron, reconociendo que su triunfo era legítimo. Todos los buques destruidos aparecieron en la costa, y en ellos se embarcaron, dirigiéndose cada cual a su país, y el grumete al de la Princesa.

Pascual ya no es Pascual, sino Su Alteza el príncipe D. Pascual I, muy buena persona, según dicen sus súbditos, que están muy contentos con serlo de tan animoso Príncipe.



EN EL DESIERTO

ERA Claudio Martínez un brillante oficial de caballería, tan valiente en el combate como caritativo y condescendiente en la paz. Destinado a prestar servicio con su escuadrón en la plaza de Ceuta, hacía frecuentes excursiones hacia el centro de África, e incorporado a una comisión científica, cuyo objeto era descubrir algunas plantas de las que nacen en los oasis, se encaminó con ella al desierto de Sahara.

Llegado al primer oasis con la numerosa caravana, pernoctó en él después de hacer abundante provisión de agua. Por si el lectorcito no lo sabe, le diré que *oasis* es una extensión pequeña de terreno fértil situada en un territorio desierto y arenoso, y que el desierto de Sahara es el mayor conocido.

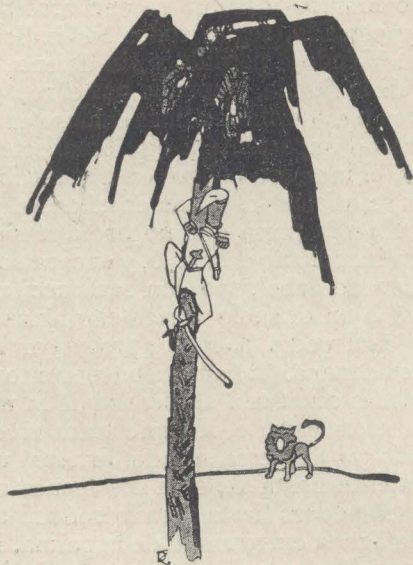
Dormía Claudio tranquilamente al pie de una palmera, cuando oyó un formidable rugido, y a poco, dos puntos brillantes que lucían como ascuas en la oscuridad de la noche le hicieron comprender que uno o varios leones del desierto amenazaban su existencia.

Los relinchos de los caballos, las voces de los de la caravana y algunos tiros de fusil disparados al azar produjeron un estrépito ensordecedor, y el pánico hizo que cada cual cogiera el primer camello o caballo que encontrara, lanzándose todos, cada cual por su lado, a una carrera irenética para salvar la

vida. En cinco minutos Claudio se encontró solo en medio del desierto, y cercado, según todos los indicios, por unos cuantos leones. Viéndose perdido y sin defensa alguna imitó a Carranza, el de la fábula, trepando por el recto tronco de la palmera a cuyos pies dormía, e instalándose en ella lo mejor que pudo, aguardó impaciente a que amaneciera. La salida del sol le reveló el inmenso peligro en que estaba: seis leones y cuatro tigres se habían instalado en el oasis, y al pie de la palmera olfateaban la presa que no podía menos de caer en sus garras. Pero Claudio no desmayó, y encaramado en la copa del no muy elevado árbol, vio con satisfacción que habían quedado tendidas en el suelo varias carabinas de los de la expedición, lo cual podía hacerle aprovechar los cartuchos que llevara en su canana. El hambre bien pronto la aplacó con los sabrosos dátiles que tenía al alcance de la mano; pero la sed comenzó a atormentarle, sin que viera medio de apaciguarla. Aburrido ya de verse sitiado, arrancó una palma, y bajando lentamente hasta tener a los leones a su alcance, aprovechó el sueño de las fieras para introducir a una de ellas por una oreja la aguda extremidad de la palma. El león sintió unas fuertes cosquillas, sacudió la cabeza y siguió durmiendo. Nuevo cosquilleo por parte de Claudio y nueva sacudida del león, el cual, incomodado y creyendo que era una broma pesada de algún otro león, volvióse rápidamente, y al que creyó culpable de la broma le dio un tremendo zarpazo. La lucha fue horrorosa, porque ambos eran padres de familia cargados de obligaciones; sus esposas tomaron parte en la contienda, y en un momento todos los leones y hasta los tigres se enredaron a zarpazos y dentelladas. A los diez minutos quedó el campo lleno de muertos y heridos y libre por lo tanto el oficial. Pero ¿cómo volverse a su país sin caballo ni otro medio de atravesar el desierto?

Claudio tuvo necesidad de permanecer en el oasis en espera de una caravana, e improvisando una casa de ramaje fuerte junto a la fuente inmediata, allí se acomodó hasta que Dios dispusiera de su destino. Aquella noche sintió un ruido sub-





terráneo que partía de un pozo seco próximo a la fuente, y acercándose al brocal vio con sorpresa que el ruido era originado por una porción de moros que iban saliendo al fondo de la cisterna por una galería que a ella desembocaba. Prestó atención, y como entendía el árabe, comprendió que decían lo siguiente: «Cuatrocientos años hace que permanece oculto el gran tesoro de Jamapaja, el varón más ilustre que ha comido dátiles en el mundo. Varón insigne que, si no hubiera sido tuerto, chato, bocón y pintado de viruelas, hubiera sido un guapo mozo, salvo que era cojo y manco y que le olía el aliento a ajo frito». Preocupado Claudio se inclinó sobre el borde del pozo para oír mejor; pero se desprendió una piedra del brocal, y cayendo sobre los moros hizo a uno de ellos un chichón como un quinqué, y todos desaparecieron como si se los hubiera tragado la tierra. Bajó Claudio al fondo de la cisterna, apoyándose en algunas piedras salientes de las paredes, y ya en el fondo, vio la galería y se internó por ella. Mucho trecho anduvo sin encontrar nada de particular; pero al cabo, y alumbrándose con cerillas, dio con una puerta detrás de la cual se oía una música suave.

Abrió con decisión la puerta y penetró en una estancia muy

amplia, de abovedado techo, del cual pendían varias lámparas que iluminaban vivamente la habitación. Alrededor, y sentados sobre unos cojines de terciopelo, veíanse unos veinte moros, que al ver a Claudio se levantaron precipitadamente y, sacando sus alfanjes, se lanzaron sobre el denodado oficial.

Lejos de intimidarse, echó mano a su espada y, repartiendo leña a diestro y siniestro, puso en respeto a sus enemigos, que no hacían sino gritar:

—¡A ese granuja!

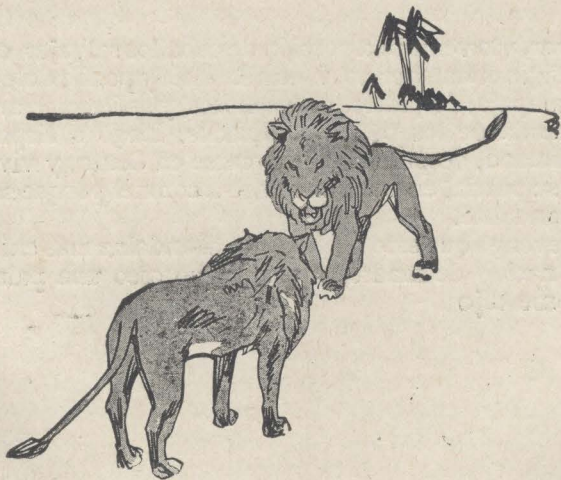
Pero Claudio les contestó en su idioma:

—Los granujas sois vosotros y toda vuestra ascendencia y descendencia, y os voy a hacer embuchado de lomo, si no me entregáis el tesoro de Jamalapaja. Detrás de mí vienen setecientos ochenta escuadrones de mosquitos con aguijón envenenado, con unas voces de tenor y de barítono que os van a volver locos en cuanto yo haga una seña. ¡Y bueno os van a poner el cuerpo!

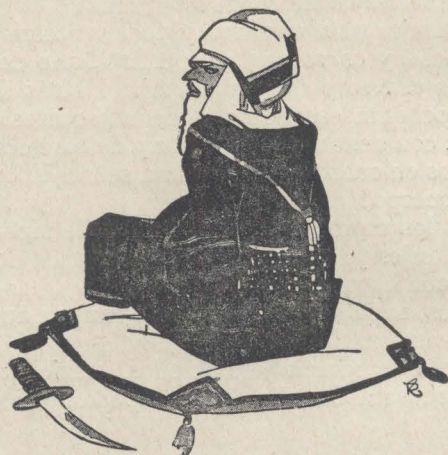
Asustados los moros con aquella terrible amenaza, envainaron los alfanjes y, arrodillándose a los pies de Claudio, le dijeron casi con lágrimas en los ojos:

—¡Por Dios, nada de mosquitos que chupen nuestra sangre y que nos vengan con cantatas!

Después, el que parecía jefe de ellos, acariciándose un chichón que le causara Claudio con su espada, acercóse a un án-



gulo de la habitación y, oprimiendo un resorte, abrió una puer-
tecilla de la cual se escapó un vivo reflejo de o o. Aquél era el
tesoro ambicionado. Llenóse Claudio los bolsillos del rico me-
tal, y después recogió un silbato de plata colocado en una cajita
de oro y brillantes. También le entregaron un freno de plata
y una silla de metal y, acompañándole hasta la cisterna,
subieron con él, por medio de una escala, hasta la grosera ca-
baña que había fabricado. Ya en ella, sacó el silbato, y hacién-



dole sonar, vio venir una porción de caballos salvajes, entre los
cuales eligió el más bonito, y, ensillándole y poniéndole el freno
de Jamalapaja, despidióse de los moros, y salió como una saeta
en demanda de los países civilizados. Llegó a España con
toda felicidad, después de embarcarse en Ceuta, y vivió muy
feliz en su patria, en donde no llegó a coronel porque se quedó
en comandante.

Os prevengo que esto me lo contó el andaluz más embustero
que ha nacido de madre, y que yo no creo una palabra de
cuanto me dijo

EL CABALLERO DEL CISNE

ESTABA Ninín con sus papás en el Teatro Real viendo la representación de una ópera, y como los artistas cantaban en italiano, el niño se aburría extraordinariamente de no comprender ni una palabra. Acabó la representación, y, al volver a casa, le dijo su papá:

—¿Te ha gustado la representación?

—No, señor; porque no he comprendido nada de los gritos y cantos de la función. Vi que salían hombres y mujeres, y que había estocadas y mandobles, pero ni sé a qué venían ni en qué paraban.

—Pues, oye—dijo D. Saturnino a su hijo—, y te enterarás del argumento de la ópera que acabas de oír: Una vez había una Princesa llamada Elsa, la cual había sido desposeída de sus estados por cierto Príncipe usurpador y primo suyo, nombrado Rodolfo, que, sin reparar en nada, dijo delante del Emperador que Elsa era incapaz para regir sus territorios. Y como lo que decía estaba dispuesto a probarlo con las armas, no era cosa de que cualquiera se metiese a redentor; porque el tal Príncipe tenía unos terribles bigotazos y una fuerza capaz de poner miedo en cualquier pecho no muy esforzado. Se contaba de él que desbarrigaba a un toro de un puntapié; y que, sujetando a un caballo en cierta ocasión, le arrancó una pata; en fin, que era muy bruto en punto a fuerzas, por lo cual nadie quería exponerse a hacer el papel del buey o del caballo.

»Elsa, la pobre, muy afligida de cuanto le pasaba, apeló en vano a los caballeros de la corte para que la defendieran de su primo Rodolfo. Todos dijeron que no, haciéndose los disimulados para ocultar el miedo que tenían a aquel gigantón. Entonces la Princesa pidió protección a Dios, que nunca la niega, y al momento ella y sus cortesanos vieron venir por el río un cisne que tiraba de una barca en la cual iba un caballero armado de punta en blanco. La sorpresa fue tremenda, porque no se ven todos los días cisnes de aquella catadura, y toda la corte, que estaba agrupada a la orilla del río, aguardó a que el caballero de la barca arribase y dijera a qué venía. Desem-

barcó el desconocido, y en cuanto pisó tierra se volvió al cisne diciéndole:

«¡Oh lindo animalito de toda mi consideración y aprecio! Muchas gracias por haberme servido de remolcador sin haberme llevado un céntimo. Verdad es que de otro modo no me hubieras traído, porque no tengo un cuarto, ni recuerdo haberlo tenido en mi vida.

»Después dijo que venía a defender a la Princesa contra el malandrín de su primo, y que, si el tal primo tenía valor de combatir con él, le daría algo que contar durante una temporada. Esto es, que pensaba rebanarlo como a una zanahoria.

»El gigantón cobró algún miedo al ver al Caballero del Cisne tan puesto en sus puntos y tan bravo; mas, por que no se dijera que se amilanaba, salió espada en mano a ver si todas aquellas bravatas eran de boquilla y todo quedaba en conversación.

»Tardó un rato en desenvainar la espada, diciendo a cada momento que iba a atravesar al Caballero del Cisne como si fuera de manteca.

»Vuélvete a tu barco—le decía—, y no te vengas con bromitas, porque a mí se me figura que la espada que traes es como la de Bernardo, que ni corta ni pincha.

»Mira tú si corta—exclamó el caballero—, que me afeito con ella todos los días, y que parte un pelo en el aire; pero además está encantada, y, como te coja de lleno, te reviento. Conque menos conversación y más pelea.

»Al oír el Príncipe usurpador que la espada de su contrario cortaba más que una navaja barbera, se le puso la carne de gallina, diciendo para sus adentros:

»—Este tío me va a hacer la barba.

»Sin embargo, empuñó un largo espadón y se dispuso a combatir como mejor pudiera, teniendo la esperanza de rebanar de un tajo a su adversario.

»Pero no fue así; porque a las primeras de cambio, y en cuanto cruzaron las espadas, el Caballero del Cisne aplicó al buen Rodolfo un cintarazo que le hizo ver las estrellas; y como la espada del caballero estaba encantada, y además el brazo con que la esgrimía era muy fuerte, el buen Príncipe rodó por el suelo sin que le valiera de nada su fortaleza.

»Elsa fue proclamada Princesa de Brabante, y los caballeros de la corte felicitaron al vencedor, del cual decían que tenía la mano un poco dura para barbero. Además, fue cosa resuelta que el valiente caballero se casara con la Princesa. Y aquí viene la dificultad. ¿Cómo se iba a casar Elsa con un caballero

desconocido que se negaba a dar su nombre? Y a todo cuanto acerca de su origen se preguntaba al caballero, éste respondía que no se metieran en saber su nombre, porque había hecho promesa formal, es decir, poniéndose serio, de no revelarlo sino para marcharse.

»—Si Elsa quiere ser mi esposa sin saber cómo me llamo, bien; si no, me voy con viento fresco. Para tranquilidad de ustedes, básteles saber que soy un caballero muy decente. No debo nada a nadie, y me juego la vida a cara o cruz con el que salga.

»—Usted dispense, amigo—le dijeron—. Un hombre de su clase fue nacido para hacer lo que le dé la gana.

»Y, en efecto, a poco se celebraron las bodas de Elsa y el desconocido, sin duda por un nuevo sistema. El caballero dijo a Elsa muy en serio:

»—Que no se te ocurra nunca preguntarme quién soy, porque te dejaré abandonada al aire libre en cuanto me molestes.

»Elsa se resignó, ¡qué había de hacer la pobre!, y ofreció no preocuparse de un detalle tan insignificante para una esposa como el de ignorar el nombre de su marido. Y ahora viene lo trágico. Aquel príncipe Rodolfo, que había sido tan malamente herido por el Caballero del Cisne, tenía una esposa y no sé cuántos hijos, y a la pobre la estaban doliendo los estacazos que su marido recibiera. Así fue que proyectó tomar de ellos una cumplida venganza. ¿Y va y qué hace? Pues en cuanto tiene un momento de lugar, después de limpiar la loza de su casa, se va a la de Elsa, con el fin de hacer que riña con el Caballero del Cisne. Para eso le dice:

»—Ten cuidado, hija mía, que, según me aseguran personas que están muy bien enteradas, tu marido es un golfo sin familia ni hogar, que en Madrid dormía en los bancos del Prado por no tener dónde recogerse, y aun hay quien asegura que en sus ratos de ocio se entretenía en coger puntas de cigarros para hacer colección.

»Tan escamada se puso Elsa con tales advertencias, que aquella misma noche dijo a su esposo:

«—¡Vaya, esto no puede seguir así! Ahora mismo vas a decirme quién eres, o me enfado.

»Pero el que se enfadó fue el valiente caballero, el cual le dijo:

»—Por la boca muere el pez, y por tu boca vas a perder la dicha. Voy a decirte quién soy, pero ten en cuenta que me largo inmediatamente como dos y dos son cuatro, porque yo debo

estar encantado, y mi encanto me impide decir mi nombre sin tocar soleta. Pues verás: me llamo *Lohengrin*, y soy de una tierra desconocida. Un día, cierta voz misteriosa me hizo coger las armas y embarcarme en una lancha pescadora para venir a defenderte. Ese cisne, que es mi hermano por parte de padre, me sirvió de remolcador... y ahí tienes todo lo que sé de mi propia historia.

»Entonces apareció de nuevo el cisne con el barquito; Elsa se desmayó y se arrepintió de su curiosidad; pero *Lohengrin* desapareció entre la niebla del río, abrigándose con su capa por temor a un reuma o a un catarro gripal.

»El público le ve alejarse con sorpresa, haciendo comentarios acerca de cómo mueve el cisne la colita, y con esto queda terminada la obra».

* * *

Ese es el asunto de la ópera de Wagner, llamada *Lohengrin*, que algunos de vosotros habréis oído; pero lo que de fijo no sabéis es de dónde tomó el gran músico alemán Wagner el argumento; pues sencillamente de un libro español escrito en 1280 por el rey Alfonso X, *el Sabio*, en donde se cuenta la historia del Caballero del Cisne.





E L C H I C O D E C A R M O N A

HAY en Sevilla, detrás de la catedral, una casa de triste apariencia, siempre cerrada a piedra y lodo, con todas las muestras de estar abandonada por sus dueños. Jamás se vio a nadie en la terraza, ni alma viviente asomó por aquellas ventanas, cuyos cristales rotos acusaban la ocupación de los muchachos en pedreas abominables. Pasé cerca de allí, chocóme el aspecto de la finca y, volviéndome a las personas que me acompañaban, les pregunté quién era el inquilino de aquel estropeado edificio.

Miráronse unos a otros y por fin el más resuelto dijo:

—Esa es la *Casa Maldita*, así llamada por ciertas lúgubres historias que se cuentan de ella. Desde hace muchos años está cerrada, y en Sevilla no habría quien la alquilase. Los chicos la apedrean con frecuencia; tanto, que los dueños de la casa han renunciado a poner cristales en ella, pues inmediatamente son hechos pedazos por las turbas infantiles.

—¿Y no la habita nadie?

—Sí, señor—contestaron—. Viven allí los propietarios de la casa, que son un matrimonio anciano y sin hijos. Nunca se les ve salir, ni asomarse a las ventanas; de suerte que todo Sevilla ignora de qué se mantienen, y hasta hay quien piensa que se murieron y el diablo se los ha llevado.

—Pero ¿qué historia es la que se refiere de esa casa?

—Oigala usted: Hace muchos años vivía en esa casucha un viejo llamado el tío *Sacatripas*, porque de él se contaba que por la noche salía en busca de los muchachos que volvían tarde a su casa; los cogía, los encerraba en una cueva y les sacaba los intestinos para hacer con ellos brujerías. Podrá ser verdad o mentira, pero es lo cierto que por aquel tiempo desaparecieron cinco o seis chicos, sin que pudiera averiguarse dónde habían ido a parar. Todas las noches se veía una luz verde en una de las ventanas del piso alto, y por la chimenea salía humo espeso con reflejos luminosos, que se veía perfectamente aun cuando el cielo estuviera oscuro como boca de lobo.

»Todos creían que el tío *Sacatripas* tenía pacto con el diablo y que aquella luz verde era sobrenatural. Inútil es decir que no había quien se acercara por sus inmediaciones.

»Una noche oyeron los vecinos un ruido formidable, después unos gemidos y luego nada... Un silencio sepulcral.

»Al día siguiente se dio parte del suceso a la justicia y ésta penetró en la casa después de descerrajar la puerta: en el piso bajo nada se encontró; pero en el de arriba fue hallado el cadáver del tío *Sacatripas* junto a los restos de una retorta, cuyos dispersos fragmentos denotaban que había estallado y en su explosión arrancado la vida a aquel viejo misterioso. El cadáver estaba carbonizado y la habitación llena de humo infecto con olor de azufre, que casi impedía la respiración. Se enterró el cadáver, la justicia selló las puertas de la casa, y durante algún tiempo no se habló en Sevilla sino del tío *Sacatripas* y de su horrible fin.



»Pero hete aquí que, cuando ya nadie se acordaba del suceso, vino a hablarse de nuevo del asunto, a causa de haber dicho los vecinos que de aquella casa partían por la noche ruidos terroríficos, como de lamentos, arrastre de cadenas y rumor de pasos.

»Esto bastó para que nadie pasara por la casa sin hacer la señal de la cruz, y de noche ni los valientes se detenían ante el portal. Desde entonces se llamó la casa maldita.

»Algunos bravucones pretendieron quitarle la mala fama, y tres de ellos, que una noche se atrevieron a quedarse dentro, a poco pagan con la vida su temeridad. Uno de ellos se precipitó huyendo por una ventana, y los otros salieron de la casa con los pelos de punta y corriendo como alma que lleva el diablo.

»Llegó hace algún tiempo a Sevilla un muchacho de Carmona, pobre, pero con más ánimo que el guapo Francisco Esteban. Enteróse de la historia y, preguntando por los dueños de la casa, fue a verlos y les dijo cuánto le darían si aquella misma noche la pasaba en la casa maldita, ofreciendo dejarla limpia de duendes. Estremeciéronse los dueños reparando en su juventud, y llenos de lástima por el muchacho, trataron de disuadirle de su empeño. Convencidos de que no cedería, estipularon en una cantidad regular el precio de la hazaña. Diéronle la llave, y el mozo, después de comprar dos velas y cargar hasta la boca un par de pistolas, penetró resueltamente en la casa.

»Fuese en derechura a una alcoba; puso la vela en un candelero sobre la mesa; colocó sobre una silla, al alcance de su mano, las pistolas y, envolviéndose en una manta, esperó.

»Sería cosa de media noche, cuando un lejano ruido de cadenas vino a despertarle.

»—Ya están ahí—se dijo—. Veamos sise atreven a venir aquí.

»En efecto, a poco, el ruido se fue acercando y, por fin, una rara figura vestida de negro, con un capuchón calado, apareció en la puerta de la alcoba.

»—Atrevido mortal—dijo el fantasma—que te atreves a interrumpir la soledad de estos lugares, vas a perecer por temerario.

»—Mira, mala facha—contestó el muchacho—, vete de aquí con viento fresco. No estoy para bromas y déjame en paz, si no quieres que te pese.

»En esto se oyó un ruido, como de gentes que rezasen, y el fantasma dijo:

Cuentos de Calleja

—Ya están rezando por tu alma, conque disponte a bien morir.

»—Por última vez te digo que te largues. No me asustas, y si continuas molestándome te voy a meter en la cabeza una onza de plomo.

»Quedó un momento vacilante el duende, viendo la serenidad del muchacho; pero creyendo intimidarle, avanzó hacia él.

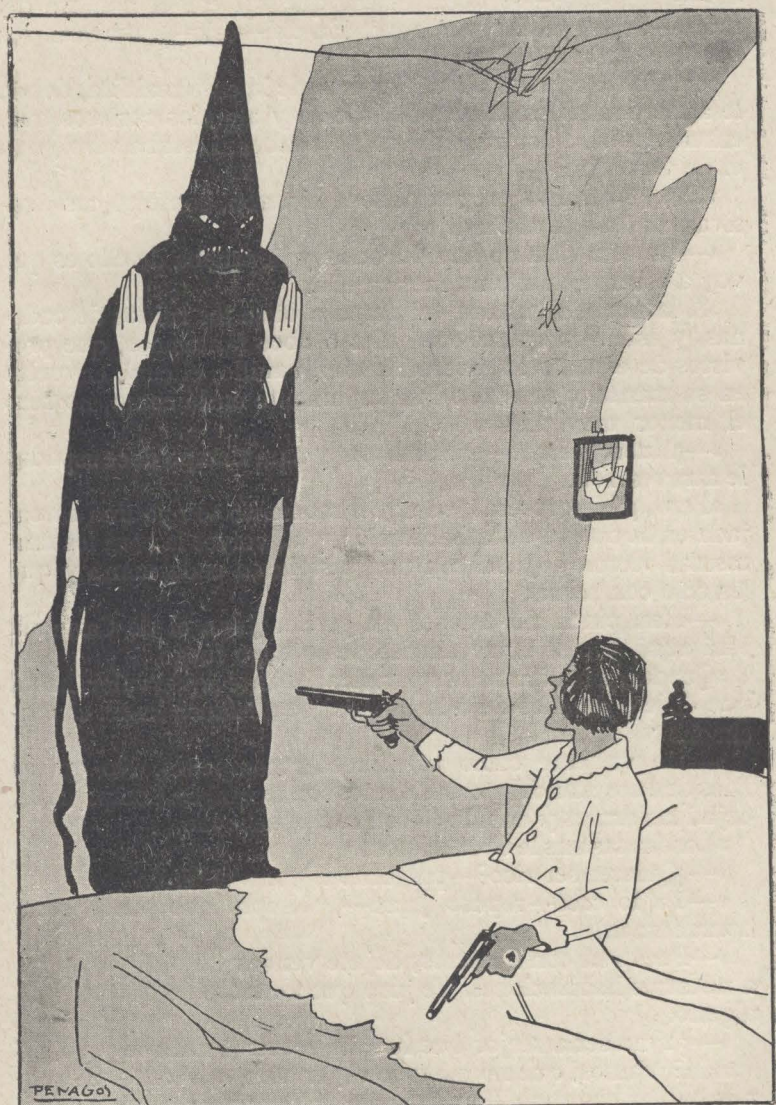
»El chico, viéndose amenazado, cogió las pistolas y gritó:

»—Esteban, Paco, Luis y los otros, cerrad las puertas y que no se os escape ninguno, que aquí tengo cogido a éste.

»Oír esto el fantasma y correr como un gamo, todo fue obra de un momento. En el acto cesaron los rezos y el ruido de cadenas y sólo se oyó el de carreras y de abrir y cerrar puertas con estrépito.

»El joven celebró su ocurrencia con una ruidosa carcajada, y cogiendo en una mano la vela y en la otra una pistola, comenzó a recorrer la casa en busca de los fantasmas. Atravesó varias habitaciones sin encontrar ni rastro de los duendes. Al fin descubrió cerca de la cueva un trozo de cadena. Levantó la trampa y con cuidado descendió hasta el sótano; pero allí tampoco halló nada que denotara la presencia de ser viviente.





»—Pues ellos—se decía Juan, que tal era el nombre del mozo—deben andar por aquí. En fin—dijo—, mañana los buscaré con más calma.

»Al día siguiente salió a la puerta de la casa maldita, donde le aguardaban los dueños de la casa y algunos curiosos que, enterados de la ocurrencia, venían a saber si estaba vivo Juan el de Carmona.

»Éste, a cuantas preguntas se le hicieron, contestó con evasivas, hasta que al fin dijo:

»—En esta casa no hay duendes, y la prueba de ello es que voy a estar viviendo un mes en ella.

»A la noche siguiente volvieron a oírse los ruidos de cadenas, y esta vez aparecieron diez o doce fantasmas, que provistos de espadas avanzaron hacia Juanillo, el cual, envuelto en su manta y acostado tranquilamente en la cama, no hizo el menor movimiento.

»—¡Muere, perro!—exclamaron, y a un tiempo doce espadas le atravesaron.

»Pero, ¡oh, sorpresa!, en aquel momento se oyó una carcajada en la puerta de la habitación, y al volver la cara los fantasmas vieron a Juan con una pistola en cada mano y que les dijo con sorna:

»—Han pinchado ustedes un pelele. Juan el de Carmona está aquí, y o se entregan ustedes o hago fuego.

»Quedaron los fantasmas paralizados ante aquel valor, hasta que el jefe de ellos dejó la espada, se adelantó hacia el muchacho y le dijo:

»—Un valiente como tú merece recompensa. No quiera Dios que nos manchemos las manos con tu sangre. Compañeros, dejad las armas y hablemos con este muchacho.

»Los fantasmas le obedecieron.

»—¿Quieres ser rico?—preguntó a Juan el jefe.

»—Ya lo creo—repuso Juan—, siempre que pueda serlo honradamente.

»—Pues ven con nosotros; déjate vendar los ojos y pasarás a nuestras habitaciones. Te juro que no trato de hacerte mal alguno.

»—¿Y no sería mejor que fuerais vosotros delante y yo sin venda? Vamos, que no me dejo coger como un tonto. Si queréis hablar conmigo, llevadme donde queráis, seguros de que nada diré de vuestro escondite. Si no tenéis confianza en mí, mañana vendrá aquí la justicia y todo se registrará, incluso la cueva, y ya veremos cómo se os encuentra.

«—Confío en tu palabra—dijo el jefe, y todos los fantasmas echaron a andar delante de Juanillo.

»Bajaron a la cueva, y allí, por medio de un oculto resorte, hicieron girar una piedra que dejó al descubierto una puerta. Por allí penetraron todos y detrás Juanillo, siempre pistola en mano y ojo avizor.

»La habitación en que penetraron era bastante espaciosa y toda ella estaba llena de máquinas.

»—No me digáis nada—dijo Juanillo—; sois monederos falsos.

»—Es verdad—dijo el jefe, asombrado de la perspicacia del muchacho—. Cállate y serás rico. Trabaja con nosotros y harás una fortuna fabulosa.

»—Muchas gracias, amigos—exclamó Juan—. Nada quiero de vosotros. No os denunciaré, porque soy hombre de palabra; pero he ofrecido limpiar de duendes la casa, y ya podéis pensar en marcharos con la música a otra parte.

»—Pero...

»—No admito objeciones; soy pobre, pero honrado, y Dios me protegerá. Pasado mañana vendré de día a ver si os habéis marchado; si ya no estáis, me callaré; pero si estáis, daos por muertos.



Cuentos de Calleja

»Al fin se convencieron los fantasmas y ofrecieron a Juanillo que aquella misma noche se llevarían sus máquinas por una mina que daba a una casa de otra calle.

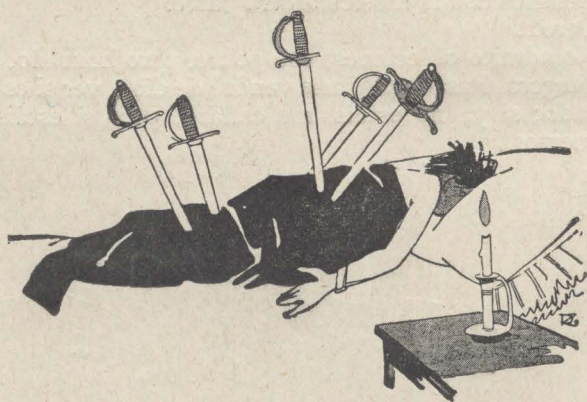
»Al día siguiente Juan volvió y, en efecto, los monederos habían cumplido su palabra.

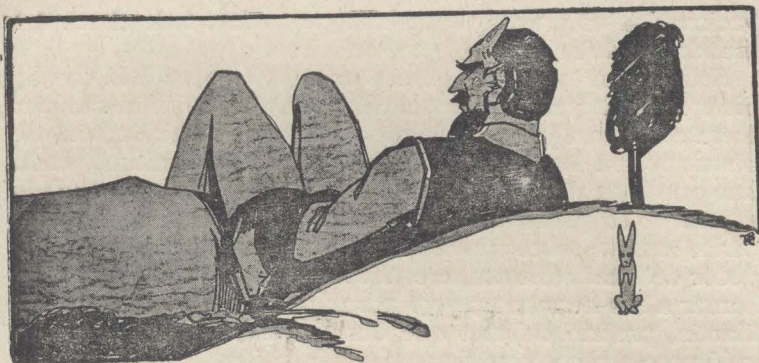
»Bajo la palabra de Juan volvieron los dueños de la casa a vivirla, y nadie ha vuelto a oír ruidos misteriosos; pero la casa ha quedado señalada con el nombre de *maldita* y todos la miran con prevención.»

—¿Y qué fue de Juan?—pregunté.

—Marchó a América, y tan bien le fueron sus negocios, que pronto llegó a ser millonario.

—Ese fue el premio de su honradez.





LOS TIZONES DEL GIGANTE

TRES jóvenes hermanos, carboneros de oficio, oyeron decir que en la montaña en que trabajaban había un gigante colosal, que así regalaba una fortuna como privaba de la vida al que incurriera en su desagrado. Los dos mayores afirmaban que era peligroso admitir los regalos de aquel ser monstruoso; pero el menor, que se llamaba Martín, decía:

—¡No caerá esa breva! Como a mí me diera mucho dinero, ya vería el modo de emplearlo. Lo importante es coger los cuartos, aunque sean del mismísimo demonio; porque después, si se hace buen uso de ellos, el demonio se fastidia.

—Poco a poco—contestó Máximo, que era el mayor—; lo mal adquirido no se emplea jamás bien.

—Lo mismo digo—exclamó Jorge, que era el hermano segundo—; los regalos del demonio son siempre funestos para quien los recibe.

—Pues yo os aseguro—dijo Martín—que si el gigante es un demonio, hay que convenir que es un demonio decente, porque vive como un campesino, corre el bosque como un cazador, y puesto que está aquí siempre, es porque debe tenerle cariño a la comarca. Por lo tanto, como me enseñara dónde hay una mina de oro o de plata, tened por seguro que no aguardaría a que se marchase para meterle mano y comenzar las exca-

vaciones. Y os prevengo que, aunque tuviese todo el oro del mundo, no dejaría por ello de ser bueno.

Estaban en esta conversación cuando llegaron a la choza; hicieron una gran pila de madera cortada, la cubrieron por fuera con tierra y le prendieron fuego para hacer carbón. Se distribuyeron las horas de la noche según costumbre y cada uno quedó en vela la tercera parte de ella. El mayor, que fue el primero en quedarse de guardia, mientras sus hermanos dormían, observó sobre una colina próxima un gran fuego alrededor del cual bailaban seres fantásticos. Al pronto pensó en llamar a sus hermanos; pero acordándose de las bravatas de Martín, prefirió dejarles que durmieran. El fuego se extinguió poco a poco, y ya desapareció la visión. Tocó el segundo turno a Jorge, y a los pocos minutos se reprodujo el fenómeno; se levantó una llamarada y los personajes de antes volvieron a bailar alrededor del fuego. Jorge era prudente, pero no miedoso, y, para convencerse de que lo que veía no era una ilusión de sus ojos, se acercó al sitio donde brillaba el fuego y, escondido entre el ramaje, vio a un enorme gigante que tenía como bastón un pino, arrancado con sus raíces y todo, del cual se servía para atizar el fuego. Tal vuelco le dio la sangre ca Jorge, que echó a correr como un gamo, huyendo de aquel espectáculo maravilloso. Repuesto un poco del susto, resolvió volver y conjurar en nombre de Dios a aquel vestigio; pero, cuando llegó al sitio en donde estaba el gigante, todo había desaparecido, sin quedar ni rescoldo de aquel enorme fuego que antes viera. El musgo y las flores silvestres estaban intactos y húmedos de rocío.

Erizáronse los cabellos, un sudor frío cubrió su frente, y se volvió a la choza temblando, pero resuelto a no decir nada de su aventura para no despertar la curiosidad de Martín.

Tocóle a éste el turno cuando estaba la noche próxima a su fin. El joven se admiró de ver el fuego mal encendido, y es que la excursión de Jorge le había hecho descuidar esta faena. Cortó madera y la echó al fuego para reanimarle, pero no prendió. Juzgando que estaba húmeda, fue más lejos a buscar ramas secas; pero, al volver, se encontró el fuego apagado. Esto podría ser un serio contratiempo que les hiciese perder el trabajo de varios días. Trató de encender yesca, pero no consiguió que diera chispas el eslabón. Ya iba a llamar a sus hermanos, cuando una viva luz le deslumbró; volvióse hacia la montaña y presenció el mismo fenómeno que vieran Máximo y Jorge. En vez de intimidarse, se animó, diciendo para sí:

«Hombres o demonios, yo he de ver lo que hacen y les he de pedir fuego para encender nuestro horno.» Y, cogiendo un pincho largo, avanzó valerosamente.

Como su hermano Jorge, atravesó el arroyo que había al pie de la montaña, trepó ésta, y al acercarse reconoció al gigante de quien en la noche^a antes hablara con sus hermanos. Intimidóse al pronto, pero el amor propio venció su miedo y se aproximó denodadamente a la hoguera. Unas risas extrañas y discordes acogieron su llegada.

—¿Quién eres?—gritó el gigante poniendo un gesto terrible.

—Soy Martín el carbonero, un buen muchacho, aunque me esté mal el decirlo. Y tú ¿quién eres?—preguntó el muchacho audazmente.

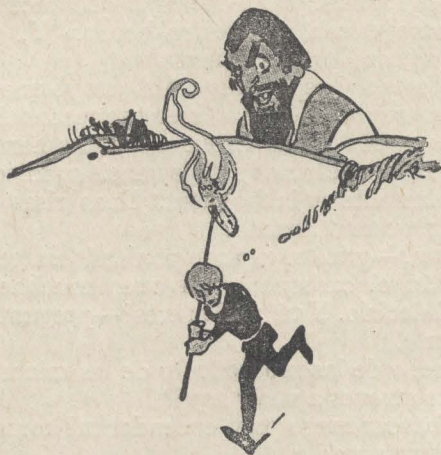
—Soy el dueño de las montañas y de las minas de esta región. ¿Cómo te atreves a venir aquí?

—Vengo a buscar fuego para encender mi horno, y esto no se le suele negar a nadie.

—Pues toma una brasa y vete pronto; ningún ser humano puede resistir nuestra presencia durante mucho tiempo sin morir.

Martín pinchó un pedazo de tronco encendido, y, caigando con él, echó a correr hacia su cabaña. Lo lanzó entre la leña





seca, estorzándose en encenderla; pero, por más que hizo, el tizón se apagó y el hogar quedó frío.

Pensó que el gigante se burlaba de él, y cogiendo de nuevo el pincho, volvió a coger otro tronco encendido de la misma manera que el anterior. Pero tampoco logró encender la lumbre. Otro se hubiera desanimado; pero Martín juró que había de llegar hasta lo último, y en efecto volvió por tercera vez y consiguió llevarse del fantástico hogar un leño encendido, capaz de incendiar un bosque. Cuando se iba, oyó que le gritaba el gigante:

—¡Cuidado con volver otra vez!

Tampoco logró reanimar el fuego de su carbonería y, rendido de cansancio, se durmió sobre su lecho de hoja seca. Su sueño fue tan pesado que costó mucho trabajo a sus hermanos el despertarle para darle cuenta de que, al remover las cenizas del apagado hogar, habían encontrado tres enormes lingotes de oro que constituían una inmensa fortuna.

Cuando se enteraron del origen de la riqueza, se asustaron un poco; pero Martín les convenció de que debían participar de sus beneficios. Martín compró tierras y bosques, edificó un magnífico castillo, y hasta le dieron un título nobiliario.

Aquellas riquezas mal adquiridas desarrollaron en él todas las malas pasiones; se hizo orgulloso, avaro y cruel, por lo que se le llamaba el *Carbonero*, y era general la creencia de que era brujo, odiándole el pueblo por su mala conducta.

Los tizones del gigante

Un día se presentó en un torneo, cubierto con magnífica armadura y acompañado de una escolta digna de un príncipe; pero todo el mundo protestó, y un heraldo le dijo que no podía tomar parte en la lid. Ciego de ira Martín, sacó la espada y de un tajo mató al heraldo, produciéndose entonces una confusión aterradora. Los heraldos eran considerados como inviolables, y, por tanto, cien lanzas se dirigieron contra el pecho de Martín para vengar aquel asesinato. Martín se defendió como un león; pero, vencido por el número, fue juzgado por



los jueces del torneo, que le condenaron a perder la mano derecha, a ser degradado de la nobleza y expulsarle vergonzosamente de la ciudad. La sentencia fue ejecutada en el acto, y Martín entregado al populacho, que quería despedazarlo. Sus hermanos consiguieron libertarle, medio muerto, del furor de sus enemigos. Como no podía sostenerse, hubo que subirle en un carro de carbón, único vehículo que quisieron prestarles; allí le acostaron sobre un saco de paja y le llevaron precipitadamente hacia su país. Al entrar en él vieron a lo lejos un hombre que avanzaba hacia ellos. Al pronto les pareció un



viejo cargado de años; pero, conforme se aproximaba, le vieron adquirir proporciones gigantescas; voló su capa, su bastón de peregrino se convirtió en pino colosal, y apareció ante ellos el gigante de la montaña. Cuando el carro pasó a su lado, prorrumpió en una carcajada sardónica y, mirando a Martín, le dijo con desprecio:

—¿Qué tal has encontrado mis tizones? ¿Has visto el fuego que enciende mi leña?

Los hermanos de Martín quedaron mudos de espanto; pero éste, incorporándose en su miserable lecho, aun encontró fuerzas para amenazar con el puño al coloso, pero el gigante desapareció, prorrumpiendo en una infernal carcajada. En el camino encontraron un convento, donde fueron cariñosamente recibidos, y allí, tocados en el corazón por la divina misericordia, tomaron los tres el hábito de la orden, renunciando a las pompas humanas. Las tierras abandonadas no fueron reclamadas por nadie, y el castillo se hundió, sin que nadie se atreviera a acercarse a las ruinas. Las riquezas mal adquiridas y mal usadas, siempre producen malos resultados.



EL ÁNGEL DE LA GUARDA

El shah de Persia Jamalajah tenía un hijo llamado Isambul, mozo de vivo ingenio y gallarda presencia, que hubiera sido Príncipe heredero a no tener seiscientos treinta y seis hermanos mayores.

Isambul tenía dos criados, uno blanco y otro negro. Aquél se llamaba *Teraté*, que en lengua persa significa *Buen ángel*, y éste *Karaká*, que vale tanto como *Malasombra*. Ambos criados se desvivían por su amo y parecían quererle mucho.

Cuando murió Jamalajah, fue elegido heredero de la corona su hijo mayor Guasachin, y los demás hermanos pusieron pies en polvorosa por temor de que les rebanase la nuez contra su voluntad. Entre ellos fue Isambul acompañado de sus inseparables *Teraté* y *Karaká*, que no le abandonaban ni un solo instante.

—¿Adónde iré?—preguntaba el Príncipe.

Y *Karaká* le aconsejó que se quedara cerca de su país, por si era un día llamado a ocupar el trono.

—Creo yo—dijo *Teraté*—que no debemos parar hasta llegar a la China, donde con sus amables dotes podrá encontrar una brillante posición.

Después de un rato de reflexión, Isambul optó por la opinión de *Teraté*, y, puestos en marcha, a poco llegaron a una importante ciudad de la Tartaria.

Cuentos de Calleja

—Quédate aquí, señor—exclamaba compungido Karaká—; mira que vas a correr mil riesgos inútiles.

—Señor—dijo en esto Teraté, que entraba en la posada lleno de alborozo—: tengo que darte la gran noticia. La Princesa china Ki-ki-ri-kí, acusada de traición, ofrece su mano a quien venza al calumniador; y así, ponte en marcha, si deseas ser Príncipe chino.

—¡Hombre! A decirte verdad, me aburren los chinos por la coleta— contestó Isambul—; pero tratándose de una joven desgraciada, aunque fuese fea y pobre, estaría dispuesto a defenderla. Esto me decide. Vamos en seguida a ver si le arranco los bigotes a ese vil calumniador.

Ajustóse Isambul con una caravana tártara que marchaba a Pekín, y cuando llegó la hora de la marcha no parecieron los criados. Buscóseles por toda la ciudad. Nadie dio razón de ellos y decidió marchar solo a la capital del imperio chino.

Diéronle los comerciantes que formaban la caravana un hermoso caballo negro. Montó en él Isambul y emprendieron el viaje. A la segunda jornada el caballo comenzó a encabritarse y a no querer seguir. Isambul comenzó a espolear su cabalgadura; pero ésta de pronto dio media vuelta y echó a correr en sentido contrario al camino de la caravana.

En vano Isambul hizo prodigios para refrenar su caballo.

De pronto vio venir hacia él un hermoso caballo blanco que detuvo al que Isambul montaba. Apeóse el Príncipe de la loca cabalgadura y vio con sorpresa que las dos bestias se arremetían con furor. Al fin venció el caballero blanco, y el negro emprendió la fuga, desapareciendo a poco en el horizonte. Montó Isambul en el caballo vencedor, y éste comenzó a correr





en dirección a la caravana, a la que alcanzó después de cuatro horas de desenfrenada carrera.

No bien se hubo apeado en el primer descanso, notó la desaparición del hermoso animal. Resignóse a subir sobre la giba de un dromedario.

En el camino vio un cuervo y una paloma que reñían fieramente. El cuervo dio un fuerte graznido y gritó: «Príncipe, vuélvete a tu país». Y la paloma dijo: «Sigue tu camino, que el triunfo te espera». Y las dos aves, dándose terribles picotazos, elevaron su vuelo.

Pensativo quedó Isambul y preocupados los comerciantes, que se decían entre sí: «¿Quién será este hombre, que hasta los pájaros le conocen?»

A poco llegaron a la orilla de un río que se había desbordado arrastrando los puentes. Detúvose la caravana y se dispuso a aguardar el descenso de las aguas. Hicieron allí noche, y a la mañana siguiente, ¡oh prodigio! vieron que un hermoso puente de mármol unía una orilla a otra. A poco de pasar la caravana, derrumbóse el puente, volviendo el río a su cauce natural. A los pocos días y ya cerca de Pekín, una escarpada montaña cortaba el camino, siendo imposible seguir adelante.

—Esta montaña—decían los comerciantes—no ha existido aquí jamás, o es que hemos equivocado nuestro camino.

Cuentos de Calleja

Dieron vueltas por todas partes y no pudieron hallar sitio para atravesar el monte. Hicieron alto allí, sintiendo por la noche un horroroso temblor de tierra. Al día siguiente vieron la montaña partida y en medio un camino ancho por donde pasaron cómodamente. Llegaron a Pekín en el momento en que los heraldos del Emperador anunciaban que, al día siguiente, el valeroso Kho-me-chi-kos le rompería la cabeza a todo el que se atreviera a sostener que la Princesa Ki-ki-ri-kí no era una traidora digna de muerte, acusándola además del crimen horrible de haber escupido por el colmillo desde una ventana de palacio.



Apenas hubo descansado Isambul, salió en busca de una buena armadura. Entró en casa de un armero y allí vio dos admirables; una blanca y otra negra. Aconsejábale un dependiente que llevase la negra, que era más bonita, y otro que comprase la blanca, que era más fuerte. Isambul, después de mucho vacilar, eligió la blanca.

Al día siguiente se presentó en la plaza donde había de realizarse el combate. Todo Pekín estaba allí, alrededor de la palestra. En el fondo se alzaba el trono imperial, y al lado izquierdo el catafalco negro, donde estaba la Princesa atada, esperando el resultado de la lucha. Si vencía el feroz Kho-me-chi-kos, ella perecería abrasada por mano del verdugo.

Todos los chinos querían y admiraban a la Princesa por su caridad y por su magnífica mata de pelo, que era en China un don inestimable; pero nadie se atrevía a verle los bigotes al terrible Kho-me-chi-kos, que tenía fuerzas colosales y tres cerdas muy largas en las narices. Se repitió el pregón, y el acusador, poniéndose en jarras en medio de la plaza, dijo:

—¿No hay por ahí ningún valiente que salga a defender a la Princesa?

Momentos de angustia y de silencio. De pronto aparece un caballero armado de punta en blanco, que se acercó al valentón y le dijo:

—¿Eres tú el fanfarrón Kho-me-chi-kos?

—Sí—dijo el chino con arrogancia.

—Pues vengo a meterte los colmillos en el cogote y a demostrar que eres un embustero, que calumnias a una joven inocente.

—Te voy a dar un puntapié—contestó el valentón—que se te van a ver por el agujero las picaduras de las muelas.

—Todo eso es conversación y jarabe de pico. Prepárate, que allá voy.

Y, diciendo y haciendo, sacó su espada Isambul y se precipitó sobre el acusador. El encuentro fue terrible. Las espadas, al chocar, arrancaban chispas; pero, al cabo de dos minutos, ninguno había logrado herir a su adversario. El Emperador ordenó se suspendiera el combate para que descansaran los campeones. Aprovechando el descanso, acercóse Isambul al catafalco donde se hallaba la Princesa y le dijo:

—Confío en Dios y en mi espada que lograré salir victorioso.

—Dios os proteja—exclamó, llorando de gratitud, la Princesa.

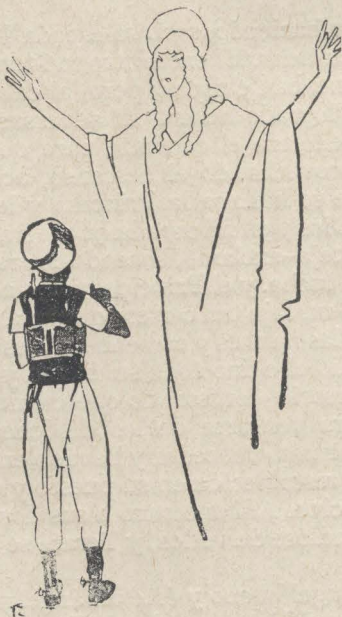
Reanudóse la lucha, y el Príncipe, por si acaso se trataba de un encanto, tiró un tajo tan certero que arrancó a Kho-me-chi-kos la punta de las narices y con ella los tres pelos misteriosos. En el acto perdió el chino toda su fuerza y se arrodilló a los pies de su adversario, confesando que cuanto había dicho era un embuste para vengarse de los desdenes de la Princesa. Isambul fue aclamado vencedor y llevado en triunfo a palacio. La Princesa fue restablecida en su puesto y concedió su mano al valeroso Príncipe. Allí encontró a sus dos criados Teraté y Karaká. Sorprendióse de verlos, y Teraté se lo explicó de esta manera:

—Yo soy tu ángel bueno y éste un ángel malo que se había propuesto perderte. Éste fue el caballo negro que te quería apartar de Pekín, el cuervo que te aconsejaba que volvieras,

Cuentos de Calleja

el río que se desbordó, la montaña que te impedía el paso, y por último, la armadura negra que cubría a tu enemigo. Yo he sido el caballo blanco que te guió a la caravana, la paloma que te aconsejó que siguieras el viaje, el puente de mármol por el cual pasaste el río, el terremoto que abrió la montaña y la blanca armadura que te defendió de Kho-me-chi-kos, y el que guió tu espada para que le cortaras las narices. Ya estás en salvo. Sé bueno y siempre me tendrás a tu lado; pero, si no, yo te abandonaré llorando y será tu dueño Karaká.

Volvió la vista Isambul a Teraté y le vio transformado en un ángel. Dio éste un beso en la frente a Isambul y desapareció de su vista sonriéndole. El Príncipe se casó con la Princesa Ki-ki-ri-ki. Cuando heredó el trono, subió a él sólo inspirado en el amor a la justicia y murió muy anciano, con la tranquilidad del justo. ¿No os parece, hijos míos, que a todos nos conviene tener siempre a nuestro lado al ángel de nuestra guarda y huir del espíritu maligno?



VALENTÍN, EL DE LAS VERRUGAS

Cómo queréis que se llame el héroe de este cuento? Yo no os digo su nombre, porque todos le conocéis, y debo evitarle el sonrojo de contar sus pecadillos y ponerle en berlina entre sus compañeros y amigos. No es Julio, ni Antonio, ni... ¡vaya, que no lo acertáis! Escuchad sus aventuras, y veremos si por ellas conocéis quién es el pecador.

Pongámosle un nombre caprichoso: Valentín, pongo por caso, y comencemos a narrar tan interesantes sucesos.

Pues este Valentín es un muchacho rubio como el oro, blanco como la nieve, muy simpaticón y más travieso que quince.

Era en los juegos el número uno, y el último en la escuela, de donde más de una vez sacaba las manos coloradas como un tomate, gracias a la reluciente palmeta de D. Procopio, el maestro, el cual tiene malas pulgas, y, cuando se enfada, echa lumbre por los ojos y eriza los bigotes de un modo que da miedo a todos los chicos que a su escuela asisten.

Pero el defecto principal de nuestro Valentín no era el ser desaplicado como él solo, sino otro peor, y era que ni aun por equivocación dijo una verdad en su vida. Ni aun cómo se llamaba dijo una vez a derechas. Era todo un embustero de tomo y lomo, con ribetes de socarrón y medias suelas de pícaro.

Una tarde, de las muchas en que no iba a la escuela, se marchó a coger nidos al inmediato bosque, más alegre que unas castañuelas, pensando en la cara que pondría D. Procopio cuando notase su falta de asistencia, y en que, por aquella tarde al menos, la terrible palmeta no le dejaría las manos señaladas, como tantas veces había sucedido, claro es, por culpa suya.

Al dar vueltas a una vereda tropezó de manos a boca con un fraile de barba blanca, que al verle solo se sonrió y le dijo, no sin sospechar algo no bueno:

—¿Adónde vas, muchacho?

—A pasearme—contestó Valentín, mintiendo como de costumbre.

Cuentos de Calleja

—Mal vicio tienes—exclamó con tristeza el fraile—; el que miente no engaña a Dios ni al prójimo, sino a sí mismo.

—Yo no miento—dijo enfadado Valentín.

—Vamos a ver, hijo mío: ¿por dónde iré mejor al pueblo?

Y Valentín le indicó, con la mayor serenidad e indiferencia, la dirección opuesta.

Entonces el fraile, tomando un aspecto severo, le habló de esta manera:

—Tu repugnante pecado ha de servirte de castigo: en verdad te aseguro, que cuanto digas ha de ser cierto, aunque no quieras. Vete por esos mundos, y quiera Dios que vuelvas corrigido, y no olvides que, cuanto digas con intención de mentir, te habrá de salir a la cara; porque el padre de la mentira es el diablo.

Calló el fraile, y a poco desapareció lentamente como una nube que se disipa. Pero Valentín no se intimidó por eso; era un redomado granuja que no temía a nada ni a nadie, y, encogiéndose de hombros, echó a correr en busca de sus nidos.

Aun no había andado cien pasos, cuando le salió al encuentro un pastor, el cual, encarándose con el muchacho, le preguntó:

—¿Adónde vas?

—A cazar liebres—dijo Valentín, mofándose del pastor.

Aun no había acabado de decirlo cuando se encontró convertido en un enorme galgo, que saltaba y corría detrás de las liebres sin alcanzar ninguna y sin poder detenerse en ninguna parte.

Cuando ya estaba a punto de perecer de cansancio, recobró su forma primitiva; pero, ¡cuál no sería su sorpresa, al mirarse en una fuente, cuando se vio en la nariz, en la propia punta de la nariz, un grano como el puño, rojo como si sobre él hubiera esgrimido el terrible don Procopio su palmeta!

Pero el muchacho era testarudo y no se asustó por eso.

Anda que te anda, iba con las manos en los bolsillos, pensando en tomar un bocado donde pudiera, cuando vio un hermoso loro que, posado sobre un árbol, se entretenía en deletrear como un buen maestro de escuela.

—Be-a, ba; be-e, be; be-i, bi...—decía el animalito.

—¿Qué haces, lorito?—preguntó Valentín.

—¿Y a ti qué te importa?—contestó el loro, muy disgustado.—Estoy enseñando a deletrear a mis compañeros, que son más aplicados que tú. ¡Óyelos, a ver si te enmiendas con su ejemplo.

Y, en efecto, unos cien loritos, puestos en fila sobre la rama

de un árbol, comenzaron a repetir con el tonillo mismo de los alumnos de D. Procopio:

—Be-a, ba; be-e, be; be-i, bi.

—¿Qué te parece? ¿Ves si adelantan mis discípulos? Pues no hace más que seis años que vienen a mi escuela, y no faltan ni un solo día; como sigan tan aplicados, antes de diez años leerán de corrido la cartilla. Y tú, ¿sabes leer?

—¡No!—dijo Valentín, mintiendo como siempre que hablaba, sin reflexionar en lo que decía.

En el acto sintió una cosa extraña en la nariz; llevóse allí la mano, y, en efecto, encima del primer grano le había salido otro mucho mayor que aquél. Parecía su pobre nariz un porrón formidable que excitaba la risa.

Siguió Valentín su marcha sin despedirse del lorito, que desde su rama le dijo con sorna:

—¡Vaya usted con Dios, narices de coliflor!

Al poco tiempo, y como el hambre apretaba, quiso buscar en los árboles algunas frutas; pero estaban muy altas, y, aun cuando tiraba piedras, no las pudo derribar. ¡Tal era su desdicha!

En esto vio venir a un arriero por el camino adelante, y, acercándosele, le dijo:

—¿Quiere usted darme algo de comer, que hace dos días que no pruebo bocado y estoy para morir de necesidad?

Como no era verdad tampoco aquello, le brotó una nueva verruga, tan fea como las anteriores; y el arriero, al ver aquel fenómeno, echó a correr asustado, sin darle nada con que apaciguar su apetito.

Valentín, desfallecido y lleno de asquerosas verrugas, se sentó al pie de un árbol y rompió a llorar. Entonces comprendió que sus mentiras eran castigadas por una mano invisible pero poderosa, que no deja impune un vicio tan feo y tan perjudicial.

Pensó en su familia y en sus compañeros, y vio que D. Procopio era un ángel de bondad que, si le ponía las orejas de burro, era porque se las ganaba por sus puños, y, si le encendía el pelo a palmetazos, era en beneficio suyo para corregirle.

En este momento volvió a presentársele el fraile y le repitió la pregunta:

—¿Adónde vas, hijo mío?

—Adonde Dios quiera—dijo el muchacho sollozando.

—Pues Dios quiere que te vuelvas a tu casa, ya que estás arrepentido, que seas bueno y no mientas jamás.

Cuentos de Calleja

—Padre—exclamó Valentín—, y ¿no podría quitarme esto de la nariz?

—Es preciso que digas tres verdades en el pueblo. Cada una de ellas te quitará una señal de las que tienes.

Y el fraile, con celestial ademán, le bendijo y desapareció.

Cuando llegó el muchacho a su pueblo estaba deseando que alguien le preguntara, y ¡qué casualidad! D. Procopio fue el primero a quien halló a la entrada de la población.

—¡Bravo! —dijo el maestro —¡Bonita traes la nariz! Casi no te había conocido. ¿De dónde vienes?

—De hacer novillos y de recibir un castigo severo—contestó muy de prisa el muchacho.

En el acto se le fue una de las verrugas de la nariz.

—¡Más severo será el que te espera! Ya conoces la palmeta.

—Cuanto haga usted conmigo, lo tengo merecido de sobra. Desapareció otra verruga.

—¡Vienes arrepentido, por lo que veo!

—Y tanto, que no diré más que la verdad, aunque me perjudique.

Y la última verruga siguió el camino de las dos primeras.

Abrazó el maestro a Valentín, le acompañó hasta su casa, y desde entonces, que se sepa, no ha dicho ni una mentira por nada de este pícaro mundo.

Y ahora ¿conocéis a Valentín?





V I L L E N A Y T I N T I R I N T Í N

HABÍA en cierta ocasión un hombre muy sabio que, deseoso de conservar la vida, comenzó a buscar receta para prolongarla todo lo posible. Se conoce que había tomado cariño a este pícaro mundo, y no quería marcharse de él sino lo más tarde que pudiera. Por fin, en fuerza de discurrir y devanarse los sesos, creyó haber encontrado lo que buscaba. Con aceite, vinagre y sal, más otras sustancias que él sólo conocía, armó una ensalada tremenda y mandó que, cuando estuviera a punto de morir, le hicieran picadillo y echaran sus pedazos a remojo en aquella misteriosa salsa, guardaran tajadas y caldo en una gran botella, y lo dejaran allí por los siglos de los siglos. Como lo dispuso, así se hizo. Al cabo de algún tiempo, nadie volvió a acordarse de la botella, y permaneció olvidada en el rincón de un sótano; pero las sustancias embotelladas hicieron su efecto, y el buen sabio, cuyo nombre era Gervasio, se sintió renacer a la vida por arte de birlibirloque. Pero ¡ay! al revivir se encontró convertido en rana.

Al pronto no se dio cuenta de su triste situación. Se despertó como quien acaba de salir de un sueño pesado, bostezó, se incorporó y quiso hablar; pero, en vez de palabras, sólo salió de su boca un ¡cra! ¡cra! ¡cra! tan fuerte que a él mismo asustó. Miróse las zancas y las manos, y se quedó aterrado.

—¡Dios mío—pensó—, la hice buena! ¿Y adónde voy con este disfraz? ¿Quién va a conocer en mí al sabio D. Gervasio

Tintirintín y Tantarantán, miembro de todas las sociedades y secretario de todas las academias? En fin, me fastidié; pero la cosa no tiene remedio.

Probó a andar, y de un salto se encontró en el suelo del sótano; de otras cuatro zancadas se puso en la puerta de la calle, salvándose casualmente del gato de la casa, que, como le hubiera visto, le clava las uñas y lo despedaza. Por fin, tras esfuerzos y precauciones grandes, logró acercarse al estanque de un jardín, y allí se chapuzó con un placer extraordinario.

Apenas llegó al fondo, fue rodeado de una porción de ranas jóvenes y viejas que le saludaron dándole una zancada en la cabeza.

D. Gervasio explicó a los circunstantes lo que le había pasado, lo cual hizo reír en grande a sus nuevos amigos, que lo juzgaron loco.

El rano mayor, jefe de los ranos del estanque, lo llamó aparte y le dijo:

—A ti te ha hecho daño el sol y padeces de la cabeza. Si quieres ser de los nuestros, no vuelvas a contarnos embustes. De lo contrario, te suelto dos zancadas en los sesos y te los hago echar por los ojos.

El pobre D. Gervasio Tintirintín tuvo un miedo horrible al ver aquel pedazo de rano, que movía las patas con una fuerza aterradora, y prometió no volver a decir que había sido hombre en todos los días de su vida.

—¿Y tú qué sabes hacer, muchacho?—le preguntó el rano mayor.

—Yo sé física y química.

—¿Y qué es eso tan raro que sabes?—dijo riéndose el rano.

—Son unas ciencias...

—¿Y qué es eso de ciencias? Vamos, que vuelves a estar loco, y para curarte, ¡toma!

Y le dio una feroz zancada que le hizo subir a la superficie del agua.

—¡Canastos y qué bruto es este rano! ¡Pues si les llevo a decir que sé geografía, geometría y medicina!... La verdad es que no valía la pena de vivir para ver esto.

Mientras hacía estas reflexiones, nadaba por el estanque con un desahogo que a él mismo le admiraba.

—¡Cuánto me divertiría—pensaba—si pudiera escribir o lo que me está pasando! Entonces me vengaría del rano poniéndole de bestia que no habría por dónde cogerlo. Verdad es que él no lo leería.

De pronto sintió un dolor muy fuerte en la espalda, volvió la cabeza y se encontró de manos a boca con un cisne que le había dado un picotazo.

—¿Por qué me maltratas?—dijo en lengua de rana don Gervasio.

—Porque eres horrible—repuso el cisne—. Húndete en el cieno y déjanos a nosotros los guapos la superficie del agua, la luz y la alegría de la naturaleza.

—¡Adiós, hermoso!—exclamó con sorna D. Gervasio.

Y se zambulló rápidamente, porque si no se lo zampa el cisne, que por lo visto no estaba de humor de que le tomaran las plumas.

Llegó de nuevo al fondo del estanque, y allí se le acercó un rano muy cortés que, llamándolo aparte, le dijo:

—Me han contado lo que has dicho, y soy el único que puedo comprenderte. Yo soy el marqués de Villena, aquel que tuvo la desdichada idea de que lo metieran hecho jigote en una redoma, pensando en alargar su vida, y salí tan rana como me ves, y eso que cuando hombre todos me decían: «¡Este no es rana!» Pero, hijo, me equivoqué en la receta, y en vez de poner alcanfor puse espliego en la redoma, y perdí para siempre mi forma humana. Lo mío fue una venganza del hada Zarrapastrosa, que es más mala que un dolor, e hizo que confundiera el alcanfor con el espliego.



Cuentos de Calleja

—Bueno; ¿y qué vamos a hacer, compañero?—preguntó D. Gervasio.

—Fastidiarnos y vamos bien despachados. Digo, no; existe un medio de volver a ser hombres, pero es casi imposible para nosotros. Sería preciso que nos introdujáramos en los oídos de la maga Zarrapastrosa y estuviéramos cantando ¡cra! ¡cra! ¡cra! hasta que nos devolviera nuestra forma primitiva.

—¡Vaya un murgazo que amenaza a doña Zarrapastrosa como caiga por mi banda! Mire usted, compañero, a mí de hombre apenas se me oía; pero de rana he sacado una voz de tenor tal, que al segundo berrido que le suelte al hada la vuelvo loca y pide que la maten para no oírme.

—Pues la mía—dijo el de Villena—es de bajo, y como le cante en una oreja se va a figurar que tiene dentro un órgano.

—La dificultad está en llegar adonde está esa señora—objetó don Gervasio.

—Salgamos del estanque y vámonos juntos, que ya daremos con ella.

Salieron, en efecto, los dos amigos, y dando grandes zancadas consiguieron llegar a un bosque vecino, en donde, por un leñador, supieron que el hada vivía no muy lejos de allí: también supieron que era muy difícil entrar en su palacio.

Siguieron la senda que el buen hombre les indicara, y al cabo de dos días de camino avistaron la morada de la maga. Llegaron a la puerta y dieron sus tarjetas al portero, y éste, que vio que se trataba de dos ranas de poco más o menos, ni las leyó; pero el marqués de Villena le gritó enfadado:

—Que soy un marqués disfrazado. Pase usted la tarjeta y habrá propina.

El buen portero rindióse a estas razones, se descubrió y dijo:

—Perdone vucencia.

Pasó recado y la maga le dijo que entrasen para divertirse a costa de aquellos infelices. Ocupaba el hada un precioso trono





borado y a su alrededor había una espléndida corte de ninfas, que rieron con toda su alma al ver entrar a nuestros dos amigos. Zarrapastrosa también se burló de ellos y les permitió que se acercaran. Preguntóles por la salud, y Villena contestó que estaba ronco y que, como tenían que contarle cosas muy graves, le suplicaban que, poniéndolas en sus manos las aproximara a sus orejas.

Accedió de buen grado la maga, y en el momento se precipitaron las dos ranas en sus oídos, empezando el más terrible concierto del mundo.

—¡Cri! ¡cri! ¡cri!
—¡Cra! ¡cra! ¡cra!
—¡Cri! ¡cri! ¡cri!
—¡Cra! ¡cra! ¡cra!

Tal fue el dúo de tenor y bajo, que la infeliz Zarrapastrosa se revolcaba por el suelo loca de dolor.

—¡Callad por Dios!—gritaba.
—No hay perdón. ¡Cri! cri! ¡cri!
—Duro con ella. ¡Cra! ¡cra! ¡cra!
—Que nos vuelvas a nuestra forma primitiva. ¡Cri! ¡cri! ¡cri!
—Pero en seguidita, que tengo prisa, ¡Cra! ¡cra! ¡cra!
—¡Por Dios, volveos hombres de una vez, pero con el cuerpo cambiado!

En el acto, Villena y Tintirintín se vieron en forma humana, pero cada uno con el cuerpo del otro.

Cuentos de Calleja

—¡Tiene gracia!—decía el de Villena—Amigo Gervasio, esos brazos son míos.

—¡Ay, qué risa!—decía D. Gervasio—Amigo Villena, a usted le ha salido el bigote en las orejas

—Y a usted las cejas en los carrillos.

—¡Qué feo está usted, amigo!

—Más feo está usted.

La corte y el hada se reían a carcajadas viendo la extraña facha de aquellos hombres. De pronto, a una seña de Zarra-pastrosa voló una oreja de D. Gervasio y veloz como el rayo



fue a pegarse en las narices de Villena. Gritó éste, protestó el otro. Tintirintín se agarró a su oreja y quería arrancarla de la cara de su amigo; escandalizó éste y tan fuerte, que por último el hada se compadeció de ellos y les hizo a cada cual que tuviera su propio cuerpo y cabeza, con las cejas, narices y orejas en su sitio. Marcháronse muy contentos; pero a poco de salir de palacio notaron una flojedad extraordinaria, tanta que dejáronse caer al suelo desfallecidos.

—¿Qué será esto, Dios mío?—preguntó Tintirintín—¿Será algún nuevo encantamiento?

—¿Qué encantamiento ni qué calabazas? Lo que es esto es hambre atrasada. ¿No ve usted, noble amigo, que hemos estado viviendo de cieno usted un mes y yo trescientos años?

Unos leñadores los encontraron y los socorrieron llevándolos a su choza, en donde unos buenos caldos y un poco de vino reanimaron a nuestros desmayados. Cuando estaban

peor, llegó a creer D. Gervasio que moría, y con voz compungida dijo a los leñadores:

—Si me muero, que me entierren.

—¡Vaya una gracia! ¡Pues no, que se va a quedar para simiente de rábanos!

Los pobres hombres no podían figurarse la situación de Tintirintín.

Cuando volvieron, por fin, a la ciudad los ex ranas, comenzó la gente a extrañar su traje raro y ya muchos años pasado de moda; comenzaron a seguirlos los curiosos, y por último, unos chicos muy malos la emprendieron a pedradas con ellos. Tal fue el escándalo, que tuvieron que salir a escape de la población, en la cual no encontraron ni un amigo ni un pariente. Es claro, todos habían muerto.

—Conque ¿qué le parece a usted, amigo Villena?—dijo Tintirintín—¿Verdad que no vale la pena de vivir tanto tiempo para vivir solo?

—¿Sabe usted lo que le digo? Que por algo Dios ha dispuesto que la gente muera cuando le llegue la hora, y que si viviéramos siempre, llegaríamos a aburrirnos de la vida.

Los dos amigos se marcharon a un monte en donde había un hermoso monasterio. Presentáronse al prior, y poco tiempo después eran Villena y Tintirintín individuos de la comunidad, siendo ejemplos vivos de santidad y de devoción.



EL MERCADER DE VENEZIA

HABÍA en Venecia un judío que, como todos los de su casta, vivía de la usura, prestando dinero a un interés casi tan grande como el que tú tienes por enterarte del asunto de la tragedia. En la misma ciudad habitaba un comerciante llamado Antonio, tan generoso como el judío avaro. Cuando alguno de sus amigos necesitaba dinero, se lo prestaba sin interés alguno. Un tal Basanio, mozo de noble estirpe, pero sin un cuarto, necesitó la ayuda de Antonio; y como éste tenía empleada toda su fortuna en unos barcos cargados de mercancías, que debían llegar de un día a otro, no pudo prestar a Basanio los tres mil ducados que necesitaba. Pero era de tan generoso corazón, que antes de negarle esa suma prefirió pedirla prestada al judío, que se llamaba Sylok. Este usurero impuso por condición que si en el plazo de tres meses Antonio no le devolvía los tres mil ducados, tendría que dejarse cortar una libra de carne de donde quisiera su acreedor. Ya ves si la condición era horrible; pero Antonio tenía confianza en pagar antes del vencimiento, y no tuvo reparo en firmar el contrato.

A todo esto había muerto en Belmonte, punto próximo a Venecia, un hombre tan rico como caprichoso, el cual, en su testamento, dejó mandado que su hija única, Porcia, se casara con el hombre que acertara a elegir, de tres cajas cerradas que dejaba, aquella en que estuviera el retrato de su heredera.

Como la joven era tan hermosa y honesta como rica, tuvo infinidad de pretendientes que se presentaron a aquel singular concurso; pero ninguno dio con la clave. Las cajas eran tres: una de oro, otra de plata, y de plomo la tercera. La de oro tenía la siguiente inscripción: «Quien me elija, ganará lo que muchos desean». En la de plata se leía: «Quien me elija, cumplirá sus anhelos». Y en la de plomo: «Quien me elija, tendrá que arriesgarlo todo».

Entre los aspirantes figuraba el Príncipe de Marruecos, un morazo más negro que el carbón, que se daba tono de haber

degollado a una porción de gente con el alfanje que llevaba; pero debía ser mentira, primero, porque los moros son muy embusteros, y segundo, porque el alfanje se veía a cien leguas que estaba sin estrenar.

Pues bien: cuando el morucho entró en la habitación donde se hallaban las tres cajas, eligió la de oro, creyendo ganar el premio; pero, al abrirla, encontró una calavera con un rótulo que decía: «No es oro todo lo que reluce. ¡Cuántos se engañan juzgando por las apariencias! En dorado sepulcro habitan los gusanos. Ya puedes largarte, que la nuez te ha salido vana».

El morazo, con su alfanje y su servidumbre, dio media vuelta y se largó a su país, tan negro como cuando vino.

Entró luego un Infante de Aragón, ¡qué Infante sería ése!, y, después de vacilar un poco, eligió la caja de plata. Al abrirla se encontró con un muñeco como los de las cajas de sorpresa, que sacaba la lengua como burlándose del Infante.

Y el Infante y su séquito tomaron las de Villadiego, corridos del bromazo.

Pero entre los pretendientes estaba Basanio, el amigo de Antonio, a quien había pedido los tres mil ducados para presentarse un poco decente ante Porcia, a quien amaba ternísimamente, siendo también correspondido. Basanio, lleno de emoción, estudió las tres cajitas, y sin vacilar eligió la de plomo. Al abrirla encontró en ella el retrato de Porcia, y, por tanto, había ganado el premio. Al lado del retrato había la siguiente inscripción: «Tú, a quien no engañan las apariencias, consigues la rara fortuna de acertar. Ya que tal suerte tuviste, no busques otra mejor». Basanio, loco de alegría, da gracias a Dios por la inspiración, y Porcia le entrega el anillo de bodas, diciéndole:

—Desde ahora sois mi señor y el de mi hacienda. Este anillo que os entrego, guardadle con cuidado. Si le dais o le perdéis, habréis perdido mi amor.

Juró Basanio conservarle mientras viviera; y ya se disponía para la boda, cuando llega una carta dirigida a Basanio, y todo lo estropea. La carta era de Antonio, y decía así:

«Querido Basanio: Mis barcos naufragaron; me acosan mis acreedores; he perdido toda mi hacienda. Ha vencido el plazo de mi escritura con el judío, y claro es que, si cumple la cláusula del contrato, tengo forzosamente que morir».

—Vete al punto—exclamó Porcia—, vuela y que no peligre por ti ni un cabello de tu amigo. Él te prestó tres mil ducados: toma treinta mil y dalos al judío.

Marcha Basanio presuroso a salvar a su amigo, y Porcia se disfraza de abogado y marcha a Venecia; se hace anunciar como un letrado célebre, y llega a punto al acto del juicio. El Dux de Venecia, que es el jefe de aquella República, preside el acto. En una tribuna se sienta el fingido abogado, y poco entran Antonio, Sylok y Basanio. Éste ofrece al judío darle triple, o cuádruple o décuple cantidad de la que presta con tal que deje en paz a su amigo, que pidió el dinero para él; pero Sylok se mantiene inflexible.

—¡No quiero dinero!—exclama—Quiero saciar mi venganza en este hombre, que ha tenido la desfachatez de prestar dinero sin réditos, causándome perjuicios, y además se ha atrevido a llamarme judío sin corazón. Como tengo derecho a cobrarle en una libra de su carne, yo se la sacaré del corazón, y en paz.

Intercede el Dux, y el judío rechaza todo arreglo. No quiere más que la libra de carne. Por fin habla el abogado, el cual lee el contrato, y dice:

—Sylok tiene razón.

—¡Oh, juez admirable!—grita el judío—¡Bendita sea tu boca! ¡Eres un nuevo Daniel!

—Pero ten humanidad—dice Porcia, que es el abogado—y recibe el dinero que te ofrecen.

—No quiero; lo que deseo es que se cumpla el contrato.

—¿Lo quieres así? Pues no hay sino que te cobres. Prepara la cuchilla. (Sylok saca su puñal y lo afila en la suela del zapato.) Pero fíjate. Tienes derecho a una libra de carne; ni más ni meros. La echarás en la balanza, y como haya la centésima parte de un adarme de más o de menos, eres hombre muerto, porque el Dux te mandará ahorcar. Además, en el contrato sólo se habla de carne, pero no de sangre; de modo que no vieras ni una gota; porque si una gota de sangre sale del cuerpo de Antonio serán confiscados todos tus bienes.

—¡Bravo! ¡Bravo!—exclamaron todos, menos el judío—¿No decías que este abogado era un nuevo Daniel? ¡Toma Daniel!

El judío, atemorizado, grita:

—Bien; venga mi dinero y me voy.

Pero Porcia exclama:

—¡No le deis ni un céntimo! Antes no lo quiso, y ahora se le niega por cruel. Según la ley, todo aquel que directa o indirectamente atentare a la vida de un ciudadano de Venecia será decapitado, y sus bienes pasan, mitad al Estado y la otra mitad al ofendido. De modo que sois hombre muerto.

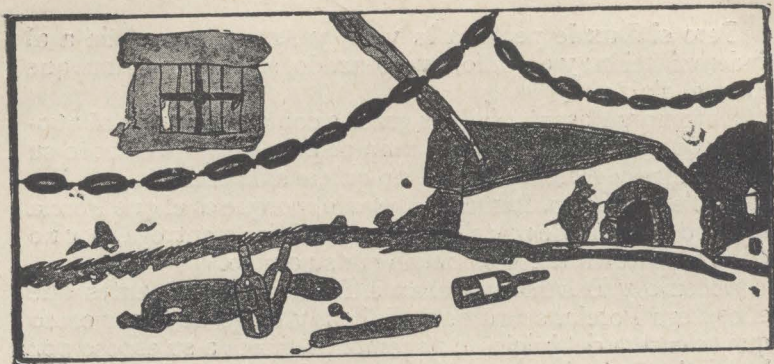
Pero el Dux le perdona la vida, y Antonio renuncia a al indemnización; y el judío, avergonzado, se va como alma que lleva el diablo.

Antonio y Basanio dan las gracias con gran efusión al abogado que acaba de salvar la vida al primero, y le ofrecen su fortuna; pero Porcia dice que no quiere sino el anillo que Basanio lleva al dedo. Resístese Basanio, porque es el que Porcia le diera en señal de matrimonio; mas al fin lo entrega, por no desairar a quien tanto ha hecho por su amigo.

Antonio y Basanio marchan a Belmonte; pero antes que ellos llega Porcia, se quita el disfraz, y luego de hacer como que se entera del juicio de Antonio, pregunta a su esposo por la sortija. Basanio se aturde, pero confiesa la verdad; y, después de algunas frases de reproche, saca Porcia del bolsillo la sortija y la devuelve a su esposo, recomendándole que no la vuelva a entregar. Se aclara el asunto. Porcia declara que el abogado era ella, y Antonio la rinde el homenaje que el talento merece. Recíbese noticia del feliz arribo de los buques que Antonio tenía por los mares, y queda de nuevo rico y poderoso.

Este es el asunto de la tragedia titulada *El mercader de Venecia*, escrita por Guillermo Shakespeare. célebre actor y autor inglés, que asombró al mundo con su talento.





VOLVER DE JAUJA

ABRIÓ los ojos Juanito, bostezó, estiró los brazos, e incorporándose en la cama, dirigió una mirada soñolienta al balcón de su alcoba.

—¡Bah!—exclamó—Aun falta para la hora del chocolate.

Y metiendo nuevamente los brazos bajo las mantas, cerró los ojos y se volvió a dormir. Y a todo esto diréis: ¿quién es Juanito? Pues es un muchacho perezoso hasta el extremo de que, si pudiera, no mascaría los alimentos por evitarse trabajo. Solo levántase a las once del día en todo tiempo, aunque no hubiera amanecido.

—Tú debías haber nacido en Jauja—le decían sus padres.

—¿Y qué pasa en Jauja, papá?

—Que allí no hay que molestarse para nada. ¿No has leído la descripción de ese país maravilloso en las aleluyas?

—Sí, pero creí que era una broma.

—Pues mira, cualquiera que se lo proponga, llega a Jauja. Otro día te explicaré cómo se hace el viaje.

El niño quedó pensativo y al día siguiente preguntó en la calle a unos transeuntes por dónde se iba a Jauja.

—Ya se conoce que no eres tonto—le dijeron—; però una cosa es querer ir y otra llegar. Toma la calle de Toledo abajo, sigue el camino de Carabanchel y allí cerca tienes a Jauja.

El muchacho echó a andar y paso tras paso llegó a Carabanchel, pasó a Leganés y siguió andando, aunque nadie le dio señas del sitio en que encontraría aquella tierra maravillosa. Al contrario, todos se reían de la infelicidad del chico y lo abandonaban a su suerte.

Cansado de caminar, recostóse Juanito en una cuneta del camino y allí quedó dormido a pierna suelta. Cuando despertó por la mañana, bien entrado el día, se encontró sobre una blanda alfombra de musgo, que tenía debajo muelles como los colchones.

Levantóse pesadamente de su cómodo lecho y al tender la vista a su alrededor se le presentó un extraordinario espectáculo. Unas casitas de un solo piso, blancas como la leche y con el techo rojo como la sangre, se extendían en filas, formando una especie de pueblo, con su plaza en el centro y todo. Aquí y allá se veían acostadas por el suelo multitud de personas. Acercóse Juanito a una de ellas, admirándole que estuviera tan quieta y tuviese, sin embargo, los ojos abiertos. Descubrióse cortésmente y preguntó:

—Caballero, ¿quiere usted hacerme el favor de decirme por dónde se va a Jauja?

—En ella estás, y ya se conoce que eres recién venido— contestó el interpelado bostezando—. Aquí no se acostumbra a moverse de la cama sino a las horas de comer, y no siempre, porque hay ocasiones en que la comida viene ella sola a nuestra boca. Repara en las casas, que, dicho sea de paso, no sirven para nada. Son de turrón las paredes y los tejados de caramelo; los árboles... en fin, ya me he molestado bastante y estoy rendido, y eso que en Jauja me llaman el *incansable*.

—Pues ya ve usted; en mi casa me llaman perezoso, y me parece que soy el más diligente de todos ustedes.

Y, separándose de su interlocutor, comenzó a recorrer las calles de la población. Para cerciorarse de que eran de turrón las casas, dio tres o cuatro lametones en las paredes y alguno que otro bocado en las ventanas; el suelo estaba entarugado con pastelillos de hojaldre y el campo estaba cubierto con árboles de guirlache, cuyas hojas eran de riquísimo cabello de ángel. No hay que hablar de los pájaros, porque todos estaban ya guisados, unos con tomate, otros en salsa; sobre una piedra se veía un faisán trufado y trinchado, que gritaba de vez en cuando:

—¡Estoy con trufas! ¡A la rica trufa!



Y tenía clavado el tenedor, para que no costase comerlo sino el trabajo de llevarse los trozos a la boca.

Juanito estaba maravillado y continuaba su excursión. Los pavos, las perdices, gallinas y demás gente ordinaria lanzaban desde sus platos algún alón, muslo o pechuga, gritando en tono lastimero:

—¿No hay quién se lo coma?

Más adelante llamó su atención un ruido de tambores y cornetas. Creyó que pasaba un regimiento y se adelantó al sitio de donde el estrépito partía. ¡Júzguese su sorpresa al ver que lo que tal barullo armaba era un inmenso depósito de juguetes, en el cual los tambores redoblaban solos, sonaban las cornetas, mugían unas vaquitas de esas que mueven la cabeza, balaban unos corderitos de blanquísima lana, corrían los velocípedos y los caballos de máquina, andaban por estrechas vías unos trenes de vapor y otros eléctricos con sus estaciones, sus puentes y sus túneles; en un estanque de almíbar corrían unos barquitos de cuerda haciendo mil caprichosas evoluciones; en fin, que aquello era el delirio para un muchacho. Descolgó de un clavo un precioso uniforme de marina, con su sable y su gorra, y al ponérselo vio con sorpresa que se le ciñeron el pantalón y la levita, quedando a la medida; empuñó después una corneta, se montó en un blanco caballo de tornillo y comenzó a pasearse. Apenas hubo corrido cien metros cuando tropezó con una especie de bombo que había en el suelo; era el vien-

trede un habitante de Jauja, que por no molestarse ni se quejó del topetazo.

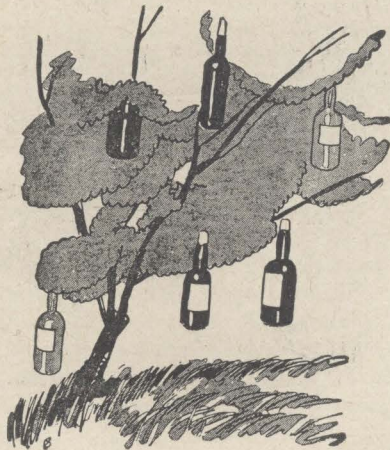
—Usted perdone—dijo Juanito.

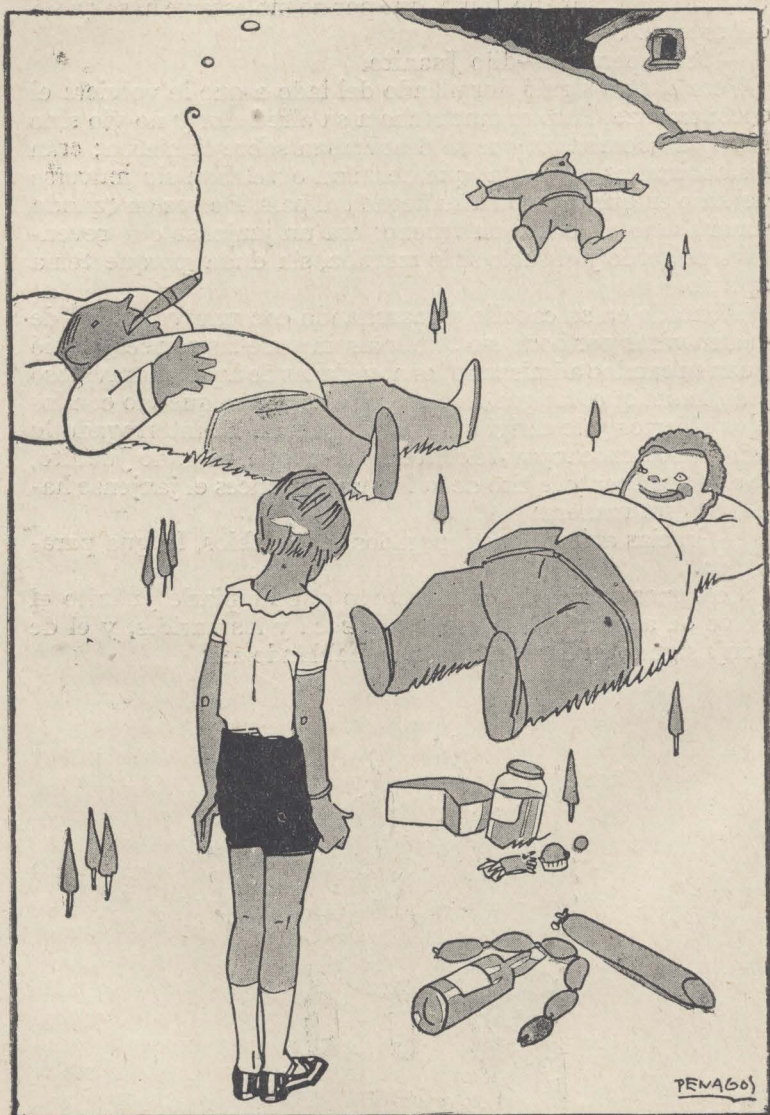
Pero el otro siguió durmiendo del lado a que le volviera el encontronazo. Miró el muchacho a su alrededor y no vio sino barrigas abombadas que se destacaban sobre la hierba; eran los habitantes de Jauja, que dormían o velaban sin moverse del sitio en que cayeron a su llegada al país. De vez en cuando sonaba algo así como un trueno; era un jaujense que revenataba de gordo y el suelo se lo tragaba, sin duda porque tenía apetito.

Montado en su caballo y marchando con una velocidad de cuatro varas por hora, sin temor a romperse las narices, siguió Juan su camino admirando las novedades de aquel maravilloso país, hasta que, fatigado, se acercó al primero que vio con los ojos abiertos y le dirigió varias preguntas. El interrogado lo miró sin pestañear y no le contestó hasta que, cargado Juanito, le abrió la boca y le tiró de la lengua; entonces el jaujense habló de esta manera:

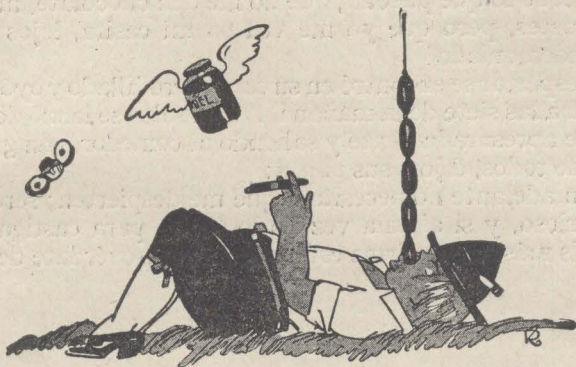
—Gracias abierto boca, pegados tenía labios, lengua paralizada.

Con unos zorros de juguete tuvo que limpiarle Juanito el polvo de azúcar que le tapaba la boca y las narices, y el de Jauja siguió, en estilo telegráfico, hablando así:





—Aquí no nos movemos para nada; ésta es la tierra de los holgazanes, pero es tanta la comodidad, que no disfrutamos. Todo está a la mano, mas por no extenderla, nada cogemos, y gracias a que esta tierra despidе un vapor alimenticio que nos nutre. Cada cual elige para dejarse caer el sitio que más le agrada, porque, una vez en el suelo, no hay fuerza humana que lo levante. Allá abajo, muy lejos, lo menos a veinte varas de aquí, hay una porción de ríos que en vez de agua llevan Jerez, Champagne, Burdeos, Rioja y manzanilla, sin contar el moscatel, el Madera, el Rhin, la malvasía y unos arroyuelos de Benedictino, Chartreuse y aguardiente que viene del propio



Cazalla y de Chinchón. Pues allí duermen los borrachos con la cabeza metida en las corrientes de líquido. ¿Crees que son felices? Pues cuando se les pasa el mareo darían cualquier cosa por huir de Jauja, pero no tienen fuerza para moverse y allá siguen, castigados por su propio vicio. Los golosos tienen la boca metida en tremendos estanques de arroz con leche, en fuentes de batatas o de riquísimas jaleas; el empacho los mata; cáusales asco el dulce, pero siguen condenados a comerlo, y ese es el más terrible suplicio. Los glotones, con la boca abierta, reciben sin cesar lonchas de jamón y pavos trufados, paellas inacabables y cuanto el gastrónomo más refinado pudiera adivinar. Ellos quisieran cerrar la boca, pero no pueden, y víctimas de la gula, preferirían la abstinencia y darían cualquier cosa por no tener qué comer. Y, en fin, los perezosos que no nos movemos ni aun para comer, daríamos algo porque nos azotaran todos los días para hacernos levantar; pero como

Cuentos de Calleja

ves, la pereza nos mata, perdemos el uso de nuestros miembros y engordamos de tal suerte que estallamos como petardos al año o cosa así de vivir en Jauja. A mí apenas me quedan quince días de vida.

—¡Caramba!—dijo el chico—¿Conque si me acuestó soy perdido?

—Sin género alguno de duda.

—¿Dónde está aquí la iglesia, para rogar a Dios?

—¿Cómo quieres que haya iglesia en la ciudad de los vicios?

Cayó de hinojos Juanito y, elevando su mirada al cielo, dirigió al Todopoderoso la siguiente súplica:

—Dios mío, volvedme a mi casa; haced que me zurren mis papás todo lo que puedan, que no me den chocolate, ni dulces, ni juguetes, pero que yo me vea en mi casita, lejos de este país endemoniado!

Al despertar se encontró en su cama arrodillado y oyó el reloj, que daba las siete de la mañana. De un salto se lanzó del lecho, vistiéndose apresuradamente y saliendo al comedor, con gran sorpresa de todos, dijo a sus papás:

—En adelante no necesitaré que me despierten; seré bueno y laborioso, y si alguna vez no lo fuera, para castigarme no tendréis más que decirme estas palabras: Acuérdate de Jauja.





LA CIUDAD DE FORTUNA

UNA vez había un joven llamado Ruperto, mozo el más listo y avisado de su aldea y aun de cuantas se encontraban en veinte leguas a la redonda.

Cierta noche se hallaba en un grupo de chicuelos de su edad que, congregados alrededor de la lumbre, escuchaban con embeleso la relación que de sus aventuras hacía un soldado veterano, lleno de cicatrices, que le valieron los modestos galones de sargento de inválidos.

El narrador se encontraba en el punto más interesante de su relato.

—La gran ciudad de Fortuna—decía—está situada en la cima de una altísima montaña, tan escarpada que son pocos los que llegan a subirla. Allí el oro circula en abundancia tal, que los habitantes no saben qué hacerse del metal precioso. De él están fabricadas las casas, de maciza plata los muros de las fortalezas, y los cañones que la defienden son enormes diamantes taladrados. Las calles están empedradas con monedas de cinco duros, siempre nuevecitas, porque en cuanto empiezan a perder el brillo las sustituyen con otras acabadas de acuñar. Los guijarros, en que se suele tropezar, son brillan-

tes como avellanas, despreciados a causa de la abundancia extraordinaria con que el suelo liberalmente los prodiga. En una palabra: el que viva allí puede considerar como mendigos a los más poderosos de la tierra. Lo malo es que el camino que allá conduce es áspero y difícil, y sucumben los más sin haber podido llegar a la ciudad del oro.

Ruperto no echó en saco roto las palabras del soldado; y así es que, apenas logró ocasión de quedarse a solas con él, le preguntó:

—¿Sabe usted por dónde se va a esa ciudad encantadora?

—Y tanto como lo sé, hijo mío; pero no te aconsejo que intentes el viaje.

—¿Por qué?

—El camino es largo y penoso. Yo me volví a la primera jornada, asustado de las dificultades que es preciso vencer. Pero, en fin, si estás resuelto a marchar, debo advertirte lo siguiente: para llegar a Fortuna hay dos caminos: uno muy largo, lleno de piedras y de escabrosidades; si vas por allí, las agudas puntas de los guijarros destrozarán tus pies y la fatiga te abrumará. Te saldrán al encuentro mil dificultades terribles; tendrás que luchar con crueles enemigos, y si logras, por fin, vencerlo todo, llegarás a Fortuna ya viejo y extenuado, cuando las riquezas no te sirvan para nada. El otro camino es llano y corto, pero...

—¡Basta! No diga usted más; indíquelo ahora mismo, que del resto yo me encargo.

—Bueno, bueno; te lo indicaré, y quiera Dios que no te pese el no haber querido escucharme hasta el final.

Y el rapazuelo, sin despedirse siquiera de sus padres ni de su hermano, echó a andar por donde el viejo soldado le indicara; y anda que te anda, iba más contento que unas castañuelas, pensando en las riquezas que le aguardaban y que creía tener ya al alcance de su mano.

Al cabo de dos días llegó a la orilla de un caudaloso río. En él había una barca y en la barca un negro de colosal estatura.

Nuestro mozo se acercó al barquero y le preguntó:

—Buen hombre, ¿se va por aquí a Fortuna?

—Sí, mocito; pero es preciso atravesar el río.

—Bueno, pues pásame usted.

—¿Sabes cuánto cuesta?

—No.

—Cincuenta duros.

La ciudad de Fortuna

—Pero, hombre, ¿tengo yo cara de tenerlos, ni aun de haberlos visto juntos en mi vida? Sea usted complaciente y páseme de balde.

—Este río, amiguito, no se pasa gratis nunca. Es el primer paso hacia Fortuna, y hay que pagarle de algún modo. Si no tienes dinero, es igual; déjame que te corte un pedacito de corazón. Quizá te duela un poco al principio, pero luego quedará como si lo tuvieras entero.



Ruperto dejó que el negro le abriese el pecho y le sacara un pedacito de corazón.

Cuando pasó a la otra orilla, dio un suspiro de satisfacción. El primer paso estaba dado, y ya veía la hermosa ciudad de Fortuna, cuyas resplandecientes murallas despedían hermosísimos reflejos. Pero notó que tenía mucho menos afán en llegar a la ciudad del oro y un extraño vacío en el pecho.

Siguió, con todo, su marcha; pero aun no habría andado cien pasos, cuando una nueva dificultad vino a estorbarle el



camino. Éste se estrechaba entre dos montañas inaccesibles y la entrada del desfiladero estaba custodiada por otro guardián tan negro como el de la barca.

—¿Adónde vas, muchacho?— preguntó a nuestro mozo.

—A la ciudad de Fortuna.

—En efecto, éste es el camino; pero hay que abonar el pasaje. Es un pedacito de corazón.

Sin vacilar abrió su pecho Ruperto y dejó en manos del terrible portero un manojito de fibras de aquel órgano de la vida.

Y siguió andando, andando hacia la ciudad, que a sus ojos se mostraba cada vez más próxima y más hermosa. Pero cada vez sentía menos afán por llegar. Aun no habían terminado las dificultades. El camino se cortaba de pronto, formando un terrible barranco: sólo pensar en atravesarlo hubiera sido un delirio. Ruperto creyó fracasadas sus esperanzas y se sentó desalentado sobre una piedra.

En aquel momento, un buitre de gran tamaño bajó desde la cima de una montaña y, acercándose, le dijo:

—¿Quieres pasar? Pues dame un pedazo de tu corazón.

—Tómale y pásame—dijo Ruperto, desesperado.

El buitre hundió su pico en el pecho de Ruperto y sacó un buen trozo de corazón. En seguida cogió a nuestro mozo con sus garras y lo llevó al otro lado del abismo.

Ahora sí que estaba a las mismas puertas de Fortuna. Ya

podía contar hasta el número de torres que por encima de los altos muros se levantaban, y dio por hecha su felicidad, si es que ésta consiste en el dinero.

En la puerta le detuvieron. Allí el corazón era género de contrabando, y por eso le sacaron lo que le quedaba del suyo y le pusieron uno de acero muy bonito, pero duro como el diamante. Sólo escapó a la requisa una pequeña fibra, que pasó inadvertida detrás del corazón de metal.

—Al fin estoy dentro—se dijo Ruperto.

Pero, con gran extrañeza suya, no le produjo la ciudad del oro ni sorpresa ni alegría.

—¿Para qué quiero las riquezas—exclamaba—, si he perdido mi corazón y con él mis ilusiones?

Y paseaba por la ciudad, mirando con soberano desprecio aquellas riquezas que estaban al alcance de su mano y que tanto halagaron antes su ambición.

Aquel brillo deslumbrante llegó a molestarle.

—Aquí, por lo visto—se dijo—, no hay más que oro. ¡Maldito metal, que me has costado mi corazón! ¡Dios mío! ¿Quién me devolverá mi corazoncito?

Buscó amigos, pero no logró hallarlos, porque aquella gente tenía el corazón de acero y Ruperto sentía que aquella fibrilla que le quedaba del suyo le hacía sufrir atrocemente.

Sin amigos ni afectos en aquella ciudad del oro, Ruperto se acordó de sus padres y de su hermano y lloró amargamente su destino.

Y entonces resolvió volver a la blanca casita de su aldea y vivir en ella como a Dios fuere servido. Al salir de la ciudad sintió una extraña alegría. Pero aquel maldecido corazón de acero le hacía sufrir horriblemente; sólo la fibrilla que le quedaba del suyo palpitaba de gozo dentro del pecho. Siguió el primer camino que encontró y entonces no halló dificultades. Parecía que le habían nacido alas en los pies. Iba cuesta abajo, y así se marcha muy aprisa.

Cuando llegó a su aldea estaba tan pobre como antes y, además, aquel corazón frío y duro no le dejaba respirar. Latía con la igualdad de un cronómetro, ¡Tic! ¡tac! ¡tic! ¡tac!

Su hermano fue el primero que le salió al encuentro, lleno de alegría. Le abrazó, le besó y le acompañó hasta su casa entre los mayores transportes de júbilo.

Pero el corazón de acero no dejaba a Ruperto regocijarse. Las lágrimas no acudían a sus ojos y sentía en el pecho como una mano que le oprimiese.

Cuentos de Calleja

Su anciano padre le estrechó en sus brazos y tampoco logró conmover aquel duro corazón. Ruperto sentía una angustia extraordinaria.

Pero llegó su madre, que corrió desalada hacia su hijo, le abrazó llorando y sus lágrimas cayeron sobre el pecho de Ruperto. Entonces, ¡oh poder del amor de madre!, aquel corazón de acero apresuró sus latidos y, no pudiendo resistir más, saltó como salta el roto muelle de un reloj.

La fibrilla era ya un corazón nuevo y Ruperto un hombre feliz.

Y cuando le hablaban de las riquezas, decía:

—Dios las dará si convienen; pero nada de buscarlas por atajos, a costa del corazón y de las ilusiones.





EL TONTO DE VALDETOMATES

CLAUDIO Manazas era el muchacho más tonto de su pueblo. A los tontos se les suele conocer por las tonterías que hacen, y puede creerse que Claudio hubiera sido el rey de los tontos, si a los tontos se les ocurriera tener un rey.

Creía a pie juntillas que las vacas blancas daban la leche y las negras el café, y si le hubieran dicho que los burros volaban, de fijo que lo hubiera creído.

Un día estaba sacando agua de un pozo y se le rompió la sogá, cayendo el cubo al fondo. ¿Y qué dirán ustedes que hizo el hombre? Pues se tiró de cabeza tras el cubo para sacarlo.

El pozo era muy hondo y Claudio empezó a bajar sin lograr llegar a lo último. No se apuraba por eso; lo que le tenía preocupado era que el cubo no parecía.

—¿Y cómo subo yo sin él? Eso de ninguna manera; antes me quedo aquí viviendo bajo el agua. Así no me reñirán.

Por fin llegó Claudio a poner el pie en el fondo, y sin tardanza comenzó a buscar su cubo por todas partes. Al fin dio con él; pero ¡oh, sorpresa! estaba vuelto boca abajo y servía de asiento a un enano tuerto, que con mucho trabajo estuvo sin moverse hasta que Claudio se acercó.

Como debajo del agua no se puede hablar, el tonto hizo señas al hombrecillo de que se levantara y le dejase coger el cubo; pero el enano hizo señas de que no le daba la gana. Irritado Claudio, cogió al tuerto por el pescuezo y, levantán-

Cuentos de Calleja

dolo en alto, le sacó de debajo el improvisado asiento. Braceó el enano, dando de puñetazos en la cabeza al tonto, y éste se reía porque tenía la cabeza más dura que la piedra. Tan dura la tenía, que el furioso hombrecillo, al darle un formidable porrazo, se dislocó la muñeca y allí acabó la batalla.

Viéndose perdido, dio el tuerto un puntapié en la pared, se abrió ésta y cayeron los dos como despeñados en una sima. A todo esto, el tonto no soltaba su presa y decía por el aire:

—Donde vayas tú voy yo, y a mí no me metes miedo.

El enano en tanto gritaba:

—Suelta, animal, que me haces daño

A lo cual respondió el tonto:

—Como no suelte...

Al fin llegaron al fondo de la sima, negra como boca de lobo; dio un nuevo puntapié el enano, descorrieronse unas piedras y apareció la puerta de un espléndido palacio.

—Suéltame ya—gritó el tuerto—y te daré lo que quieras.

—Yo quiero mi cubo—repuso el tonto.

—Bueno, yo te lo daré, pero suelta.

—No suelto mientras no me des mi cubo.

—Pero, hombre, si no me sueltas no te lo puedo dar.

—A mí no me engañas. Si vuelvo sin el cubo, el tío Ambrosio me desloma. Además, si te suelto me puedes dar un puntapié en la barriga y abrirme una puerta como ésa que has abierto de otro puntapié. Y eso que dicen que soy tonto.



—Serás tonto, pero bien te agarras. ¡Demóntre con el muchacho! Mira—añadió el enano—, para que veas que no te engaño, quítame la gorra y pónstela tú. Con ella puesta, nada puedo contra ti; cuando te convenzas, me sueltas y hablaremos como buenos amigos.

Cedió al fin el tonto, y sin aflojar la mano derecha, con la izquierda le quitó al enano su gorra y trató de encasquetársela.

Pero como no sabía manejar bien la mano izquierda, no acertaba a colocarse aquella gorra, que era realmente pequeña para su enorme cabezota, y así soltó rápidamente la mano derecha para ayudar a la otra. En este momento se vio libre el enano, y con la rapidez del rayo entró en palacio y cerró la puerta.

—¡A mí con esas!—dijo el tonto—¡Infeliz! ¡Como que te me vas a escapar sin darme el cubo!

Y tomando carrera dio en la puerta tan fuerte cabezazo que la abrió por la mitad, saltando las tablas y cerrojos. Para correr con más libertad se guardó la gorra en el bolsillo, y colándose de rondón en el palacio, comenzó a dar zancadas por donde creyó que corría su enemigo.

Al pasar por una galería llena de estatuas de mármol, se animaron de pronto las estatuas, y empuñando unos garrotes tremendos, comenzaron a darle feroces estacazos en la cabeza, capaces de matar a un buey.

—Ya me podéis dar en la cabeza, ¡ya veréis lo que os pasa!

Y, en efecto, los garrotes, a pesar de su fortaleza, saltaban hechos trizas al golpear aquel cráneo más duro que el bronce.

—Mira tú—dijo volviéndose a la última estatua de la galería—; en mi pueblo rompo las rejas con la cabeza. Y para que veas que no soy embustero, vete a Valdetomates y pregunta si no es cierto que me cayó un sillar de lo alto de la torre y me dio en la sesera. ¿Y sabes tú lo que le pasó al sillar? Pues que se hizo harina y se fastidió.

Las estatuas, al oírlo, se quedaron como estatuas, pero con la boca abierta por el asombro.

Siguió corriendo el tonto de nuestro cuento, y al volver el recodo de un pasillo vio al enano sentado en un sillón y echando fuego por el ojo que le quedaba. El chorro de fuego que salía era tan atroz que silbaba como una locomotora.

—¿Fueguito tenemos?—dijo Claudio—Pues verás cómo se acaba en cuanto te salte el ojo de un puñetazo. Dame mi cubo, ladronazo.

Y diciendo esto se precipitó sobre el enano, que no debió estar muy seguro de sí cuando, tirando el sillón, salió corriendo como un gamo.-

Corrió Claudio tras él y se encontró de pronto en un inmenso salón ocupado del modo más extraño. Un gran número de leones, osos, lobos y elefantes se paseaban por la amplia estancia, y en el fondo, en una especie de trono, aparecía sentado un jabalí.

Al pronto no supo Claudio lo que hacer; pero al fijarse en que el jabalí era tuerto, gritó:

—¡Ah, ladrón! Te conozco; dame mi cubo o te mato.

Y pasando sin temor por en medio de las fieras, se lanzó sobre el jabalí; pero éste salió corriendo mientras gruñía:

—El demonio del tonto me conoce de todos modos. Pues lo que es otra vez no me agarra.

Tras él salió Claudio gritando:

—¡Dame mi cubo, granuja, pillo!

Por fin, cansado ya de correr, sentóse en un diván y allí se quedó dormido.

Cuando despertó se halló completamente a oscuras y sin saber en dónde se encontraba. Oyó el sonido de una campanilla, y a poco penetraron en la habitación una porción de figuras extrañas vestidas con hábitos de penitentes. Venían formados en filas y cada uno con un cirio en la mano. Cuando los primeros llegaron al lado de Claudio, detúvose la comitiva, hubo un silencio aterrador, durante el cual se oía el chisporroteo de las luces, y uno de los penitentes, encarándose con el tonto, dijo:

—¡Claudio, estás a punto de terminar una gran empresa! Si sigues persiguiendo al monstruo que nos tiene aprisionados y logras aniquilarlo, habrás redimido a una porción de personas que gimen en el más duro cautiverio.

Y diciendo esto se puso en marcha nuevamente la procesión, desapareciendo al poco rato de la estancia.

—Pues, señor—decía el tonto—, por lo visto estoy haciendo algo de provecho sin saberlo. Pero lo cierto es que me han quitado el cubo, y que el cubo no parece. ¡Como le eche mano al tuerto, esta vez no se me escapa! Y a propósito: ¿no me dijo que poniéndome su gorra podía tanto como él? Pues voy a probar. Por si acaso, estaré prevenido para quitármela inmediatamente.

Sacó la gorra del bolsillo, se la puso y dijo:

—A ver si hay luz, que me aburro a oscuras.

El tonto de Valdetomates

No bien hubo acabado de decirlo, cuando aparecieron unas antorchas sostenidas por grandes candelabros de bronce.

—¡Calla! ¡Pues es verdad que la gorra tiene mucho poder!... Bueno; pues quiero mi cubo.

En el acto apareció el cubo a los pies del muchacho, el cual se puso a bailar de alegría.

—Por lo que veo ha llegado la hora de pedir. Pues como tonto, pido: una escopeta que jamás yerre el tiro, unas zapa-



tillas que me lleven donde yo quiera y un bolsillo que siempre esté lleno.

En cuanto acabó de hablar, una escopeta, unas zapatillas y un bolsillo aparecieron a sus pies. Calzóse las zapatillas, guardóse el bolsillo y empuñó la escopeta.

—Ya estoy listo—dijo—; ahora lo que quiero es que se me presente el tuerto.

Oyóse un estrépito formidable y al mismo tiempo los gritos del enano que decía:

—No quiero ir, y no voy. Yo puedo tanto como mi gorra y me resisto.



Pero el tonto dijo:

—¡Zapatillas, llevadme donde está el tuerto!

Y en el acto se encontró en una gran habitación forrada de hierro, con una serie de puertas cerradas con pesados cerrojos. En un rincón, y tratando de ocultarse, estaba su enemigo.

Viéndose descubierto, encaróse con Claudio y le dijo:

—Haces mal en perseguirme; yo no te hice daño. Además, nada puedes contra mí, porque si tú tienes una escopeta que nunca yerra, yo tengo una coraza en que se estrellan todas las balas; si tienes unas zapatillas que te llevan donde quieres, yo tengo un caballo con alas, que vuela como el pensamiento, de modo que seamos amigos y vete de aquí.

—Imposible. Tienes que soltar a los que tienes presos—dijo el tonto.

—Eso nunca. Vete, te digo.

—Bueno; pues ahora te digo que si tienes una coraza para las balas y un caballo para huir, yo tengo un cubo muy hermoso para romperte la cabeza, y con él no te valen encantos ni desencantos.

Y tiró el cubo al enano con tal acierto que, dándole en la cabeza, lo dejó tendido. Lo mismo fue caer al suelo el enano, cuando de su abierta cabeza comenzó a salir un humo espeso que fue llenando la habitación.

El humo fue condensándose y a poco tomó la figura de siete mujeres horribles. Eran los siete pecados capitales, que vivían en el cerebro del enano. La Ira quiso pegar a Claudio, la Gula se lo quiso comer, pero el tonto arremetió a cabezazos con todas y les hizo desaparecer. Hundiéndose con estrépito el palacio, y muchas personas, de distintos países y calidades, aparecieron junto a Claudio, que las miraba con recelo. Eran las víctimas del enano.

Diéronle las gracias por haberles salvado y cada cual se fue a su país.

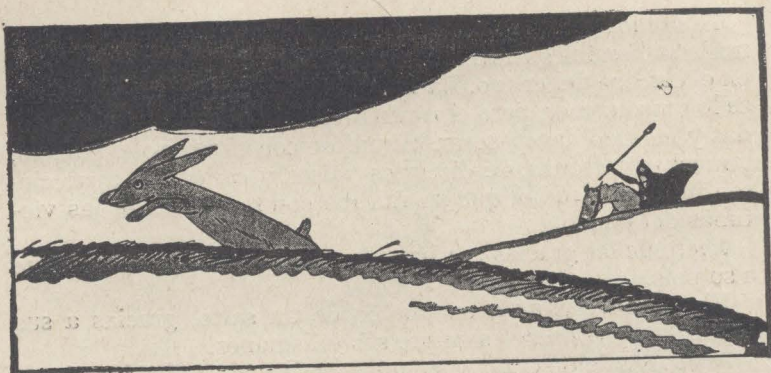
El tonto volvióse a su pueblo de un salto, gracias a sus zapatillas, y conservó siempre sus talismanes.

A veces sale de caza, y siempre vuelve con todas las piezas a que apunta; hace viajes rapidísimos, sin que nadie sepa cómo va y vuelve tan pronto, y además nunca le falta dinero. Por eso en Valdetomates ya no le llaman el tonto, aunque algunas veces lo parezca, porque tiene el vicio de chuparse el dedo cuando está desocupado.

Y lo que él dice cuando alguno le pregunta la causa de su bienestar:

—El seguir erre que erre en mi camino sin desmayar ni un momento. El hombre que vacila nunca será nada en el mundo.





EL TORNEO DEL DIABLO

BUENA ira llevaba dentro de su pecho el feísimo D. Teobaldo de Miguelturra mientras corría a todo el galope de su caballo tras una fementida liebre. Lanza en ristre la perseguía ciego de furor, porque el animalejo, de vez en cuando, se paraba, sentándose sobre las patas, y hacía burlonas muecas al que la perseguía.

Este, lleno de coraje, no daba paz a la espuela y seguía detrás de aquel endiablado bicho, llamándole a voces cobarde, malandrín y ladrón.

—¡Espera, espera—gritaba—, que ya me las pagarás todas juntas! ¡Qué arroz tan rico voy a hacer contigo esta tarde!

Y corría como un loco, saltando arroyos, peñas y tajos.

Pero a la liebre parecía que le habían nacido alas en los pies; tal menudeaba los saltos, huyendo del arroz consabido. Y a cada instante volvía a la terrible broma de hacer señas con las orejas y con las manos y sonreír de aquella manera burlona que tanto molestaba al caballero.

—Aun cuando te escondas en las propias entrañas de la tierra, te alcanzaré—rugía.

Y nuevos espolazos al caballo, que iba frenético, excitado por el dolor y por los gritos del jinete. Parecía que había hecho cuestión de amor propio ver quién corría más.

Llegó un momento en que casi la tuvo a bote de lanza el caballero; pero de nuevo comenzó a ganar terreno.

—¡Un esfuerzo más, caballo mío!—gritaba D. Teobaldo, pero inútilmente.

Al subir una cuesta muy empinada, el pobre animal cayó muerto de fatiga, y en dos dedos estuvo que elinete se deslomara del porrazo.

Como pudo se desenredó de los estribos y, tirando la inútil lanza junto al caballo muerto, desnudó D. Teobaldo su espada, victoriosa en cien combates, para perseguir aquella liebre de todos los diablos, que se había parado muy tranquila sobre una peña, desde la cual se mofaba a su sabor del caballero.

Esto llevó a su colmo la indignación del cazador, que en un momento de arrebató exclamó:

—Daría un año de vida por atravesarte con mi espada.

La liebre, al oír esto, dio un salto y vino a caer a los pies de D. Teobaldo, el cual la atravesó de parte a parte. La liebre, ensartada y todo, le dijo antes de morir:

—Te cuesta un año de vida; no lo olvides.

Nuestro hombre se estremeció y hubiera querido volverse atrás; pero ya la cosa no tenía remedio.

—¡Y pensar que semejante bicharraco me hace perder trescientos sesenta y cinco días de mi vida!—gritó.

Y lleno de rabia, pateó la liebre hasta que no pudo más.

Pero al levantar la vista vio otra exactamente igual a la que había muerto y que le hacía los mismos gestos que la primera.

Entonces ya no pudo contenerse y echó a correr detrás de





la segunda liebre, enredándose las espuelas entre la maleza y tropezando y cayendo a cada paso.

Como quien no se entera, la liebre fue despacito hacia su cubil y detrás nuestro encorajinado D. Teobaldo, dispuesto a hacer un terrible desaguisado con el burlón animalejo.

—Esto parece cosa del diablo—dijo—; todas las liebres se han puesto de acuerdo para burlase de mí.

Por fin, después de una buena caminata, llegó D. Teobaldo con la lengua fuera a una especie de caverna, en cuyo negro fondo se perdió la liebre.

—Pues yo la he de encontrar, aun cuando fuese el propio diablo en persona.

—Servidor de usted—dijo una voz de timbre raro.

Y un hombre de cara extraña y ojos de fuego se presentó ante D. Teobaldo, saludándole con burlesca cortesía.

—¡Caramba!—exclamó D. Teobaldo sin inmutarse, porque era un hombre muy valeroso—Si le he de decir a usted la verdad, tenía ganas de conocerle personalmente.

—¿Y no sientes miedo?

—Ninguno. Y ya que me tuteas, voy a hablarte yo de la misma manera. Quería proponerte un negocio.

—Habla.

—Antes contéstame. ¿Eres tú la liebre que me perseguí?

—La misma. Sabía que estabas preocupado con un asunto

y que querías hablarme, y te he traído hasta mi casa para que podamos conversar cómodamente.

Y el diablo se echó a reír, lanzando llamas por la boca. Era señal de que estaba contento.

—Pues verás. Debes saber que mañana se celebra el torneo en el cual se disputa la mano de la hija del Rey. El vencedor será el Príncipe heredero, y yo, con franqueza, quiero ocupar ese puesto. Necesito, pues, que me hagas vencer en la lucha.

—Y en cambio tú ¿qué me das?

—Lo que me pidas.

—Pues que hagas olvidar a la Princesa su fe en Dios. A ti ya te tengo, y necesito a la Princesa.

—Trato hecho.

—Trato hecho.

Y el diablo y D. Teobaldo se dieron la mano. El último la retiró diciendo:

—¡Cómo quemas!

El diablo le dijo:

—Mañana, a la hora del combate, irá a buscarte un escudero con armadura negra. Te dará una coraza hecha de tal manera que no hay medio de atravesarla, un escudo que deslumbrará y atontará a tus adversarios sólo con mirarlo, una espada encantada que sólo con tocar produce la muerte, y un caballo, negro como el ébano, que tiene la ventaja de que no necesita ni freno ni espuelas; las llevarás por adorno... En una palabra: el caballo... seré yo.

—Hombre, gracias; pero siento que te molestes.

—No hablemos ni una palabra del asunto. Tengo empeño en llevarme el alma de esa Princesa, que me carga con sus rezos y sus oraciones y no la he podido hacer pecar ni siquiera de pensamiento.

Y el diablo cogió con su capa a D. Teobaldo y lo dejó a la puerta de su casa, después de atravesar los aires con prodigiosa velocidad. Al desaparecer él dijo al oído:

—Hasta mañana.

Al día siguiente la ciudad estaba engalanada con gallardetes y banderolas. La población entera acudía al sitio donde había de conquistarse en buena lid la mano de la hermosa Princesa, cuyas virtudes encarecían todos con las frases más lisonjeras.

Treinta caballeros tomaban parte en la lucha y, como eran los más bravos del reino, el espectáculo prometía ser interesante, aunque bárbaro; pero tales eran las costumbres de aquellos tiempos.

El Rey y la corte ocuparon la tribuna presidencial, colocando en primera fila a la Princesa. El público invadió el resto de los asientos, y los heraldos anunciaron que las justas comenzaban.

Sobre un hermoso caballo negro apareció en primer término D. Teobaldo; grandes plumas negras ondeaban sobre la cimera de su casco y negra era también la armadura que llevaba.

Al ver su orgulloso continente no podía dudarse de que estaba seguro de obtener la victoria.

Se dio la señal, y otro valiente caballero salió a la arena, lanzándose sobre el horroroso D. Teobaldo a todo el galope de su caballo.

Cuando estuvieron cerca, hizo oscilar su escudo el amigo del demonio, y su adversario, sin poderse valer, cayó al suelo desvanecido. Otro y otro y otro y veinte más salieron a combatir y sufrieron la misma suerte. El que resistía a la acción misteriosa del escudo, caía muerto al golpe de la espada, aun cuando sólo le tocara de soslayo.

El pueblo todo gritaba desesperado a causa del horror que aquel hombre le inspiraba. La Princesa estaba a punto de



perder el conocimiento de terror viendo aquel horrible esposo que la deparaba su desgracia.

—¡Dios mío—exclamó—, antes muerta que esposa de ese malvado!

A todo esto, el último campeón había sufrido la misma derrota que los anteriores, y ya se iba a proclamar a D. Teobaldo vencedor, y por lo tanto esposo de la Princesa, cuando sonó la trompeta anunciando que un noble caballero pedía permiso para tomar parte en la lucha.

El Rey miró a su hija y, al verla tan afligida, concedió el permiso solicitado, con la remota esperanza de que el recién venido, quienquiera que fuese, venciera al terrible campeón.

Exigiéronle que dijera su nombre y apellido; pero el caballero dijo:

—Me llamo Miguel: el apellido me lo reservo para después del combate, si salgo vencedor; pero tened la seguridad de que no lo hay más noble que yo en la tierra.

Y salió a la palestra, despertando un murmullo de admiración. Todas sus armas eran blancas como el armiño y blancas también las plumas de su elegante casco.

Blanco, de un blanco deslumbrante, era el hermosísimo caballo que montaba.

Al verlo se impresionó D. Teobaldo; pero mucho más el diablo, que en un relincho dijo:

—Me alegro de que vengas a luchar, Miguel; tenemos una cuenta antigua que ventilar.

Y volviendo la cabeza hacia D. Teobaldo, le dijo:

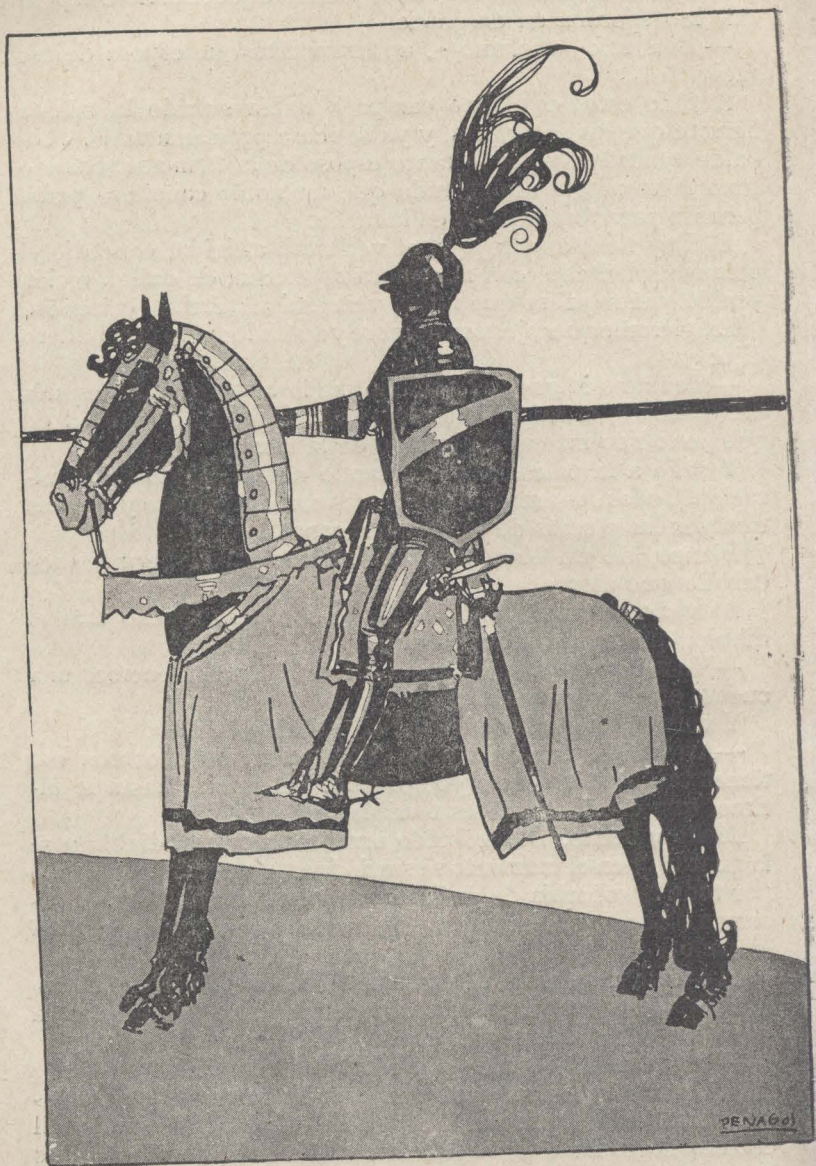
—Arráncame una crin y guárdala en tu bolsillo; con eso tienes tanto poder como yo; procura defenderte hasta lo último, que el adversario es terrible.

Dicho y hecho. D. Teobaldo arrancó la crin al diablo y se la guardó, y en el momento se sintió fuerte y poderoso. Cegado por toda la soberbia del infierno, acometió al caballero de las armas blancas, pretendiendo fascinarle con su escudo. ¡Inútil empeño! -

El caballero se levantó la visera del casco y mostró el rostro más hermoso que pudo verse jamás. Aquella hermosa cara despedía celestiales resplandores.

—¡Ah, Luzbell!—gritó—¿Te rebelas contra mí?

Y tirando la lanza, sacó una espada cuyos reflejos a los del mismo sol eclipsaban, lanzándose sobre D. Teobaldo. El caballo negro bufaba, rugía, saltaba, esquivando los golpes con una maestría sobrehumana. La espada de D. Teobaldo ca-



PENAGOS

El torneo del diablo

yó sobre el blanco escudo de Miguel doscientas veces, pero inútilmente, hasta que, deslumbrados y vencidos, cayeron caballo y jinete a los pies del hermoso caballero.

—¡Vete!—le dijo con voz de compasión infinita—Ya sabes que eres mi esclavo hasta la consumación de los siglos y que nada has de poder contra Dios Nuestro Señor.

—Princesa—añadió—, estás salvada. Tu súplica ha llegado hasta el Altísimo, y yo, que soy el Arcángel Miguel, he venido



a librarte de las asechanzas del demonio. Sigue virtuosa y recibirás tu recompensa.

Y dicho esto, desapareció.

Entretanto, el diablo quiso desvanecerse; pero D. Teobaldo se llamó a engaño, y como tenía poder sobre el demonio merced a la crin que le había arrancado, empezó a golpearle con espuelas y espada, haciéndole botar hasta la altura de los pisos más altos.

Don Teobaldo no se movía de la silla, y acabó por propinar al diablo tan soberana paliza que le puso como nuevo.

—Déjame ya y no vuelvo a molestarte —gritó Luzbel.

—¿Me pedirás el alma?

—Ni el alma ni el cuerpo; pero déjame ya.

Entonces D. Teobaldo, al que la mirada del ángel había tocado en el corazón, moviéndole al arrepentimiento, se bajó del caballo y le dejó en libertad de que desapareciera. Y así terminaron aquellas famosas justas, que nunca se borraron del recuerdo de aquel pueblo.

La Princesa se casó al año siguiente con un Príncipe tan virtuoso como ella, y D. Teobaldo hizo penitencia y llegó a ser un buen cristiano, que tenía una legítima satisfacción en haber dado al diablo una soberana paliza.

EL ZORRO DE LAS GAFAS

EL recuerdo de la niñez despierta siempre en mi memoria, entre otros, para mí agradables siempre, el de mi madre, que, inclinada sobre la cama en que yo dormía, y acariciándome como solamente las madres saben hacerlo, me refería cuentos y más cuentos, que yo interrumpía con inocentes preguntas, hasta que al fin el sueño cerraba mis párpados y yo me dormía al arrullo de aquella voz querida.

Una noche me refirió el siguiente, que se me ha quedado impreso para siempre: de tal modo me interesó.

«Iba una vez un hombre por un camino, cuando encontró al lado de la cuneta una serpiente. El día era de riguroso invierno; hacía un frío horroroso, y la serpiente estaba helada, y, como no se movía nada, aunque se la tocase parecía o estar muerta o próxima a morir.

El hombre, compadecido del estado de aquel animal, la cogió con cuidado y la colocó en sus alforjas para que allí el calor la reanimara, si es que tenía aún vida. Así sucedió, en efecto, y al poco rato la serpiente salió de las alforjas, desperezándose como se desperezan las serpientes, bostezando; y si no estiran los brazos, es por la sencilla razón de que no los tienen. Así que se encontró completamente bien, se dirigió a su bienhechor y le dijo:

—Mucho te agradezco tu buen corazón con los animales, y el acto de caridad que has hecho conmigo; pero tengo un hambre espantosa, y, con harto sentimiento mío, tengo que comerte crudo, ya que no encuentro forma de darte un par de vueltas en una parrilla.

El hombre se quedó como quien ve visiones; todo lo esperaba, menos aquel rasgo de ingratitud.

Y esto, tanto más cuanto que los animales no son vengativos, a no hacerles mucho mal; y si hacen daño alguna vez, como los toros, es por necesidad de defenderse de quien los acomete con picas y palos, y no pocas veces por desear irse a los prados, por hambre o sed.

—Pero, señora serpiente—decía el pobrecillo—, repare usted que estoy en los huesos, y va usted a sacar muy poca sustancia de mí. Además, me debe usted la vida y debe respetar en cambio la mía.

—Amigo—dijo la serpiente—, cantas bien, pero entonas mal. El hambre es mala consejera, y tengo el estómago pidiéndome carnicita fresca, pero pronto.

—Veamos si hay medio de arreglarlo todo—exclamó el hombre—. Vamos a someter la cuestión a tres jueces, sean los que fueren, y, si me condenan, tendré el consuelo de morir a lo menos por dos votos. Quien no se consuela es porque no quiere. ¿No te agrada mi proposición.?

Algo refunfuñó la serpiente; pero en fin, era tan manifiesta su deuda de gratitud, y la humildad de su protector era tan notoria, que accedió a lo solicitado, y hombre y serpiente se pusieron en camino, en busca de los tres jueces que habían de elegirse por casualidad, esto es, según se presentasen a su vista.

Apenas habían andado 200 metros encontraron a un toro, al cual tomaron como juez de su pleito, exponiendo cada uno las razones en que fundaba su derecho.

Así que ambos terminaron de hablar, se cuadró el toro con aire de fiero ministro, y, sin más preámbulos ni considerandos ni resultandos, les dijo de esta manera:

—A mí, com no soy letrado, ni deseo serlo, me parecê qñe la cosa está muy clara. Mi sistema es resolver todas la cuestiones que s^o me presentan, chicas o grandes, ya tenga que habérmelas con jinetes, ya con peones, solamente por la fuerza, que es la suprema razón vigente en los tiempos modernos. Así, pues, tú—dijo a la serpiente—, por tu tamaño eres menor, pero tienes por naturaleza más astucia y malicia; bien lo demostraste en el Edén con los primogenitores del humano linaje, y, además, has demostrado más carácter, más voluntad, y, sobre todo, más fuerza animal que este pobre hombrecillo. Por tanto, es mi soberano dictamen que te le debes comer crudo, con alforja y todo, en el acto, sin más contemplaciones.

Y, saludando graciosamente con el rabo, se alejó el toro.

—Ya tengo un voto—exclamó la serpiente. Y siguieron adelante.

No bien hubieron andado un par de kilómetros, pero sin quererse comunicar sus pensamientos, porque el buen hombre quedó malhumorado con el primer fallo, cuando vieron venir hacia ellos, a pelo, un pollino que de seco parecía un arpa.

Este era, por la suerte, el designado para segundo juez.

Era un pollino toledano, que venía del campo y acababa de recibir de su dueño una soberana paliza, porque no andaba ni corría como él quería; y así, como era natural, lleno de rencor y de coraje hacia los hombres, contestó a las preguntas que le hizo la serpiente:

—O yo soy un burro de los de marca mayor, o lo más equitativo y derecho es que, si estás hambrienta, te manduques a este bergante. No esperes nunca de los hombres nada bueno, porque no aspiran sino a explotar nuestras fuerzas o saborear el gusto de nuestras carnes para engordar y dominar ellos sobre la tierra.

Nada se atrevió a replicar el hombre acusado. Calló como un mohino.

—Pues ya tengo dos votos—dijo la serpiente relamiéndose—; de modo que me parece inútil buscar el tercero, porque de todos modos estás sentenciado.

—Lo prometido es deuda—interrumpió el hombre—; y tú ofreciste que consultaríamos tres jueces.

—Puesto que te empeñas, adelante.

Mucho tuvieron que andar, hasta que al fin dieron con el tercer juez de aquel litigio. Era un zorro muy zorro, de los más sabios de su clase, con más conchas que un galápagos y más picardías que un costal de ellas.

Al enterarse de lo que se le pedía, recostóse contra un árbol, colocóse unas gafas disformes, y, encarándose con los litigantes, les dijo:

—A mí no me bastan palabras. Yo necesito ver por mis propios ojos cómo ha pasado todo. Soy zorro de conciencia más estrecha que un calcetín, y necesito estar muy bien enterado antes de dar mi voto. Veamos: tú, serpiente, ¿cómo estabas cuando este hombre te recogió?

La serpiente se colocó, poco más o menos, en la misma postura que tenía cuando la recogió el hombre medio helada.

—A ver: tú, hombre, ¿cómo la metiste en la alforja?

El hombre obedeció, y metió en las alforjas a la serpiente, que dócilmente se prestó a la insaculación, para que el zorro se enterase a su sabor.

—¿Y cómo cerraste la alforja?—preguntó el zorro con la mayor solemnidad.

El hombre la cerró con una cuerda.

—¿Y cómo no mataste a la serpiente, cuando la tenías ya encerrada?

—En verdad, señor de zorro—dijo el hombre, dándose una palmada en la frente—, que no se me ocurrió una cosa tan sencilla.

—¿Y por qué, si entonces no se te ocurrió, no se te ocurre ahora, majadero?

—¡Calla, pues es verdad!—objetó el interpelado.

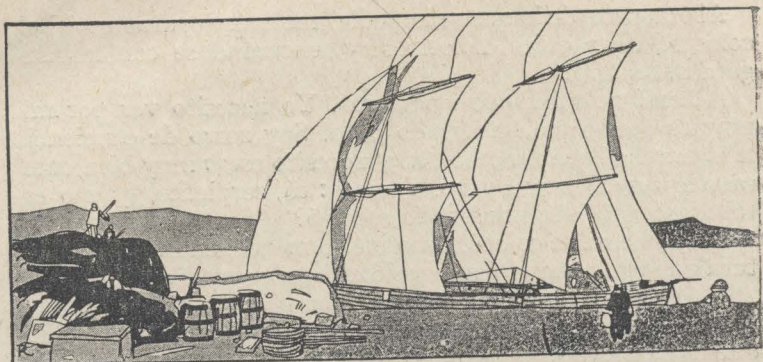
Y, cogiendo una gran piedra, empezó a descargar sobre la serpiente golpes tan furiosos y formidables, que la mató en seguida, pues, encerrada en la alforja, no podía defenderse.

—Me parece—dijo el zorro—que te he librado bonitamente la vida; y así espero que no tendrás inconveniente en regalarme un par de gallinitas de tu corral, sobre todo una rubia y otra blanca, tan gorditas, que están diciendo: ¡comedme!

—No, hijo, no, porque esas gallinitas se las ha de comer esta persona—dijo señalándose a sí mismo el hombre—; y tú, para que vayas aprendiendo a vivir, ¡toma!

Y le sacudió dos leñazos en las costillas.

El zorro perdió la serenidad y las gafas corriendo, y, si no ha parado desde entonces, bien lejos andará.»



EL ARTE DE MATAR RATAS

AL puerto de Vigo, que, dicho sea de paso, es uno de los más bonitos de España, llegó no ha mucho tiempo un buque noruego de gran porte, que llamó la atención por lo preciso y bien ejecutado de sus maniobras.

Aquella noche apareció en los periódicos de la localidad el anuncio de su llegada y además el de que el patrón del buque ofrecía una gruesa suma a aquel que por medio de una industria cualquiera librara al barco de la horrible plaga de una legión de ratas que le traían casi destrozado. La recompensa era crecida y no pocos se presentaron para ganarla; pero aquellas ratas, que infectaban la cala y la bodega del bergantin, sabían más que Lepe y no había medio de exterminarlas. El veneno fracasó, porque todas las bolillas de estricnina que pusieron se encontraron intactas, como si las ratas consabidas supieran más farmacia que un boticario. Según me dijeron, uno de aquellos bichos adelantóse gravemente hacia una de aquellas bolillas, la olió, y dándole un manotazo desapareció con sus compañeras por entre las tablas del buque.

Los gatos perecieron a dentelladas, acosados por el número de sus naturales enemigas, y en Sevilla comenzó el patrón a publicar anuncios en busca del medio de acabar con aquella plaga.

Allí se presentó un individuo que, sin revelar su procedimiento, aseguraba que mataría todas las ratas del barco, sin dejar una sola para muestra, y en tan poco tiempo y con ta-

facilidad, que se conformaba por toda recompensa con diez duros y el pasaje gratis desde Sevilla a Cádiz, siempre que le permitiesen hacer la operación en el camino.

Consintió el patrón, muy esperanzado al verlo resuelto del andaluz, y éste le dijo:

—Como ustedes me ayuden, es cuestión de quince minutos.

Hízose el barco a la vela, y apenas hubieron franqueado la desembocadura del Guadalquivir, cuando nuestro andaluz pidió un gran barrero y una silla; sentóse, se arremangó los brazos, sacó un enorme cuchillo y dijo a los marineros:

—¡Ea! Vayan ustedes trayendo ratas, que yo las iré matando.

Llamóse a engaño el capitán; pero el andaluz le dijo que él se había comprometido a matarlas, mas no a cogerlas, que ese es oficio de gatos y no de racionales.

Escarmentado con esa broma el capitán, resolvió no tratar sino con personas formales que tuvieran buenas referencias.

Cuando de Sevilla pasó a Vigo, entre los que acudieron atraídos por el anuncio había un joven de dieciocho a veinte años, de cara inteligente, que acercándose al patrón le preguntó qué medios se habían empleado hasta el presente contra aquella turba destructora, y enterado le dijo:

—Yo me obligo a matar esas ratas...

—Y a cazarlas también—dijo el patrón—, no tengamos lo que en Sevilla.

—Las mataré, sin cazarlas, en su propia madriguera, empleando para ello un veneno que no hace ruido ni huele mal y que penetra por todas partes.

—Y ¿qué veneno es ese?

—El ácido carbónico. Eso que produce la espuma del agua de Seltz.

—Y ¿cómo los que bebemos el agua de Seltz no nos envenenamos?

—Porque para que sea mortal es necesario respirarle



mucho tiempo. Mi proyecto consiste en fabricar una gran cantidad de este ácido, que, como usted sabe, es gaseoso, e inundar con él el interior del buque.

En efecto a torizado por el patrón, echó en un tonel cosa de cien kilos de bicarbonato de sosa y ácido sulfúrico y agua, y en la espita del tonel colocó un tubo de goma que iba a parar a la bodega.

En el momento que el bicarbonato y el ácido sulfúrico se pusieron en contacto, prodújose una terrible fermentación, y el ácido carbónico desprendido en la combinación salió por el tubo, y como es más pesado que el aire, fue llenando poco a poco el interior del bergantín, en el cual, claro está, no había ningún tripulante.

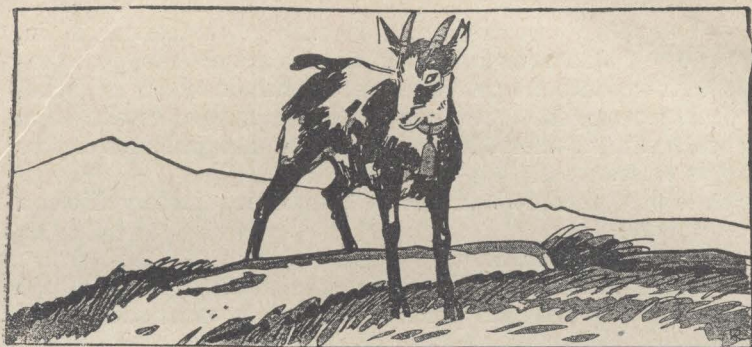
Para saber cuándo el ácido carbónico, que es invisible y no tiene olor, llegaba hasta la cubierta del buque, colocó algunos faroles a diferentes alturas, observando que se apagaban conforme el aire iba siendo reemplazado por ese gas, impropio para la combustión y para la vida.

Cuando ya llegaba a la propia cubierta el veneno, cerróse la escotilla y así permaneció el buque unas cuantas horas. Y aquí de los apuros de las ratas, porque ellas observarían sin duda con extrañeza aquellos preparativos y no pudieron imaginar que les iban a quitar el aire y que iban a perecer asfixiadas. Un dulce sueño comenzó a apoderarse de ellas, que de seguro se dirían: «Ésta es la hora de la siesta»; mas ¡ay!, que aquélla fue la última que durmieron, y de aquel ejército de ratas, compuesto de padres, madres, hijos, parientes y testamentarios, no quedó ni uno para contarle, y el buque quedó limpio de roedores.

El joven fue recompensando espléndidamente y su procedimiento ha sido ensayado siempre con éxito en casos análogos.

Cuando en la mesa os sirvan agua de Seltz en el vino, recordad que esas burbujas que suben y estallan con ruido de hervidero son producidas por un gas que os refresca el estómago en dosis pequeñas, pero que acabó con tres o cuatro generaciones de ratas en el buque noruego anclado en Vigo.





EL JARDÍN DE LA SALUD

UN muchacho de doce años, llamado Enrique, se paseaba cierto día por los alrededores de su pueblo. Iba muy triste porque tenía enferma a su hermanita y decían los médicos que en breve había de morir.

—¡Pobre Luisa!—exclamaba el niño sollozando—¡Tan hermosa y qué pronto se va de este mundo!

Sentóse Enrique a llorar su pena sobre unas piedras y allí rogó al Cielo por la vida de su hermanita. Una cabrita que pastaba por aquellos lugares acudió al rumor de los lamentos, y acercándose al desconsolado muchacho le dijo:

—Tranquilízate y procura salvar a Luisita.

—Y ¿cómo?—preguntó Enrique, asustado al oír hablar a la cabra.

—Tienes el remedio al alcance de tu mano. Mira ahí a la derecha, en ese abrevadero, una sortija que se ha dejado olvidada el mago Agrajes. Póntela y pide ir al jardín de la Salud, y al momento te llevará. Pregunta allí por la hiedra azul, cuyo zumo ha de curar a tu hermana, y si te la niegan, usa del anillo y ya verás.

—¡Ay, cabrita, cuánto te lo agradezco! ¿Quieres decirme quién eres?

—Pues ya lo ves: una cabra con sus cuernos y todo.

—Pero las cabras no hablan, y tú sí.

—Es que soy una cabra bien educada y compasiva. En fin, que no te puedo decir quién soy. Si eres agradecido, ya lo sabrás. Entretanto, no pierdas tiempo y haz cuanto te he dicho.

Enrique vio, en efecto, una sortija de oro que estaba en el brocal del abrevadero, la cogió y vio en ella grabados ciertos signos misteriosos.

Se la puso en el dedo anular de la mano izquierda y dijo con voz fuerte:

—Al jardín de la Salud.

No bien hubo acabado de decir estas palabras, cuando bajó una nube y lo arrebató por los aires con la velocidad del relámpago.

A los pocos minutos se encontraba a las puertas de un hermosísimo jardín rodeado de una verja de plata con remates de oro. A la puerta había dos jóvenes, una vestida de blanco y la otra de negro. La de blanco tenía la cara fresca y sonriente; la otra, triste y taciturna. Aquella llevaba en la mano una manzana; ésta esgrimía una guadaña.

—¡Quiénes sois?—preguntó Enrique.

—Yo soy la Vida—dijo la primera.

—Yo la Muerte—repuso la segunda con tono lúgubre.

—¿A qué vienes aquí?—le preguntaron al muchacho.

—Vengo por una rama de hiedra azul para curar a mi hermana.

—No puedo dártela sin permiso de ésta—dijo la Vida señalando a la Muerte.

—Y yo no lo permito, porque Luisa me pertenece. Es una presa que no cedo—gruñó la Muerte con ira.

Sonrió tristemente la Vida y dirigiéndose a Enrique le dijo:

—Yo no te puedo dar lo que deseas; pero fíjate en que tú puedes tomarlo sin que yo te lo entregue.

—Pues entonces pasaré, cueste lo que cueste—exclamó el muchacho.

—No entrarás vivo—gritó la Muerte blandiendo su guadaña.

—O sí entrará si es listo—dijo la Vida, enfadada—. No te metas con este muchacho, que es mío por muchos años.

—Ahora lo veremos.

Enrique saltó al umbral de la puerta del jardín, y la Muerte le dio un terrible guadañazo, que le hubiera privado de la existencia si en aquel momento la Vida no le hubiera hecho oler la manzana que tenía en la mano y que lo curaba todo. Así pasó Enrique entre la Vida y la Muerte al jardín de la Sa-

El jardín de la Salud

lud, y ya dentro comenzó sus pesquisas, para ver si encontraba la famosa hiedra que había de curar a su hermanita. Difícil era encontrarla entre tantas y tan diversas plantas como poblaban aquel hermoso jardín, donde cada enfermedad tenía su medicina; pero Enrique se propuso hallarla y fue recorriendo una por una las anchas calles de árboles que en todos sentidos cruzaban el parque de la Salud.

—Yo soy el apio rojo, que curo las enfermedades del estómago—decía un apio muy colorado, saludando a Enrique.

—Y yo la cebolla albarrana, que curo los riñones.

—Y yo la valeriana, que curo los nervios.

—Y yo esto, y yo lo otro—gritaban los demás árboles y plantas.

—¡Basta ya!—gritó Enrique—, porque vais a volverme loco.

—Yo curo la locura—gritó una mata desde el fondo del jardín.

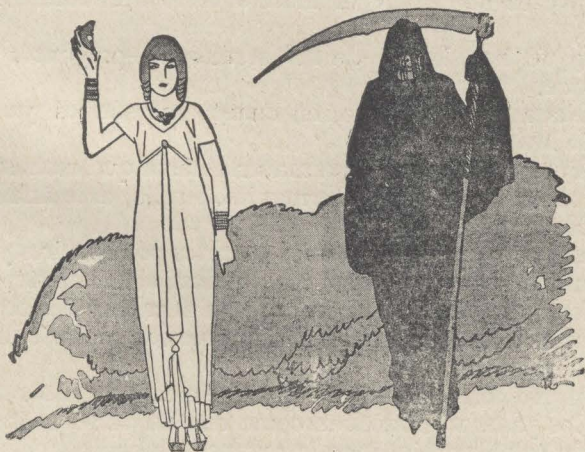
—Lo que yo quiero es la hiedra azul—exclamó el joven.

—Aquí estoy—gritó la aludida—, pero me tienen muy guardada.

Buscó Enrique por todas partes, sin acertar dónde estuviera la preciada planta, pues siempre le parecía oír el ruido en sitio distinto.

Los árboles se reían de la desesperación de Enrique.

—¿Y quién te tiene tan escondida?—dijo Enrique, deteniéndose un momento.





—La Muerte es la que me oculta para que no me veas. Has pasado junto a mí y no me has visto. Tu hermana morirá si no me encuentras.

Enrique ya no sabía qué hacer, hasta que de pronto se acordó de su anillo.

—Anillo de Agrajes, necesito ver la hiedra azul—exclamó.

En el acto vio al alcance de su mano una preciosa hiedra que, enroscada a un roble, desplegaba al viento sus hermosas hojas azules.

—No me cortes ya—gritó la hiedra—, porque tu hermana va a morir y no llegarás a tiempo. La Muerte está ya cerca de su camita.

—Anillo de Agrajes—exclamó de pronto Enrique—, tráeme aquí atada a la Muerte.

No bien hubo acabado de decirlo, apareció la Muerte toda desgredada, sin guadaña y atada codo con codo como un criminal.

Todas las plantas salutíferas comenzaron a aplaudir.

—¡Bravo, bravo!—gritaban.

—¡Duro con ella, que es nuestra enemiga!—gritaban unas.

—¡No la sueltes, y el mundo te lo agradecerá!—decían otras.

—¿Qué has hecho de mi hermana?—preguntó, irritado, Enrique.

—Nada todavía; pero, en cuanto me sueltes, ya verás—dijo la Muerte.

—Pues si no aguardas a matarla hasta que estés suelta, se va a morir de vieja mi hermanita. Anillo, dale una paliza a esa desvergonzada.

En el acto aparecieron unos garrotes por los aires y comenzaron a descargar una soberbia paliza a la Muerte. Gritaba ésta como una rata cuando le pisan el rabo y llenaba de improperios al muchacho, amenazándole con matarle en cuanto estuviera libre.

—¡Duro con ella!—decía Enrique a cada insulto.

Y los palos menudeaban como una lluvia sobre la Muerte. Uno le saltó un ojo, otro le arrancó de cuajo la dentadura,

verdad que era postiza, y otro le tiró de la mata de pelo, dejándole mondana la cabeza.

Entonces cortó Enrique una ramita de hiedra y dijo al anillo: —Llévame al lado de mi hermana.

Inmediatamente se encontró en la alcoba, donde toda su familia lloraba la próxima muerte de la niña.

—Aquí está—dijo el muchacho—lo que ha de salvar a mi hermanita.

Y, aproximándose a ella, exprimió en su boca el jugo de la fresca mata que había arrancado en el jardín de la Salud.

La niña abrió en el acto los ojos y llamó a su madre y, en medio de la general sorpresa, pidió que la vistieran. Resistióse la familia, hasta que el médico dijo que, en efecto, estaba buena y sana.

Todos felicitaron a Enrique con entusiasmo, hasta que al fin dijo el muchacho:

—Todo esto se lo debo a una cabrita, y tengo que ir a darle las gracias.

Fuese en efecto al mismo sitio en donde encontró a la cabrita, y no la vio. En vano recorrió todas aquellas inmediaciones. Mas por algo tenía el anillo de Agrajes.

—Anillo—dijo—, tráeme la cabrita que estaba aquí hace un momento.

Y la cabrita apareció.

—¿Qué me quieres, Enrique?—preguntó el animal.

—Darte las gracias y preguntarte en qué te puedo servir—contestó Enrique.

—Veo que eres agradecido, y quiero que sepas quién soy. Me llamo Atala y soy la hija de Agrajes el mago. Yo puse a tu lado la sortija de mi padre con el objeto de que pudieras salvar a tu hermana.

—Yo quisiera conocerte en tu verdadera figura y no en la de cabrita.

—Pues aquí me tienes—exclamó Atala.

Y en el acto se transformó en una niña preciosa de la edad de Enrique, sobre poco más o menos.

—¡Qué linda eres!—exclamó el muchacho—Vente a casa y jugarás con mi hermanita, que ya está buena gracias a ti.



Cuentos de Calleja

—Nada puedo negarte mientras tengas puesto ese anillo— contestó la niña.

—No; tómallo ya, te lo suplico.

Atala desapareció en el acto, y cuando Enrique creía que se había ido para no volver, apareció sonriente y dijo:

—He ido en un momento a pedir permiso a mi padre para acompañarte.

Fueron juntos a casa de Enrique, y éste la presentó a sus padres como la salvadora de Luisita.

Allí la obsequiaron mucho con pasteles y dulces, y al despedirse ofreció volver todas las tardes a jugar con sus amiguitos.

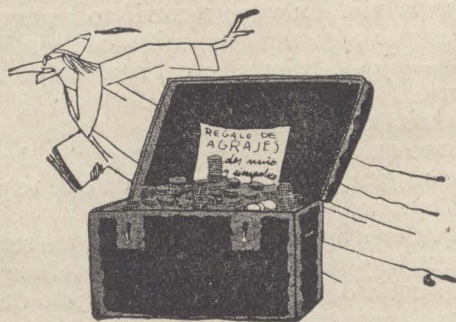
Un día el propio Agrajes visitó la casa de Enrique para conocer a la familia de que tanto le hablaba su hija, y al marcharse tocó de un modo especial un arca vieja.

—Ábrala usted luego—dijo al despedirse.

Al abrirla se la encontraron llena hasta arriba de monedas de oro. Encima había un papel que decía:

«Regalo de Agrajes a dos niños muy simpáticos».

Con aquel dinero siguió Enrique su carrera y Luisa tuvo un dote espléndido, y con eso y el amor de sus padres y amigos fueron dos seres felices.



EL TESORO DE SALOMÓN

REVOLVIENDO en el Rastro un montón de libros viejos, vine a dar con uno medio desencuadernado, el cual, según un amigo que sabía muchas cosas, estaba en hebreo, y decía dónde se hallaba el famoso tesoro del rey Salomón.

Impresionado por las palabras de mi amigo, al día siguiente nos pusimos en marcha, llegando a los pocos días a Jerusalén. Allí, y después de visitar los Santos Lugares, nos pusimos al trabajo inmediatamente.

Después de seis horas de manejar el pico logramos encontrar el subterráneo, cuya entrada había cegado el tiempo. Cuando penetramos oímos ruido de agua.

—Ya hemos llegado al río de que habla el libro—dijo mi compañero—; pero este río subterráneo tenía un puente, y, después de tanto tiempo, ese puente ya no existirá.

Lo que se nos figuró río era un cauce seco por el cual pudimos bajar, no sin miedo. Al penetrar en una galería tropezamos con un enorme bulto, y al iluminarle con las antorchas vimos que era el cuerpo de un gigantón que, desperezándose y poniéndose en pie, dejó oír el ruido de unas cadenas que allí le sujetaban. Al ver a los dos expedicionarios dio un bostezo, como si dijera: «¡Qué buen desayuno para esta mañana!» Y después nos preguntó:

—¿Quiénes sois, y qué venís a buscar aquí?

—Y usted ¿quién es?—preguntamos asombrados—Déjenos el paso libre y seguiremos esta aventura.

—Por mí podéis entrar; pero la salida va a ser algo dolorosa.

Pasamos, libro en mano, y nos encontramos frente a dos galerías, una estrecha y otra ancha. Como no sabíamos cuál de ellas seguir, calóse mi amigo las gafas y buscó en el libro el itinerario.

—¡Carape!—exclamó—; aquí tropiezo con una palabra que no conozco; no sé si dice marcha a la derecha o a la izquierda.

—¡Pero, hombre! ¿Y tú eres maestro de hebreo? ¿No te da vergüenza?

Cuentos de Calleja

—Espera, espera, a ver si por el resto saco el sentido: «Encontrarás un guardián terrible», dice el libro, pues vamos a ver si le encontramos.

Entramos al fin por la galería mayor, y nos encontramos una puerta tan carcomida como la primera. De un porrazo saltó; pero apenas se hubo desplomado, cuando brotaron del suelo terribles llamas.

—¿Qué hacemos?—grité.

—Espera que lea.

—¿Sabes que te puedes ir al cuerno con la lectura? A buena hora.

—Aguarda: «Si quieres vencerle, atraviesa las llamas sin temor y no te quemarán; si tienes miedo, eres perdido». Ya lo oyes: no tengas miedo.

—Eso es fácil de decir; pero ¿crees que el miedo se le quita a uno cuando quiere? Si tuviera a mano un antiespasmódico... pero, ¡cualquiera encuentra aquí una botica! En fin, por si basta lo diré fuerte: ¡No tengo miedo!

Y atravesamos aquellas llamaradas sin quemarnos mucho; y es que estuve un poco tímido y se quemaron los faldones del chaquet.

—Ya debemos estar cerca del tesoro—dijo mi guía—, porque en el libro está escrito lo siguiente: «Pasado el fuego te espera el hierro, y después, si eres digno, entrarás en el tesoro, que será tuyo, si lo mereces».

—¡Caramba, ésta sí que es gorda! ¿Y cómo saber si lo merecemos o no? ¿Y si, después de tanto trabajo y tanto susto, salimos con las manos vacías? Pero yo creo que lo merezco. Soy un buen hombre, aunque me esté mal decirlo; tú sí que me parece que te quedas sin un cuarto, porque eres un tuno, que te afeitas solo por no pagar barbero, y te roes las uñas para ahorrarte alimento.

—Déjate de bromas—dijo mi compañero—, porque el asunto es serio.

Seguimos avanzando, y a poco encontramos en el suelo multitud de lanzas, espadas y flechas que, en cuanto nos acercamos, comenzaron a moverse.

—¡Demontre!—dije—¡Guarda, Pablo! Eso se mueve, y yo siento también en las piernas un movimiento y una tentación de correr... Mira el libro a escape: ¿no ves que nos van a hacer butifarra catalana?

—Espera, hombre, espera. El libro dice: «Para evitar el

hierro hay que ponerse el sello en el pecho, y marchar resueltamente adelante».

—Bueno; pero y yo ¿qué me pongo delante, si el sello le tienes tú?

—Marcha detrás de mí.

Colocóse mi amigo el libro en el pecho, enseñando el sello de Salomón; yo me agazapé detrás de él, de modo que no se me viera pie ni mano, y adelantamos. Apenas nos acercamos, las lanzas se pusieron de punta, las flechas silbaron por los aires y los sables comenzaron a hacer terribles molinetes. Por fortuna yo no lo vi; que, si lo veo, emprendo una carrera que no me alcanza ni una bala. Al fin dejamos atrás las terribles armas, pero no conseguí salir ileso; en el momento de franquear el último sable, me incorporé un momento, y recibí un palo feroz en la misma rabadilla. Aun parece que me está doliendo.

La última puerta se abrió por sí sola en cuanto avanzamos, y, después de un corredor estrecho que daba siete vueltas, entramos en la cripta donde se hallaba el tesoro. En el centro se alzaba un sepulcro de mármol y oro, y en él encontramos, ¡poder divino!, el cadáver de un hombre de lengua barba, que llevaba una especie de mitra en la cabeza.

—Éste es Salomón—dijo mi compañero.

Después de venerarle nos dirigimos hacia los rincones en que habíamos visto grandes montones de joyas y piedras preciosas. Yo, como tonto, metí mano a los diamantes; pero en este momento vimos, a la incierta luz de las antorchas, que el Rey sabio se incorporaba en su sepulcro, luego se ponía en pie, y nos decía con voz de trueno:

—¡Mentecatos! ¿Creéis que tengo yo ahí eso para vosotros? Pues estáis equivocados. Ninguno de los dos es digno de tales riquezas.

Nosotros estábamos aterrados; las rodillas me temblaban y daba diente con diente; pero la ambición pudo en mí más que el miedo y, poniéndome en jarras delante de Salomón, le dije:

—Oiga usted, don Salomón: y usted ¿qué sabe si somos dignos o no de esas riquezas? ¿No tenemos la cédula personal corriente? ¿No somos jóvenes y no mal parecidos? Pues ¿qué más quiere usted?

No acabé de decir la última frase, cuando recibí tan fenomenal puntapié, que creí se me iban las posaderas una por cada lado; subí por el aire a la violencia del puntapié, y, cuan-

Cuentos de Calleja

do creí que iba a estrellarme la cabeza contra el techo, vi que éste se abrió dando un crujido, y que me encontré sentado en el monte, sin saber por dónde había salido.

—¡Vaya unos modos—decía yo rascándome la parte dolorida—que me gasta el buen don Salomón! Y, a todo esto, ¿será más feliz que yo mi compañero?

No pasaron dos segundos, cuando salió también echando chispas del seno de la montaña y con las manos puestas en sitio análogo.

—Pero ¿has visto?—le dije.

—¡No me hables!—gritó—No he visto, he sentido, y bien.

—¿Y qué decía de eso el libro?

—Ahí le faltaban las hojas. Debería romperte la cabeza por haber comprado libros incompletos. Verdad es que si yo sé lo que me iba a pasar, ¡cualquier día me muevo de Madrid para recibir un puntapié tan disparatado y salir a través del techo como una bala de cañón.!

Allí dejamos los picos, las antorchas, todo, y al día siguiente emprendimos la vuelta.

Al registrarme un bolsillo encontré cuatro diamantes de gran valor, y a mi compañero le ocurrió lo mismo.

—Ya lo sé; el rey Salomón ha querido pagarnos el viaje.

—Sí—interrumpí—y el modo con que nos hizo viajar.

En mi vida he vuelto a comprar obras incompletas, ni a meterme en aventuras cuyo resultado no haya visto más claro que el cristal.





LA SUEGRA DEL DIABLO

EL demonio quería a todo trance hacer de las suyas, que es en el diantre hacer diabluras lo que hacer dulces al confitero: cosa del oficio.

Y la causa de la tal determinación era que veía mermar de un modo alarmante el número de los condenados que diariamente bajaban a tostarse a fuego lento en las calderas famosísimas de Perico Botero.

—Aquí hay gato encerrado—se dijo, después de echar sus cuentas y comparar los ingresos de cada día con los de igual fecha del año anterior, ni más ni menos que como los alcaldes de Madrid estudian el alza y baja de la renta de consumos.

El diablo, que no sé por qué se me figura que ha de estar muy fuerte en estadística, se convenció de que la cosa reclamaba un enérgico remedio, y así fue que convocó inmediatamente a Consejo general, haciendo sonar un enorme cascabel que tenía clavado en el cuerno derecho. El penetrante sonido de aquella rara campanilla atrajo alrededor de Luzbel unos setecientos demonios, entre mayores y menores, los cuales hicieron una profunda reverencia a su jefe y le preguntaron la causa de aquel inusitado llamamiento.

—Os he llamado—gruñó Luzbel— para manifestaros que es preciso que uno de vosotros, el más listo, vaya a la tierra



y allí abra una extensa información sobre la lenta, pero continua merma que sufre el número de condenados.

Como en el infierno no se conoce la modestia, que es una virtud, y como tal se halla desterrada de los lugares infernales, todos los demonios gritaron:

—¡El más listo soy yo!

—¡Callad, bellacos!—rugió Luzbel—Casi todos los que os decís listos sois unos marmolillos. Que vaya Camándulas, que es un demonio de los más traviesos.

Y dicho y hecho. Camándulas en dos zancadas se puso en la tierra, tomando la apariencia de un hombre. El teatro de su primera campaña fue Turquía: se tituló turco, y para estudiar a fondo el asunto que le estaba encomendado pensó que lo mejor era casarse y se casó con una mora que tenía una madre de genio feroz, capaz de armarle al yerno una pelotera en el filo de una espada. Tan fiera resultó la buena señora, que Camándulas, con ser diablo, le cobró un miedo espantoso. Tanto, que un día tuvo que fugarse de su domicilio, perseguido por su suegra y acompañado de media docena de descalabraduras que le hiciera la bondadosa, madre política al estrellarle un armario ropero en la cabeza.

El pobre diablo corrió tres o cuatro horas a campo traviesa, hasta que fue a dar con su cuerpo en una choza. Allí rogó al

La suegra del diablo

pastor que le escondiera, ofreciéndole cuanto le pidiese a cambio de este favor.

A poco llegó la suegra, cuchillo en mano, gritando:

—¿Dónde está ese pillo? ¡Traérmele, que le voy a hacer sal-chichón!

Y manejaba la herramienta de un modo alarmante.

Mas el pastor, compadecido del diablo, dijo a la suegra:

—Señora, hace poco pasó por aquí, a todo correr, un hombre hacia la montaña.

—¡Ése debe ser!—gritó la vieja, y se encaminó a toda prisa en la dirección indicada.

Pasado el peligro, Camándulas cumplió su palabra, cosa bien rara en un demonio, revelando al pastor quién era y prometiendo enriquecerlo.

Como no llevaba encima ni un solo céntimo, porque era, repito, un pobre diablo, convino con el pastor lo siguiente:

—Cuando oigas decir—contaba al pastor—que alguna dama rica está endemoniada, no dudes que soy yo el que ha entrado en su cuerpo. Ve adonde sea y dices al oído de la enferma: «Vete, Camándulas»; y en el acto desalojaré mis posiciones. Pero conste que sólo te obedeceré por tres veces.

El pastor siguió al pie de la letra el consejo y en tres ocasiones distintas expulsó a Camándulas de cuerpos humanos, ganándose con ello buenas monedas de a cinco duros. Pero un día enfermó el hijo del Sultán y fue opinión general que el heredero del trono se hallaba poseído del demonio.

En tal apuro, y no contando con las fuerzas que para esos casos presta la religión católica, se pensó en el pastor que había realizado tres curas maravillosas. El infeliz se negaba, a pesar de cuanto le ofrecieron, porque sabía que Camándulas





aquella vez no le complacería; pero el Sultán no se anduvo con preámbulos. Le mandó traer atado codo con codo y, una vez llegado a la corte, le puso en la siguiente alternativa:

—O curas al Sultán en canuto, en cuyo caso te haré un buen regalo, o te mando degollar.

Bien sabía el pastor que Camándulas era muy capaz de dejarle en aquel atolladero, por lo cual tomó toda clase de precauciones.

Cogió al enfermo y lo llevó a una habitación reservada, en donde tenía colocada una formidable orquesta, formada de tambores, bombos, platillos y trombones, dispuestos a hacer un infernal estrépito a la menor indicación.

Hecho esto, se acercó al hijo del Sultán y dijo al oído:

—¿Estás ahí, Camándulas?

—Aquí estoy—contestó el diablo.

—Ya ves en el apuro en que me hallo. Si no te vas ahora mismo, me matan; conque hazme el favor de largarte con viento fresco.

—De ninguna manera.

—¿Y si me degüellan?

—Que te degüellen. ¿A mí qué me importa?

—¡Ah, traidor, ya verás!

Y al hacer una señal, los cuarenta músicos se dispararon por decirlo así, haciendo un ruido tremebundo.

El demonio se asustó, y con voz que procuró hacer un tanto melosa dijo al pastor:

—¿Qué es eso, amigo mío? ¿Por qué tal alboroto?

—Es—dijo el pastor—tu suegra, que viene a buscarte.

Oír esto el diablo y salir escapado como un rayo, todo fue la misma cosa, y según verídicas relaciones, no paró hasta los propios infiernos, y aun allí no se consideraba a salvo de las uñas de su irascible mamá política.

Todavía suele volver a la tierra de vez en cuando, pero ya no se llama Camándulas, sino *Malas Pasiones*, y con ese nombre es conocido en cuanto invade un corazón. Su verdadera perseguidora es la virtud. Acorazados con ella podéis reiros de Camándulas y de todos sus compañeros. Sin ella estaréis a merced suya sin notarlo vosotros mismos.



ÍNDICE

Khing-Chu-Fu	7
El curandero	14
<i>Te Veo Venir</i>	20
Aprendiz de burro	25
Los dos osos	31
El príncipe Calamar	35
Su Excelencia Rompesobres	42
Paco I, <i>el Napias</i>	47
Matabalas y sus tres hermanos	53
Por un pelo	59
Bofetadas a las doce	63
Teatro Guignol	67
El tío Trápala	72
El palacio de los estornudos	76
Las gafas del diablo	81
El mundo al revés	85
El autor de la muralla	91
Arte de tocar el cornetín	96
A pillito, pillito y medio	103
Así se escribe la <i>Historia</i>	107
La perla de Periquillo	113
La traición de Micifuz	120
El veneno de las rosas	125
La caja de los deseos	130
El castillo de acero	134
El tío de las narices	141
Aventuras de un burro	145
El palacio de las ilusiones	150
El tesoro de la gruta	154
El compañero Patafólica	161
¡Carabí! ¡Carabó!	165
Ilusiones perdidas	172
Don Suero, el orgulloso	176
Pilar Azogue	182

Guisado de conejo	189
La hermosa Casilda	195
Castañas	199
El mago de la luz verde	207
La mala sombra	211
El tesoro del dragón	216
En el desierto	220
El Caballero del Cisne	225
El chico de Carmona	229
Los tizones del gigante	237
El Ángel de la Guarda	243
Valentín, el de las verrugas	249
Villena y Tintirintín	253
El mercader de Venecia	260
Volver de Jauja	264
La ciudad de Fortuna	271
El tonto de Valdetomates	277
El torneo del diablo	284
El zorro de las gafas	292
El arte de matar ratas	296
El jardín de la Salud	299
El tesoro de Salomón	305
La suegra del diablo	309

